

Teniente Coronel Dave Grossman

MATAR

EL COSTE PSICOLÓGICO DE APRENDER A MATAR
EN LA GUERRA Y EN LA SOCIEDAD



Matar

*El coste psicológico de aprender a matar
en la guerra y en la sociedad*

Teniente Coronel David Grossman

Traducción de Carlos Gual Marqués



Título original: *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*.

Copyright © David A. Grossman

Published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL INC., Armonk, New York, U.S.A.

© De la traducción: Carlos Gual Marqués

© Editorial Melusina S.L.

www.melusina.com

Primera edición: mayo de 2019

Segunda edición corregida: junio de 2019

Primera edición digital: mayo de 2020

El editor agradecerá que se le haga llegar cualquier comentario o sugerencia a la siguiente dirección de correo electrónico: info@melusina.com

Imagen de cubierta: Getty Images

Diseño de cubierta: Silvio García Aguirre

Reservados todos los derechos de esta edición

Corrección de galeras: Albert Fuentes

e ISBN: 978-84-15373-92-6

No de los príncipes y prelados con aurigas tocados con pelucas
que triunfalmente marchan laureados a lamer la gordura de los años,
sino de los parias que todos desprecian, —los hombres por lanzas cercados;
los hombres de la tropa harapienta, que luchan hasta caer muertos,
aturdidos por el polvo de la batalla, los gritos y el estruendo,
los hombres con las cabezas quebradas y la sangre discurriendo por sus ojos.
No el comandante cuajado de medallas, amado por el trono,
que al son de los metales cabalga su bravo corcel,
sino los mozos que tomaron la colina y nadie puede conocer.
Otros alabarán el vino, la riqueza y el júbilo,
la distinguida presencia de potentados de abultadas barrigas;
para mí el barro y la horrura, el polvo y la escoria de la tierra.
Para ellos la música, los colores, la gloria, y el oro;
mío será un puñado de ceniza, un bocado de moho.
De los mutilados, los tullidos y los ciegos en la lluvia y el frío;
sobre ellos compondré mis canciones y contaré mi historia. Amén.

John Masfield
«Una consagración»

Agradecimientos
Introducción a la nueva edición revisada
Introducción

I Matar y la existencia de la resistencia: un mundo de vírgenes que estudian el sexo

- 1 Luchar o huir, postura o sumisión
- 2 Los que no dispararon a lo largo de la historia
- 3 Soldado, dime por qué no puedes matar
- 4 La naturaleza y origen de la resistencia

II Matar y el trauma del combate: el papel de matar en las bajas psiquiátricas

- 1 La naturaleza de las bajas psiquiátricas: el precio psicológico de la guerra
- 2 El reino del miedo
- 3 El peso del agotamiento
- 4 El lodazal de la culpa y el horror
- 5 El Viento del Odio
- 6 El pozo de la entereza
- 7 La carga de matar
- 8 Los hombres ciegos y el elefante

III Matar y la distancia física: A distancia no tienes pinta de ser amistoso

- 1 Distancia: Una distinción cualitativa en la muerte
- 2 Matar al máximo y a largo alcance: Nunca hay necesidad de arrepentirse o lamentarlo
- 3 Matar a un alcance medio o de una granada de mano: «Nunca estás seguro de haber sido tú»
- 4 Matar a corto alcance: «Sabía que matarle dependía de mí a nivel personal»
- 5 Matar al alcance del filo de un arma: una «brutalidad íntima»
- 6 Matar al alcance del cuerpo a cuerpo
- 7 Matar a un alcance sexual: «La agresión primigenia, la emisión y la descarga orgásmica»

IV Una anatomía del acto de matar: Consideremos todos los factores

- 1 Las exigencias de la autoridad: Milgram y los militares

- 2 La exoneración grupal: «El individuo no ha matado, sino el grupo»
- 3 Distancia emocional: «Para mí, eran peores que animales»
- 4 La naturaleza de la víctima: relevancia y ganancia
- 5 La predisposición agresiva del que mata: vengadores, condicionamiento y el
2 por ciento que lo disfruta
- 6 Teniendo en cuenta todos los factores: las matemáticas de la muerte
- V Matar y las atrocidades «Aquí no hay honor ni virtud»
 - 1 El espectro completo de la atrocidad
 - 2 El poder oscuro de la atrocidad
 - 3 La trampa de la atrocidad
 - 4 Un estudio de caso sobre la atrocidad
 - 5 La mayor trampa de todas: vivir con lo que se ha hecho
- VI Las etapas de la respuesta a matar
 - 1 ¿Qué se siente matando?
- 2 Aplicaciones del modelo: asesinatos-suicidios, elecciones perdidas y
pensamientos enloquecidos
- VII Matar en Vietnam: ¿Qué les hicimos a nuestros soldados?
 - 1 Desensibilización y condicionamiento en Vietnam: superar la resistencia a
matar
 - 2 ¿Qué les hicimos a nuestros soldados? La racionalización del acto de matar y
cómo falló en Vietnam
 - 3 El trastorno de estrés postraumático y el coste de matar en Vietnam
 - 4 Los límites de la resistencia humana y las lecciones de Vietnam

Bibliografía

Agradecimientos

Para este estudio he recibido la asistencia de un grupo de grandes hombres y mujeres que estuvieron a mi lado y caminaron por delante de mí en la empresa. De ahí que ahora los reconozca con agradecimiento.

A mi maravillosa e infinitamente paciente mujer, Jeanne, por su apoyo firme; a mi madre, Sally Grossman; a Duane Grossman, mi padre y co-conspirador, cuyas muchas horas de ayuda en la investigación y elaboración del concepto hicieron este libro posible.

A Jan Camp, quien me ayudó a preparar la versión final y a conseguir la autorización para las citas.

Al mayor Bob Leonhard, al capitán Rich Hooker, al teniente coronel Bob Harris, al mayor Duane Tway, y a ese equipo indomable, Harold Thiele y Elantu Viovoide: pares, amigos y compañeros en la fe que soportaron más de un borrador y aportaron mucho tiempo y esfuerzo para ayudarme con este trabajo. A Richard Curtis, mi agente literario, que contribuyó de manera significativa y luego supo esperar pacientemente la terminación del trabajo. Y a Roger Donald y Geoff Kloske, mis editores, porque creyeron en el libro y trabajaron muy duro para ayudarme a pulirlo para que se convirtiera en un producto profesional.

A ese magnífico grupo de soldados y estudiosos de la academia militar de Estados Unidos con los que tuve el privilegio de poder trabajar: los coroneles Jack Beach y John Wattendorf, el teniente coronel Jose Picart, y todo el grupo del comité PL100. Y a ese grupo soberbio de cadetes que se ofrecieron voluntarios para pasar el verano realizando entrevistas y poniendo a prueba algunas de las teorías que se presentan en este libro.

A mis estudiantes y compañeros del British Army Staff College en Camberley, Inglaterra, que me dieron algunos de los años más estimulantes intelectualmente de mi vida.

A todos esos sobresalientes soldados que me moldearon, guiaron, me ofrecieron su amistad y me comandaron, mientras me daban pacientemente su sabiduría y experiencia de más de veinte años: el brigada Donald Wingrove, el sargento primero Carmel Sanchez, el teniente Greg Parlier, el capitán Ivan Middlemiss, el mayor Jeff Rock, el teniente coronel Ed Chamberlain, el teniente coronel Rick Everett, el coronel George Fisher, el teniente general William H. Harrison, e innumerables otros a los que tanto debo. Y también al capellán Jim Boyle: compañero en los Rangers, amigo y un verdadero hermano. Para muchos

de ellos este no es su rango actual, pero era el que ostentaban cuando más los necesité.

A los doctores John Warfield y Phillip Powell, de la universidad de Texas en Austin, que me dieron de manera altruista todo su acopio de conocimientos, a la vez que confiaban en mí y me permitían hacer las cosas a mi manera. A los doctores John Lupo y Hugh Rodgers del Columbus College, en Columbus, Georgia, de quienes aprendí a amar la historia.

También necesito formular un agradecimiento especial por el uso profuso que he hecho de los excelentes libros de Paddy Griffith, Gwynne Dyer, John Keegan, Richard Gabriel y Richard Holmes. Paddy Griffith fue a la vez mentor, amigo y compañero durante mi estancia en Inglaterra, y, junto con Richard Holmes y John Keegan, es uno de los gigantes mundiales en esta disciplina hoy en día. Quiero hacer particular hincapié en que este estudio hubiera sido mucho más difícil de completar si no hubiera acudido al tremendo acopio de claves y relatos personales recogidos en el libro de Richard Holmes, *Acts of War*. El libro de Holmes es soberbio y está llamado a ser la referencia primaria para las generaciones de estudiosos centrados en los procesos de los hombres en la batalla. Mi correspondencia con él me ha confirmado que es un hombre gentil y un soldado y erudito de primera magnitud.

Tengo que reconocer que una de las fuentes más valiosas y singulares de relatos individuales se encuentra en las páginas de la revista *Soldier of Fortune*. La imagen del veterano de Vietnam traumatizado al que se le escupe, insulta y degrada tras su regreso a Estados Unidos no es un mito, sino que se basa en miles de incidentes de esa naturaleza, tal y como recoge Bob Greene en su excelente libro *Homecoming*. En este entorno de recriminaciones y condenas, muchos veteranos de Vietnam sintieron que solo disponían de un foro nacional en el que poder conseguir pasar página en parte vertiendo sus experiencias por escrito en un ambiente amistoso en el que no se vieran juzgados: ese ámbito fue la revista *Soldier of Fortune*. A aquellos dispuestos a prejuzgar este material y a rechazar de forma automática todo lo que provenga de ahí como machismo descerebrado, les pido que primero lean los relatos. Tengo una deuda en particular con el coronel Harris por haberme recomendado este novedoso recurso, y por haberme prestado su colección personal de estas revistas. Y sobre todo necesito agradecer al coronel (retirado) Alex McColl, de la revista *Soldier of Fortune*, su apoyo a la hora de citar estos relatos. Es bueno saber que todavía hay lugares donde un oficial es un caballero y que basta y sobra con su palabra.

A los numerosos guerreros estadounidenses que me fueron confiados para el

liderazgo y adiestramiento: cadetes de West Point y ROTC, ¹ soldados, marines y agentes de policía. Ha sido un privilegio para mí enseñarles y un honor guiarles en el camino del guerrero.

Por último, y lo más importante, a todos los veteranos a lo largo de la historia que han anotado sus respuestas ante el acto de matar, y a aquellos en mi propia vida que accedieron a ser entrevistados. A Rich, Tim, Bruce, Dave, «Sarge» (¡Arf!), al Comité de los Perros Pastores, y a un centenar más que compartieron secretos conmigo. Y a sus mujeres, que se sentaron a su lado y les tomaron las manos mientras ellos lloraban y contaban cosas que nunca habían contado. A Brenda, Nan, Lorraine y docenas de otras mujeres. Todos aquellos con los que hablé tienen mi promesa de anonimato a cambio de sus pensamientos secretos, pero mi deuda con ellos es tal que nunca podré pagarla.

A todos ellos deseo dar las gracias. Verdaderamente me encuentro subido a hombros de gigantes. Pero la responsabilidad por la crónica que se ofrece desde esta altura sublime es estrictamente mía. De ahí que las opiniones que se presentan aquí no representen necesariamente el punto de vista del Departamento de Defensa o sus componentes, la Academia Militar de Estados Unidos en West Point, o la universidad del estado de Arkansas.

DAVID A. GROSSMAN
Arkansas State University
Jonesboro, Arkansas

Breve nota sobre el género

La guerra ha solido ser un entorno sexista, si bien la muerte nunca discrimina. Gwynne Dyer señala:

Las mujeres han luchado casi siempre junto con los hombres en las guerras de guerrillas y en las guerras revolucionarias, y no hay prueba de que sean significativamente peores a la hora de matar a personas; lo que puede que sea un alivio o no según si uno entiende la guerra como un problema de varones o un problema humano.

Con la salvedad de una excepción, todos mis entrevistados son varones y, al hablar del soldado, las palabras bélicas gravitan fácilmente en torno al pronombre masculino, aunque, también, podrían hacerlo en torno al pronombre femenino. Si bien a lo largo del texto se emplea la referencia masculina, la razón es únicamente la conveniencia y no hay ninguna intención de excluir al género femenino de ninguno de los dudosos honores de la guerra.

¹ . Siglas en inglés del Cuerpo de Entrenamiento para Oficiales de la Reserva de Estados Unidos. (*Todas*

las notas a pie de página son del traductor.)

La guerra siempre me ha interesado; no la guerra en el sentido de las maniobras diseñadas por grandes generales ... sino la realidad de la guerra, el hecho real de matar. Me interesaba más saber de qué manera y bajo la influencia de qué sentimientos un soldado mata a otro que la disposición de los ejércitos en Austerlitz y Borodino.

León Tolstoy

Introducción a la nueva edición revisada

Desde la publicación de *Matar* en 1995, los conceptos básicos expuestos en el libro se han visto validados y respaldados por una plétora de jueces. En la América post 11-S, *Matar* se ha convertido en lectura obligatoria en las academias del FBI y la DEA , y en muchas otras agencias de policía y seguridad. En el marco de dirigir grandes guerras en Iraq, Afganistán y en todo el planeta, el cuerpo de Marines de los Estados Unidos ha incluido el libro en sus lecturas obligatorias, como también lo han hecho la academia de West Point, la academia de suboficiales de la Fuerza Aérea de Estados Unidos y muchas otras academias militares.

El áspero y despiadado entorno de la guerra es un ámbito donde solo sobreviven las mejores y más valiosas tácticas, estrategias e ideas; y lo que carece de utilidad se descarta con rapidez. Las esperanzas vanas y los castillos de naipes suelen figurar entre las primeras víctimas de la guerra.

En el crisol cotidiano de la experiencia en combate en casa y en el extranjero, *Matar* ha superado la prueba de fuego definitiva: lo leen y releen innumerables miles de guerreros a los que nuestra nación llama para matar en combate. Y supone el más grande y singular honor en mi vida el haber sido útil a estos magníficos hombres y mujeres en su momento de necesidad.

Si eres una virgen que se prepara para su noche de bodas, si tú o tu pareja tenéis dificultades sexuales, o si simplemente tienes una curiosidad... pues hay cientos de libros bien informados a tu disposición sobre sexualidad. Pero si eres un joven soldado «virgen» o un agente del orden que anticipa su bautismo de fuego, si eres un veterano (o el cónyuge de un veterano) que sufre por las experiencias de haber matado, o si simplemente sientes curiosidad... pues en esta materia no hay nada disponible en absoluto cuando se refiere a estudios o libros bien informados. Hasta ahora.

Hace más de cien años, Ardant du Picq escribió sus *Estudios sobre el combate* en los que integró datos tanto de la historia antigua como de textos sobre los oficiales franceses para sentar las bases de lo que percibió como una tendencia acusada hacia la no participación en la guerra. A partir de su experiencia como historiador oficial del frente europeo durante la segunda guerra mundial, el general de brigada S. L. A. Marshall escribió *Men against fire* , en el que estableció algunas observaciones cruciales sobre la tasa de disparos de los

hombres en la guerra. En 1976, John Keegan escribió su obra definitiva, *El rostro de la batalla*, en la que se centraba de nuevo exclusivamente en la guerra. En *Acts of war*, Richard Holmes escribió un libro clave en el que explora la naturaleza de la guerra. Pero el vínculo entre matar y la guerra es como el vínculo entre el sexo y las relaciones. De hecho, esta última analogía resulta de aplicación universal. Todos los autores anteriores escribieron libros sobre las relaciones (es decir, la guerra), mientras que éste versa sobre el acto en sí: matar.

Los autores anteriores examinaron la mecánica general y la naturaleza de la guerra pero, a pesar de su erudición, nadie investigó la naturaleza específica del hecho de matar: la intimidad y el impacto psicológico del hecho, los pasos del acto, las implicaciones y repercusiones sociales y psicológicas del acto y los trastornos que suscita (incluidas la impotencia y la obsesión). *Matar* supone un humilde intento para enmendar esta situación. Y, al hacerlo, concluye con una novedosa y reconfortante conclusión sobre la naturaleza del hombre: a pesar de una tradición ininterrumpida de violencia y guerras, el hombre no es por naturaleza un asesino.

La existencia del «cierre de seguridad»

Una de mis primeras preocupaciones cuando escribía *Matar* era que los veteranos de la segunda guerra mundial no se sintieran ofendidos por un libro que demostraba que la inmensa mayoría de veteranos en combate en esa época nunca mataron. Por fortuna, mi preocupación carecía de fundamento. Ni un solo individuo de los miles que han leído *Matar* ha cuestionado este hecho.

En realidad, la reacción de los veteranos de la segunda guerra mundial ha sido de una consistente confirmación. Por ejemplo, R. C. Anderson, un observador de artillería canadiense, me escribió para decirme lo siguiente:

Puedo confirmar que muchos soldados de infantería nunca dispararon sus armas. Solía mofarme de ellos diciéndoles que nosotros disparábamos muchísimos más obuses de 25 libras que ellos balas con sus rifles.

En una posición ... atacaron nuestro flanco desde un olivar.

Todo el mundo se puso a cubierto. En ese momento no estaba ocupado con mi radio, así que, al ver una Bren [una ametralladora ligera], la agarré y disparé un par de cargadores. El propietario de la Bren se arrastró hacia mí maldiciendo: «Claro, tú lo haces porque luego no tienes que limpiar a la hija de puta.» Estaba realmente enfadado.

El coronel (retirado) Albert J. Brown desde Reading, en Pensilvania, ejemplifica este tipo de respuesta que he ido recibiendo de forma consistente cuando hablaba con grupos de veteranos. Como líder de un pelotón de infantería y comandante de una compañía en la segunda guerra mundial, observó que «los cabezas de

escuadrón y los sargentos de pelotón tenían que recorrer de un lado a otro la línea de fuego dando patadas a los hombres para que dispararan. Sentíamos que la cosa iba bien si conseguíamos que dos o tres hombres dispararan».

Los hallazgos de S. L. A. Marshall sobre la tasa de disparos durante la segunda guerra mundial han suscitado controversia. En esencia, un pequeño grupo de estudiosos afirma que Marshall inventó y falseó los datos. Puede que su metodología no se ajustara a los estándares modernos, pero cuando uno se enfrenta a la preocupación por la metodología de un investigador, un enfoque científico requiere la posibilidad de reproducir la investigación. En el caso de Marshall, todos los estudios serios disponibles han reproducido sus hallazgos básicos. Los estudios y observaciones sobre los antiguos de Ardant du Picq, los numerosos relatos de Holmes y Keegan sobre disparos fallidos, la valoración de Holmes sobre la tasa de disparos de los argentinos en la guerra de las Malvinas, los datos de Griffith sobre la extraordinariamente baja tasa de muertes en los regimientos en las guerras napoleónicas y en la Guerra de Secesión norteamericana, las recreaciones con láser de batallas históricas del ejército británico, los estudios del FBI sobre la proporción de los que no disparan entre los agentes de policía en las décadas de 1950 y 1960, y numerosas observaciones adicionales individuales y anecdóticas; todo ello confirma la conclusión de Marshall de que la inmensa mayoría de los combatientes a lo largo de la historia, en el momento de la verdad cuando podían y debían matar al enemigo, se encontraron con que eran incapaces de hacerlo. Y David Lee, en su excelente libro *Up Close and Personal* , recogió un corpus increíble de relatos e investigaciones sobre la segunda guerra mundial que demuestra que un puñado de unidades de élite, pioneras en el adiestramiento realista que Marshall defendía, consiguieron una tasa de disparos mucho más alta que las unidades normales.

La referencia definitiva sobre el ejército de Estados Unidos, la monografía histórica de The United States Army Training and Doctrine Command (TRADOC) titulada *SLAM, the Influence of S. L. A. Marshall on the United States Army* , defiende con vehemencia las observaciones de Marshall. Su trabajo fue aceptado de forma general tras la segunda guerra mundial, cuando en nuestro ejército había una proporción elevada de líderes veteranos que nos habían conducido a través de una de las guerras más espeluznantes de la historia. En Corea y Vietnam, Marshall fue tratado con el mayor respeto por los hombres que se encontraban en medio de la guerra, y se le pidió repetidamente que acudiera para visitarlos, adiestrarlos y para que pudiera estudiar lo que sucedía.

¿Estaban todos estos líderes militares equivocados? ¿Acaso Marshall los engañó a todos y, entonces y de alguna forma, unos cuantos descubrieron la «verdad»? Marshall quizás adornó un poco su currículum en unas pocas parcelas relativas a su experiencia en la primera guerra mundial. Afirmó que fue promocionado al rango de oficial durante la guerra cuando, en realidad, tras la guerra era un graduado de la OCS, ¹ si bien puede que se le asignara una posición de oficial con anterioridad a su instrucción. También afirmó haber estado en una unidad de infantería cuando, en realidad, estaba en una unidad de ingeniería, si bien es una práctica común la de disgregar las unidades de ingenieros para unir pequeños destacamentos a las unidades de infantería. Sin duda, la metodología de Marshall no se ajusta a algunos estándares rigurosos modernos, pero eso no significa que mintiera. Esperemos que este trabajo al que hemos dedicado toda una vida reciba un trato mejor cuando muramos y ya no estemos aquí.

Básicamente, la tesis de Marshall es que algunos de nuestros guerreros no dispararon en combate, y que unos objetivos más realistas elevarían la tasa de disparos. Marshall fue un pionero cuyas investigaciones y escritos motivaron a los formadores a cambiar los objetivos con dianas por simulaciones de combate realistas. Podemos no estar de acuerdo sobre la ventaja que esto nos aporta, o sobre en qué medida exacta eleva la tasa de fuego, pero hoy en día nadie quiere volver a disparar a objetivos con dianas. Y cada soldado contemporáneo o agente de policía que dispara a una silueta o a un objetivo fotorrealista o en un simulador de adiestramiento en vídeo, debería detenerse un momento para recordar y dar las gracias a S. L. A. Marshall.

Hoy en día, el corpus de datos científicos que apoyan el adiestramiento realista es tan poderoso que viene avalado por una decisión judicial en Estados Unidos que establece que, para que el adiestramiento con armas de fuego sea legalmente válido para los cuerpos de seguridad, tiene que incorporar un adiestramiento realista que incluya estrés, toma de decisiones y entrenamiento dispara-no dispara. Se trata de la sentencia *Oklahoma contra Tuttle* de 1984 del circuito federal décimo, y hoy en día muchos instructores de la policía enseñan que un cuerpo policial probablemente no cumple con la normativa de la corte del circuito federal si todavía se dispara a algo que no sea una representación clara y realista de una amenaza de fuerza letal. Y, de nuevo, tenemos que agradecerérselo a S. L. A. Marshall.

No cabe duda de que Marshall ha sido reivindicado. Tal y como lo expresó Shakespeare en *Hamlet* : «Hay la esperanza de que el recuerdo de un gran hombre le sobreviva en medio año».

Quitar el cierre de seguridad

Acaso más controvertidas que la afirmación sobre la baja tasa de disparos en la segunda guerra mundial sean las observaciones sobre la alta tasa de fuego en Vietnam como resultado de las técnicas de adiestramiento o «condicionamiento» diseñadas para posibilitar que el soldado moderno mate. De entre los miles de lectores y oyentes, había dos oficiales veteranos con experiencia en Vietnam que pusieron en duda los hallazgos de R. W. Glenn sobre una tasa de disparos del 95 por ciento de los soldados estadounidenses en Vietnam. Para ambos la duda residía en que habían encontrado una ausencia de gasto en munición por parte de algunos soldados en la retaguardia de su formación. En ambos casos, se quedaron satisfechos cuando se les señaló que los datos de Marshall y Glenn gravitaban en torno a dos preguntas: «¿Viste al enemigo?» y «¿Le disparaste?». En las junglas de Vietnam se daban muchas circunstancias en las que los combatientes se veían completamente aislados de sus camaradas a pesar de que se encontraran a poca distancia unos de otros; pero entre aquellos que sí vieron al enemigo, hubo al parecer una alta y consistente tasa de fuego.

Encontramos las altas tasas de disparo como consecuencia de las técnicas modernas de adiestramiento/condicionamiento en las conclusiones de Holmes sobre la tasa de fuego de los británicos en las Malvinas y en los datos del FBI sobre la tasa de disparos de los agentes de policía desde que se introdujeron las técnicas modernas de adiestramiento a finales de la década de 1960. Un informe preliminar realizado por investigadores que empleaba cuestionarios formales e informales para reproducir los hallazgos de Marshall y Glenn indicaba una concurrencia universal.

Un virus mundial de la violencia

La observación de que la violencia en los medios causa violencia en nuestras calles no es nada nuevo. Tanto la American Psychiatric Association como la American Medical Association han afirmado de forma inequívoca que existe un vínculo entre la violencia en los medios y la violencia en nuestra sociedad. La APA, en su informe de 1992 *Big World, Small Screen*, concluyó que «el debate científico había terminado». Y, en julio del 2000, la American Medical Association, la American Psychological Association, la American Academy of Pediatrics, y la American Academy of Child and Adolescent Psychiatry emitieron un comunicado en una vista conjunta de ambas cámaras del Congreso en el mismo sentido.

Mil estudios prestigiosos prueban que, si exponemos a un niño a la violencia de los medios, es más probable que el resultado sea un comportamiento violento. Y ahora la universidad de Stanford ha introducido el currículo «SMART » (apagar los medios), que demuestra que, si quitamos la violencia de los medios a un niño, podemos reducir la violencia en los colegios y el acoso infantil a la mitad, así como la obesidad, y también elevar el rendimiento en los exámenes.

Algunas personas afirman que los cigarrillos no causan cáncer, pero sabemos de dónde proviene su dinero. También hay personas que afirman que la violencia en los medios no causa violencia en la sociedad, pero también sabemos a qué árbol se arriman. Estas personas siempre consiguen el presupuesto para sus investigaciones y tienen garantizada la atención por parte de los medios a los que protegen. Pero estas personas ocupan el mismo espacio moral y científico que los científicos que están al servicio de los fabricantes de cigarrillos.

La contribución de *Matar* a este debate consiste en explicar *cómo y por qué* la violencia en los medios y en los videojuegos interactivos está causando violencia en nuestras calles, y la forma en que este proceso reproduce el condicionamiento que se emplea para habilitar a los soldados y agentes del orden para que maten... pero sin las medidas de salvaguarda.

La comprensión de este «virus de la violencia» debe comenzar con una valoración de la magnitud del problema: el incremento perpetuo de la incidencia de crímenes violentos a pesar de la forma en que la tecnología médica mantiene a raya la tasa de homicidios, y a pesar del papel que desempeñan en el control de la violencia tanto el crecimiento imparable del número de criminales violentos encarcelados como el envejecimiento de la población.

Y no se trata tan solo de un problema de Estados Unidos; se trata de un problema internacional: en Canadá, Escandinavia, Australia, Nueva Zelanda, Singapur, Japón y por toda Europa las tasas de agresiones se han disparado. En países como la India, donde no existe una infraestructura de tecnología médica significativa que la mantenga a raya, es donde la escalada de la tasa de homicidios mejor refleja el problema.

Cómo funciona: la inmunodeficiencia a la violencia adquirida

Cuando una persona se enfada, o siente miedo, deja de pensar con el cerebro anterior (la mente de un ser humano) y comienza a pensar con su cerebro medio (que resulta indistinguible de la mente de un animal). Literalmente, «pierde la razón». La única cosa que alberga alguna esperanza de influir en el cerebro

medio es también lo único que influye en un perro: el clásico condicionamiento operante.

Esto es lo que se emplea para adiestrar a los bomberos y a los pilotos para reaccionar ante las emergencias: una réplica precisa del estímulo al que se enfrentarán (en una casa en llamas o un simulador de vuelo) y luego un moldeado extenso de la respuesta deseada ante el estímulo. Estímulo-respuesta, estímulo-respuesta, estímulo-respuesta. En las crisis, cuando la gente pierde la razón, ellos actúan de la manera adecuada y salvan vidas.

Esto se hace con cualquiera que pueda encontrarse en una situación de emergencia, desde los niños que realizan un simulacro de incendio en el colegio hasta los pilotos en un simulador. Lo hacemos porque, cuando la gente se asusta, funciona. No les *decimos* a los escolares lo que deberían hacer en caso de incendio; los *condicionamos* y, cuando se asustan, hacen lo correcto. A través de los medios también estamos condicionando a los niños para que maten; y, cuando están asustados o enfadados, el condicionante se activa.

Es como si hubiera dos filtros que tenemos que pasar para matar. El primer filtro es el cerebro anterior. Cientos de cosas pueden convencer a tu cerebro anterior para que empuñes un arma y llegues hasta cierto punto: pobreza, drogas, pandillas, líderes, política, y el aprendizaje social de la violencia en los medios, que se ve magnificado cuando provienes de una familia desestructurada y estás buscando un modelo a imitar. Pero tradicionalmente todas estas cosas se topaban con la resistencia que encuentra un ser humano asustado en el cerebro medio. Y con la salvedad de los sociópatas (quienes carecen por definición de esta resistencia), la inmensa mayoría de circunstancias no es suficiente para vencer esta red de seguridad del cerebro medio. Pero si estás condicionado para vencer la inhibición del cerebro medio, entonces eres una bomba de relojería andante, un pseudosociópata que aguarda a los factores aleatorios de la interacción social y la racionalización del cerebro anterior para colocarte en el lugar equivocado en el momento erróneo.

Otra manera de verlo es establecer una analogía con el sida. El sida no mata a la gente; simplemente destruye el sistema inmunológico y vuelve a la víctima vulnerable a la muerte por otros factores.

El «sistema inmunológico a la violencia» existe en el cerebro medio, y el condicionamiento de los medios crea una «deficiencia adquirida» en este sistema inmunológico. Con este sistema inmunológico debilitado, la víctima se vuelve más vulnerable a los factores que posibilitan la violencia, tales como la pobreza, la discriminación, la adicción a las drogas (que puede ofrecer motivos poderosos

para cometer un crimen a fin de colmar necesidades reales o percibidas), o las armas y las pandillas (que pueden suministrar los medios y la «estructura de apoyo» para cometer actos violentos).

De ahí que Estados Unidos haya visto una generación de ciudadanos inmunodeficientes que nos ha dado lo acaecido en la escuela de Jonesboro, en la escuela secundaria de Columbine y en la universidad Virginia Tech.

Por más que lo hayan intentado, los gobiernos de todo el mundo no han sido capaces de proteger a sus ciudadanos inmunodeficientes. Y, ciertamente, nunca serán capaces de controlar el crimen violento hasta que dejen de infectar a sus niños.

«Solo tienes que apagarlo» o «¡Que coman brioches!»

Una respuesta común ante cualquier preocupación sobre la violencia en los medios es: «Tenemos un control adecuado. Se llama el botón de apagado. Si no te gusta, apágalo».

Desgraciadamente, se trata de la típica respuesta inadecuada al problema. En la sociedad actual, la estructura familiar está hecha jirones, e incluso en familias intactas existe una enorme presión económica y social para que las madres trabajen. Madres solteras, hogares rotos, niños solos en casa y la dejadez parental son cada vez más la norma. Mediante un esfuerzo descomunal, los padres pueden que sean capaces de proteger a sus propios hijos en el mundo actual, pero eso no sirve para mucho si el niño que vive al lado es un asesino.

Lo peor de la solución «apágalo» estriba en que es descarada y profundamente racista en su efecto, si no en la intención, pues la comunidad negra en Estados Unidos es la «cultura» o la «nación» que se ha llevado la peor parte de la habilitación de la violencia por parte de los medios electrónicos. En este caso, pobreza, drogas, pandillas, discriminación y el acceso a las armas de fuego, todo ello predispone a la violencia a más negros que blancos. Estos factores se llevan por delante el primer filtro; luego, la ausencia del segundo filtro, el del cerebro medio, hace el resto.

Bronson James, un locutor de radio negro de Texas en cuyo programa participé, señaló que esto es idéntico al procedimiento genocida mediante el cual el hombre blanco empleó el alcohol durante siglos en una política sistemática para destruir la cultura de los indios americanos. Debido a una variedad de razones culturales y genéticas, los indios tenían una predisposición al alcoholismo y se lo servimos a raudales como parte crucial de un proceso que, al

cabo, destruyó su civilización.

El suministro de violencia mediática en los guetos hoy en día es igualmente genocida. Esta violencia mediática es el equivalente moral de gritar «¡Fuego!» en un teatro abarrotado. El resultado es que el homicidio es la primera causa de fallecimiento entre los adolescentes negros, y el 25 por ciento de todos los varones negros en la veintena está en la cárcel, en libertad condicional o bajo fianza. Si esto no es un genocidio, se le parece.

Lo que hace que la solución de «apágalo» sea tan racista es que, si estos homicidios y encarcelaciones les estuvieran sucediendo a los hijos de estadounidenses de las clases altas y medias, sin duda ya habríamos visto alguna solución drástica. Desde esta óptica, creo que la mayoría de las personas estaría de acuerdo en que probablemente la solución «apágalo» está a la misma altura que «¡Que coman brioche!» y «solo obedecía órdenes» en el ranking de expresiones más ofensivas de todos los tiempos.

En la psicología del desarrollo hay un consenso generalizado en que el individuo tiene que tomar el control sobre las áreas gemelas de la sexualidad y la agresividad (el Eros y Tánatos de Freud) para poder tener una vida como adulto verdaderamente lograda. De la misma forma, la maduración de la raza humana necesita un control colectivo de ambas áreas. En años recientes hemos progresado significativamente en el campo de la sexología, y este libro tiene por intención crear y explorar el campo equivalente de una «ciencia de matar» («killology»).

Tras un ataque con armas de destrucción masiva por parte de un grupo o país terrorista, la siguiente amenaza significativa para nuestra existencia son los habilitadores de la violencia en los medios electrónicos. Este libro parece estar dando sus frutos en su objetivo de marcar una diferencia en la desesperada batalla mundial contra el virus de la violencia.

Ojalá sea así, y ojalá encuentres lo que buscas, lector, en estas páginas.

¹ Officer Candidate School, escuela militar donde se obtiene el grado de oficial.

Introducción

Esta es la época del año cuando la gente solía matar; antaño, cuando la gente lo hacía. Rollie y Eunice Hochstetter, creo, fueron los últimos en el lago Wobegon. Tenían cerdos y los sacrificaban en el otoño, cuando llegaba el frío y la carne podía preservarse. Una vez, cuando era niño, fui a ver cómo hacían la matanza, junto con mi primo y mi tío, que iba a echarle una mano a Rollie.

Hoy en día, si vas a sacrificar a un animal por la carne, lo envías a un matadero y pagas a unos tipos para que lo hagan. Cuando matas cerdos, se te quitan las ganas de comer tocino durante un tiempo. Porque los cerdos te dan a entender que no están interesados. No tienen ningún interés en que los agarren y los arrastren hasta el sitio adonde fueron otros cerdos y de donde nunca regresaron.

Para un chico, ver aquello era algo fuera de lo habitual. Ver la carne viva y las entrañas vivas de otra criatura. Pensaba que me disgustaría, pero no ocurrió. Me sentí fascinado e intenté acercarme todo lo que pude.

Y recuerdo que mi primo y yo nos dejamos llevar por el entusiasmo de todo aquello y fuimos a los chiqueros y empezamos a arrojar guijarros a los cerdos mientras los veíamos saltar, gruñir y correr. Y, de repente, sentí una mano en la espalda, y que me volteaban, y el rostro de mi tío estaba a tres pulgadas del mío. Dijo: «Si te vuelvo a ver haciendo eso, te daré una paliza que no te podrás poner de pie. ¿Me has oído?». Le habíamos oído.

Supe entonces que su enfado tenía que ver con la matanza, que era un ritual, y que se hacía como un ritual. Se hacía rápido y sin tonterías. Nada de bromas y muy poca conversación. Las personas —hombres y mujeres— desempeñaban sus tareas sabiendo exactamente lo que tenían que hacer. Y siempre respetando a los animales que se iban a convertir en nuestra comida. Y el hecho de que arrojáramos piedras a los cerdos había violado esta ceremonia y este ritual que estaban completando.

Rollie fue el último que sacrificaba a sus propios cerdos. Un año tuvo un accidente; se le escurrió el cuchillo y el animal, que solo estaba herido, se soltó y corrió por el patio hasta caer. Después de eso, ya nunca volvió a tener cerdos. Ya no creía ser digno de hacerlo.

Todo esto desapareció. Los niños que se crían en el lago Wobegon nunca tendrán la oportunidad de verlo.

Era una experiencia poderosa: la vida y la muerte en el fiel de la balanza.

Era una vida en la que la gente se valía por sí misma, vivía de la tierra, vivía entre el suelo y Dios. Y se ha perdido, no solo para este mundo sino también para la memoria.

Garrison Keillor
«La matanza del cerdo»

Matar y ciencia: un terreno peligroso

¿Por qué deberíamos estudiar el acto de matar? Aunque también cabría preguntarse, ¿por qué deberíamos estudiar el acto sexual? Las dos preguntas tienen mucho en común. Richard Strozzi-Heckler señala que «es a partir del matrimonio mitológico de Ares y Afrodita de donde nace Harmonía». La paz no llegará hasta que hayamos controlado tanto el sexo como la guerra y, para controlar la guerra, tenemos que estudiarla con la misma diligencia que Kinsey o Masters y Johnson. Todas las sociedades tienen un ángulo ciego, una zona en la

que les cuesta mucho mirar. Hoy en día este ángulo ciego es el acto de matar. Hace un siglo era el sexo.

Durante milenios, el hombre se cobijó junto con su familia en cuevas, chozas o casuchas de una habitación. Toda la familia extensa —abuelos, padres, niños—, todos se arremolinaban al calor de una lumbre, con la protección de una única pared. Y durante miles de años el sexo entre marido y mujer solo se podía dar por la noche, en la oscuridad, en esta habitación central atiborrada.

Una vez entrevisté a una mujer que creció en una familia gitana americana, durmiendo en una gran tienda comunal con tías, tíos, abuelos, padres, primos, hermanos y hermanas a su alrededor. Cuando era joven, el sexo era algo raro, ruidoso, y ligeramente molesto que practicaban los adultos por la noche.

En este entorno no había habitaciones privadas. Hasta muy recientemente en la historia humana, y para el ser humano medio, no existía el lujo de un dormitorio, ni siquiera de una cama. Si bien de acuerdo con los estándares sexuales de hoy en día esta situación puede parecer extraña, no carecía de ciertas ventajas. Una de ellas es que el abuso sexual de los niños no podía darse sin el conocimiento y el consentimiento tácito de toda la familia. Otra ventaja menos obvia de la forma de vivir de antaño era que a lo largo del ciclo de la vida, del nacimiento a la muerte, el sexo estaba siempre enfrente tuyo, y nadie podía negar que era un aspecto vital, esencial, y poco misterioso de la existencia humana cotidiana.

Y entonces, con el periodo que conocemos como la era victoriana, todo cambió. De pronto, la típica familia de clase media vivía en una morada con múltiples habitaciones. Los niños crecían sin haber presenciado nunca el acto primario. Y, de repente, el sexo se había convertido en algo oculto, privado, misterioso, amenazador y sucio. La era de la represión de la civilización occidental había comenzado.

En esta sociedad reprimida, las mujeres se cubrían del tobillo hasta el cuello, e incluso las patas de los muebles se cubrían con faldones, pues la vista de estas patas incomodaba la sensibilidad delicada de la época. Pero, al mismo tiempo que esta sociedad reprimía el sexo, parece ser que se obsesionó con él. La pornografía, tal y como la conocemos, floreció. La prostitución de menores floreció. Y una ola de abusos a niños se desencadenó a través de las generaciones.

El sexo es una parte natural y esencial de la vida. Una sociedad que no tiene sexo desaparecerá en una generación. Hoy en día nuestra sociedad ha empezado el lento y doloroso proceso para escapar de esta dicotomía patológica entre simultáneamente reprimir y obsesionarse por el sexo. Pero puede que hayamos

escapado de una negación tan solo para caer en una nueva y quizás más peligrosa.

Una nueva represión que gravita en torno a matar y la muerte sigue precisamente en paralelo el patrón establecido por la represión sexual anterior.

A lo largo de la historia el hombre se ha visto rodeado de la muerte personal y del acto de matar. Cuando los miembros de la familia morían a causa de una enfermedad, heridas que no sanaban, o de viejos, morían en el hogar. Cuando morían en algún sitio cercano a la casa, sus cuerpos eran trasladados ahí — cueva, choza, o casucha— y se les preparaba para el entierro familiar.

En un lugar del corazón es una película en la que Sally Field interpreta a una mujer en una pequeña plantación de algodón a principios del siglo xx . Han disparado de muerte a su marido y lo llevan a la casa. Y, repitiendo un ritual que se realiza desde hace innumerables siglos por parte de innumerables esposas, ella lava su cuerpo desnudo con ternura, preparándolo para el entierro mientras las lágrimas discurren por su rostro.

En ese mundo, cada familia mataba y limpiaba a sus animales domésticos. La muerte formaba parte de la vida. Innegablemente, matar era esencial para vivir. Y la crueldad rara vez formaba parte del hecho de matar. La humanidad entendía su lugar en la vida, y respetaba el lugar de las criaturas cuyas muertes eran necesarias para perpetuar la existencia. El indio americano pedía perdón al espíritu del ciervo que mataba, y el agricultor americano respetaba la dignidad de los cerdos que sacrificaba.

Como recoge Garrison Keillor en «La matanza del cerdo», para la mayor parte de gente el sacrificio de animales fue un ritual vital de la actividad cotidiana y estacional hasta la primera mitad del siglo pasado. A pesar de la pujanza de la ciudad, a comienzos del siglo xx la mayor parte de la población, incluso en las sociedades industriales avanzadas, continuó siendo rural. El ama de casa que quería pollo para cenar salía fuera y ella misma le retorció el pescuezo al animal o pedía a sus hijos que lo hicieran. Los niños observaban el sacrificio cotidiano y estacional, y para ellos matar era una cosa seria, sucia y un poco aburrida que todo el mundo hacía porque formaba parte de la vida.

En este entorno no había refrigeración y pocos mataderos, morgues u hospitales. Y en estas condiciones inmemoriales, a lo largo de todo el ciclo de la vida, la muerte y el acto de matar siempre estaban delante de ti —bien como partícipe bien como observador aburrido— y nadie podía negar que era un aspecto vital, esencial y común de la existencia humana cotidiana.

Y entonces, tan solo en las últimas generaciones, todo empezó a cambiar. Los

mataderos y las cámaras frigoríficas nos aislaron de la necesidad de matar a nuestros propios animales. La medicina moderna empezó a curar enfermedades, y cada vez se hizo más raro que muriéramos en la juventud o en la plenitud de la vida, y los asilos, hospitales y morgues nos aislaron de la muerte de las personas ancianas. Los niños empezaron a crecer sin haber entendido nunca de verdad de dónde procedía la comida, y de pronto pareció que la civilización occidental había decidido que matar, matar cualquier cosa, sería una cosa cada vez más oculta, privada, secreta, misteriosa, espantosa y sucia.

El impacto de esto oscila entre lo trivial y lo estrambótico. Al igual que los victorianos vestían con ropa sus muebles para ocultar las patas, ahora las trampas para ratones vienen equipadas con cubiertas para ocultar el acto de matar. Y se producen allanamientos de laboratorios que realizan investigaciones médicas con animales, y los activistas a favor de los derechos de los animales destruyen investigaciones que salvan vidas. Estos activistas, si bien comparten los frutos médicos de su sociedad —frutos que se basan en siglos de investigaciones con animales—, atacan a los investigadores. Chris DeRose, que encabeza el grupo basado en Los Angeles Last Chance for Animals, afirma: «Si la muerte de una sola rata curara todas las enfermedades, no me importaría en absoluto. En el orden de la vida todos somos iguales.»

Con independencia de lo que se mate, esta nueva sensibilidad se siente ofendida. Las personas que llevan abrigo de pieles o prendas de cuero se ven atacadas de forma verbal y física. En este nuevo orden, se condena por racistas (o «especistas») y asesinos a las personas por comer carne. La líder de los derechos de los animales Ingrid Newkirk afirma que «Una rata es un cerdo es un niño», y compara el sacrificio de pollos al Holocausto nazi. «Seis millones de personas murieron en los campos de concentración», afirmó en el *Washington Post*, «pero seis mil millones de pollos morirán este año en los mataderos».

Sin embargo, al mismo tiempo que nuestra sociedad reprime el acto de matar, ha aflorado una nueva obsesión por la descripción de la muerte violenta y brutal y el descuartizamiento de seres humanos. El apetito del público por las películas violentas, en particular las de «sangre y entrañas» como *Natural Born Killers* (Asesinos natos), *Kill Bill*, *Saw*, *Viernes 13*, *Halloween*, y *The Texas Chain Saw Massacre* (La matanza de Texas); el estatus de culto de «héroes» como Jason y Freddy; la popularidad de bandas como Megadeth y Guns N' Roses; la tasa por las nubes de los homicidios y el crimen violento; todo ello forma parte de una dicotomía estrambótica y patológica de represión y obsesión por la violencia de forma simultánea.

El sexo y la muerte son partes esenciales de la vida. Al igual que una sociedad sin sexo desaparecería en una generación, otro tanto le ocurriría a una sociedad en la que no se matara. Cada ciudad importante de nuestro país tiene que exterminar a millones de ratas y ratones para que no se vuelva inhabitable. Y los graneros y silos también tienen que exterminar a millones de ratas y ratones cada año. Si no consiguen hacerlo, los Estados Unidos, en vez de ser el granero del mundo, no serían capaces de alimentar a su pueblo y millones de personas de todo el mundo se enfrentarían a la hambruna.

Es cierto que algunas sensibilidades refinadas de la época victoriana no carecen de valor y benefician a nuestra sociedad, y serían pocos los que abogarían por que regresáramos a la costumbre de dormir en zonas comunes. De forma parecida, aquellos que tienen y defienden la sensibilidad moderna sobre el acto de matar son, por lo general, seres humanos gentiles y sinceros que en gran medida representan las características más idealistas de nuestra especie, y sus preocupaciones tienen un gran valor potencial si las ponemos en perspectiva. A medida que la tecnología nos capacita para masacrar y exterminar a especies completas (incluida la nuestra), resulta vital que aprendamos moderación y autodisciplina. Pero también debemos recordar que la muerte tiene su lugar en el orden natural de la vida.

Parece que cuando una sociedad no tiene procesos naturales (como el sexo, la muerte y matar) a la vista, esa sociedad responde negando y deformando ese aspecto de la naturaleza. Cuando nuestra tecnología nos aísla de un aspecto específico de la realidad, nuestra respuesta social parece ser la de introducirse en sueños estrambóticos sobre aquello de lo huimos. Son sueños tejidos con el material fantasioso de la negación; sueños que pueden convertirse en peligrosas pesadillas sociales a medida que nos adentramos en su tentadora maraña de fantasías.

En la actualidad, incluso cuando estamos despertando de la pesadilla de la represión sexual, nuestra sociedad comienza a hundirse en un nuevo sueño negacionista, el de la violencia y el horror. Este libro supone un intento de arrojar la luz del escrutinio científico sobre el proceso de matar. A. M. Rosenthal nos dice:

La salud de la humanidad no se mide por sus tosidos y estornudos sino por las fiebres del alma. O quizás por algo aún más importante: por la premura y atención que apliquemos contras estas.

Si nuestra historia sugiere la durabilidad de la sinrazón, nuestra experiencia nos enseña que obviarlos supone mostrarse indulgente y mostrarse indulgente equivale a allanar el camino para el triunfo del odio.

«Obviarlos supone mostrarse indulgente». Este es, en consecuencia, un estudio

sobre la agresividad, un estudio sobre la violencia, un estudio sobre el acto de matar. En concreto, se trata de un intento de realizar un estudio científico sobre el acto de matar en el marco de la manera occidental de hacer la guerra y sobre los procesos psicológicos y sociológicos y el precio a pagar cuando los hombres se matan en combate.

Sheldon Bidwell sostenía que un estudio así descansaría por su propia naturaleza en «un terreno peligroso porque la unión entre el soldado y el científico nunca ha ido más allá del flirteo». Pretendo ir hacia el peligro para efectuar no solo una unión seria entre el soldado y el científico, sino *un ménage à trois* provisional entre el soldado, el científico y el historiador.

He combinado estas habilidades para llevar a cabo un programa de toda una vida de investigación del asunto previamente considerado tabú que es el acto de matar en combate. Es mi intención en este estudio abundar en el tabú que supone el acto de matar para ofrecer puntos de vistas novedosos sobre lo siguiente:

- La existencia de una poderosa resistencia innata a matar a un individuo de la propia especie y los mecanismos psicológicos que los ejércitos han desarrollado a lo largo de los siglos para superar esa resistencia.
- El papel de la atrocidad en la guerra y los mecanismos mediante los cuales los ejércitos se empoderan y a la vez se ven atrapados por la atrocidad.
- Qué se siente al matar; el conjunto de etapas de una respuesta estándar ante el acto de matar en combate, y el precio psicológico de matar.
- Las técnicas que se han desarrollado y aplicado con un enorme éxito en el entrenamiento moderno de combate para condicionar a los soldados para que superen la resistencia a matar.
- Cómo el soldado estadounidense en Vietnam fue por primera vez capacitado psicológicamente para matar en un grado mucho mayor que cualquier otro soldado en la historia anterior, para luego negársele el ritual de purificación que es psicológicamente esencial y que existe en todas las sociedades guerreras y, a la postre, ser condenado y acusado por su propia sociedad en un grado sin precedentes en la historia occidental. Y el terrible y trágico precio que los tres millones de veteranos estadounidenses, sus familias y nuestra sociedad han pagado por lo que les hicimos a nuestros soldados en Vietnam.

Una nota personal

Soy un soldado con veintiocho años de servicio. Fui sargento en la 82ª División Aerotransportada, lideré un pelotón en la 9ª División, he sido oficial de Estado Mayor y comandante de compañía en la 7ª División (ligera) de Infantería. Soy paracaidista militar y ranger del ejército. He estado destinado en la tundra del Ártico, las junglas de Centroamérica, el cuartel general de la OTAN, el Pacto de Varsovia, y en innumerables montañas y desiertos. Me gradué en escuelas militares que van desde la XVIII Airborne Corps NCO Academy hasta el British Army Staff College. Me gradué con una diplomatura de Historia *summa cum laude* y con un posgrado Kappa Delta Pi en psicología. He tenido el privilegio de conferenciar junto con el general Westmoreland ante el liderazgo nacional de la Coalición de Veteranos de Vietnam, y serví como primer orador de la sexta convención anual de los Veteranos de Vietnam. He tenido varias responsabilidades académicas, desde consejero en la universidad a profesor de psicología en West Point. Y fui profesor de Ciencia Militar y director del departamento de Ciencia Militar en la universidad estatal de Arkansas.

Pero a pesar de toda mi experiencia, yo, al igual que Richard Holmes, John Keegan, Paddy Griffith y muchos otros que me precedieron en este campo, no he matado nunca en combate. Quizás no podría ser tan desapasionado y objetivo como necesito ser si tuviera que acarrear un lastre de dolor emocional. Pero los hombres cuyas palabras llenan este estudio *sí han matado*.

A menudo, lo que compartían conmigo era algo que nunca habían compartido con nadie. Como consejero, he visto cómo me enseñaban; y considero una verdad fundamental de la naturaleza humana que, cuando alguien retiene algo traumático, esto puede causar un gran daño. Compartir algo con alguien sirve para ponerlo en perspectiva; pero si te lo guardas dentro, tal y como lo formuló una vez uno de mis estudiantes de psicología, «te come vivo de dentro afuera». Además, existe un gran valor terapéutico en la catarsis que llega cuando uno abre las ventanas y deja que entre la luz. La esencia del asesoramiento psicológico es que el dolor compartido es dolor dividido, y hubo mucho dolor compartido durante estas etapas.

El objetivo último de este trabajo es descubrir la dinámica de matar, pero mi motivación esencial ha sido ayudar para derribar el tabú de matar que impedía que estos hombres, y muchos millones como ellos, pudieran compartir su dolor. Y luego para emplear el conocimiento adquirido para entender, primero, los mecanismos que posibilitan la guerra y, segundo, la causa de la oleada actual de

crímenes violentos que está destruyendo nuestra nación. Si lo he conseguido, ello obedece a la ayuda que me han brindado los hombres cuyas historias se recogen aquí.

Muchas copias de los primeros borradores de esta obra circularon durante años en la comunidad de veteranos de Vietnam con anterioridad a su primera publicación, y muchos veteranos editaron concienzudamente y comentaron estos borradores. Muchos de estos veteranos leyeron el libro y lo compartieron con sus esposas. Y, entonces, estas esposas lo compartieron con otras esposas y estas esposas lo compartieron con sus maridos y así sucesivamente. Muchas veces los veteranos y/o sus mujeres se pusieron en contacto conmigo para decirme que el libro les servía para entender y comunicar lo que había ocurrido en combate. De su dolor ha surgido la comprensión, y de esa comprensión el poder para curar vidas y, quizás, curar a una nación que está siendo consumida por la violencia.

Los hombres cuyos relatos personales aparecen en este estudio son hombres nobles y valientes que confiaron a otros sus experiencias para contribuir al acervo de conocimiento humano. Pero mataron para salvar sus vidas y las vidas de sus camaradas, y mi admiración y afecto por ellos y sus hermanos son muy reales. El poema de Jon Masefield «Una consagración» sirve como mejor dedicatoria que lo que yo hubiera podido escribir. La excepción a esta admiración reside, por supuesto, en el apartado «Matar y atrocidades».

Dada mi tendencia a obviar los eufemismos y mi empeño en hablar clara y clínicamente de «los que matan» y «las víctimas», si el lector percibe en estas cosas un juicio moral o un repudio de las personas involucradas, quiero dejar meridianamente claro que esto no es el caso.

Generaciones de estadounidenses han padecido un gran trauma y horror físico y psicológico para darnos nuestras libertades. Hombres como los que se citan en este estudio siguieron a Washington, estuvieron codo con codo con Crockett y Travis en el Álamo, pusieron fin a la iniquidad de la esclavitud, y detuvieron el mal sanguinario de Hitler. Acudieron a la llamada de su nación sin hacer cálculos sobre los costes. Como soldado con casi un cuarto de siglo de servicio, me enorgullece haber mantenido en menor medida el estándar de sacrificio y dedicación que estos hombres representan. Y nunca les haría daño o mancillaría ni su recuerdo ni su honor. Douglas MacArthur lo dijo acertadamente: «Con independencia de lo horrible que puedan ser los incidentes de una guerra, el soldado llamado a ofrecer y dar su vida por este país es la expresión más noble de la humanidad.»

Los soldados cuyos relatos conforman el alma y el corazón de esta obra

entendieron la esencia de la guerra. Son héroes tan grandes como cualquier héroe que podamos encontrar en la *Ilíada* y, sin embargo, las palabras que leerás aquí, sus propias palabras, destruyen el mito de los guerreros y la guerra como algo heroico. El soldado entiende que hay veces cuando todos los otros han fallado y entonces tiene que «pagar la cuenta del carnicero» y luchar, sufrir, y morir para arreglar los errores de los políticos y cumplir la «voluntad del pueblo».

«El soldado por encima de las demás personas», dijo MacArthur, «reza por la paz, porque ellos tienen que sufrir y acarrear con las heridas y cicatrices más profundas de la guerra.» Hay sabiduría en las palabras de estos soldados. Hay sabiduría en estas historias de «un puñado de ceniza, un bocado de moho./ De los mutilados, los tullidos y los ciegos en la lluvia y el frío.» Hay sabiduría, y haríamos bien si la escucháramos.

Al igual que no deseo condenar a aquellos que mataron en un combate lícito, tampoco quiero juzgar a los muchos soldados que eligieron *no* matar. Hay muchos soldados así; de hecho, ofreceré pruebas de que, en muchas circunstancias históricas, los que no disparaban suponían la mayoría de los que estaban en la línea de fuego. Como soldado que podía haber estado a su lado no puedo sino sentirme consternado por su incapacidad para apoyar a la causa, su nación y sus compatriotas; pero como ser humano que ha entendido parte de la carga que han tenido que soportar y el sacrificio que han hecho, no puedo sino sentirme orgulloso de ellos y de la característica noble que representan en nuestra especie.

El asunto de matar provoca que la mayoría de las personas sanas se sienta a disgusto, y algunos de los asuntos concretos y temas que se abordarán serán repulsivos y ofensivos. Son cosas que preferiríamos evitar. Sin embargo, Carl von Clausewitz nos avisó de que «no sirve a ningún propósito, resulta incluso contrario a los mejores intereses de uno mismo, evitar considerar un asunto porque el horror de sus elementos suscita repugnancia». Bruno Bettelheim, superviviente de los campos de la muerte nazis, defiende que el origen de nuestro fracaso a la hora de tratar la violencia yace en nuestro rechazo a encararla. Negamos nuestra fascinación por la «belleza oscura de la violencia», y condenamos la agresión y la reprimimos en vez de mirarla a la cara para entenderla y controlarla.

Y, por último, pido disculpas ahora mismo si en mi hincapié en el dolor de los que matan no trato suficientemente el dolor de las víctimas. «El que aprieta el gatillo», escriben Allen Cole y Chris Bunch, «nunca sufre tanto como la persona

destinaria». Es la existencia del dolor y de la pérdida de la víctima lo que reverbera para siempre en el alma del que ha matado, lo que se encuentra en el fondo de su dolor. Leo Frankowski nos dice que «las culturas desarrollan ángulos ciegos, cosas sobre las que ni siquiera piensan porque *saben* de verdad cómo son». Verdaderamente, somos, tal y como me dijo un veterano, «vírgenes que estudian el sexo», pero ellos nos pueden enseñar lo que aprendieron pagando un enorme precio. Mi objetivo estriba en comprender la naturaleza psicológica de matar en combate e indagar en las heridas y cicatrices emocionales de aquellos hombres que respondieron a la llamada de su nación y administraron la muerte al enemigo o eligieron pagar el precio de no hacerlo.

Hoy más que nunca debemos superar nuestra repugnancia para comprender, como nunca antes habíamos comprendido, por qué los hombres luchan y matan. Y, lo que es igualmente importante, cuál es la razón de que no lo hagan. Solo sobre la base de una comprensión de este aspecto definitivo y destructivo del comportamiento humano podemos esperar influenciarlo de forma que podamos asegurar la supervivencia de nuestra civilización.¹

¹ . Ni siquiera existe un nombre para el estudio específico del acto de matar. «Necrología» sería el estudio de los muertos, y «homicidiología» tendría las connotaciones indeseadas de asesinato. Quizás, y para este estudio, deberíamos plantearnos acuñar un término análogo a «suicidología» y «sexología», ambos de uso reciente para designar el estudio legítimo de estos campos concretos. En inglés, el término elegido es «killology», la «ciencia de matar» .

I Matar y la existencia de la resistencia: un mundo de vírgenes que estudian el sexo

En consecuencia, resulta razonable creer que el individuo sano medio —el hombre que puede soportar el estrés mental y físico del combate— sigue teniendo una resistencia interior normalmente latente al acto de matar a su semejante, de forma que no tomará la vida de otro por voluntad propia si es posible rehuir esa responsabilidad ... En el momento crítico, se convierte en un objetor de conciencia sin saberlo.

S. L. A. Marshall, *Men Against Fire*

Entonces levanté con cautela la parte superior de mi cuerpo adentrándome en el túnel hasta quedarme tendido sobre mi estómago. Cuando me sentí cómodo, coloqué mi Smith & Wesson del calibre .38 con cañón corto (que mi padre me había enviado para el trabajo en los túneles) junto a la linterna y encendí la luz iluminando todo el túnel.

Ahí, a una distancia que no llegaba a los cinco metros, estaba sentado un Viet Cong comiendo un puñado de arroz de una cartuchera que tenía en la falda. Nos miramos el uno al otro durante lo que pareció ser una eternidad, pero que probablemente fueron unos pocos segundos.

Quizás fue la sorpresa de encontrar realmente a alguien más ahí, o quizás se trató de la inocencia absoluta de la situación, pero ninguno de los dos reaccionamos.

Tras un instante, depositó su cartuchera con arroz en el suelo, me dio la espalda y comenzó a alejarse lentamente gateando. Yo, por mi parte, apagué mi linterna, antes de deslizarme al túnel inferior para regresar a la entrada. Unos veinte

minutos más tarde nos enteramos de que otro escuadrón había matado a un VC cuando emergía de un túnel que estaba a unos quinientos metros.

Nunca dudé sobre la identidad de ese VC. Hasta el día de hoy, sigo creyendo que ese machaca y yo podríamos haber puesto fin antes a la guerra con un par de cervezas en Saigón que Henry Kissinger acudiendo a las negociaciones de paz.

Michael Kathman, «Triangle Tunnel Rat»

Nuestro primer paso en el estudio del acto de matar consiste en entender la existencia, alcance, y la naturaleza de la resistencia del ser humano medio a matar a sus semejantes. En este capítulo intentaremos hacerlo.

Cuando empecé a entrevistar a los veteranos de combate como parte de mi investigación, estuve debatiendo algunas de las teorías psicológicas relativas al trauma en combate con un viejo sargento gruñón. Se rio despectivamente y dijo: «Esos cabrones no saben nada sobre eso. Son como un mundo de vírgenes que estudian el sexo y no tienen nada más que las guíe que las películas porno. Y sí que es como el sexo, porque en realidad las personas que lo hacen sencillamente no hablan sobre el asunto.»

En cierto sentido, el estudio del acto de matar en combate resulta muy parecido al estudio del sexo. Matar es un acontecimiento privado, íntimo, de una intensidad abrumadora, en el que el acto destructivo se convierte psicológicamente en algo muy parecido al acto de la procreación. Para aquellos que nunca lo han experimentado, la descripción de la batalla que nos ha ofrecido Hollywood, y la mitología cultural en la que esta se basa, resultan tan útiles para entender el acto de matar como lo serían las películas pornográficas para entender la intimidad de una relación sexual. Un observador virgen aprendería con éxito la mecánica del sexo viendo películas x , pero él o ella nunca podrían esperar comprender la intimidad y la intensidad de la experiencia de procrear.

Como sociedad, nos fascina tanto matar como el sexo; quizás más porque estamos saturados de sexo y tenemos una base relativamente sólida de experiencia individual en esta área. Muchos niños, cuando ven que soy un soldado condecorado, me preguntan en seguida: «¿Alguna vez mataste a alguien?» o «¿A cuánta gente has matado?».

¿De dónde sale esta curiosidad? Robert Heinlein escribió una vez que la plenitud de la vida consistía en «amar a una buena mujer y matar a un hombre malo». Si existe en nuestra sociedad un interés tan fuerte por el acto de matar, y si se equipara para muchos con un acto de masculinidad equivalente al sexo, ¿por qué no se ha estudiado este acto destructivo de forma tan específica y sistemática como el acto de procrear?

A lo largo de los siglos hubo unos pocos pioneros que sentaron las bases para un estudio así, y en este capítulo intentaremos revisarlos. Quizás el mejor punto de partida sea S.L.A. Marshall, el más grande e influyente de estos pioneros.

Con anterioridad a la segunda guerra mundial, se daba por hecho que el soldado medio mataría en combate simplemente porque su país y sus líderes le habían dicho que lo hiciera, y porque era esencial defender su propia vida y la de sus amigos. Cuando llegó el momento en que ese soldado medio no mató, se asumió que había entrado en pánico y había echado a correr.

Durante la segunda guerra mundial, el general de brigada S.L.A. Marshall preguntó a estos soldados medios qué es lo que habían hecho en la batalla. Su inesperado descubrimiento fue que, de cada cien hombres en la línea de fuego durante el episodio de un encuentro, una media de 15 o 20 «participaron con sus armas». Dicha cifra se daba invariablemente «con independencia de si la acción duraba uno, dos o tres días».

Marshall era un historiador del ejército de Estados Unidos asignado al frente del Pacífico durante la segunda guerra mundial, y más tarde se convirtió en el

historiador oficial del frente de operaciones europeo. Disponía de un equipo de historiadores que trabajaban para él, y estos basaron sus conclusiones en un ingente número de entrevistas individuales a miles de soldados en más de cuatrocientas compañías de infantería, en Europa y el Pacífico, inmediatamente después de haber estado en combate cuerpo a cuerpo con tropas alemanas y japonesas. Los resultados eran los mismos de forma consistente: solo del 15 al 20 por ciento de los fusileros estadounidenses en combate durante la segunda guerra mundial dispararon al enemigo. Aquellos que no dispararon no salieron corriendo o se escondieron (en muchos casos corrieron muchos riesgos para rescatar a sus camaradas, conseguir munición o llevar mensajes), sino que simplemente no dispararon sus armas contra el enemigo, incluso cuando se veían atacados por diferentes oleadas de cargas banzai.¹

La pregunta es: ¿por qué estos hombres no dispararon? Cuando empecé a examinar esta cuestión desde el punto de vista de historiador, psicólogo y soldado, empecé a darme cuenta de que faltaba un factor fundamental en la comprensión del acto de matar en combate, un factor que da respuesta a esta pregunta y mucho más. Este factor que faltaba es el hecho sencillo y demostrable de que existe, en la mayoría de los hombres, una resistencia intensa a matar a sus semejantes. Se trata de una resistencia tan arraigada que, en muchas circunstancias, los soldados en el campo de batalla morirán antes de superarla.

Para algunos esto resulta «obvio». «Por supuesto que es difícil matar a alguien», dirían. «Yo no sería capaz de hacerlo.» Pero se equivocan. Con el condicionamiento y las circunstancias adecuadas, parece ser que casi cualquiera puede matar y lo hará. Otros pueden decir que «cualquier hombre matará en combate cuando se enfrenta a alguien que intenta matarle». Y se equivocarían mucho más, porque en esta sección evidenciaremos que, a lo largo de la historia, la mayoría de los hombres en el campo de batalla no intentó matar al enemigo, ni siquiera para salvar su propia vida o las de sus amigos.

¹ . Ha habido una controversia considerable en relación con la calidad de la investigación de Marshall en esta área. Algunos escritores modernos (como Harold Leinbaugh, autor de *The Men of Company K*), se muestran particularmente vehementes en su creencia de que la tasa de disparos durante la segunda guerra mundial fue significativamente más alta de lo que Marshall afirmó. Sin embargo, veremos que por todas partes mi investigación ha descubierto información que corroboraría la tesis esencial de Marshall, si no su porcentaje exacto. Las investigaciones de Paddy Griffith sobre la tasa de muertes provocadas por los regimientos de infantería en las batallas napoleónicas y de la Guerra Civil estadounidense; los estudios de Ardant du Picq; las investigaciones de soldados y estudiosos tales como el coronel Dyer, el coronel Gabriel, el coronel Holmes, y el general Kinnard; y las observaciones de veteranos de la primera y segunda guerra mundial como el coronel Mater y el sargento Roupell —todas ellas corroboradas por las conclusiones de Marshall—.

Sin lugar a dudas, este asunto requiere más investigación y estudio, pero no alcanzaría a entender la razón

por la que estos investigadores, escritores y veteranos alterarían la verdad. Sí puedo, sin embargo, comprender y apreciar las muy encomiables emociones que moverían a los hombres a sentirse ofendidos por cualquier cosa que pudiera asemejarse a mancillar el honor de esos soldados de infantería que sacrificaron tanto en el pasado de nuestra (o cualquier otra) nación.

Las últimas descargas de esta batalla en curso estaban del lado de Marshall. Su nieto, John Douglas Marshall, recoge en su libro *Reconciliation Road* una de las refutaciones más interesantes y convincentes. John Marshall fue objetor de conciencia durante la guerra de Vietnam y fue completamente repudiado por su abuelo. No tenía razón para querer a su abuelo, pero concluye en su libro que la mayor parte de lo que escribió S. L. A. Marshall «resulta todavía válido, si bien muchas cosas de su manera de vivir merecen crítica».

1 Luchar o huir, postura o sumisión

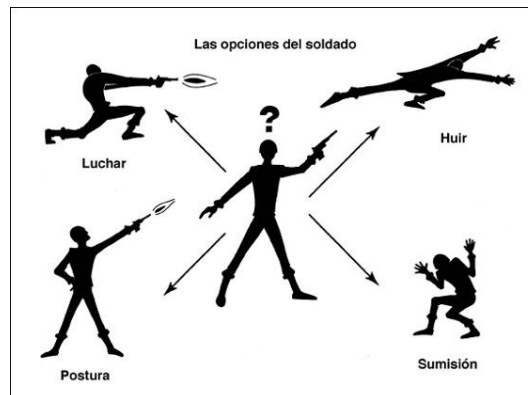
Una de las raíces de nuestra equivocación en torno a la psicología del campo de batalla estriba en una mala aplicación del modelo luchar-o-huir ante el estrés del combate. Este modelo sostiene que, ante el peligro, una serie de procesos fisiológicos y psicológicos preparan y apoyan a la criatura en peligro para o bien luchar o bien huir. La dicotomía luchar-o-huir resulta un conjunto apropiado de opciones para cualquier criatura que se enfrenta a un peligro *distinto* al que proviene de su propia especie. Cuando examinamos la respuesta de las criaturas que se enfrentan a la agresión de su propia especie, el conjunto de opciones se expande para incluir la postura y la sumisión. Esta aplicación del patrón de respuestas intraespecies en el reino animal (es decir, luchar, huir, postura y sumisión) a la guerra humana es, hasta donde yo sé, completamente nuevo.

La primera decisión en un conflicto intraespecies suele centrarse en huir o adoptar una postura. Un babuino amenazado o un gallo que decide mantenerse firme no responde a la agresión de uno de su especie lanzándose instantáneamente a la yugular de su enemigo. Por el contrario, ambas criaturas se enzarzan instintivamente en una serie de posturas que, si bien son intimidatorias, *casi siempre resultan inofensivas*. Estas acciones buscan convencer al oponente, tanto mediante la vista como el sonido, de que el que hace el postureo es un adversario peligroso y aterrador.

Cuando el actor del postureo no consigue disuadir a un oponente de su misma especie, las opciones entonces son luchar, huir o someterse. Cuando se opta por la opción de luchar, *casi nunca es a muerte*. Konrad Lorenz señaló que las pirañas y las serpientes de cascabel morderán a cualquier cosa pero, entre animales de la misma especie, las pirañas luchan con golpes con sus colas y las serpientes de cascabel forcejean. Por lo general, en algún momento de estas luchas tan acotadas y no letales, uno de estos oponentes intraespecies se sentirá intimidado por la fiereza y el arrojo de su oponente y, entonces, sus únicas opciones serán la sumisión o la huida. La sumisión resulta ser una respuesta sorprendentemente común, que adopta la forma de mostrarse servil y mostrar alguna parte vulnerable de la anatomía al vencedor, con el conocimiento instintivo de que el oponente no matará o infligirá más daño a uno de su especie toda vez que este se ha rendido. La postura, la lucha de mentirijillas y el proceso de sumisión son vitales para la supervivencia de las especies. Previene muertes innecesarias y garantiza que un macho joven sobrevivirá a las primeras confrontaciones cuando sus oponentes son más grandes y están mejor

preparados. Cuando comprueba que su oponente le gana en la postura, puede someterse y vivir para aparearse, transmitiendo sus genes años más tarde.

Existe una clara distinción entre la violencia y la postura. El psicólogo social de Oxford Peter Marsh señala que lo vemos en las pandillas de Nueva York, en «los denominados guerreros y miembros de tribus primitivas», y resulta cierto en casi cualquier cultura del mundo. Todas comparten el mismo «patrón de agresión» y todas tienen patrones de posturo, lucha de mentirijillas y sumisión «bien diseñados y altamente ritualizados». Estos rituales coartan y centran la violencia en posturas y exhibiciones relativamente inofensivas. Lo que se crea es una «ilusión de violencia perfecta». Agresión, sí. Competitividad, sí. Pero solo «un nivel ínfimo» de violencia real.



«Siempre hay», concluye Gwynne Dyer, «el psicópata esporádico que realmente quiere cortar a alguien en rodajas», pero a la mayoría de los contendientes lo que realmente les interesa es «el estatus, la exhibición, el provecho, y la contención de los daños». Al igual que sus contemporáneos en tiempos de paz, para los chicos que han participado en combates cuerpo a cuerpo a lo largo de la historia (y son chicos, o varones adolescentes, los que la mayoría de las sociedades envía tradicionalmente para que luchen en su nombre), matar al enemigo era la menor de sus intenciones. En la guerra, al igual que en las guerras de pandillas, el objetivo estriba en adoptar una postura amenazante.

En esta narración de Paddy Griffith sacada de su libro *Battle Tactics of the Civil War* (tácticas de batalla de la Guerra Civil), vemos el uso efectivo de una postura verbal amenazante en los tupidos bosques de la batalla de la espesura de la Guerra de Secesión estadounidense:¹

No se veía a los que gritaban, y una compañía podía hacerse pasar por un regimiento si gritaba lo suficientemente fuerte. Los hombres hablaron más tarde de varias unidades en ambos bandos que habían sido descolocadas de sus posiciones «a gritos».

En estos casos de unidades descolocadas de sus posiciones a gritos, vemos la adopción de una postura amenazante en su forma más eficaz, con el resultado de que el oponente selecciona la opción de huida sin ni siquiera intentar la opción de lucha.

Añadir las opciones de postura y sumisión al modelo estándar de agresión luchar-o-huir ayuda a entender muchos de los actos en el campo de batalla. Cuando un hombre está asustado, deja de pensar con su cerebro anterior (es decir, con la mente de un ser humano), y comienza a pensar con su cerebro medio (es decir, con la porción de su cerebro que básicamente resulta indistinguible de la de un animal); y, en la mente de un animal el que hace el ruido más alto o se hincha más es el que gana.

Vemos el postureo en los cascos con penachos de los antiguos griegos y romanos, que permitía a los que los llevaban parecer más altos y, por tanto, más fieros a ojos de sus enemigos, mientras que la armadura pulida hasta hacerla brillar los hacía parecer más fornidos y radiantes. Estos penachos alcanzaron su punto álgido en la historia moderna durante la época napoleónica, cuando los soldados llevaban uniformes de colores vivos y unos morriones altos e incómodos llamados chacó, que no servían para ningún propósito salvo el de hacer que el que lo llevaba pareciera y se sintiera una criatura más alta y peligrosa.

De igual manera, los hombres en la batalla exhiben los rugidos de dos bestias que adoptan posturas amenazantes. A lo largo de los siglos, los gritos de guerra de los soldados han hecho que la sangre de sus oponentes se congelara. Ya sea el grito de guerra de una falange griega, el «¡hurra!» de la infantería rusa, el gemido de las gaitas escocesas, o el grito rebelde en la Guerra de Secesión estadounidense, los soldados siempre han buscado instintivamente atemorizar al enemigo a través de medios no violentos antes del contacto físico, a la vez que se animaban los unos a los otros, se inculcaban su propia ferocidad y acallaban el grito desagradable del enemigo.

Se puede encontrar un equivalente al mencionado episodio de la Guerra de Secesión en el siguiente relato de la participación de un batallón francés en la defensa de Jipyeong-ri durante la guerra de Corea:

Los soldados chinos formaron a unos cien o doscientos metros enfrente de la pequeña colina que ocupaban los franceses, y entonces lanzaron el ataque, haciendo sonar silbatos y cornetas y corriendo con las bayonetas caladas. Cuando comenzó el ruido, los soldados franceses comenzaron a hacer sonar con una manivela una sirena de mano que tenían, y un escuadrón comenzó a correr hacia los chinos, gritando y lanzando granadas hacia delante y a los lados. Cuando las dos fuerzas se encontraban a unos veinte metros de distancia, de repente los chinos dieron media vuelta y corrieron en dirección opuesta. Todo se había

acabada en un minuto.

De nuevo vemos un episodio en el que la postura amenazante (que incluye sirenas, explosiones de granadas y la carga con bayonetas) por parte de una fuerza pequeña fue suficiente para conseguir que una fuerza enemiga numéricamente superior optara apresuradamente por la opción de huir.

Con la llegada de la pólvora, el soldado dispone de uno de los mejores medios para ejercer una postura amenazante. «Una y otra vez», señala Paddy Griffith:

Leemos sobre regimientos [durante la Guerra de Secesión] disparando ráfagas de forma descontrolada, una vez que habían comenzado, hasta agotar toda la munición o el entusiasmo. Disparar era una acción tan positiva, y otorgaba a los hombres tal desahogo físico de sus emociones, que fácilmente prevalecían los instintos por encima de la instrucción y las órdenes de los oficiales.

El ruido superior de la pólvora, su habilidad superior para mostrar una postura amenazante, hizo que prevaleciera en el campo de batalla. El arco largo se hubiera seguido empleando en las guerras napoleónicas si el cálculo desapasionado de la efectividad de matar hubiera sido lo que importaba, pues la cadencia de disparos del arco largo y su precisión eran mucho mayores que los de un mosquete de ánima lisa. Pero un hombre asustado, que piensa con su cerebro medio y va haciendo «doin, doin, doin» con un arco, no tiene ninguna posibilidad contra un hombre igualmente asustado que va haciendo «¡pam, pam!» con un mosquete.

Disparar un mosquete o un rifle colma claramente la profunda necesidad de ejercer una postura amenazante, e incluso cumple con el requisito de ser relativamente inofensivo si tenemos en cuenta la consistencia de casos históricos de disparos por encima de la cabeza del enemigo, y la llamativa ineffectividad de este tipo de disparo.

Ardant du Picq fue uno de los primeros en documentar la tendencia común entre los soldados a disparar al aire sin causar daño alguno simplemente por el hecho de disparar. Du Picq realizó una de las primeras investigaciones concienzudas sobre la naturaleza del combate con un cuestionario que se distribuyó a los oficiales franceses en la década de 1860. La respuesta de uno de los oficiales a du Picq afirmaba con franqueza que «más de un soldado dispara al aire cuando las distancias son grandes»; mientras que otro señalaba que «un cierto número de nuestros soldados disparaban prácticamente al aire, sin apuntar a nada, al parecer para aturdirse, para acabar ebrios de fuego de fusil durante esta crisis fascinante».

Paddy Griffith se suma a du Picq al observar que los soldados en la batalla sienten una necesidad urgente de disparar sus armas incluso cuando (quizás,

precisamente cuando) no pueden causar ningún daño al enemigo. Griffith señala:

Incluso en los mencionados «mataderos», como Bloody Lane, Marye's Heights, Kennesaw, Spotsylvania y Cold Harbor, una unidad que atacaba no solo podía llegar muy cerca de la línea defensa, sino que podía estar ahí durante horas, e incluso días, de una vez. La mosquetería de la Guerra de Secesión, por tanto, no poseía el poder de matar a grandes números de hombres, incluso en formaciones muy densas, a larga distancia. En la distancia corta sí podía, y de hecho lo hizo, matar a grandes números, *pero no de forma rápida* [la cursiva es mía].

Griffith estima que el promedio de fuego de un regimiento napoleónico o de la Guerra de Secesión (que oscilaba de doscientos a mil hombres) que disparara a un enemigo expuesto a una distancia media de veinticinco metros, tenía por lo general el resultado de alcanzar a *tan solo uno o dos hombres por minuto*. Estas luchas con disparos «se alargaban hasta que el cansancio hacía acto de presencia o la noche ponía fin a las hostilidades. Las víctimas crecían porque la lucha duraba mucho, y no porque el fuego fuera particularmente letal».

Así que vemos que el fuego de armas de la época napoleónica y de la Guerra de Secesión era increíblemente ineficaz. Esto no implica un fallo del armamento. En su libro *Soldiers*, John Keegan y Richard Holmes nos narran un experimento prusiano a finales del siglo XVIII en el que un batallón de infantería disparó con mosquetes de ánima lisa a un objetivo de treinta metros de ancho y dos metros de altura que representaba a una unidad enemiga. El resultado fue de un 25 por ciento de aciertos a doscientos metros, un 40 por ciento a ciento veinticinco metros, y un 60 por ciento a sesenta y cinco metros. Esto representaba el poder letal potencial de esta unidad. La realidad se demostró en la Batalla de Belgrado en 1717, cuando «dos batallones imperiales aguardaron a disparar hasta que los turcos estaban a solo treinta pasos de distancia. Cuando dispararon solo alcanzaron a treinta y dos turcos, y pronto fueron derrotados».

Algunas veces el fuego era completamente inocuo, como observó Benjamin McIntyre en su relato de primera mano sobre el tiroteo nocturno completamente incruento que tuvo lugar en Vicksburg en 1863. «Parece extraño», escribió McIntyre, «que una compañía de hombres pueda disparar una descarga tras otra a un número igual de hombres sin causar ni una sola baja. Y, sin embargo, estos son los hechos en este caso.» La mosquetería de la época de la pólvora negra no siempre era tan ineficaz, si bien una y otra vez la media resulta ser de tan solo uno o dos hombres alcanzados por minuto.

(El fuego de cañón, como el de las ametralladoras en la segunda guerra mundial es otra cosa distinta por completo, pues a veces suponía más del 50 por ciento de las bajas en el campo de batalla de pólvora negra; y el fuego de

artillería ha supuesto de forma consistente la mayor parte de las bajas en combate en el siglo xx . Esto obedece a los procesos en grupo que operan con un cañón, ametralladora u otras armas de fuego de manejo en equipo. Este asunto se tratará con más detenimiento en la sección titulada «Una anatomía del acto de matar».)

Los mosquetes de avancarga podían disparar de uno a cinco disparos por minuto, dependiendo de la habilidad del tirador y el estado del arma. Con un potencial de la tasa de aciertos superior al 50 por ciento a la distancia media de combate de esa época, la tasa de bajas debería haber sido de cientos por minuto, en vez una o dos. El eslabón débil entre el potencial para matar y la capacidad de matar de estas unidades era el soldado. El hecho es que, enfrentada a un oponente vivo que respira en vez de a dianas, una mayoría significativa de los soldados revierte al modo de la postura y dispara por encima de la cabeza de su enemigo.

En su soberbio libro *Acts of War* , Richard Holmes examina la tasa de aciertos de los soldados en varias batallas históricas. En Rorkes Drift en 1897, un pequeño grupo de soldados británicos se vio rodeado y claramente superado en número por los zulús. Disparando una ronda tras otra contra el grueso de las filas enemigas a quemarropa, parecería que ninguna bala podría fallar. Pero Holmes estima que, en realidad, se dispararon aproximadamente trece balas por cada acierto.

De igual manera, los hombres del general Crook dispararon 25.000 balas en Rosebud Creek el 16 de junio de 1876, con el resultado de 99 bajas entre los indios, o 252 balas por acierto. Y en la defensa francesa desde posiciones fortificadas durante la batalla de Weissenburg en 1870, los franceses que disparaban a los soldados alemanes que avanzaban a campo abierto dispararon 48.000 balas alcanzando a 404 alemanes, con una tasa de acierto de 1 por cada 119 balas disparadas. (Y algunas, o posiblemente la mayoría, de las bajas se debieron al fuego de artillería, lo que hace que la capacidad mortífera de los franceses sea aún más sorprendente.)

El sargento George Roupell se encontró con el mismo fenómeno cuando lideraba un pelotón británico durante la primera guerra mundial. Afirmó que la única manera para impedir que sus hombres dispararan al aire fue desenvainar su espada y caminar por la trinchera, «golpeando a los hombres en la espalda y, cuando obtenía su atención, diciéndoles que dispararan más bajo». Y encontramos también esta tendencia en los tiroteos en Vietnam, donde se dispararon más de cincuenta mil balas por cada enemigo abatido.² «Una de las

cosas que me sorprendió», señala Douglas Graham, un médico de combate en la Primera División de Marines en Vietnam que tuvo que gatear bajo fuego enemigo y amigo para ayudar a los soldados heridos, «fue cuántas balas se pueden disparar en un enfrentamiento armado sin que nadie resulte herido».

El interés de las tribus primitivas por la postura en detrimento de la lucha en tiempos de guerra es por lo general un caso demasiado flagrante. Richard Gabriel señala que las tribus primitivas de Nueva Guinea eran muy certeras con los arcos y flechas que empleaban para cazar, pero cuando iban a la guerra los unos contra los otros quitaban las plumas del dorso de sus arcos, y era tan solo con estos arcos imprecisos con los que libraban la guerra. De la misma manera, los amerindios consideraban el «golpe que cuenta», o simplemente tocar al enemigo, como algo más importante que matar.

Esta tendencia puede verse en las raíces de la forma occidental de librar la guerra. Sam Keen destaca que al profesor Arthur Nock de Harvard le gustaba decir que las guerras entre las ciudades Estado «eran tan solo un poco más peligrosas que un partido de fútbol americano». Y Ardant du Picq apunta que, en todos sus años de conquista, Alejandro Magno perdió tan solo a setecientos hombres pasados por la espada. Su enemigo perdió muchísimos más, pero casi siempre esto ocurría *tras* la batalla (que, al parecer, no era más que un torneo casi incruento de empujones), cuando los soldados enemigos se daban la vuelta y empezaban a correr. Carl von Clausewitz apunta lo mismo cuando señala que, históricamente, la inmensa mayoría de bajas en combate se daban en la persecución una vez que uno u otro había ganado la batalla. (El porqué de esto se examinará en detalle en la sección «Matar y la distancia física».)

Tal y como veremos, las técnicas modernas de adiestramiento y condicionamiento pueden superar parcialmente la inclinación a la postura. De hecho, la historia de la guerra puede verse como la historia de mecanismos cada vez más efectivos para habilitar y condicionar a los hombres para que superen su resistencia innata a matar a sus congéneres. En muchas circunstancias, soldados modernos altamente adiestrados han luchado contra fuerzas guerrilleras mal adiestradas, y la tendencia de las fuerzas mal preparadas a adoptar instintivamente mecanismos de posturo (como, por ejemplo, disparar hacia arriba) ha otorgado una ventaja significativa para la fuerza altamente adiestrada. Jack Thompson, un veterano de Rodesia, vio el mismo proceso en el combate contra fuerzas no adiestradas. En Rodesia (hoy en día Zimbabue), Jack Thompson señala que su acción inmediata consistía en «soltar nuestros petates y asaltar disparando ... *siempre* . La razón era porque las guerrillas no eran

capaces de disparar de forma efectiva, y sus balas se iban hacia arriba. Podíamos rápidamente establecer una superioridad en el fuego, y rara vez perdíamos a un hombre.»

Esta superioridad psicológica y técnica en el adiestramiento y la habilitación para matar continúa siendo un factor vital en la guerra moderna. Se puede ver en la invasión británica de las Malvinas y en la invasión estadounidense de Panamá en 1989, en las que el éxito tremendo de los invasores y la llamativa disparidad en la tasa de muertes puede en parte ser explicada por el grado y calidad del adiestramiento de las distintas fuerzas. Esto también se ve en las largas guerras en Iraq y Afganistán, en las que las fuerzas de Estados Unidos y la OTAN tenían tal ventaja en los enfrentamientos armados que el enemigo tan solo conseguía infligir bajas mediante «artefactos explosivos improvisados», que solían conocerse como bombas trampas.

Errar el objetivo no implica necesariamente disparar descaradamente arriba, y dos décadas en los campos de tiro del ejército me han enseñado que un soldado tiene que disparar inusualmente hacia arriba para que sea obvio para el observador. En otras palabras, el fallo deliberado puede ser una forma sutil de desobediencia.

Uno de los mejores ejemplos de un fallo intencional lo encontramos en mi abuelo John, quien había sido asignado a un pelotón de ejecución durante la primera guerra mundial. Una fuente principal de su orgullo de sus días como veterano era que había sido capaz de *no* matar mientras formaba parte de ese pelotón de ejecución. Sabía que las órdenes serían «preparados, apunten, fuego», y sabía que, si apuntaba al prisionero a la orden de «apunten», le daría al objetivo al que apuntaba cuando se diera la orden de «fuego». Su respuesta era apuntar a un punto un poco alejado del prisionero a la orden de «apunten», lo que le permitía errar cuando apretaba el gatillo a la orden de «fuego». Mi abuelo fanfarroneó el resto de su vida por haber sido de esta forma más listo que el Ejército. Por supuesto que otros en el pelotón de ejecución mataban al prisionero, pero él tenía la conciencia tranquila. De igual forma, al parecer generaciones de soldados ganaron la partida a los poderes fácticos, de forma intencionada o instintivamente, simplemente ejerciendo el derecho del soldado a errar el tiro.

Otro ejemplo excelente de soldados que ejercen su derecho a errar el tiro es este relato de un mercenario y periodista que acompañó a una unidad de la Contra de Edén Pastora (alias Comandante Cero) en una emboscada contra una lancha fluvial civil en Nicaragua:

Nunca olvidaré las palabras de Surdo cuando imitaba una arenga de Pastora previa a una batalla, en la que le decía a la formación al completo: «Si mata una mujer, mata una piricuaco; si mata un niño, mata un piricuaco».

Piricuaco es un término ofensivo que significa perro rabioso, y que empleábamos para referirnos a los sandinistas. Así que, de hecho, lo que decía Sardo era: «Si mata a una mujer, está matando a una sandinista; si mata a un niño, está matando a un sandinista». Así que nos fuimos a matar mujeres y niños.

De nuevo formaba parte de los diez hombres que realmente iban a realizar la emboscada. Despejamos el campo de fuego enemigo y nos dispusimos a esperar la llegada de mujeres y niños y cualquier otro pasajero civil que pudiera haber en esa lancha.

Cada hombre estaba solo con sus pensamientos. No se habló ni una sola palabra sobre la naturaleza de nuestra misión. Surdo caminaba nervioso de un lado a otro unos metros por detrás, bajo la protección de la jungla.

... El ruidoso zumbido de los poderosos motores diésel de la lancha de veinte metros precedieron su llegada unos buenos dos minutos. Cuando apareció frente a nosotros, se dio la señal para que comenzáramos a disparar y vi el arco proveniente de un lanzacohetes RPG-7 sobrevolar el barco y caer en la orilla opuesta. La ametralladora MP60 abrió fuego, y mi FAL escupió una ronda de veinte balas. El latón volaba con el grosor de los insectos de la jungla a medida que nuestro escuadrón vaciaba sus cargadores. *Todas las balas volaban inocuas por encima de la embarcación civil.*

Cuando Surdo se dio cuenta de lo que estaba pasando, salió corriendo de la jungla maldiciendo en español y disparando su AK hacia la lancha mientras esta desaparecía. Los campesinos nicaragüenses son unos hijos de puta y unos soldados duros. Pero no son asesinos. Me pude a reír a carcajadas de alivio y orgullo mientras empaquetábamos y nos disponíamos a partir.

Doctor John
«American in ARDE »

Nótese la naturaleza de tal «conspiración para errar». Sin que nadie dijera nada, todos y cada uno de los soldados que estaba obligado y adiestrado para disparar optó, como sin duda lo han hecho miles y miles de soldados a lo largo de los siglos, por ejercer el truco de la incompetencia. Y, al igual que el pelotón de fusilamiento mencionado anteriormente, estos soldados sintieron un gran placer íntimo por haberle ganado la partida a aquellos que querían que hicieran lo que ellos no estaban dispuestos a hacer.

Lo que resulta incluso más llamativo que las instancias de postureo, e igualmente indiscutible, es el hecho de que un número significativo de soldados en combate no opta por disparar por encima de la cabeza del enemigo, sino que no dispara en absoluto. En este sentido, sus actos se asemejan mucho a las acciones de esos miembros del reino animal que se «someten» pasivamente a la agresión y la determinación de su oponente, en vez de huir, luchar, o adoptar una postura.

Ya tratamos antes las conclusiones del general S. L. A. Marshall sobre la tasa de disparos de entre el 15 y el 20 por ciento de los soldados estadounidenses en la segunda guerra mundial. Tanto Marshall como Dyer señalan que la dispersión del campo de batalla moderno fue probablemente un factor decisivo en esta baja

tasa de fuego, y la dispersión es, sin duda, un factor en una compleja ecuación de mecanismos limitadores y propiciadores. Sin embargo, Marshall apunta que, incluso en situaciones en las que había varios fusileros juntos en una posición bajo avance enemigo, lo probable era que solo uno disparara mientras que los demás se ocupaban de tareas tan «vitales» como llevar mensajes, suministrar munición, atender a los heridos y detectar objetivos. Marshall deja claro que, en la mayoría de los casos, los que disparaban eran conscientes del gran número de fusileros a su alrededor que no estaban disparando. La inacción de estos individuos pasivos no parecía tener un efecto desmoralizador en los que realmente disparaban, antes bien, la presencia de los que no disparaban parecía permitir a los que sí disparaban que continuaran haciéndolo.³³

Dyer sostiene que todas las demás fuerzas en los campos de batalla de la segunda guerra mundial debieron tener más o menos la misma tasa de soldados que no disparaban. Si, dice Dyer, «una proporción más grande de japoneses o alemanes hubiera estado dispuesta a matar, entonces el volumen de fuego que hubiera producido habría sido cuatro o cinco veces superior al que hubiera sido de haberse tratado de un número similar de estadounidenses; pero no fue el caso».⁴

Existe una amplia variedad de indicios que indican que las observaciones de Marshall son de aplicación no solo a los soldados estadounidenses, o incluso a los soldados de la segunda guerra mundial de ambos bandos. En realidad, hay datos contundentes que indican que esta singular falta de entusiasmo por matar a un semejante ha existido a lo largo de la historia militar.

Un estudio de 1986 de la división de estudios de campo del British Defense Operational Analysis Establishment empleó estudios históricos de más de un centenar de batallas de los siglos XIX y XX así como ensayos en los que se usaban armas con láser pulsado para determinar la efectividad a la hora de matar esas unidades históricas. El análisis fue diseñado, entre otras cosas, para determinar si los números de no tiradores de Marshall eran correctos en otras guerras anteriores. La comparativa entre el rendimiento en combate en el pasado con el rendimiento de los sujetos que participaron en el ensayo (que no mataban con sus armas y no corrían un peligro físico por parte del «enemigo») determinó que el potencial para matar en la segunda circunstancia era mucho mayor que las bajas reales históricas. Las conclusiones de los investigadores apoyaban claramente los hallazgos de Marshall, y apuntaban a una «negativa a participar en combate como el factor principal» que mantenía la tasa histórica real de muertes significativamente por debajo de los niveles conseguidos en los ensayos

con láser.

Pero no necesitamos ensayos con láser y reconstrucciones de batallas para determinar que muchos soldados han rechazado participar en combate. Los indicios siempre habían estado ahí; solo hacía falta mirar.

1 En inglés, *Battle of the Wilderness*. Batalla librada entre el 5 y el 6 de mayo de 1864.

2 . La distribución universal de las armas automáticas es probablemente responsable de este mayor número de disparos por muerte. Gran parte de estos disparos correspondería a fuego de supresión y fuego de reconocimiento. Y en su mayor parte provenía de armas de fuego operadas por servidores de la pieza (por ejemplo, ametralladoras de escuadrón, tiradores de puerta en helicópteros y Miniguns montadas en aeronaves que disparan miles de balas por minuto) que, tal y como se mencionó, casi siempre disparan. Pero incluso cuando se tienen en consideración estos factores, el hecho de que se disparara tanto y que tantos soldados individuales *quisieran* disparar indica que en Vietnam ocurrió algo distinto e inusual. Este asunto se aborda con más detalle más adelante, en la sección titulada «Matar en Vietnam».

3 . Se trata de un concepto importante. Tanto en esta sección como más adelante comprobaremos el papel crucial de los grupos (incluidos los que no disparan) y los líderes cuando abordemos «Una anatomía del acto de matar».

4 . Marshall también señala que, si un jefe se acercaba a un individuo y le ordenaba disparar, entonces lo hacía. Pero tan pronto como la autoridad que exigía obediencia se iba, los disparos dejaban de oírse. No obstante, el objeto de esta sección es el soldado medio armado con un rifle o mosquete y su aparente negativa a matar en combate. El impacto de la autoridad que exigía obediencia y el efecto de los procesos grupales en las armas operadas por servidores de la pieza, es decir, ametralladoras, que casi siempre disparan, y armas claves (como los lanzallamas y los rifles automáticos) que suelen disparar, se aborda en «Una anatomía del acto de matar».

La idea de que las únicas alternativas en un conflicto son luchar o huir está inserta en nuestra cultura, y nuestras instituciones educativas han hecho muy poco para cuestionarla. La política militar estadounidense la ha elevada a ley natural.

Richard Strozzi-Heckler
In Search of the Warrior Spirit

2 Los que no dispararon a lo largo de la historia

Los que no dispararon en la Guerra de Secesión

Imagínate a un nuevo recluta en la Guerra de Secesión estadounidense. Con independencia del bando en el que estuviera, o si lo habían llamado a filas o se había alistado, su instrucción hubiera consistido en soporíferos ejercicios repetitivos. El poco tiempo que hubiera para instruir al más bisoño recluta se dedicaba a repetir una y otra vez la maniobra de cargar el arma, y cualquier veterano de incluso unas pocas semanas podía cargar y disparar un mosquete sin pensarlo.

Los líderes entendían el combate como algo consistente en largas líneas de hombres disparando al unísono. Su objetivo era convertir al soldado en un pequeño engranaje en la máquina, que se mantendría firme mientras disparaba una y otra ronda al enemigo. El ejercicio militar era su herramienta básica para asegurarse de que cumpliría con su deber en el campo de batalla.

El concepto de ejercicio militar hunde sus raíces en las duras lecciones del éxito militar en los campos de batalla que se remontan hasta la falange griega. Estos ejercicios fueron perfeccionados por los romanos. Más tarde, como ejercicio de tiro, fue convertido en una ciencia por Federico el Grande para ser más tarde aplicada de forma masiva por Napoleón.

Hoy en día entendemos el enorme poder del ejercicio militar para condicionar y programar a un soldado.

En su libro *The Warriors*, J. Glenn Gray afirma que, si bien los soldados pueden acabar extenuados y «entrar en una condición de aturdimiento en la que se pierde toda la claridad de la consciencia», todavía pueden en ese estado «funcionar como células en un organismo militar, haciendo lo que se espera de ellos porque se ha convertido en algo automático».

Uno de los ejemplos más notorios sobre el éxito militar para que los soldados desarrollaran reflejos condicionados a través de los ejercicios se encuentra en el libro de John Master *The road past Mandalay*, en el que narra las acciones en combate de un equipo a cargo de una ametralladora durante la segunda guerra mundial:

El [artillero] nº 1 tenía 17 años y lo conocía. Su nº 2 [artillero asistente] estaba tumbado a su izquierda, a su lado, con la cabeza en dirección al enemigo, con un cargador en su mano preparado para recargar el arma en

el momento que el nº 1 dijera: «¡Cambio!». El nº 1 empezó a disparar, y una ametralladora japonesa respondió a poca distancia. El nº 1 recibió la primera explosión en la cara y el cuello y murió al instante. Pero no murió donde se encontraba tendido, detrás del arma. Rodó a la derecha, lejos del arma, levantando moribundo la mano izquierda para dar un toque en la espalda al nº 2 que significaba «Ocúpate tú». El nº 2 no tuvo que apartar el cadáver del arma. Ya estaba despejada.

La señal «Ocúpate tú» fue inculcada al artillero mediante adiestramiento para tener la seguridad de que esta arma vital nunca quedaría sin nadie a su cargo, en caso de que tuviera que abandonarla. Su empleo en estas circunstancias evidencia un reflejo condicionado tan potente que se lleva a cabo sin pensamiento consciente alguno como el último acto de un soldado moribundo con una bala en el cerebro.

Gwynne Dyer acierta de pleno cuando dice que «el condicionamiento, casi en el sentido de Pavlov, es probablemente una expresión mejor que adiestramiento, pues lo que se requería del soldado ordinario no era que pensara sino la habilidad para ... cargar y disparar su mosquete de forma automática incluso bajo el estrés del combate». Este condicionamiento se conseguía mediante «miles de horas de ejercicios repetitivos» junto con «el incentivo siempre presente de la violencia física como castigo por no rendir adecuadamente».

El arma de la Guerra de Secesión solía ser un mosquete de avancarga con pólvora negra. Para disparar el arma, un soldado tenía que tomar un cartucho envuelto en papel que constaba de una bala y un poco de pólvora. Abría la tapa del cartucho con los dientes, introducía la pólvora en el cañón, colocaba luego la bala, la empujaba hasta el fondo con fuerza, preparaba el arma con una cápsula fulminante, amartillaba y disparaba. Dado que se necesitaba gravedad para que la pólvora se esparciera por el cañón, todo esto se hacía de pie. La lucha era un asunto que se dirimía de pie.

Con la introducción de la cápsula fulminante, y la llegada del papel engrasado para envolver el cartucho, las armas se volvieron más fiables incluso cuando el tiempo era húmedo. El papel engrasado que envolvía el cartucho servía de prevención para que la pólvora no se mojara, y la cápsula fulminante aseguraba una fuente de ignición fiable. Salvo en caso de severa tormenta, el arma dejaría de funcionar solo si la bala esférica se introducía antes que la pólvora (una equivocación extremadamente rara si tenemos en cuenta los ejercicios a los que se sometía el soldado), o si el agujero que conectaba la cápsula fulminante con el cañón estaba obstruido, algo que podía ocurrir después de muchos disparos, pero que podía ser fácilmente corregido.

Podía surgir un pequeño problema si el arma se había cargado dos veces. En el fragor de la batalla, a veces un soldado no tenía claro si el mosquete estaba

cargado, y no era extraordinario que cargara una segunda vez encima de la primera. Pero un arma así aún se podía utilizar. Los cañones de estas armas eran sólidos y la pólvora que se requería relativamente débil. Los test de fábrica y demostraciones de armas de esta época incluían disparar un rifle cargado varias veces, y a veces con un arma cargada hasta el extremo del cañón. Si se disparaba un arma así, la primera carga prendería fuego y simplemente empujaría todas las demás cargas fuera del cañón.

Estas armas eran rápidas y precisas. Por lo general, un soldado podía disparar cuatro o cinco veces por minuto. En el adiestramiento, o cazando con un mosquete fusil, la tasa de aciertos hubiera sido por lo menos tan buena como la de los prusianos con sus mosquetes de ánima lisa cuando conseguían un 25 por ciento de aciertos a doscientos metros, un 40 por ciento a ciento veinticinco metros, y un 60 por ciento a sesenta y cinco metros disparando a un objetivo de 30 por 2 metros. Así, a 65 metros, un regimiento de 200 hombres debería ser capaz de alcanzar al menos a 120 soldados enemigos en el primer disparo. Si se disparaba cuatro veces cada minuto, un regimiento podía potencialmente matar o herir a 480 soldados enemigos en el primer minuto.

Sin duda, el soldado de la Guerra de Secesión era el mejor adiestrado y equipado hasta el momento. Entonces llegó el día del combate, el día para el que se había adiestrado durante tanto tiempo. Y con ese día llegó la destrucción de todas las ideas preconcebidas y falsas ilusiones sobre lo que iba a ocurrir.

Al principio, la visión de una larga línea de hombres en la que cada uno disparaba al unísono podía parecer verdad. Si los líderes mantenían el control, y si el terreno no era demasiado abrupto, la batalla podía consistir durante un tiempo en el intercambio de rondas de disparos entre regimientos. Pero incluso cuando se producían las rondas de disparos de los regimientos, algo no estaba bien; de hecho, estaba terriblemente mal. Un enfrentamiento medio tenía lugar a treinta metros. Pero, en vez de segar la vida de cientos de soldados enemigos durante el primer minuto, los regimientos mataban tan solo a uno o dos hombres por minuto. Y, en vez de la desintegración de la formación del enemigo bajo una tormenta de plomo, este aguantaba e intercambiaba fuego durante horas y horas.

Tarde o temprano (y, normalmente, era temprano), las largas líneas que disparaban rondas de fuego al unísono comenzaban a romperse. Y en medio de la confusión, el humo, el estruendo de los disparos y los gritos de los heridos, los soldados dejaban de ser engranajes en una maquinaria y volvían a ser individuos que hacían lo que les era natural: unos cargaban, otros pasaban las armas, otros atendían a los heridos, otros gritaban órdenes, unos pocos se daban a la fuga,

otros deambulaban en medio de la humareda o encontraban un lugar a cubierto donde meterse y unos pocos disparaban.

Numerosas referencias históricas indican que, al igual que sus equivalentes durante la segunda guerra mundial, la mayoría de los soldados de la época de los mosquetes de avancarga se ocupaban de otras tareas durante la batalla. Por ejemplo, la imagen de una línea de soldados en pie disparando al enemigo contradice el vívido testimonio de un veterano de la Guerra de Secesión que describió la batalla de Antietam y que viene recogido en el libro de Griffith: «Ahora es cuando la necesidad aprieta. Los hombres y los oficiales ... se fusionan en una masa común, en la lucha trepidante para disparar rápido. Todos rompen los cartuchos, cargan, pasan las armas o disparan. Los hombres caen en sus puestos o salen corriendo en dirección a los maizales [a esconderse].»

Esta es una imagen de la batalla que puede verse una y otra vez. En el trabajo de Marshall sobre la segunda guerra mundial y en su relato de la Guerra de Secesión vemos que tan solo unos pocos dispararon realmente al enemigo, mientras los otros se congregaban y preparaban la munición, cargaban las armas, pasaban armas o buscaban la oscuridad y el anonimato de hallarse a cubierto.

El proceso por el que algunos hombres elegían cargar y ofrecer apoyo a aquellos que estaban dispuestos a disparar al enemigo parece haber sido la norma y no la excepción. Aquellos que sí disparaban, y fueron los beneficiarios de ese apoyo, aparecen en numerosos informes recogidos por Griffith, en los que algunos soldados en concreto dispararon cien, doscientos o incluso unos increíbles cuatrocientos disparos en la batalla. Y esto en una época en la que la cantidad estándar de munición era de solo cuarenta balas, con un arma que acababa obstruyéndose hasta quedar inutilizada tras disparar cuarenta veces si no se limpiaba. La munición y mosquetes de más tuvieron que ser proporcionados y cargados por los camaradas menos agresivos.

Además de disparar por encima de la cabeza, o cargar y apoyar a los que estaban dispuestos a disparar, había otra opción que du Picq entendía bien cuando escribió: «Un hombre cae y desaparece, ¿quién sabe si fue una bala o el miedo a avanzar lo que le golpeó?». Richard Gabriel, uno de los autores más destacados de nuestra generación en el campo de la psicología militar, señala que «en enfrentamientos del tamaño de Waterloo o Sedán, la oportunidad que tenía un soldado para no disparar o atacar simplemente cayéndose y permaneciendo en el barro era simplemente demasiado obvia para que los hombres asustados bajo fuego la ignoraran». Sin duda, la tentación debía de ser grande, y muchos sucumbieron.

Y, sin embargo, a pesar de las opciones obvias de disparar por encima de la cabeza (postureo), o simplemente quedarse rezagado (una forma de huir), y la opción mayoritariamente aceptada de cargar las armas y ayudar a los que estaban dispuestos a disparar (una suerte de lucha limitada), hay indicios de que durante las batallas con pólvora negra miles de soldados elegían someterse pasivamente tanto al enemigo como a sus líderes haciendo ver que disparaban. El mejor indicador de esta tendencia se encuentra en la recuperación de armas con varias cargas dentro tras las batallas de la Guerra de Secesión.

El dilema de las armas descartadas

F. A. Lord, autor de *Civil War Collector's Encyclopedia*, cuenta que, tras la batalla de Gettysburg, se recuperaron 27.574 mosquetes del campo de batalla. De estos, casi el 90 por ciento (veinticuatro mil) estaban cargados. Doce mil de ellos era mosquetes cargados más de una vez, y seis mil de los que tenían múltiples cargas tenían de tres a diez balas en el cañón. Un arma había sido cargada veintitrés veces. ¿Por qué, en consecuencia, había tantas armas cargadas disponibles en el campo de batalla, y por qué al menos doce mil soldados cargaron de forma errónea sus armas durante el combate?

Un arma cargada era un bienpreciado en el campo de batalla de pólvora negra. Durante las batallas de esa época en pie, cara a cara y a corta distancia un arma debería haber estado cargada en tan solo una fracción de tiempo respecto a lo que duraba la contienda. Más del 95 por ciento del tiempo se dedicaba a cargar el arma, y menos del 5 por ciento a disparar. Si la mayoría de los soldados se hubiera afanado en matar de la forma más rápida y eficiente posible, entonces el 95 por ciento habría recibido un disparo cuando su arma estaba descargada, y cualquier arma cargada, preparada y amartillada hubiera sido recogida de los camaradas heridos o muertos y disparada.

Había muchos que recibieron un disparo durante la carga o fueron bajas causadas por la artillería que se encontraba fuera del rango de los mosquetes, y estos individuos nunca hubieran tenido la oportunidad de disparar sus armas, pero difícilmente supondrían el 95 por ciento de las bajas. Si *todos* los soldados hubieran albergado una necesidad desesperada de disparar sus armas en combate, entonces muchos de estos hombres deberían haber muerto con sus armas descargadas. Con las fluctuaciones de la batalla estas armas deberían haber sido recogidas y reutilizadas contra el enemigo.

La conclusión más obvia es que la mayoría de los soldados no intentaba matar

al enemigo. Al parecer, la mayoría de ellos ni siquiera quería disparar en la dirección del enemigo. Como señaló Marshall, la mayoría de los soldados sufre una resistencia interna a disparar su arma en combate. Lo crucial aquí es que la resistencia parece haber existido mucho antes de que Marshall la descubriera, y esta resistencia explica muchas (si no la mayoría) de estas armas cargadas varias veces.

La necesidad física de cargar los mosquetes de avancarga desde una posición vertical, combinada con las líneas de fuego masificadas hombro con hombro de esa época, presentaban una situación —a diferencia de la estudiada por Marshall— en la que era muy difícil que un hombre ocultara el hecho de que no estaba disparando. Y en esta situación de fuego en línea, lo que du Picq denominó «vigilancia mutua» de autoridades y camaradas debió de ejercer una intensa presión para disparar.

No había ni aislamiento ni la «dispersión del campo de batalla moderno» que pudiera ocultar a los que no participaban durante un fuego en línea. Todas sus acciones resultaban obvias para los camaradas que estaban con ellos codo con codo. Si un hombre realmente no podía o no quería disparar, la única forma que tenía para disimular su falta de participación consistía en cargar su arma (abrir el cartucho, añadir la pólvora, colocar la bala e introducirla hasta el fondo, prepararse y amartillar), llevársela a la espalda y entonces *hacer ver* que disparaba, posiblemente imitando el retroceso de su arma cuando alguien cercano sí lo hacía.

Esta es la personificación del soldado diligente. Cargando su arma con cuidado y sin tregua en medio del fragor, los gritos y el humo de la batalla, ninguna de sus acciones podría ser interpretada como algo distinto de aquello que sus superiores y camaradas consideraban encomiable.

Lo sorprendente de estos soldados que no disparaban es que su comportamiento se oponía diametralmente a los extenuantes y repetitivos ejercicios de la época. ¿Por qué, en consecuencia, estos soldados de la Guerra de Secesión «suspendían» a los ojos de sus instructores cuando se trataba del importantísimo ejercicio de cargar?

Unos pueden argüir que estas cargas múltiples son meras equivocaciones, y que estas armas eran descartadas porque estaban mal cargadas. Pero si en la confusión de la batalla, y a pesar de las interminables horas de adiestramiento, cargas accidentalmente dos veces un mosquete, lo disparas de todas formas y la primera carga simplemente evacúa la segunda. En el improbable caso de que el arma se haya encasquillado o no funcione por alguna razón, entonces la tiras y

recoges otra. Pero esto no es lo que pasó en este caso, y la cuestión que nos formulamos es: ¿Por qué el único paso que se obvió fue el disparo? ¿Cómo es posible que al menos doce mil hombres de ambos bandos y todas las unidades cometieran el mismo error?

¿Es posible que doce mil soldados en Gettysburg, aturdidos y confusos por el shock de la batalla, cargaran accidentalmente dos veces sus armas, y que luego todos ellos murieran antes de poder dispararlas? ¿O será que los doce mil descartaron esas armas y recogieron otras? En algunos casos puede ser que la pólvora estuviera mojada (a pesar de estar envuelta en papel engrasado), pero ¿es posible que se dieran tantos casos? ¿Y por qué seis mil soldados adicionales volvieron a cargar sus armas incluso una vez más y aun así no dispararon? En algunos casos debió de ser un error, en otros el resultado del mal estado de la pólvora, pero creo que la única explicación para la inmensa mayoría de estos episodios es el mismo factor que impidió que entre el 80 y el 85 por ciento de los soldados de la segunda guerra mundial no disparara al enemigo. El hecho de que estos soldados de la Guerra de Secesión vencieran el formidable condicionamiento para disparar a través del ejercicio demuestra claramente el impacto de poderosas fuerzas instintivas y actos supremos de una determinada inclinación moral.

Si Marshall no hubiera preguntado a los soldados inmediatamente después de la batalla en la segunda guerra mundial, no habiéramos sabido de la increíble ineficacia de nuestro fuego. De forma similar, dado que nadie preguntó a los soldados de la Guerra de Secesión, o de cualquier otra guerra anterior a la segunda guerra mundial, desconocemos la efectividad de su fuego. Lo que sí podemos hacer es extrapolar a partir de los datos de los que disponemos, y estos nos indican que al menos la mitad de los soldados de batallas de pólvora negra no disparaba su arma, y tan solo un ínfimo porcentaje de los que sí lo hacían apuntaba a matar al enemigo con su fuego.

Ahora podemos empezar a comprender de forma cabal las razones que subyacen al descubrimiento por parte de Paddy Griffith de que la tasa media de aciertos de un regimiento en los intercambios de disparos de la época de la pólvora negra era de uno o dos hombres por minuto. Y vemos que estos números corroboran por completo las conclusiones de Marshall. Con el mosquete de ánima rayada de la época, la tasa media *potencial* de aciertos era por lo menos tan alta como la que conseguían los prusianos con mosquete de ánima lisa, alcanzando un 60 por ciento de aciertos a una distancia de sesenta y cinco metros. Pero la realidad era tan solo una ínfima fracción de este porcentaje.

Los números de Griffith tienen todo el sentido si durante estas guerras, al igual que en la segunda guerra mundial, solo un pequeño porcentaje de los mosqueteros de un regimiento en la línea de fuego realmente intentaba disparar al enemigo mientras el resto se mantenía heroicamente en línea disparando por encima de sus cabezas o, simplemente, no disparaba.

Cuando se les presentan estos datos, algunos replican que esta información se ciñe a una guerra civil en la que «el hermano luchaba contra el hermano». El doctor Jerome Frank cuestiona claramente a estas afirmaciones en su libro *Sanity and Survival in the Nuclear Age*, donde afirma que las guerras civiles suelen ser más sangrientas, prolongadas, y desaforadas que otras clases de conflictos. Y Peter Watson, en *War on the Mind*, destaca que el «comportamiento desviado por parte de miembros del propio grupo se percibe como más traumático y produce una represalia más enérgica que si proviene de otros con los que estamos menos involucrados». Solo tenemos que considerar la intensidad de la agresividad entre distintas facciones del cristianismo en Europa a lo largo de los siglos, o las guerras intestinas entre las principales sectas islámicas en Oriente Medio, o el conflicto entre comunistas leninistas, maoístas y trotskistas, o el horror de Ruanda y otras batallas tribales africanas, para confirmar este hecho.

Mi controvertida tesis estriba en que la mayoría de las armas abandonadas en el campo de batalla de Gettysburg implican a soldados que no fueron capaces o no quisieron disparar en combate y luego fueron muertos, heridos o huyeron. Además de estos doce mil, una proporción similar de soldados marcharon por ese campo de batalla con sus armas cargadas varias veces.

Estos soldados descubrieron que eran incapaces de matar a sus congéneres de forma secreta, sigilosa y en el momento decisivo, al igual que el entre 80 y 85 por ciento de soldados de la segunda guerra mundial que observó Marshall. Esta es la razón fundamental de la increíble inefectividad del fuego de mosquete durante esa época. Es precisamente lo que ocurrió en Gettysburg y, si uno mira con el suficiente detenimiento, descubrirá que también es lo que ocurrió en otras batallas con pólvora negra sobre las que no necesariamente disponemos de los mismos datos. Un caso en concreto es el de la batalla de Cold Harbor.

«Ocho minutos en Cold Harbor»

La batalla de Cold Harbor merece una particular atención, pues constituye el ejemplo que los observadores poco informados de la Guerra de Secesión aducirían para refutar la tasa de no disparos de entre el 80 y el 85 por ciento.

A primera hora de la mañana del 3 de junio de 1864, cuarenta mil soldados de la Unión bajo el mando de Ulysses S. Grant atacaron al ejército confederado en Cold Harbor, en Virginia. Las fuerzas confederadas, bajo el mando de Robert E. Lee, aguardaban en un sistema cuidadosamente preparado de trincheras y emplazamientos de artillería distinto de cualquier cosa que el ejército del Potomac de Grant hubiera visto antes. Un corresponsal de prensa señaló que estas posiciones eran «líneas dentro de líneas enmarañadas y zigzagueantes ... líneas levantadas para enfilear una línea enemiga, líneas dentro de las cuales había una batería [de artillería]». Al atardecer del 3 de junio, más de siete mil soldados atacantes de la Unión habían muerto, estaban heridos o habían sido capturados mientras el daño infligido a los bien atrincherados confederados había sido insignificante.

Bruce Catton, en su soberbia y definitiva obra en varios volúmenes sobre la Guerra de Secesión, señala que «a primera vista, parecería difícil e innecesario exagerar los horrores de Cold Harbor, pero por alguna razón — fundamentalmente, el deseo de describir a Grant como un matarife gris y desalmado— ninguna otra batalla de la guerra civil recibe una presentación tan distorsionada como esta».

Catton se está refiriendo principalmente a los relatos exagerados sobre las bajas en la Unión (con afirmaciones que por lo general atribuyen las trece mil bajas de dos semanas de lucha en Cold Harbor a la tasa de bajas diaria), pero también desacredita la creencia común pero errónea de que siete mil (o incluso trece mil) bajas se produjeron en «ocho minutos en Cold Harbor». Esta creencia no es tanto un error como una burda simplificación. Resulta correcto señalar que la mayoría de las cargas aisladas y descoordinadas de la Unión que se lanzaron en Cold Harbor fueron detenidas en los primeros diez o veinte minutos pero, una vez roto el impulso, los soldados atacantes de la Unión no huyeron y la matanza no se detuvo. Catton apunta que «lo más asombroso de todo en esta batalla fantástica es el hecho de que a lo largo de todo el frente los soldados derrotados [de la Unión] no se replegaron en retaguardia». Por el contrario, hicieron exactamente lo que los soldados de la Unión y la Confederación habían hecho una y otra vez a lo largo de la guerra: «Se quedaron donde estaban, entre 40 y 200 yardas de distancia de la línea confederada, cavando trincheras de escasa profundidad en la medida de lo posible, y continuaron disparando.» Y los confederados también continuaron disparándoles, a menudo con cañones situados en los flancos y la retaguardia a una espantosa corta distancia. «A lo largo de todo el día», señala Catton, «continuó oyéndose el terrible fragor de la

batalla. Tan solo un soldado experimentado podría haber discernido solo por el ruido que la intensidad del combate a media tarde era de alguna manera menor que la que había sido en la penumbra del amanecer, cuando las cargas fueron rechazadas.»

Se tardaron ocho horas, y no ocho minutos, para infligir esas horribles bajas a los soldados de Grant. Y, al igual que en la mayoría de las guerras desde el tiempo de Napoleón hasta nuestros días, no fue la infantería sino la artillería la que causó la mayor parte de las bajas.

Solo cuando entra en juego la artillería (con su estricta supervisión y la vigilancia mutua entre sus miembros) puede verse un cambio significativo en la tasa de muertes. (La mayor distancia a la que se encuentra la artillería de sus objetivos, tal y como veremos, también incrementa su efectividad.) La realidad, sencillamente, parece ser que, al igual que los fusileros de S. L. A. Marshall durante la segunda guerra mundial, la inmensa mayoría de los soldados con rifles y mosquetes de guerras pretéritas se mostró persistente y consistente en su incapacidad psicológica para matar a sus congéneres. Sus armas estaban tecnológicamente capacitadas, y eran físicamente capaces de matar, pero en el momento decisivo, cada uno de estos soldados se encontró con que, en su corazón, no era capaz de matar al hombre que tenía delante.

Todo ello indica que aquí opera una fuerza; una fuerza psicológica previamente desconocida. Una fuerza más fuerte que los ejercicios de adiestramiento, que la presión del grupo, incluso más fuerte que el instinto de supervivencia. El impacto de esta fuerza no se limita al periodo de la pólvora negra o a la segunda guerra mundial; también puede verse en la primera guerra mundial.

Los que no dispararon en la primera guerra mundial

El coronel Milton Mater sirvió como comandante de una compañía de infantería durante la segunda guerra mundial y relata varias experiencias durante la segunda guerra mundial que avalan las observaciones de Marshall. Mater también nos ofrece varios casos en los que veteranos de la primera guerra mundial le avisaron de que debía contar con que habría muchos soldados en combate que no dispararían.

Cuando se alistó por primera vez en 1933, Mater preguntó a su tío, un veterano de la primera guerra mundial, sobre su experiencia en combate: «Me sorprendió comprobar que la experiencia más saliente en su recuerdo era la de los reclutas

que no disparaban». Lo expresó más o menos de esta forma: «Pensaban que, si no disparaban a los alemanes, los alemanes no les dispararían».

Otro veterano de las trincheras de la primera guerra mundial le explicó a Mater durante una clase de ROTC en 1937 que, según sus experiencias, los que no disparaban se convertirían en un problema en una guerra en el futuro. «Hizo un gran esfuerzo para hacernos ver la dificultad de conseguir que algunos hombres dispararan su fusil a fin de evitar convertirse en una diana ante el fuego y los movimientos del enemigo.»

Existen numerosos indicios sobre la existencia de una resistencia a matar que parece haber existido por lo menos desde la época de la pólvora negra. Esta falta de entusiasmo a la hora de matar al enemigo fuerza a muchos soldados a adoptar una postura, someterse o huir, antes que luchar. Supone una poderosa fuerza psicológica en el campo de batalla, una fuerza que resulta discernible a lo largo de la historia del hombre. La aplicación y comprensión de esta fuerza puede arrojar nueva luz sobre la historia militar, la naturaleza de la guerra y la naturaleza del hombre.

3 Soldado, dime por qué no puedes matar

¿Por qué algunos soldados a lo largo de cientos de años se han negado a matar al enemigo, incluso cuando sabían que al hacerlo ponían en peligro sus propias vidas? ¿Y por qué, si se trata de algo que ha ocurrido a lo largo de la historia, no hemos sido plenamente conscientes de este hecho?

Muchos cazadores veteranos, cuando oyen relatos de los que no disparan, puede que digan: «Claro, el pánico del primerizo...». Y tendrían razón. Pero ¿qué es el pánico del primerizo? ¿Y por qué experimentan los hombres durante una cacería esa imposibilidad de matar que denominamos el pánico del primerizo? Para obtener una respuesta debemos volver a S. L. A. Marshall.

Marshall estudió este asunto durante todo el periodo de la segunda guerra mundial. Marshall, más que nadie con anterioridad a él, entendió a los miles de soldados que no dispararon al enemigo, y concluyó que «el individuo sano medio ... posee esta resistencia interior latente hacia matar a un semejante de forma que no tomará la vida voluntariamente si existe la posibilidad de rechazar esa responsabilidad». «En el momento crucial», añade Marshall, el soldado «se convierte en un objetor de conciencia».

Marshall entendía la mecánica y las emociones del combate. Fue un veterano de combate de la primera guerra mundial que preguntó a los veteranos de combate en la segunda guerra mundial sobre su respuesta ante la batalla, y entendía perfectamente de lo que le hablaban. «Recuerdo muy bien», dice Marshall, «la enorme sensación de alivio que sentían las tropas [en la primera guerra mundial] cuando eran transferidas a un sector más tranquilo». Y él creía que esto se debía «no tanto a que pensaran que estarían más seguros ahí, como al hecho de que durante un tiempo no se encontrarían bajo la coacción de tener que tomar vidas». Según su experiencia, la filosofía del soldado de la primera guerra mundial era: «Dejadlos ir; ya los atraparemos en otro momento».

Dyer también estudio este asunto con detenimiento, ganando conocimientos a partir de aquellos que lo conocían, y él también entendió que «los hombres matarán bajo coacción —los hombres harán casi cualquier cosa si saben que es eso lo que se espera de ellos y se hallan bajo una fuerte presión social para que cumplan—, pero la inmensa mayoría de los hombres no nace con el instinto de matar».

El Cuerpo Aéreo del Ejército de Estados Unidos (hoy en día Fuerzas Aéreas

del Ejército de Estados Unidos) se dio de bruces con este problema cuando descubrió que durante la segunda guerra mundial menos de un uno por ciento de los pilotos de combate eran responsables de haber destruido entre el 30 y el 40 por ciento de la aviación enemiga. Según Gabriel, la mayoría de los pilotos de combate «nunca derribó a nadie o ni siquiera intentó hacerlo». Algunos sugieren que el puro miedo era la fuerza que impedía que estos hombres mataran, pero por lo general estos pilotos volaban en pequeños grupos comandados por otro piloto con las credenciales de haber matado que llevaba a los que no habían matado a situaciones peligrosas a pesar de lo cual los hombres le seguían. Pero cuando llegaba la hora de matar, miraban al otro hombre en la cabina, un piloto, un miembro de «la hermandad del aire», un hombre horriblemente igual a ellos; y cuando se enfrentaban a un hombre así, es posible que la inmensa mayoría simplemente no pudiera matarlo. Los pilotos tanto de los cazas como de los bombarderos se enfrentaban al terrible dilema del combate aéreo contra otros de su misma condición, y este era un factor decisivo que dificultaba su tarea. (El asunto de la mecánica de matar en las batallas aéreas y los extraordinarios descubrimientos de la Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos para intentar preseleccionar a los «capacitados para matar» para la instrucción como piloto se abordan más adelante en este estudio.)

El hecho de que el hombre medio no matará incluso si pone en riesgo todo lo que más aprecia ha sido ampliamente ignorado por parte de aquellos que intentan entender las presiones psicológicas y sociales en el campo de batalla. Mirar a otro ser un humano a los ojos, tomar la decisión independiente de matarle, y observar cómo muere como resultado de tu acción constituye el más básico, importante, primario y potencialmente traumático acontecimiento de la guerra.

En su libro *The Psychology of Conflict and Combat*, el psicólogo militar israelí Ben Shalit afirma, en referencia a los estudios de Marshall, que «está claro que muchos soldados no disparan directamente al enemigo. Se aducen muchas razones; una de ellas —que, no deja de ser extraño, rara vez se discute— puede ser la reticencia del individuo a actuar de forma directamente agresiva».

¿Por qué rara vez se discute? Si el soldado medio no matará salvo bajo coacción, tras someterse a un condicionamiento, y provisto de una ventaja mecánica y psicológica, entonces, ¿por qué no ha sido comprendido antes?

El mariscal de campo británico Evelyn Wood dijo una vez que en la guerra solo los cobardes necesitan mentir. Creo que llamar cobardes a los hombres que no disparan en combate es extremadamente incorrecto, si bien los que no

disparan tienen sin duda algo que esconder. O, por lo menos, algo de lo que no se sentirían muy orgullosos, por lo que mentirían con facilidad en años posteriores. Lo crucial es que 1) una situación intensa, traumática, y cargada de culpa dará inevitablemente como resultado una red de olvidos, engaños y mentiras; 2) estas situaciones que continúan durante miles de años se convierten en instituciones basadas en una maraña de olvidos, engaños y mentiras a nivel individual y cultural tejida a lo largo del tiempo; y 3) en líneas generales, ha habido dos instituciones así con relación a las cuales el ego del varón ha justificado la memoria selectiva, el autoengaño y las mentiras. Estas dos instituciones son el sexo y el combate... el amor y la guerra.

Durante miles de años no entendimos la sexualidad humana. Entendíamos los grandes asuntos relativos al sexo. Sabíamos que el resultado eran los recién nacidos, y funcionaba. Pero no teníamos ni idea sobre cómo afectaba la sexualidad humana al individuo. Hasta los estudios sobre la sexualidad humana de Sigmund Freud y otros investigadores del siglo xx, ni siquiera habíamos empezado a entender de verdad el papel que el sexo desempeña en nuestras vidas. Durante miles de años realmente no estudiamos el sexo y, por tanto, no podíamos albergar ninguna esperanza de entenderlo. El mero hecho de que al estudiar el sexo nos estuviéramos estudiando a nosotros mismos hacía muy difícil una observación imparcial. El sexo era un asunto especialmente difícil de estudiar debido a la cantidad de ego y amor propio que cada individuo invierte en esa área repleta de mitos y malentendidos.

Si alguien era impotente o frígida, ¿consentiría esa persona a que esa información se convirtiera en dominio público? Si la mayoría de los matrimonios hace doscientos años sufría problemas de impotencia o frigidez, ¿lo habríamos sabido? Una persona educada de hace doscientos años probablemente hubiera dicho: «Han conseguido tener un montón de hijos, ¿verdad? ¡Lo tienen que estar haciendo bien!».

Y si un investigador de hace cien años hubiera descubierto que en la sociedad proliferaba el abuso sexual de los niños, ¿cómo se hubiera tratado un descubrimiento así? Freud hizo un descubrimiento de esta naturaleza, y fue personalmente vilipendiado y profesionalmente ridiculizado por sus colegas y la sociedad en su conjunto por tan solo atreverse a insinuarlo. Y es solo hoy, un siglo después, cuando hemos empezado a aceptar y responder a la magnitud de los abusos sexuales que sufren los niños en nuestra sociedad.

Hasta que alguien con autoridad y credibilidad no preguntó a los individuos en privado y de forma digna, no teníamos ninguna esperanza de saber lo que estaba

ocurriendo sexualmente en nuestra cultura. E incluso bajo esas circunstancias, la sociedad en su conjunto tiene que estar lo suficientemente preparada y educada para quitarse las anteojeras que limitan su habilidad para percibirse a sí misma.

Al igual que no entendíamos lo que ocurría en la alcoba, tampoco entendíamos lo que ocurría en el campo de batalla. Nuestra ignorancia sobre el acto destructivo igualaba la ignorancia sobre el acto procreativo. Si un soldado no mataba en combate, cuando esa era su obligación y responsabilidad, ¿permitiría que se convirtiera en conocimiento público? Y si la mayoría de soldados hace doscientos años no cumplían con su obligación en el campo de batalla, ¿lo hubiéramos sabido? Probablemente, un general de la época hubiera dicho: «Consiguieron matar a un montón de gente, ¿verdad? Ganaron la guerra a nuestro favor, ¿verdad? ¡Lo tienen que estar haciendo bien!». Hasta que S. L. A. Marshall preguntó a los individuos concernidos inmediatamente después del acto, no teníamos ninguna esperanza de saber lo que estaba ocurriendo en el campo de batalla.

Hace tiempo que los filósofos y los psicólogos son conscientes de la incapacidad básica del hombre para percibir lo que tiene más cercano. Sir Norman Angell nos dice que «resulta característico de la curiosa historia intelectual del hombre que las cuestiones más sencillas e importantes son aquellas que menos veces se formulan». Y el soldado y filósofo Gleen Gray habla desde su propia experiencia personal durante la segunda guerra mundial cuando observa que «muy pocos de nosotros podemos ser realmente nosotros mismos el tiempo suficiente para descubrir las verdades reales sobre nuestro ser y esta tierra tambaleante a la que nos aferramos. Esto resulta particularmente cierto en el caso de los hombres en la guerra. El gran dios Marte intenta cegarnos cuando entramos en este ámbito, y cuando lo abandonamos nos da de beber una generosa copa de las aguas del río Lete».

Si un soldado profesional pudiera ver a través de la niebla de su propio autoengaño, y si tuviera que enfrentarse a la fría realidad de que no puede hacer aquello para lo que ha dedicado su vida, o que muchos de sus soldados preferirían morir antes que hacer aquello que constituye su obligación, eso convertiría su vida en una mentira. Un hombre así tendería a negar su debilidad con toda la energía que pudiera convocar. Está claro que los soldados no son los más apropiados para que escriban sobre sus fracasos o los fracasos de sus hombres; salvo raras excepciones, tan solo los héroes y la gloria aparecen publicados.

Una parte de la explicación de nuestra falta de conocimientos en esta área

estriba en que el combate, al igual que el sexo, está cargado de expectativas y mitos. La creencia de que la mayoría de los soldados no matará al enemigo en un combate cuerpo a cuerpo resulta contraria a lo que queremos creer sobre nosotros mismos, y también resulta contraria a lo que miles de años de historia y cultura militar nos han enseñado. Pero las percepciones que nos han transmitido nuestra cultura y nuestros historiadores, ¿son exactas, libres de prejuicios y fiables?

En *A History of Militarism*, Alfred Vagts acusa a la historia militar, en cuanto institución, de haber jugado un gran papel a la hora de militarizar las mentes. Vagts se queja de que la historia militar se escribe de forma constante con «un propósito polémico para justificar a individuos o ejércitos y con escaso interés por los hechos sociales relevantes». Vagts afirma: «Una gran parte de la historia militar se ha escrito, si no para el propósito explícito de apoyar a la autoridad de un ejército, por lo menos con la intención de no dañarla, no revelar sus secretos y evitar la traición de la debilidad, vacilación, o destemplanza».

Vagts presenta una imagen de unas instituciones militares e históricas que durante miles de años se han reforzado y apoyado mutuamente en un proceso glorificación y enaltecimiento mutuo. Hasta cierto punto, esto se debe probablemente a que aquellos que son buenos matando en la guerra suelen ser los que a lo largo de la historia se han abierto el camino al poder por medios violentos. Los militares y los políticos han sido las mismas personas durante toda la historia humana a excepción del pasado reciente, y sabemos que el victorioso es aquel que escribe los libros de historia.

Como historiador, soldado y psicólogo, creo que Vagts está en lo cierto. Si durante miles de años la inmensa mayoría de los soldados se sentía en secreto y en privado poco entusiasta de matar a sus congéneres en el campo de batalla, los soldados profesionales y sus cronistas hubieran sido los últimos en contarnos las deficiencias de sus cargas particulares. Los medios en nuestra sociedad de la información han contribuido en gran parte a perpetuar el mito de que matar es fácil y se han convertido, en consecuencia, en parte de la conspiración tácita de la sociedad para el engaño que glorifica el acto de matar y la guerra. Hay excepciones —por ejemplo, Gene Hackman en el film *Bat 21*, en el que de pronto un piloto de las fuerzas aéreas tiene que matar a personas sobre el terreno de cerca y de forma personal, y se siente horrorizado por lo que ha hecho—, pero en su gran mayoría nos ofrecen James Bond, Luke Skywalker, Rambo, e Indiana Jones, quienes despreocupadamente y sin piedad matan personas a centenares. El punto a tener en cuenta es que fluye mucha desinformación y poca

educación por parte de los medios respecto a la naturaleza de matar, al igual que ocurre respecto a cualquier otro aspecto de nuestra sociedad.

Incluso tras las revelaciones sobre la segunda guerra mundial de Marshall, el tema de los que no disparan constituye un asunto incómodo para los militares de hoy en día. En un artículo en *Army* —la revista por excelencia del ejército de Estados Unidos—, el coronel Mater afirma que sus experiencias como comandante de una compañía de infantería en la segunda guerra mundial dan un sólido apoyo a los hallazgos de Marshall, y aporta varias anécdotas de la primera guerra mundial que sugieren que el problema de los que no disparaban fue igual de grave en ese conflicto.

A continuación, Mater se queja amargamente —y con razón— de que «cuando echo la vista atrás a mis muchos años de servicio, no puedo recordar ni una charla oficial o discusión en clase que versara sobre cómo asegurarse de que los hombres dispararían». Su formación incluye «una educación tan formal como el Infantry Leadership y la Battle School en la que estuve en tiempos de guerra en Italia y el Command and General Staff College en Fort Leavenworth, Kansas, en 1966. Tampoco recuerdo ningún artículo sobre el asunto en la revista *Army* o en cualquier otra publicación militar».^{5 1} El coronel Mater concluye: «Es como si hubiera habido una conspiración del silencio en torno al asunto: “No sabemos qué hacer al respecto, así que es mejor olvidarlo”».

En efecto, parece que hay una conspiración del silencio en torno a este asunto. En su libro *War on the Mind*, Peter Watson señala que los hallazgos de Marshall han sido en general ignorados por el mundo académico y los campos de la psicología y la psiquiatría. Sin embargo, fueron tomados muy en serio por el ejército de los Estados Unidos, y se instituyeron varias medidas de adiestramiento a resultas de las recomendaciones de Marshall. Según los estudios de Marshall, estos cambios dieron como resultado una tasa de disparos del 55 por ciento en Corea y, según un estudio de R. W. Glenn, en Vietnam se consiguió una tasa de disparos de entre el 90 y el 95 por ciento. Algunos soldados contemporáneos se basan en la disparidad en la tasa de disparos entre la segunda guerra mundial y Vietnam para afirmar que Marshall debió de haberse equivocado, pues al líder militar medio le cuesta creer que una parte significativa de sus hombres no harán lo que deben en combate. Pero estos incrédulos no son capaces de reconocer el valor de las medidas correctivas y los métodos de adiestramiento que se introdujeron a partir de la segunda guerra mundial.

Algunos veteranos a los que entrevisté se referían a los métodos de adiestramiento que incrementaron la tasa de disparos del 15 al 90 por ciento

como «programación», o «condicionamiento», y sí que parece que representan una forma de condicionamiento clásico y operante al estilo del perro de Pavlov y las ratas de B. F. Skinner, que se abordará en detalle en el capítulo «Matar en Vietnam». Lo desagradable de este asunto, combinado con el extraordinario éxito de los programas de adiestramiento del ejército y la ausencia de un reconocimiento oficial, puede llevar a pensar que es materia clasificada. Sin embargo, no existe un plan maestro secreto que explique la falta de atención que se ha prestado a esta materia. Lo que ocurre, por el contrario, tal y como explica el psicólogo y filósofo Peter Marin, es que existe «un encubrimiento inconsciente masivo» mediante el cual la sociedad se esconde de la verdadera naturaleza del combate. Incluso en la literatura psicológica y psiquiátrica sobre la guerra, «se detecta», apunta Marin, «una locura en marcha». Este autor señala que «la repugnancia hacia el acto de matar y el rechazo a matar» son tratados como «reacciones severas en combate». Y el trauma psicológico que resulta de «la matanza y la atrocidad se denomina “estrés”, como si los profesionales sanitarios ... estuvieran hablando del exceso de trabajo de un ejecutivo». Como psicólogo, creo que Marin está en lo cierto cuando observa que «en ninguna parte en la literatura [psiquiátrica y psicológica] consigue uno oír lo que realmente ocurre: el horror verdadero de la guerra y sus efectos en aquellos que combatieron».

Hoy en día sería casi imposible mantener en secreto algo de esta naturaleza más de cincuenta años, y aquellos en el cuerpo militar que sí lo entienden —los Marshall y Mater— gritan al cielo su mensaje, pero nadie quiere oír sus verdades.

En absoluto se trata de una conspiración militar. Lo que sí hay es un encubrimiento y una «conspiración del silencio»; pero se trata de una conspiración cultural para el olvido, la distorsión y las mentiras que discurre desde hace miles de años. Y, al igual que hemos empezado a erradicar la conspiración cultural de la culpabilidad y el silencio en torno al sexo, debemos ahora erradicar la conspiración análoga que oscurece la verdadera naturaleza de la guerra.

¹ . Yo también me gradué en varias escuelas de liderazgo militar estadounidenses, que incluían adiestramiento básico, adiestramiento individual avanzado, la XVIII Airborne Corps NCO Academy, Officer Candidate School, el Infantry Officer Basic Course, Ranger school, el Infantry Officer Advanced Course, la Combined Arms and Services Staff School y el Command and General Staff College en Fort Leavenworth. En ningún momento en estas escuelas recuerdo que se mencionara este problema.

4 La naturaleza y origen de la resistencia

¿De dónde viene esta resistencia a matar a un semejante? ¿Se trata de algo aprendido, instintivo, racional, ambiental, hereditario, cultural o social? ¿O una combinación de todo lo anterior?

Uno de los hallazgos más valiosos de Freud versa sobre la existencia de un instinto de vida (Eros) y un instinto de muerte (Tánatos). Freud creía que en el interior de cada individuo se da una lucha constante entre el superego (la consciencia) y el id (esa masa oscura al acecho compuesta de ansias destructivas y animales que habita en cada uno de nosotros), y que el ego (el yo) media en esta pugna. Una persona ocurrente se refirió una vez a esta situación como «una lucha en un sótano oscuro entre un mono lujurioso y homicida y una solterona puritana, mediada por un contable tímido».

En la batalla vemos el id, el ego y el superego, Tánatos, y Eros, en conflicto en cada uno de los soldados. El id empuña a Tánatos como un garrote y le grita al ego que mate. El superego parece haber quedado neutralizado, pues la autoridad y la sociedad ahora dicen que es bueno hacer lo que siempre estuvo mal. Y, sin embargo, algo impide al soldado matar. ¿De qué se trata? ¿Acaso Eros, la fuerza de la vida, es más fuerte de lo que habíamos creído?

Mucho se ha dicho de la obvia existencia y manifestación de Tánatos en la guerra, pero ¿y si hubiera en la mayoría de los hombres un impulso más fuerte que Tánatos? ¿Y si hubiera en cada persona una fuerza que comprende visceralmente que toda la humanidad es interdependiente de manera inextricable y que hacer daño a cualquier parte supone dañar el todo?

El emperador romano Marco Aurelio comprendía esta fuerza incluso cuando libraba batallas desesperadas contra los bárbaros que a la postre destruirían Roma. «Lo que acontece a cada uno en particular», escribió Marco Aurelio hace casi dos mil años, «es causa del progreso, de la perfección y de la misma continuidad de aquello que gobierna el conjunto del universo. Pues queda mutilado el conjunto entero, caso de ser cortada, aunque mínimamente, su conexión y continuidad, tanto de sus partes como de sus causas».

Holmes recoge el caso de un veterano que, dos mil años después de Marco Aurelio, comprendió el mismo concepto cuando observó que algunos de los marines con los que estaba en Vietnam alcanzaron un grado de reflexión tras la batalla en el que «llegaron a ver a los jóvenes vietnamitas que habían matado

como aliados en una guerra más grande de la existencia individual, como jóvenes con los que se habían unido para toda su vida contra el impersonal “ellos” del mundo». A continuación, Holmes expresa una intuición intemporal y poderosa cuando escribe: «Cuando mataban a los soldados rasos de Vietnam del Norte, los soldados rasos americanos mataban a una parte de ellos mismos».

Quizás por eso obviamos esta verdad. Quizás ocurra que entender de verdad la magnitud de la resistencia a matar entrañe entender la magnitud de la inhumanidad del hombre hacia el hombre. Glenn Gray, acuciado por su propia culpabilidad y la angustia resultante de sus experiencias en la segunda guerra mundial, grita con el dolor de cualquier soldado lúcido que haya reflexionado sobre este asunto: «Yo también pertenezco a esta especie. Me avergüenzo no solo de mis propios actos, no solo de los actos de mi nación, sino también de los actos humanos. Me avergüenza ser un hombre».

«Esto», afirma Gray, «supone la culminación de una lógica apasionada que comienza en la conciencia cuando se cuestiona algún acto que se le ha ordenado al soldado y que es contrario a su conciencia». Si este proceso continúa, entonces «la conciencia de no haber actuado en respuesta a la conciencia puede llevar a la mayor repugnancia, no solo hacia uno mismo sino hacia la especie humana».

Puede que nunca entendamos la naturaleza de esta fuerza en el hombre que le mueve a una intensa resistencia a matar a sus congéneres, pero, en cualquier caso, hemos de agradecerle a dicha fuerza, sea cual sea, nuestra existencia. Y, si bien los líderes militares encargados de ganar una guerra pueden sentirse consternados por su existencia, como raza humana podemos contemplarla con orgullo.

No cabe duda de que esta resistencia a matar al prójimo está ahí y existe como resultado de una poderosa combinación de factores instintivos, racionales, ambientales, hereditarios, culturales y sociales. Está ahí, es fuerte, y nos da pie para creer que quizás aún haya esperanza para la humanidad después de todo.

II Matar y el trauma del combate: el papel de matar en las bajas psiquiátricas

Las naciones tienen por costumbre medir el «coste de la guerra» en dólares, producción perdida o el número de soldados muertos o heridos. Los estamentos militares rara vez intentan medir el coste de la guerra en términos del sufrimiento humano individual. El colapso de naturaleza psiquiátrica continúa siendo uno de los aspectos de la guerra más caros cuando se expresa en términos humanos.

Richard Gabriel
No more heroes

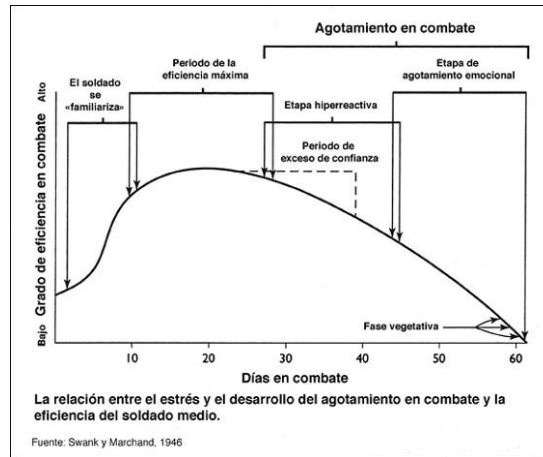
1 La naturaleza de las bajas psiquiátricas: el precio psicológico de la guerra

Richard Gabriel señala que «en todas las guerras en las que los soldados estadounidenses han luchado [en el siglo xx], la probabilidad de convertirse en una baja psiquiátrica —de acabar debilitado durante un periodo de tiempo como resultado del estrés de la vida militar— era mayor que la de morir a causa del fuego enemigo».

Durante la segunda guerra mundial, más de 800.000 hombres fueron clasificados 4-F (no aptos para el servicio militar) debido a causas psiquiátricas. A pesar de este esfuerzo por cribar a aquellos que no eran aptos para el combate por razones mentales y emocionales, las fuerzas armadas de los Estados Unidos perdieron otros 504.000 hombres para el esfuerzo bélico debido al colapso de naturaleza psiquiátrica; ¡los suficientes para conformar cincuenta divisiones! En un momento dado durante la segunda guerra mundial, se licenciaban más bajas psiquiátricas del ejército de los Estados Unidos que las personas que eran reclutadas.

En la breve guerra entre árabes e israelíes en 1973, casi un tercio de todas las bajas israelíes fueron debidas a causas psiquiátricas, y lo mismo parece haber sucedido en las fuerzas egipcias. En la invasión del Líbano de 1982, las bajas psiquiátricas israelíes doblaban el número de muertos.

El estudio de la segunda guerra mundial profusamente citado de Swank y Marchand señala que, tras sesenta días de combate *continuo* , el 98 por ciento de todos los soldados supervivientes se convierte en baja psiquiátrica de una u otra variedad. Swank y Marchand encontraron una característica común entre el 2 por ciento que conseguía aguantar el combate continuado: una predisposición hacia «las personalidades agresivo-psicopáticas».



Durante la primera guerra mundial, los británicos creían que sus soldados podían aguantar varios centenares de días antes de convertirse inevitablemente en bajas psiquiátricas. Pero esto era posible debido a la política británica de rotar a los hombres para que descansaran tras aproximadamente doce días de combate, al contrario de la política estadounidense en la segunda guerra mundial de dejar a los hombres en combate hasta ochenta días sin descanso.

Resulta interesante señalar que el hecho de pasar meses de exposición *continuada* al estrés del combate es un fenómeno que se da solo en los campos de batalla del siglo xx . Incluso en los sitios que duraban años de los siglos pasados había espacio para el descanso alejado del combate, en gran medida debido a las limitaciones de la artillería y las tácticas. Los momentos reales de riesgo personal rara vez excedían unas horas de duración. Algunas bajas psiquiátricas siempre han estado asociadas a la guerra, pero solo en el siglo xx se dio la situación en la que la capacidad física y logística superaban nuestra capacidad psicológica para soportarla.

Las manifestaciones de las bajas psiquiátricas

Richard Gabriel examina en su libro *No more heroes* la cantidad de síntomas y manifestaciones históricas de las bajas psiquiátricas.¹ Entre estas se encuentran los casos de fatiga, estados confusionales, histeria de conversión, estados de ansiedad, estados obsesivos y compulsivos, y desórdenes de la personalidad.

Casos de fatiga

Este estado de agotamiento físico y mental es uno de los síntomas más tempranos. El soldado se siente cada vez más huraño y abiertamente irritable,

pierde el interés por todas las actividades con los camaradas y evita cualquier responsabilidad o actividad que implique un esfuerzo físico o mental. Se vuelve propenso a episodios de lloros o de extrema ansiedad o terror. También aparecen síntomas somáticos como la hipersensibilidad al sonido, un incremento en la sudoración y palpitaciones. Estos casos de fatiga abren la puerta a un colapso ulterior más completo. Si el soldado se ve obligado a permanecer en combate, el colapso resulta inevitable; la única cura es la evacuación y el reposo.

Estados confusionales

La fatiga puede convertirse rápidamente en una disociación psicótica de la realidad que es lo que define a los estados confusionales. Por lo general, el soldado deja de saber quién es o dónde se encuentra. Incapaz de tratar con su entorno, se aparta mentalmente del mismo. Los síntomas incluyen el delirio, la disociación psicótica y los cambios de humor maniaco-depresivos. Una respuesta señalada a menudo es el síndrome de Ganzer, en el que el soldado comienza a hacer chistes, a comportarse como un tonto y en general a intentar repeler el horror con el humor y lo ridículo.

El grado de aflicción en los estados confusionales puede oscilar desde el meramente neurótico al abiertamente psicótico. El sentido del humor que se muestra en la película y luego serie *M*A*S*H* es un ejemplo excelente de individuos aquejados de forma leve por el síndrome de Ganzer:

—Quita esa cosa de mi cara, Hunter, o te la daré de comer con salsa picante.

—Vamos, sargento. ¿No quiere darle un apretón de manos a «Herbert»?

—Hunter, estás jodido. Cualquiera que traiga el brazo de un oriental está enfermo. Cualquiera que lo entre en la tienda de campaña esta pidiendo que lo castiguen con horas de guardia. No sabes dónde ha estado esa cosa. ¡Deja de hurgarte la nariz con él! ¡Lárgate, Hunter! ¡Lárgate!

—Vaya, sargento, «Herbert» solo quería hacer amigos. Se siente solo sin sus antiguos amigos el «señor Pie» y el «señor Escroto».

—Doble guardia esta noche, Hunter, y toda la semana. Hasta luego, enfermo. Disfruta las guardias.

—Chicos, dadle las buenas noches a «Herbert».

—¡Fuera! ¡Fuera!

Humor negro, por supuesto. Risotadas para tipos duros. Después de un tiempo, nada era sagrado. Si mamá hubiera podido ver con lo que jugaba ahora su pequeño. O lo que le pagaban por hacer.

W. Norris

«Rhodesia Fireforce Commandos»

Histeria de conversión

La histeria de conversión puede darse durante el combate o de forma post-traumática años después. La histeria de conversión puede manifestarse como

incapacidad de saber dónde está uno o incluso de funcionar, y a menudo comporta deambular sin rumbo por el campo de batalla sin ninguna preocupación por los evidentes peligros. En algunos, casos el soldado se vuelve amnésico y bloquea grandes porciones de su memoria. A menudo la histeria degenera en ataques convulsivos en los que el soldado se encoge en posición fetal y comienza a temblar violentamente. Gabriel señala que durante ambas guerras los casos de parálisis contractiva del brazo eran muy comunes y, por lo general, el brazo que se empleaba para apretar el gatillo era el que quedaba paralizado. Un soldado podía volverse histérico tras ser golpeado por una sacudida, tras recibir una herida menor no debilitante o tras experimentar que se había salvado por poco. La histeria también puede manifestarse después de que un soldado herido haya sido evacuado a un hospital o a una zona en la retaguardia. Una vez se encuentra allí, la histeria puede empezar a emerger, la mayoría de las veces como defensa contra el regreso a la lucha. Con independencia de las manifestaciones físicas, siempre es la mente la que produce los síntomas para escapar o evitar el horror del combate.

Estados de ansiedad

Estos estados se caracterizan por los sentimientos de agotamiento total y tensión que no pueden aliviarse durmiendo o descansando, y que degeneran en una incapacidad para la concentración. Cuando puede dormir, el soldado se despierta a menudo a causa de horribles pesadillas. A la postre, el soldado se obsesiona con la muerte y el temor a fallar o que los hombres de su unidad descubran que es un cobarde. Una ansiedad generalizada puede con facilidad deslizarse a una completa histeria. A menudo la ansiedad va acompañada de falta de aliento, debilidad, dolor, visión borrosa, mareos, síntomas vasomotores y desmayos.

Otra reacción, común en los veteranos de Vietnam que sufren el trastorno de estrés postraumático (TEPT) años después del combate, es la hipertensión emocional, en la que la presión sanguínea del soldado aumenta dramáticamente con todos los síntomas que la acompañan: sudoración, nerviosismo, etc.²

Estados obsesivos y compulsivos

Estos estados son similares a la histeria de conversión, excepto que en este caso el soldado se da cuenta de la naturaleza mórbida de sus síntomas y que la raíz se encuentra en sus miedos. A pesar de ello, sus temblores, palpitaciones, tartamudeos, tics, etc., escapan a su control. Con el tiempo es probable que el

soldado se refugie en algún tipo de reacción histérica que le permita escapar de la responsabilidad psíquica por sus síntomas físicos.

Desórdenes de la personalidad

Los desórdenes de la personalidad incluyen rasgos obsesivos en virtud de los cuales el soldado desarrolla una fijación por ciertas acciones o cosas; tendencias paranoicas que van acompañadas de irascibilidad, depresión y ansiedad, que a menudo adquieren el tono de amenazas a su seguridad; tendencias esquizoides que conducen a la hipersensibilidad y el aislamiento; reacciones de carácter epileptoide acompañadas de periodos de ira; el desarrollo de una religiosidad extrema y dramática; y, finalmente, degeneración hacia una personalidad psicótica. Lo que le ha ocurrido al soldado es una alteración de su personalidad fundamental.

Estos son tan solo algunos de los posibles síntomas de las bajas psiquiátricas en la guerra. Gabriel señala que «la mente ha mostrado ser infinitamente capaz de producir cualquier cantidad de combinaciones de síntomas y entonces, para empeorar las cosas, enterrarlas en lo más profundo de la psique del soldado, de suerte que incluso las manifestaciones palmarias se convierten en síntomas de causas subyacentes aún más profundas». La idea clave que debemos extraer de esta letanía de enfermedades mentales es que, pasados unos pocos meses de combate continuado, aflorarán *algunos síntomas de estrés* en casi todos los soldados que participen.

El tratamiento del mutilado psíquico

El tratamiento de estas numerosas manifestaciones del estrés del combate simplemente requiere apartar al soldado del entorno bélico. Hasta la era post-Vietnam, cuando aparecieron cientos de miles de casos de TEPT, este era el único tratamiento que se pensaba que era necesario para que el soldado pudiera regresar a su vida normal. Pero el problema es que los militares no quieren simplemente devolver a la baja psiquiátrica a su vida normal, ¿quieren que regrese al combate! Y, lógicamente, él se muestra reacio a hacerlo.

El síndrome de la evacuación es la paradoja de la psiquiatría de combate. Una nación debe cuidar a sus bajas psiquiátricas, pues no son valiosas en el campo de batalla —de hecho, su presencia en el combate puede tener un impacto negativo en la moral de los soldados—, pero pueden ser reutilizadas de nuevo como valiosos reemplazos cuando se hayan recuperado del estrés del combate. Sin

embargo, si los soldados empiezan a darse cuenta de que se evacúa a los soldados con problemas psíquicos, el número de bajas psiquiátricas aumentará dramáticamente. Una solución obvia a este problema es la rotación de las tropas para que tengan periodos de descanso y recuperación, algo que es una práctica habitual en la mayoría de los ejércitos occidentales, pero que no siempre es posible en combate.

Proximidad —o tratamiento adelantado— y expectativa son los principios que se han desarrollado para superar la paradoja del síndrome de la evacuación. Estos conceptos, que han probado ser muy efectivos desde la primera guerra mundial, implican 1) tratamiento de la baja psiquiátrica lo más cerca posible del campo de batalla, es decir, en la máxima proximidad posible, a menudo dentro del alcance de la artillería enemiga; y 2) una comunicación constante con la baja por parte del mando y el personal médico en torno a la expectativa de que volverá a unirse con sus camaradas en el frente lo más pronto posible. Estos dos factores permiten que la baja psiquiátrica sea tratada y pueda descansar lo que necesite, sin enviar el mensaje a los camaradas que todavía están sanos de que la baja psiquiátrica es un pase para salir del campo de batalla.

1 . La información de este capítulo proviene en gran medida del libro *No more heroes* de Richard Gabriel que, a su vez, proviene en gran medida de *Diagnostic and Statistical Manual of the American Psychiatric Association*, y de *Military Psychiatry: A Comparative Perspective* , una antología editada por el mismo autor.

2 . La causa del TEPT se asocia en gran medida con la naturaleza de la estructura de apoyo que el soldado recibe cuando vuelve del combate a la sociedad. Este capítulo se centra primordialmente en la naturaleza y la etiología de las bajas psiquiátricas que ocurren durante el combate. El TEPT es una clase de enfermedad psiquiátrica completamente distinta que será abordada en la sección «Matar en Vietnam».

2 El reino del miedo

¿Qué ocurre en la mente de un soldado durante el combate? ¿Cuáles son las reacciones emocionales y los procesos subyacentes que causan que la inmensa mayoría de aquellos que sobreviven a un combate prolongado acaben deslizándose en la locura?

Vamos a utilizar un modelo como armazón para la comprensión y estudio de la causalidad de las bajas psiquiátricas, un modelo metafórico que represente e integre los factores del miedo, el agotamiento, la culpa y el horror, el odio, la entereza, y el acto de matar. Cada uno de estos factores será examinado y luego integrado en un modelo general para presentar una comprensión detallada del estado psicológico y fisiológico del soldado de combate.

El primero de estos factores es el miedo.

La investigación y el reino del miedo

Diversos investigadores del pasado propusieron una explicación claramente simplista —si bien sigue siendo aceptada— de las bajas psiquiátricas cuando afirmaron que la causa de la mayor parte de los traumas en la guerra es el miedo a la muerte y las lesiones. En 1946, Appel y Beebe señalaron que la clave para comprender los problemas psiquiátricos de los soldados de combate era el sencillo hecho de que el peligro de perder la vida o quedar mutilado suponía una presión tan grande que causaba que los hombres sufrieran un colapso. Y Watson, un periodista del *London Times* que llevó a cabo un estudio de varios años sobre la aplicación de la psicología y la psiquiatría a la guerra, concluye en su libro *War on the Mind* que «el estrés del combate, con su miedo real a la muerte, es diferente de otros tipos de estrés».

Sin embargo, los estudios clínicos que intentaron demostrar que el miedo a la muerte y las lesiones es el responsable de las bajas psiquiátricas han fracasado sistemáticamente. Un ejemplo de esta clase de estudios es la investigación de Mitchell Berkun de 1958 sobre la naturaleza del colapso psiquiátrico en el combate. Berkun comenzó con una preocupación por «el papel que jugaba el miedo, es decir, la preocupación por la posibilidad de morir o sufrir lesiones, en la respuesta a entornos adversos». En uno de sus experimentos, a unos soldados a bordo de una aeronave militar de transporte se les informó de que el piloto se veía obligado a hacer un aterrizaje de emergencia. Los hombres sometidos a las controvertidas —y, según los estándares actuales, contrarias a la ética—

situaciones que provocaban miedo en estas pruebas de la Oficina de Investigaciones de Recursos Humanos tuvieron «largas entrevistas psiquiátricas antes y después y, de nuevo, semanas más tarde para ver si había efectos ocultos. No se encontró nada».

El psicólogo militar Ben Shalit preguntó a soldados israelíes inmediatamente tras el combate qué era lo que más les había asustado. La respuesta que esperaba era «perder la vida» o «sufrir lesiones o ser abandonado en el terreno». Se quedó por tanto sorprendido al descubrir el poco énfasis en el miedo al daño físico o la muerte y el gran hincapié en «decepcionar a los otros». Shalit realizó una encuesta similar a las fuerzas de mantenimiento de la paz de Suecia que carecían de experiencia en combate. En este caso, recibió la respuesta esperada de «la muerte y las lesiones» como el factor más temido en la batalla. Su conclusión fue que la experiencia en combate hace que disminuya el miedo a la muerte o las lesiones.

Tanto los estudios de Berkun como los de Shalit indican que el miedo a la muerte o las lesiones no es la causa primaria de las bajas psiquiátricas en el campo de batalla. De hecho, Shalit concluye que, incluso en una sociedad y cultura que dice a los soldados que el miedo egoísta a la muerte o las lesiones debería ser su preocupación principal, es por el contrario el miedo a no ser capaz de cumplir con las terribles obligaciones del combate lo que pesa más en las mentes de los soldados.

Quizás una de las razones por las que el miedo ha sido generalmente aceptado como la principal explicación del estrés de combate estriba en que se ha convertido en aceptable socialmente. ¿Cuántas veces hemos oído en las películas y en la televisión que solo los tontos no tienen miedo? Esta aceptación del miedo forma parte de la cultura moderna. Pero seguimos intentando evitar el examen sobre la naturaleza de este miedo: ¿miedo a la muerte o las lesiones, o miedo al fracaso y a la culpa?

Durante la segunda guerra mundial, el ejército de Estados Unidos fomentó intencionadamente una actitud permisiva en torno al miedo, y los estudios de referencia de Stouffer sobre la segunda guerra mundial muestran que los hombres que exhibían un miedo controlado no estaban mal considerados por sus compañeros. Durante la segunda guerra mundial, en un panfleto de amplia difusión titulado *Army Life*,¹ el ejército de Estados Unidos decía a sus soldados: «ESTARÁS ASUSTADO . Claro que estarás asustado. Antes de entrar en combate te sentirás aterrado ante la incertidumbre, ante la idea de que te maten». Un estadístico lo calificaría como sesgo en la muestra.

La investigación en torno al miedo ha evolucionado como si unos hombres ciegos palparan un elefante: uno palpa lo que le parece que es un árbol, otro encuentra una pared y un tercero descubre una serpiente. Todos tienen una parte del puzle, una parte de la verdad, pero ninguno está en lo cierto.

Existe dentro de nosotros la necesidad de decir lo que es socialmente aceptable y, al igual que los hombres ciegos que palpan una bestia enorme, tendemos a señalar aquel aspecto de su anatomía que esperábamos encontrar de antemano y rechazamos esas manifestaciones con las que no nos sentimos cómodos. El nombre ofrecido, aceptado y cómodo para esta bestia es «miedo».

Y solo unos pocos se sienten a gusto cuando tratan con explicaciones alternativas tan potentes como la culpa. El miedo es una emoción concreta pero breve que recae en el individuo. En cambio, la culpa es a menudo una emoción a largo plazo y puede recaer en la sociedad en su conjunto. Cuando nos enfrentamos a preguntas duras y a la difícil tarea de la introspección, es muy fácil evitar la verdad y ofrecer las respuestas socialmente aceptables que la literatura bélica, las películas de Hollywood y los estudios científicos nos dicen que deberíamos dar.

El lugar del miedo en el dilema del soldado

El miedo a la muerte o las lesiones no es la única, y ni siquiera la principal, causa de las bajas psiquiátricas en combate. Esto no significa que esta comprensión generalizada del combate carezca de valor, pero la verdad en su conjunto es mucho más compleja. Ni tampoco se afirma que la carnicería y muerte de la batalla no sean horribles, ni que el miedo a una muerte violenta o las lesiones no sea una cosa traumática. Sin embargo, estos factores por sí solos no son suficientes para causar un éxodo masivo de bajas psiquiátricas tal y como lo vemos en el campo de batalla moderno.

Existen causas subyacentes más profundas de las bajas psiquiátricas que los soldados sufren en combate. La resistencia a la agresión manifiesta, además del miedo a la muerte o las lesiones, son causa de gran parte del trauma y del estrés del campo de batalla. Por tanto, el reino del miedo representa uno de los factores que contribuyen al dilema del soldado. El miedo junto con el agotamiento, el odio, el horror y la tarea irreconciliable de equilibrarlos con la necesidad de matar, entierra al soldado en una ciénaga de culpa y horror y este acaba a la postre desequilibrándose y cayendo en la región que llamamos locura. De hecho, el miedo puede que sea uno de los factores de menor importancia.

Poner fin al reino del miedo

A menudo los que no matan se ven expuestos a las mismas condiciones brutales que los que matan; condiciones que provocan miedo, pero que no les convierten en bajas psiquiátricas. En la mayoría de los casos en los que los que no matan se enfrentan a la amenaza de muerte o lesiones en la guerra, los casos de bajas psiquiátricas son llamativamente inexistentes. Estas circunstancias incluyen a víctimas civiles de bombardeos estratégicos, civiles y prisioneros de guerra bajo fuego de artillería y bombardeos, marineros embarcados durante el combate, soldados en misiones de reconocimiento tras las líneas enemigas, personal médico, y oficiales en combate.

El miedo y las víctimas civiles de bombardeos

El oficial de infantería italiano Giulio Douhet se convirtió en el primer teórico mundialmente reconocido de la fuerza aérea con la publicación de su libro *El dominio del aire* en 1921. Douhet afirmó: «La desintegración de las naciones que en la última guerra se llevó a cabo por desgaste, se realizará directamente mediante las fuerzas aéreas».

Con anterioridad a la segunda guerra mundial, los psicólogos y teóricos de la ciencia militar como Douhet predijeron que los bombardeos masivos de las ciudades crearían el mismo grado de trauma psicológico que el que se había visto en el campo de batalla en la primera guerra mundial. Durante la Gran Guerra, la probabilidad de que un soldado se convirtiera en baja psiquiátrica era mayor que la de morir por fuego enemigo. A causa de ello, las autoridades preveían grandes números de «lunáticos farfullando» expulsados de sus ciudades por una lluvia de bombas. Entre los civiles, se proyectaba un impacto incluso peor que el que se veía en combate. Cuando el horror de la guerra alcanzara a las mujeres, niños y personas ancianas, en vez de a los soldados adiestrados y cuidadosamente seleccionados, el impacto psicológico sería sin duda demasiado grande, y se esperaba que incluso más civiles que soldados se vendrían abajo.

Esta teoría, establecida por Douhet y repetida más tarde por muchas otras voces autorizadas, jugó un papel clave en la doctrina del intento alemán de bombardear Gran Bretaña hasta someterla al principio de la segunda guerra mundial, y el consiguiente intento de los Aliados por hacer otro tanto con Alemania. Este bombardeo estratégico de centros de población venía motivado por la muy razonable expectativa de que habría bajas psiquiátricas masivas como resultados de estos bombardeos.

Pero se equivocaban.

La carnicería y la destrucción, y el miedo a la muerte y las lesiones, causadas por los meses de bombardeos en Inglaterra durante la segunda guerra mundial fueron tan terribles como cualquier cosa que se hubiera encontrado un soldado en primera línea. Familiares y amigos resultaron mutilados y muertos, pero, de una forma extraña, eso no fue lo peor de todo. Los civiles sufrieron una vejación que la mayoría de los soldados nunca tuvieron que sufrir. En 1942, lord Cherwell escribió: «La investigación parece mostrar que el hecho de que tiren abajo la casa de uno es lo que más mina la moral. A la gente parece importarle más que si mueren sus amigos o incluso sus familiares».

Para los alemanes fue peor. El poderío del vasto Imperio británico recayó sobre la población germana a través de los bombardeos nocturnos. Al mismo tiempo, los Estados Unidos dedicaron sus esfuerzos al bombardeo «de precisión» diurno. Día y noche, durante meses, incluso años, el pueblo alemán sufrió lo indecible.

Durante los meses de bombas incendiarias y bombardeo de saturación, la población alemana experimentó la esencia destilada de la muerte y las lesiones sufridas en combate. Soportaron el miedo y el horror de una magnitud que pocos vivirán alguna vez. Este reino del miedo y el horror desatado entre los civiles es exactamente a lo que la mayoría de expertos responsabilizan los tremendos porcentajes de bajas psiquiátricas sufridas por los soldados en la batalla.

Sin embargo, y por increíble que parezca, la incidencia de bajas psiquiátricas entre estas personas fue muy similar a los tiempos de paz. No hubo casos de bajas psiquiátricas masivas. El estudio de la Rand Corporation sobre el impacto psicológico de los ataques aéreos, publicado en 1949, concluyó que solo había un muy ligero incremento en los desórdenes psicológicos «más o menos a largo plazo» en comparación con la tasa en tiempos de paz. Y los que afloraron parecían «ocurrir fundamentalmente entre personas con una predisposición previa». De hecho, los bombardeos parecen haber servido para endurecer los corazones y fortalecer la disposición a matar de las naciones que los padecieron.

Cuando tuvieron que enfrentarse al error de sus predicciones, los psicólogos y psiquiatras de la posguerra se afanaron para encontrar una razón a la obstinada negativa de las poblaciones de Alemania e Inglaterra a convertirse en bajas psiquiátricas masivas como respuesta a los bombardeos estratégicos. Finalmente, recurrieron al trastorno facticio como modelo para explicar lo que había ocurrido. Según el modelo, estos individuos se negaron a «enfermar» porque no tenían nada que ganar con ello.

Sin embargo, el trastorno facticio no funciona por dos razones: los soldados en

combate pueden convertirse en bajas psiquiátricas incluso cuando no tienen nada que ganar con ello, pues así es la naturaleza de la locura; y, segundo, estos individuos sí que tenían mucho que ganar «dejando que se soltaran los límites de la realidad» y escapando al campo o, mejor aún, escapando a las clínicas psiquiátricas que normalmente estaban situadas lejos de los objetivos de los bombardeos estratégicos.

Miedo y prisioneros de guerra como víctimas de artillería y bombardeos

Gabriel señala que los estudios sobre la primera y segunda guerra mundial muestran que los prisioneros de guerra no sufrieron reacciones psiquiátricas cuando se vieron sometidos a ataques de artillería o bombardeos aéreos, *pero sí les ocurrió a sus guardas*. Aquí nos encontramos con una situación en la que los no combatientes (los prisioneros) no se vieron traumatizados por la muerte y la destrucción, mientras que los combatientes (los guardas) que estaban con ellos sí lo padecieron. La teoría del trastorno facticio ha sido empleada para explicar esta disparidad; a saber, los guardas tenían algo que ganar convirtiéndose en bajas psiquiátricas para irse al puesto de socorro psiquiátrico más cercano, mientras que los prisioneros no tenían nada que ganar y ninguna parte a donde ir por lo que optaron por no convertirse en bajas psiquiátricas. Pero esta teoría no se sostiene cuando se la examina con detenimiento.

Los soldados rodeados y sin cobertura huirán de la batalla, incluso cuando no tienen nada que ganar haciéndolo. Vemos un excelente ejemplo en una de las unidades de caballería de Custer, que se vio aislada y rodeada por los indios durante dos días antes de ser rescatada. (Pues sí, una parte del Séptimo de Caballería de Custer, en un lugar distinto bajo el mando del mayor Reno, sobrevivió a la batalla de Little Big Horn. Solo los que estaban con Custer murieron.) Según Gabriel, muchos de estos soldados, fingiendo estar enfermos o heridos, abandonaron sus posiciones defensivas para acudir al puesto de socorro, *a pesar de que no ofrecía ninguna protección*. De hecho, el puesto de socorro estaba expuesto al fuego enemigo y posiblemente era menos seguro que las posiciones en el perímetro. Este ejemplo ilustra un punto muy importante sobre el trastorno facticio: los combatientes intentarán abandonar la batalla (una situación en la que se les requiere matar) incluso si ello les coloca en una situación de riesgo.

Gabriel descarta la explicación del trastorno facticio en el caso de los prisioneros de guerra y guardas que soportan fuego de artillería y bombardeos.

Se acerca más a una explicación verosímil cuando afirma que los prisioneros «habían transferido la responsabilidad de su supervivencia a sus guardas». Los prisioneros habían sin duda renunciado a su responsabilidad en favor de los guardas: la responsabilidad de sobrevivir y la responsabilidad de matar.

Los prisioneros estaban inermes, impotentes y extrañamente en paz con su destino en la vida. No tenían ni la capacidad personal ni la responsabilidad de matar, y tampoco tenían razones para pensar que la artillería entrante o las bombas que caían eran un asunto personal. Los guardas, por el contrario, se tomaban el asunto como una afrenta personal. Todavía tenían la capacidad y la responsabilidad de luchar, y se enfrentaban a la evidencia irrefutable de que alguien estaba dispuesto a matarles y que ellos tenían la responsabilidad de hacerlo propio. Las bajas psiquiátricas entre los guardas —al igual que otros soldados en circunstancias similares— representaban un método de fuga aceptable frente a la insoportable responsabilidad inherente a sus papeles como soldados.

El miedo y los marineros en el combate naval

Durante miles de años las batallas navales comportaban el combate con armas arrojadas (arco y flechas, balistas, y cañones) desde un rango extremadamente próximo, seguido de forcejeos, abordaje y una feroz batalla cuerpo a cuerpo y a vida o muerte. La historia de la guerra naval —al igual que la de la guerra terrestre— ofrece muchos ejemplos de bajas psiquiátricas como resultado de este tipo de combate. En sus exigencias emocionales, la guerra naval es muy parecida a su equivalente en tierra.

Pero en los siglos xx y xxi las bajas psiquiátricas en la guerra naval casi han desaparecido por completo. El gran médico militar lord Moran señaló la sorprendente ausencia de enfermedades psicológicas entre los hombres a los que trató a bordo de navíos durante la segunda guerra mundial. Lord Moran recoge su experiencia con dos barcos: «Uno fue hundido tras sobrevivir más de doscientos ataques y el grueso de la primera campaña libia. El otro estuvo en cuatro operaciones destacadas además de sufrir ataques en alta mar y en puerto, y sufrió daños reales dos veces». Y, sin embargo, la incidencia de bajas psiquiátricas fue casi inexistente: «Había más de quinientos hombres en los dos barcos y, de estos, tan solo dos acudieron a mí por un problema de nervios».

Tras la segunda guerra mundial, los campos de la psiquiatría y la psicología intentaron averiguar el porqué y, de nuevo, se sugirió el trastorno facticio: un marinero no tenía nada que ganar convirtiéndose en una baja psiquiátrica y, en

consecuencia, decidía no hacerlo.

La idea de que un marinero moderno no tenía nada que ganar convirtiéndose en una baja psiquiátrica es simplemente absurda. La enfermería de un buque de guerra se encuentra tradicionalmente en el lugar más seguro del barco. Un marinero que se encuentre a cielo abierto, disparando un arma en cubierta contra una aeronave que ataca al barco tiene *mucho* que ganar si consigue llegar a la relativa seguridad de la enfermería. E incluso si sus síntomas psiquiátricos no consiguen sacarlo por completo de la batalla, por lo menos lo sacarán de las que estén por venir.

Entonces, ¿por qué estos marineros no sufren los mismos padecimientos psiquiátricos que sus hermanos en tierra? Los marineros modernos sufren, se queman y mueren de forma igual de horrible que sus equivalentes en tierra. La muerte y la destrucción les acechan por todos lados. Pero no se desmoronan, ¿por qué?

La respuesta estriba, de nuevo, en que la mayoría de ellos no tiene que matar a nadie directamente, y nadie intenta matarles directa y personalmente.

Dyer observa que nunca ha habido una resistencia similar a matar entre los artilleros o la tripulación de un bombardero o el personal naval. «En parte», señala, esto se debe a «la misma presión que mantiene a los servidores de la pieza disparando, pero lo que resulta incluso más importante es la mediación de la distancia y la maquinaria entre ellos y el enemigo». Simplemente, «pueden hacer ver que no están matando a seres humanos».

En vez de matar a gente de cerca y a nivel personal, las armadas modernas matan barcos y aviones. Por supuesto que hay personas en esos barcos y aviones, pero la distancia psicológica y mecánica protegen al marinero moderno. A menudo, los barcos de la primera y segunda guerra mundial disparaban sus armas contra barcos enemigos que no podían ser vistos sin la ayuda de prismáticos, y las aeronaves a las que atacaban rara vez eran más que una pequeña mota en el cielo. Intellectualmente, estos guerreros del mar entendían que estaban matando a seres humanos como ellos mismos y que alguien quería matarles, pero podían negarlo emocionalmente.

Un fenómeno similar ocurre en el combate aéreo. Tal y como se señaló, los pilotos de la primera y segunda guerra mundial, a bordo de aeronaves relativamente lentas, podían ver a los pilotos enemigos, y de ahí que un gran número de ellos no quisiera luchar de forma agresiva. Los pilotos modernos, que luchan contra un enemigo que solo ven en la pantalla de un radar, no tienen este problema.

El miedo y las patrullas tras las líneas enemigas

Otra circunstancia que está libre de las habituales bajas psiquiátricas asociadas al campo de batalla son las patrullas tras las líneas enemigas. Si bien se trata de algo enormemente peligroso, estas patrullas realizan por su propia naturaleza una clase distinta de combate. En la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial, Corea y Vietnam, vemos características en común.

En calidad de comandante de una compañía de infantería y ranger del ejército, he sido adiestrado por el ejército de Estados Unidos para planificar y llevar a cabo este tipo de patrullas y así lo he hecho en muchas ocasiones durante ejercicios militares. La mayoría de patrullas son de reconocimiento. En este tipo de patrullas, se envía a un cuerpo de hombres pequeño y escasamente armado a territorio enemigo con órdenes específicas de no entablar combate. Su misión consiste en espiar al enemigo y, si la patrulla de reconocimiento se encuentra con una fuerza enemiga, debe inmediatamente romper el contacto con el enemigo. La esencia de esta patrulla estriba en *no* ser encontrada ni vista, pues no posee la suficiente capacidad de fuego para efectuar una operación ofensiva.

Por tanto, si bien las patrullas de reconocimiento son peligrosas y la información que recaben puede resultar en que muchos soldados enemigos mueran, la misión en sí es una operación muy benigna. Se trata de una operación completamente libre de cualquier obligación o intención de enfrentar directamente o matar al enemigo. A veces se establece el requisito de hacerse con un prisionero, pero incluso esto supone un contacto relativamente limitado con el enemigo. ¿Qué podría ser psicológicamente menos traumático que que te ordenen huir de la agresión del enemigo?

Si la patrulla no es de reconocimiento, suele ser de emboscada o de incursión, en la que un grupo selecto de hombres ataca al enemigo en un punto planeado. Al igual que en una patrulla de reconocimiento, una patrulla de combate romperá de inmediato el contacto con el enemigo si es descubierta mientras se desplaza a su objetivo o regresa del mismo. La acción de matar en una incursión o emboscada se centra en un punto en particular durante un breve periodo de tiempo; en todos los demás casos, la patrulla, que depende del factor sorpresa para su éxito, huirá del enemigo.

Una patrulla de emboscada o de incursión se planea con un cuidado extremo y se ensaya antes de abandonar las líneas amigas. El momento en el que la acción de matar ocurre será extremadamente breve, y se asemejará mucho a lo que se haya practicado en el ensayo. Si se realiza correctamente, el enemigo se verá

sorprendido y tendrá pocas posibilidades de devolver el fuego. Se trata del poder psicológicamente protector de 1) atacar un objetivo preciso y conocido; 2) realizar ensayos y visualizaciones exactos con anterioridad al combate (una forma de condicionamiento); y 3) atacar a un enemigo desprevenido y que, se espera, tendrá pocas oportunidades de devolver el golpe. Así, y por su propia naturaleza, estas patrullas de combate conllevan una sensiblemente menor matanza aleatoria y son menos favorables a las bajas psiquiátricas.

Un factor adicional que debe tenerse en consideración es que, tal y como apunta Dyer, los extremadamente raros «soldados natos» que son los más capaces de matar (aquellos identificados por Swank y Marchand como el 2 por ciento con una predisposición hacia las tendencias agresivo-psicopáticas) se pueden encontrar «mayoritariamente congregados en la tipología de comando de las [unidades de las] fuerzas especiales». Y son este tipo de unidades a las que se les encomienda la misión de realizar patrullas de combate tras las líneas enemigas.

Aquí, también, se ha recurrido al trastorno facticio para explicar la ausencia de bajas psiquiátricas en las patrullas tras las líneas enemigas y, de nuevo, se puede probar que no es correcto. Aparte del hecho de que los hombres en combate pueden volverse locos con independencia de si les beneficia o no, estos soldados tienen *mucho* que ganar convirtiéndose en bajas psiquiátricas.

Las patrullas tras las líneas enemigas son extraordinariamente peligrosas, y tan solo una o dos bajas (psiquiátricas o de otra naturaleza) en ruta pueden desembocar en que la misión sea abortada por completo. Incluso si no se aborta la misión, se puede evitar que los heridos e incapacitados se expongan al peligro que conlleva una patrulla si permanecen en un lugar seguro donde se guardan las mochilas, raciones y el equipo, bajo la tutela de unos pocos hombres mientras se completa la misión. Por encima de todo, los indicios de que un soldado en patrulla sufre estrés psiquiátrico resultarían en que este soldado no participara en ulteriores misiones.

Por lo general, los soldados en patrulla tras las líneas enemigas —al igual que los civiles que sufren un bombardeo estratégico, los prisioneros de guerra que reciben fuego de artillería o bombardeos, o los marinos en los combates navales modernos— no sufren estrés psiquiátrico, porque, en la mayoría de los casos, el elemento más responsable como causante del estrés de combate no está presente: no están obligados a realizar actividades cara a cara de naturaleza agresiva contra el enemigo. A pesar de que estas misiones son muy peligrosas, el miedo a la muerte y a las lesiones no es obviamente la causa predominante de las bajas

psiquiátricas en la batalla.

El miedo entre el personal médico: «No toman el valor de la ira»

Los vi en una visión de la noche,
en las batallas de la noche.
En medio de los rugidos y las sombras sangrientas
se movían como la luz...

Con calma escrutadora, y con dedos
raudos y pacientes
tejían heridas, alzaban cuerpos
retorcidos por el dolor...

Mas no toman el valor de la ira
que ciega al ser incandescente;
no toman su compasión de la debilidad;
tiernos, sin dejar de ver...

Soportan los ojos del espectador
en el infierno y no los apartan
durante una hora por la fe que siguen,
la luz que sirven.

Hombre fiel al hombre, a su amabilidad
que todo lo colma,
a su espíritu erecto en el trueno
cuando caen todas sus fortalezas,
esta luz en el pandemonio
sirven y guardan.

¿Qué canción merecen estos hombres,
más valientes que los valientes?
«Los sanadores»

Walter Binyon, veterano de la primera guerra mundial

Existe un significativo cuerpo de indicios que apunta a que el personal militar en el campo de batalla que no mata sufre menos bajas psiquiátricas que aquellos cuya tarea consiste en matar. El personal médico, en concreto, ha sido tradicionalmente el bastión de la fiabilidad y estabilidad en combate.

Lord Moran, en sus escritos sobre sus experiencias militares recogidos en *Anatomy of Courage*, es uno de estos numerosos militares que no mataba y que dejó constancia de que nunca experimentó el síntoma físico del miedo. Experimentó un gran trauma emocional y sintió que certificar que su unidad era apta, algo que era su responsabilidad, era «como firmar la sentencia de muerte de doscientos hombres. Y puede que esté equivocado». Y concluye diciendo que «incluso ahora, veinte años después, mi conciencia no está tranquila ... ¿Fue justo que destinara a esos hombres a las trincheras? Y, si murieron, ¿quién es el culpable, ellos o yo?» Pero, a pesar de todas sus experiencias, le sorprende su

propia habilidad para «aguantar» durante tanto tiempo mientras los soldados a su alrededor se desmoronaban bajo la carga psicológica del combate. En su propio caso, piensa que la ausencia de síntomas psiquiátricos durante los largos años de combate continuo en las trincheras de la primera guerra mundial obedeció a que, en su calidad de oficial médico, tener que atender a los heridos le dio algo que hacer. Puede que sea verdad, pero quizás gran parte de la respuesta se halla en el hecho de que simplemente no estaba obligado a matar.

El médico no toma su valor de la ira. Incurre en los mismos o mayores riesgos de muerte o lesiones, pero él o ella se entrega en el campo de batalla no a Tánatos y la ira, sino a la bondad y a Eros. Y cuando se trata del bienestar psicológico de sus portadores, Tánatos es un amo mucho más cruel. Así como un veterano poeta de la primera guerra mundial entendió la naturaleza de Eros en el campo de batalla y nos la comunicó en «Los sanadores», otro entendió y habló de la naturaleza de Tánatos en el campo del dolor:

Eficiente, riguroso, fuerte y valiente —su visión es matar.

La fuerza es la solera de su poder, la estrella polar de su voluntad.

Sus forjas resplandecen con malevolencia: sus secuaces nunca desfallecen
para adornar a la diosa de su lujuria cuyos gemelos son la sangre y el fuego.

«El superhombre»

Robert Grant, veterano de la primera guerra mundial

La distinción psicológica entre ser el que mata y el que socorre en el campo de batalla me fue explicada de forma clara por un veterano extraordinario al que entrevisté. Había servido como sargento de la 101^a División Aerotransportada en Bastogne, era comandante de puesto de los Veterans of Foreign Wars,² y era un miembro de su comunidad muy respetado. Parecía estar profundamente afectado por las experiencias en las que tuvo que matar, y tras la segunda guerra mundial sirvió en Corea y Vietnam como médico de combate en un helicóptero de rescate de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Sus horribles aventuras rescatando y suministrando ayuda médica a los pilotos derribados, admitía sin ambages, fueron un alivio —y una penitencia personal muy poderosa— frente a su breve experiencia matando.

Aquí, la persona que mató una vez se convierte en un médico arquetípico que atiende a los soldados heridos y los acarrea en su espalda.³

El miedo entre los oficiales

Una situación muy similar a la posición protegida de los médicos es la de los oficiales. Los oficiales dirigen las operaciones que requieren matar, pero rara vez

participan en ellas. Se aíslan de la culpabilidad de matar por el simple hecho de que ellos dan la orden, pero son otros los que la ejecutan. Con la posible excepción de situaciones poco frecuentes de defensa propia, la mayoría de los oficiales en combate nunca dispara ni un solo disparo contra el enemigo. De hecho, un principio generalmente aceptado de la guerra moderna es que, si un oficial está disparando al enemigo, no está haciendo su trabajo. Y, si bien las bajas de oficiales de línea en la mayoría de las guerras son consistentemente más altas que las de sus propios hombres (en la primera guerra mundial, el 27 por ciento de los oficiales británicos que sirvieron en el frente occidental murieron, en comparación con el 12 por ciento de sus hombres), sus bajas psiquiátricas suelen ser significativamente más bajas (en la primera guerra mundial, la probabilidad de que un oficial británico se convirtiera en baja psiquiátrica era la mitad respecto a sus hombres).

Muchos observadores piensan que la menor incidencia de bajas psiquiátricas entre los oficiales se debe a su mayor sentido de la responsabilidad o al hecho de que son altamente visibles y, por tanto, susceptibles de un mayor estigma social en caso de que se derrumben. Sin lugar a dudas, el oficial posee una comprensión mayor que sus hombres de lo que está ocurriendo y su lugar y su importancia en ello. Y los oficiales reciben más reconocimiento y apoyo psicológico de las instituciones militares como, por ejemplo, uniformes, promociones y condecoraciones.

Probablemente todos estos factores forman parte de la ecuación, pero el oficial también tiene un peso menor de responsabilidad individual por el hecho de matar en el campo de batalla. La diferencia crucial estriba en que no tiene que hacerlo personalmente.

Una mirada nueva al reino del miedo

Parecería que, por lo menos en el ámbito de la causalidad de las bajas psiquiátricas, el miedo *no* impera en el campo de batalla. El efecto del miedo nunca debe ser subestimado, pero claramente no es el único, o incluso el principal, factor responsable de las bajas psiquiátricas en el campo de batalla.

Las muertes, destrucción y miedo que experimentaron aquellos que sobrevivieron a meses de bombardeos en Inglaterra y Alemania no produjeron nada que se aproxime al colapso psicológico que sufrieron los soldados en combate. Los estudios de la Rand Corporation mencionados con anterioridad dejan claro que, al igual que la distancia que mediaba ayuda a los pilotos y

bombarderos a negar parcialmente que estuvieran implicados personalmente en matar a miles de civiles inocentes, también las circunstancias y las distancias que mediaban aislaron a los civiles y prisioneros de guerra que fueron víctimas de bombardeos, marineros y patrullas tras las líneas enemigas del Viento del Odio (que analizaremos en breve), lo que les permitió negar con éxito que nadie estuviera personalmente intentando matarles. Simplemente, no se lo tomaron como algo personal. De hecho, uno podría pensar que la incapacidad de los civiles y prisioneros de guerra para defenderse habría sido una causa importante de estrés y, sin embargo, parece que lo contrario es verdad: la mayor parte de la tripulación de un bombardero y de los artilleros acaba en algún momento sufriendo una baja psiquiátrica, mientras que, por lo general, este no es el caso de los no combatientes a los que atacan.

Durante la segunda guerra mundial, las tripulaciones de los bombarderos solían tener la tasa más alta de bajas de todos los combatientes de las fuerzas aliadas. En el Comando de Bombardeo británico, de cada cien hombres, solo veinticuatro sobrevivieron. Estos números, repetidos día tras día sin cesar, parecen haber bastado para generar las tremendas bajas psiquiátricas que sufrieron estas tripulaciones. Este miedo estaba entreverado con una comparativamente pequeña cantidad de horror y cierta carga de responsabilidad. Un bombardero de la época de Vietnam afirmaba que fueron las muertes de civiles, incluso a distancia, lo que acabó por empujarle a la bebida y le apenó más en años posteriores. Sin embargo, puede que el miedo fuera el enemigo psicológico predominante en esta circunstancia en particular. Sin embargo, lo importante es que el miedo es tan solo uno de muchos factores y rara vez, si es que ocurre alguna vez, resulta ser la causa única de las bajas psiquiátricas.

La magnitud del agotamiento y el horror sufrido por los veteranos del combate y las víctimas de bombardeos estratégicos suelen ser por lo general comparables. El factor de estrés que los soldados experimentaron, pero no las víctimas, consistía en la responsabilidad de doble filo por 1) la expectativa de que tuvieran que matar (el equilibrio irreconciliable entre matar y no matar); y 2) el estrés de mirar a la cara a los que potencialmente podían matarles (el Viento del Odio).

1 La vida en el ejército.

2 Organización oficial de veteranos del ejército de Estados Unidos.

3 . Resulta importante señalar que, si bien la ausencia de bajas psiquiátricas en el campo de batalla del personal médico está corroborada en todas las guerras de las que dispongo de datos, Vietnam fue muy diferente en el sentido de que la incidencia del TEPT parece haber sido mayor en el personal médico. Creo que esto se debió a la naturaleza única de lo que ocurrió cuando los veteranos regresaron de esa guerra y lo trataremos con más detalle en la sección «Matar en Vietnam».

Si tuviera tiempo y algo parecido a su habilidad para el estudio de la guerra, creo que me concentraría casi en exclusiva en las «realidades de la guerra»: los efectos del cansancio, el hambre, el miedo, la falta de sueño, el tiempo... Los principios de la estrategia y las tácticas, y la logística de la guerra son absurdamente sencillos; son las realidades las que convierten a la guerra en algo tan complicado y tan difícil, y estas son a menudo desatendidas por los historiadores.

Mariscal de campo lord Wavell
Extracto de una carta dirigida a B. H. Liddell Hart

3 El peso del agotamiento

El agotamiento como inoculación en el adiestramiento

El impacto de un verdadero agotamiento físico resulta imposible de comunicar a aquellos que no lo han experimentado. Recuerdo estar sentado en el barro en un estado de agotamiento, recogiendo pequeñas ranas de la ciénaga a mi alrededor, tragándomelas una a una mientras bebía agua de mi cantimplora para que bajaran por el buche. No había comido o dormido desde hacía cinco días. Estábamos comenzando la octava semana del programa de ocho semanas de la Ranger School, y mis compañeros y yo habíamos soportado esta clase de privaciones físicas durante siete semanas. Llegados a ese punto, tragar ranas vivas parecía un plan de acción muy razonable. Y, si bien al inicio del curso éramos un grupo selecto de oficiales y sargentos en las mejores condiciones, en ese momento la mayoría de nosotros había perdido casi diez kilos de tejido corporal.

Con las mejillas hundidas y los ojos cavernosos, estábamos en un estado agotamiento total acentuado por la inanición, que provocaba en muchos de nosotros repetidas alucinaciones. Se trataba de sueños increíblemente vívidos que experimentábamos mientras estábamos despiertos. Para aquellos que las experimentaban, estas alucinaciones (que solían ser sobre comida) parecían reales. Acarreábamos mochilas de veinte kilos por las montañas de Georgia y Tennessee y a través de las ciénagas de Florida durante operaciones tácticas sin fin mientras nos valoraban constantemente nuestra habilidad para liderar. La mente se balanceaba en al borde de la locura, y cualquiera podía abandonar en cualquier momento simplemente porque no había rendido adecuadamente o porque había solicitado dejarlo. Tan solo el orgullo y la determinación nos hacía seguir adelante. Durante semanas tras la graduación, muchos de nosotros nos despertábamos en medio de la noche en un estado de pánico y desorientación.

Soldados de élite de todo el mundo participan en este extraordinariamente efectivo rito de iniciación, y menos de la mitad lo superan. Probablemente sea la única escuela del ejército de Estados Unidos sobre la que no recae un estigma por haber fracasado. «Por lo menos», se dice, «tuviste las agallas de intentarlo». Y los graduados de esta escuela —y, en diferentes grados, los Navy SEAL y la Underwater Demolitions School, y los cursos de las Fuerzas Especiales del

ejército de Estados Unidos (Boinas Verdes) y los Aerotransportados, y el U.S. Marine Boot Camp— son respetados por los soldados de todo el mundo como individuos en los que se puede confiar en que mantendrán la calma en las situaciones estresantes.

El objeto de estos extraordinarios ejercicios de autoflagelación estriba en provocar al líder en combate un intenso grado de estrés para así inocularlo contra el trauma psicológico. El teniente coronel de los Estados Unidos Bob Harris explica cómo la Ranger School hizo esto para él antes ir a Vietnam:

Vale la pena mencionar que mi experiencia como líder de pelotón me convenció por completo del valor del adiestramiento de la Ranger School. Si bien no tuve la oportunidad de emplear todas las técnicas y habilidades que me enseñaron, sí que usé muchas. Y mucho más importante fue el conocimiento que había adquirido sobre mí mismo en Fort Benning, y en las montañas del norte de Georgia y en las ciénagas de Florida; la comprensión de que los límites están más que nada en la mente y que pueden ser superados; el conocimiento de que podía seguir adelante y ser un líder efectivo a pesar del miedo, la fatiga, y el hambre.

El agotamiento en combate

Incluso si tenemos en cuenta al soldado de la Ranger School con los ojos hundidos, comiendo ranas, demacrado y exhausto, debemos entender que el agotamiento asociado a meses de combate continuo es algo incluso peor, algo que pocos soldados han experimentado a excepción de la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial, Corea, y en algunas circunstancias en Vietnam. Douglas MacArthur dijo del soldado que este «se arrastra y gime, suda y se afana, gruñe y maldice, y al final se muere». El soldado-dibujante estadounidense Bill Mauldin entendía la fatiga paralizante del combate en la segunda guerra mundial y la comunicó mediante sus famosas tiras de cómic «Willie and Joe». «Hay millones», escribió Mauldin, «que han hecho un gran y duro trabajo, pero solo hay unos pocos cientos de miles que han sobrevivido a la miseria, el sufrimiento y la muerte en interminables semanas de 168 horas».

El psicólogo F. C. Bartlett hace hincapié en el impacto psicológico del agotamiento físico en combate: «En la guerra, quizás no haya una condición general que sea más propicia para producir una enorme cosecha de desórdenes nerviosos y mentales que un estado prolongado de gran fatiga».

Estos cuatro factores asaltan al soldado: 1) alerta fisiológica causada por el estrés de existir en lo que comúnmente se entiende como una continuada condición de «alerta lucha o huida»; 2) pérdida de sueño acumulada; 3) reducción de la ingesta calórica; y 4) el estrago de los elementos, como la lluvia, el frío, el calor y la oscuridad de la noche. Los cuatro se combinan para formar «un estado prolongado de gran fatiga» que constituye el Peso del Agotamiento.

Repasemos brevemente cada uno de estos factores.

Agotamiento fisiológico

Entonces un proyectil aterriza detrás de nosotros, y otro cruza por encima y cae a un lado, y acto seguido salimos corriendo y el sargento, yo, y otro tipo terminamos detrás de un muro. El sargento dice que era de 88 mm y entonces dice: «M —y más—».

Le pregunto si le han dado y con una especie de sonrisa dice que no, que solo se ha meado en los pantalones. Siempre se mea, dice, justo cuando empieza todo y luego ya está bien. Tampoco se estaba disculpando, pero entonces me di cuenta de que algo no iba bien conmigo. Había algo caliente ahí abajo que parecía bajar por mi pierna. Lo palpé y no era sangre. Era meado.

Le dije al sargento «Sargento, yo también me he meado» o algo por estilo, y él dijo con una sonrisita: «Bienvenido a la guerra».

Veterano de la segunda guerra mundial citado en *Six Year War, 1939-1945* de Barry Broadfoot

Para entender la intensidad de la respuesta fisiológica del cuerpo al estrés del combate debemos comprender la movilización de recursos causada por el sistema nervioso simpático y, también, el impacto de la reacción violenta del sistema nervioso parasimpático.

El sistema nervioso simpático moviliza y dirige los recursos energéticos del cuerpo hacia la acción. El sistema nervioso parasimpático es el responsable de los procesos digestivos y de recuperación del cuerpo.

Normalmente, estos dos sistemas mantienen un equilibrio general en sus exigencias de recursos al cuerpo, pero en circunstancias extremadamente estresantes la respuesta de lucha o huida se activa y el sistema nervioso simpático moviliza *toda* la energía disponible para la supervivencia. En el combate esto a menudo tiene como resultado que se excluyan actividades no esenciales como la digestión, y el control de los esfínteres. Este proceso es tan intenso que los soldados a menudo sufren diarrea por el estrés, y no es infrecuente que se orinen y defequen en los pantalones, pues el cuerpo, literalmente, «suelta lastre» en un intento de suministrar todos los recursos energéticos que se requieran para asegurar la supervivencia.

Un soldado tiene que pagar un precio fisiológico por un proceso energizante tan intenso. El precio que paga el cuerpo consiste en una igual de poderosa reacción violenta cuando regresan las necesidades desatendidas del sistema parasimpático. Esta reacción violenta parasimpática ocurre tan pronto como el peligro y la excitación desaparecen, y toma la forma de un increíblemente poderoso cansancio y somnolencia que asaltan al soldado.

Napoleón afirmó que el momento de mayor peligro es el instante inmediato a la victoria, y ello demuestra una comprensión extraordinaria de cómo los soldados se ven fisiológica y psicológicamente incapacitados por la reacción parasimpática que ocurre tan pronto como se detiene el impulso del ataque y el soldado se cree por un momento seguro. Durante este periodo de vulnerabilidad, un contraataque de tropas de refresco puede tener un efecto completamente desproporcionado en relación con el número de la fuerza atacante.

Esta es básicamente la razón por la que en combate el mantenimiento de reservas de refresco siempre ha sido esencial, con batallas que a menudo giran en torno a qué bando puede aguantar y desplegar el último sus reservas. Clausewitz advertía de que estas reservas siempre debían ser mantenidas fuera de la vista de la batalla. Los mismos principios psico-fisiológicos explican por qué históricamente los líderes militares con éxito han sabido mantener el impulso de un ataque propicio. Perseguir y mantener el contacto con un enemigo derrotado son vitales para destruirlo por completo (la inmensa mayoría de las matanzas en las batallas históricas se da durante la persecución, cuando el enemigo da la espalda), pero también resulta valioso mantener el contacto con el enemigo todo el tiempo posible para posponer esa pausa inevitable en la batalla que resulta en el punto culminante durante el cual las fuerzas que persiguen sufren la reacción violenta parasimpática y se vuelven vulnerables ante un contrataque. De nuevo, una reserva sin estrenar preparada para rematar la persecución resulta de gran valor para asegurar que esta, la fase más destructiva de la batalla, se ejecuta de forma efectiva.

En el combate continuo, el soldado se ve sumido en una montaña rusa de picos de adrenalina seguidos de reacciones violentas, y la respuesta natural, útil y apropiada del cuerpo al peligro se vuelve a la postre contraproducente. Incapaz de huir, e incapaz de superar el peligro mediante un breve episodio de lucha, la adopción de una postura o la sumisión, los cuerpos de los soldados modernos agotan rápidamente su capacidad energizante y se deslizan hacia un estado de profundo agotamiento físico y emocional de tal magnitud y dimensión que parece casi imposible comunicárselo a aquellos que no lo han experimentado. Un soldado en ese estado acabará inevitablemente teniendo un colapso por el agotamiento nervioso; el cuerpo, simplemente, se quema.

La falta de sueño

Ya mencioné las alucinaciones y estados zombi que por lo general se

experimentan debido a la carencia de sueño en los adiestramientos intensivos como los de la Ranger School. En el combate suele ser mucho peor. Las investigaciones de Holmes indican que los tremendos periodos de pérdida de sueño constituyen la norma en combate. En un estudio se determinó que, de los soldados estadounidenses en Italia en 1943, el 31 por ciento dormía de promedio cuatro horas, y otro 54 por ciento menos de seis. Era probable que esos individuos con cantidades menores de sueño provinieran de las unidades en el frente, que es donde se daba la mayor incidencia de bajas psicológicas.

Falta de alimentos

La ausencia de alimento como resultado de víveres en mal estado o fríos, y la pérdida de apetito que causa la fatiga puede tener un impacto devastador en la efectividad en combate. «Diría sin vacilar», escribió el general británico Bernard Fergusson, «que la falta de alimentos constituye el principal asalto contra la moral ... Aparte de su efecto meramente químico en el cuerpo, tiene un lamentable efecto en la mente».

En numerosos casos históricos, se cree que la falta de alimento ha sido el factor militar más importante. El volumen de la serie histórica del Ejército dedicada a la logística afirma que «probablemente más que cualquier otro factor, la falta de alimentos forzó el fin de la resistencia en Bataán» en los primeros años de la segunda guerra mundial, y los alemanes en Stalingrado estaban «literalmente muriéndose de hambre en el momento de la capitulación».

El impacto de los elementos

Por su propia naturaleza, ser soldado conlleva enfrentarse a las fuerzas de la naturaleza al igual que a las fuerzas del enemigo. Con la limitación de las pocas comodidades que los soldados pueden llevar a sus espaldas después dejar sitio para el equipo de su profesión, la mayoría está más o menos a merced de los elementos. Así, el frío interminable, la lluvia, el calor y el sufrimiento se convierten en su sino.

Lord Moran creía que «los ejércitos languidecen cuando están expuestos a los elementos». Para él lo peor era «la feroz violencia del invierno», que puede «encontrar un defecto incluso en un hombre escogido». Y el tormento constante de la lluvia llevó a Henri Barbusse a escribir que «la humedad oxida a los hombres igual que a los rifles, más lentamente pero cala más hondo».

Otro enemigo potencial del soldado es la privación sensorial de la oscuridad,

que puede conspirar con el frío y la lluvia para producir un grado de sufrimiento que los que viven a resguardo nunca conocerán. Para Simon Murry, un veterano francés de Argelia, «el frío era el enemigo número uno». Para él, «nada podía compararse a la miseria de gatear hasta un saco de dormir calado en total oscuridad en la cima de una montaña sobre la que se meaban las nubes».

También el calor puede agotar y matar; y las ratas, piojos, mosquitos y otros elementos vivos de la naturaleza se relevan para cobrar un precio tanto físico como psicológico. Pero el más mortífero de estos enemigos naturales a los que debe enfrentarse el soldado es probablemente la enfermedad. En todas las guerras estadounidenses hasta la segunda guerra mundial, murieron más soldados a causa de las enfermedades que de la acción del enemigo.

Y, por lo tanto, vemos que la falta de sueño, la falta de alimentos, el impacto de los elementos y el agotamiento emocional causado por la activación constante de la respuesta luchar o huir conspiran juntos para contribuir al agotamiento del soldado. Se trata de una carga que, aunque no es capaz de causar una baja psiquiátrica por sí misma, necesita ser tomada en consideración al ser capaz de predisponer la psique del soldado hacia la búsqueda de una salida ante las privaciones que le rodean.

La primera cualidad de un soldado es la constancia para soportar la fatiga y la adversidad. El valor tan solo es la segunda. La pobreza, la privación y la necesidad son la escuela del buen soldado.

Napoleón

| Distorsiones perceptivas en el combate

4 El lodazal de la culpa y el horror

El impacto de los sentidos

Más allá del miedo y el agotamiento hay un mar de horror que rodea al soldado y asalta todos sus sentidos.

Oír los quejosos gritos de los heridos y moribundos. *Oler* los olores de matadero de las heces, sangre, carne quemada, carne pudriéndose, en descomposición, que se conjugan en el terrible hedor de la muerte. *Sentir* el escalofrío del suelo cuando la propia tierra gruñe por el abuso de la artillería y los explosivos, y *sentir* el último temblor de vida y el flujo de la sangre caliente mientras un amigo se muere en tus brazos. *Degustar* la sal de la sangre y las lágrimas mientras abrazas a un amigo querido en una aflicción compartida, sin saber si es la sal de sus lágrimas o de las tuyas. Y *ver* lo que se ha forjado:

Tropiezas con cuerdas de vísceras de medio metro de extensión, con cuerpos seccionados en dos por la cintura. Piernas y brazos, cabezas con solo sus cuellos yacen a quince metros de los torsos más cercanos. Mientras caía la noche la cabeza de playa apesta por el hedor de la carne quemada.

William Manchester
Goodbye, Darkness

El impacto de la memoria y el papel de la culpa

Por extraño que parezca, estos horripilantes recuerdos parecen tener un efecto más profundo en el combatiente —el que ha participado en la batalla— que en el no combatiente, el corresponsal, el civil, el prisionero de guerra u otros observadores pasivos en la zona de batalla. Como hemos visto, el soldado de combate parece tener un sentido profundo de responsabilidad por lo que ve a su alrededor. Es como si cada enemigo muerto fuera un ser humano que él hubiera matado, y cada muerto de su bando un camarada del que era responsable. Con cada esfuerzo por reconciliar estas dos responsabilidades se añade más culpa al horror que rodea al soldado.

Richard Holmes habla de «un valiente y distinguido» antiguo veterano que, tras casi setenta años, «lloraba calladamente ... mientras describía a un oficial popular que había sido literalmente destripado por un fragmento de proyectil». Cuando uno es joven y está activo, a menudo puede suprimir estas cosas de su mente, pero los recuerdos vuelven a remorder la conciencia en las noches de la

vejez. «Pensé que habíamos gestionado las cosas bien», le dijo a Holmes, «manteniendo las cosas terribles fuera de nuestras mentes. Pero ahora soy viejo y vuelven del lugar donde las escondía. Cada noche».

Y, sin embargo, de todo esto, este horror es tan solo uno de los muchos factores de entre los que conspiran para expulsar al soldado del campo del dolor.

Estoy hastiado de la guerra. Su gloria es un camelo. Solo son aquellos que nunca han disparado un solo disparo y nunca han oído los alaridos y los gruñidos de los heridos los que exigen a gritos sangre, venganza y desolación. La guerra es un infierno.

William Tecumseh Sherman

5 El Viento del Odio

El odio y el trauma en nuestra vida cotidiana

Cuando consideramos el asunto, ¿acaso nos sorprende descubrir que *no* es el peligro lo que causa el estrés psiquiátrico? ¿Y es esta intensa resistencia a participar en situaciones agresivas realmente tan inesperada?

En gran medida, nuestra sociedad —en particular, para los jóvenes— persigue de forma activa y vicaria el peligro físico. Mediante las montañas rusas, películas de acción y miedo, drogas, alpinismo, rafting, submarinismo, paracaidismo, caza, deportes de contacto y cien métodos más, nuestra sociedad disfruta del peligro. Sin duda el peligro en exceso envejece rápido, en particular cuando tenemos la sensación de haber perdido el control. Y el potencial de morir o lesionarse constituye un ingrediente importante en la mezcla compleja que hace que el combate sea tan estresante; pero esa *no* es la causa principal del estrés ni en nuestra vida cotidiana ni en el combate.

Sin embargo, hacer frente a la agresividad y el odio por parte de nuestros conciudadanos es una experiencia de una magnitud completamente distinta. Todos nosotros hemos tenido que hacer frente a la agresión hostil. En el patio cuando éramos niños, en la mala educación de los extraños, en los chismorreos maliciosos y comentarios de conocidos y en la animosidad de los compañeros de trabajo y de los superiores. En todos estos casos, todo el mundo ha conocido la hostilidad y el estrés que esta puede causar. La mayoría evita la confrontación a toda costa, y mentalizarse para una acción verbal agresiva —sin ni siquiera considerar una confrontación física— resulta extremadamente difícil.

Simplemente, enfrentarse al jefe por una promoción o un aumento de sueldo es una de las cosas más estresantes y molestas que la mayoría de la gente conseguirá hacer, y muchos ni siquiera llegan a tanto. Encararse al matón del colegio o enfrentarse a un conocido hostil es algo que la mayoría intentará evitar a toda costa. Muchas autoridades médicas creen que la hostilidad constante y la falta de aceptación que muchos sufren es la responsable del espectacular aumento de la incidencia de la hipertensión.

El *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM por sus siglas en inglés), la «Biblia» de la psicología, señala que en el trastorno por estrés postraumático «el trastorno puede ser más agudo y duradero cuando el estresor es de diseño humano». Queremos desesperadamente gustar, que nos

quieran y tener el control de nuestras vidas; una hostilidad y agresión intencionada y manifiesta —más que nada en nuestras vidas—supone un asalto a la imagen de uno mismo, a nuestra sensación de control, a nuestra percepción del mundo como un lugar que tiene sentido y es comprensible y, a la postre, a nuestra salud mental y física.

El peor temor y horror en nuestras vidas modernas es una violación o una paliza, ser degradado físicamente delante de nuestros seres queridos, que hagan daño a nuestra familia y que se mancille la santidad de nuestro hogar por parte de intrusos agresivos y odiosos. Que sobrevenga la muerte o el debilitamiento a causa de una enfermedad o un accidente es estadísticamente más probable que la muerte y el debilitamiento debido a una acción maliciosa, pero las estadísticas no calman nuestros temores básicamente irracionales. No son el temor a la muerte y las lesiones a causa de una enfermedad o un accidente, sino los actos de un depredador humano y la dominación por parte de nuestros congéneres lo que suscita el terror y la aversión en nuestros corazones.

En la violación, el daño psicológico suele ser mayor con creces al daño físico. El trauma de la violación, como el del combate, conlleva un escaso miedo a la muerte o a las lesiones; mucho más dañina es la impotencia, el shock y el horror de ser odiado y despreciado hasta el extremo de ser degradado y abusado por otro ser humano.

El ciudadano medio se resiste a realizar actividades agresivas y asertivas y le intimida tener que enfrentarse a la agresión y al odio irracional de otros. El soldado en combate no es distinto: se resiste a la poderosa obligación y coerción para que realice actividades agresivas y asertivas en el campo de batalla, y le intimida tener que enfrentarse a la agresión y al odio irracional que encarna el enemigo.

De hecho, la historia está repleta de relatos de soldados que se suicidaron o se autolesionaron de forma terrible para evitar el combate. No es el miedo a la muerte lo que lleva a estos hombres a quitarse la vida. Al igual que muchos de sus congéneres civiles, estos hombres preferirían morir o quedar mutilados antes que tener que hacer frente a la agresión y la hostilidad de un mundo tremendamente hostil.

El impacto del odio en los campos de la muerte nazis

Una reacción anormal a una situación anormal constituye un comportamiento normal.

Victor Frankl, superviviente de un campo de concentración nazi

Quizás una comprensión más profunda del poder de la sacudida del odio puede obtenerse del estudio de los supervivientes de los campos de concentración nazis. Incluso el repaso más breve de la literatura disponible revela que estos individuos sufrieron un daño psicológico enorme y para toda la vida como resultado de sus experiencias en los campos, a pesar de que no tenían ni la obligación ni la capacidad de matar a sus verdugos.¹ Entre las víctimas de bombardeos, prisioneros de guerra bajo fuego de artillería, marineros en combate naval y soldados de patrulla tras las líneas enemigas no encontramos una incidencia a gran escala de bajas psiquiátricas, pero en lugares como Dachau y Auschwitz eran la norma y no la excepción.

Es esta una circunstancia histórica en la que los no combatientes sí que sufrieron una horriblemente elevada incidencia de bajas psiquiátricas y estrés postraumático. Y aquí el agotamiento físico no fue ni el único ni incluso el principal factor en juego; tampoco es el horror a la muerte y la destrucción que les rodeaba el principal responsable del shock psíquico de esa situación. La característica que lo distingue, frente a numerosas circunstancias de no combatientes que están marcadas por la ausencia de bajas psiquiátricas, es que los que estaban en los campos de concentración tuvieron que hacer frente a la agresión y la muerte en unos términos enormemente personales. La Alemania nazi situó una sorprendente concentración de psicópatas agresivos al mando de estos campos, y las vidas de estas víctimas estuvieron completamente dominadas por las personalidades de estos despiadados individuos.

Dyer nos dice que los campos de concentración estaban dirigidos, cuando era posible, por «matones y sádicos de ambos sexos». Al contrario que las víctimas de bombardeos aéreos, las víctimas de estos campos tenían que mirar a sus asesinos sádicos a la cara y saber que otro ser humano les negaba su humanidad y los odiaba lo suficiente para matarlos personalmente a ellos, a su familia y a su raza como si no fueran más que animales.

Durante los bombardeos estratégicos, los pilotos y bombarderos estaban protegidos por la distancia y podían negarse a sí mismos que estuvieran intentando matar a un individuo en concreto. De la misma manera, las víctimas civiles de bombardeos estaban protegidas por la distancia y podían negarse a sí mismas que alguien estuviera intentando matarles. Y entre los prisioneros de guerra sujetos a bombardeos (como se señaló antes), las bombas no eran personales y los guardianes no eran una amenaza siempre y cuando observaran las normas. Pero en los campos de la muerte todo era clara y horriblemente personal. Las víctimas de este horror tenían que mirar directamente a las

profundidades más oscuras, más repugnantes, del odio humano. No había lugar para la negación y la única salida era más locura.

Es aquí, en este sórdido relato de la inhumanidad del hombre hacia el hombre, donde vemos el reverso de la aversión a matar en combate. No solo se resiste a matar y a la obligación de matar la psique del soldado medio, sino que se siente igualmente horrorizado cuando se ve expuesto a la agresión de un enemigo que lo odia y le niega su humanidad hasta el extremo de matarlo.

La respuesta del soldado a las acciones manifiestamente hostiles del enemigo suele ser de shock profundo, sorpresa e indignación. Un sinfín de veteranos reproducen en sus testimonios la primera reacción al fuego enemigo del novelista y veterano de Vietnam Phillip Caputo. «¿Por qué quiere matarme?» pensó Caputo. «¿Qué puedo haberle hecho?»

Un piloto de la época de Vietnam me dijo que, en general, no se alteraba por el fuego antiaéreo impersonal a su alrededor, pero que sí se alteró una vez memorable en la que descubrió a un solitario soldado enemigo «que estaba de pie con una actitud indiferente junto a su choza y me disparaba con precisión». Fue una de las raras veces en las que pudo distinguir a un soldado enemigo en concreto y su respuesta inmediata fue un indignado: «Pero ¿qué demonios le he hecho?». Luego vinieron el malestar y el enfado: «No me caes bien, Matusalén. No me caes nada bien». Entonces dirigió todos los recursos de su aeronave para matar a este individuo y «hacer que su choza volara en pedazos».

Una aplicación: atrición contra la guerra de maniobras

En el campo de la estrategia y las tácticas, el impacto y la influencia del Viento del Odio han sido por lo general obviados. Numerosos tácticos y estrategas abogan por las teorías de la guerra de atrición, en las que la voluntad del enemigo queda destruida mediante la aplicación de la artillería y el bombardeo de largo alcance. Los defensores de estas teorías porfían en sus creencias incluso cuando hay pruebas que indican lo contrario, como, por ejemplo, el estudio sobre los bombardeos de Estados Unidos publicado tras la segunda guerra mundial en el que, en palabras de Paul Fussell, se confirmaba que «la producción militar e industrial de Alemania parecía aumentar —al igual que la determinación de los civiles a no rendirse— cuantas más bombas caían». En términos psicológicos, los bombardeos aéreos y de artillería son efectivos, pero solo en el frente en combinación con el Viento del Odio, como se pone de manifiesto en la amenaza de un ataque de la infantería que normalmente sigue a

un bombardeo.

Esto explica por qué hubo bajas psiquiátricas masivas tras los bombardeos de la artillería en la primera guerra mundial, mientras que los bombardeos masivos de ciudades durante la segunda guerra mundial fueron sorprendentemente contraproducentes a la hora de quebrar la voluntad del enemigo. Estos bombardeos sin que les siguiera un ataque sobre el terreno o, por lo menos, la amenaza de ese ataque, son ineficaces e incluso puede que no surtan otro efecto que endurecer la voluntad y la determinación del enemigo.

Hoy en día un puñado de autores pioneros como Richard Hooker, William Lind y Robert Leonhard han centrado sus investigaciones y sus escritos en el campo de la guerra de maniobras, con el objeto de refutar las tesis de la guerra de atrición y comprender el proceso de destrucción de la *voluntad* de luchar del enemigo en vez de su *capacidad* para hacerlo.

Lo que han descubierto los defensores de la guerra de maniobras es que, una y otra vez a lo largo de la historia, civiles y soldados han soportado la realidad del miedo, el horror, la muerte y la destrucción durante los bombardeos sin perder su voluntad de luchar, mientras que la mera amenaza de invasión y de una agresión interpersonal cara a cara convierte sistemáticamente a poblaciones enteras en refugiados que huyen en pánico.

De ahí que poner tropas hostiles en la retaguardia del enemigo es infinitamente más importante y efectivo que incluso el bombardeo más completo de su retaguardia o la atrición en su frente. Lo vimos en la guerra de Corea, en la que, durante los primeros años del conflicto, la tasa de bajas psiquiátricas fue casi siete veces mayor que la tasa media de la segunda guerra mundial. El *potencial* del odio y la agresión cara a cara, sin salida e interpersonal es más efectivo y tiene un mayor impacto en la moral del soldado que la *presencia* de la muerte y la destrucción sin salida e impersonal.

El odio y la inoculación psicológica

Martin Seligman desarrolló el concepto de inoculación del estrés en sus famosos estudios sobre el aprendizaje en los perros. Puso a unos perros en una jaula que tenía un shock eléctrico que discurría por el suelo a intervalos aleatorios. Al principio, los perros saltaban, aullaban y rascaban el suelo lastimosamente en su intento de escapar a los shocks. Pero pasado un tiempo caían en un estado de apatía depresivo desesperanzado y en una inactividad que Seligman denominó «impotencia adquirida». Tras caer en un estado de impotencia adquirida, los

perros ya no rehuían los shocks incluso cuando se les administraban con una vía de escape.

A otros perros se les dieron medios para escapar tras recibir algunos shocks, pero antes de caer en la impotencia adquirida. Estos perros aprendieron que podían escapar y, de hecho, escaparían de los shocks y, tras solo una huida, se inoculaban contra la impotencia adquirida. Incluso tras largos periodos de shocks aleatorios de los que no podían escapar, los perros inoculados acababan escapando cuando al fin se les ofrecía una manera de hacerlo.

Se trata de un concepto teórico muy interesante, pero lo que resulta importante para nosotros es comprender que este proceso de inoculación es exactamente lo que ocurre en los campos de adiestramiento básico y todas las escuelas militares que se precien. Cuando los reclutas bisoños se enfrentan a abusos aparentemente sádicos y penurias (de los que «escapan» mediante los pases de fin de semana y, a la postre, la graduación), están, entre otras muchas cosas, siendo inoculados contra el estrés del combate.

La combinación de a) aquellos factores que causan el trauma del combate con b) una comprensión del proceso de inoculación nos permite reconocer que en la mayoría de las escuelas militares la inoculación se orienta en concreto frente al odio.

El sargento a cargo de los ejercicios que grita a la cara de un recluta manifiesta una evidente hostilidad interpersonal. Otro medio efectivo de inocular a un aspirante contra el Viento del Odio puede verse en el adiestramiento con *pugil-sticks* ² en el campo de entrenamiento básico del Ejército de Estados Unidos, el Cuerpo de Marines y la Brigada Aerotransportada británica, en los que los torneos de boxeo son una parte tradicional del adiestramiento y el proceso de iniciación. Cuando el recluta, ante todo este desprecio fabricado y la manifiesta hostilidad física, se sobrepone a la situación para graduarse con honor y orgullo, entonces se da cuenta tanto consciente como inconscientemente de que ha superado la hostilidad física. *Ha sido parcialmente inoculado contra el odio* .

No creo que las organizaciones militares hayan entendido realmente la naturaleza del Viento del Odio, o la necesidad resultante de esta clase de inoculación. Solo fue a partir de las investigaciones de Seligman cuando tuvimos la base para una comprensión clínica de estos procesos. No obstante, a través de miles de años de memoria institucional y la más dura versión evolutiva de la supervivencia de los más aptos, esta clase de inoculación se ha manifestado en las tradiciones de las mejores y más agresivas unidades militares de muchos países. Si entendemos el papel del odio en el campo de batalla, podremos

entender por fin y de verdad el valor militar de lo que los ejércitos han hecho durante tanto tiempo y algunos de los procesos que han permitido que el soldado sobreviva física y psicológicamente en el campo de batalla.

1 . Frankl (1959), Bettelheim (1960), y Davidson (1967) son solo unos pocos de los muchos que han estudiado el impacto psicológico de este entorno.

2 Se trata de bastones acolchados con los que luchan los contendientes.

6 El pozo de la entereza

Muchos entendidos hablan y escriben sobre el aguante emocional en el campo de batalla como un recurso finito. A esto lo he denominado el Pozo de la Entereza. Enfrentado al horror, la culpa, el miedo, el agotamiento y el odio, cada hombre recurre incesantemente a su reserva privada de fuerza interior y entereza hasta que al final el pozo se seca. Y luego se convierte tan solo en una mera estadística. Creo que la metáfora del pozo resulta excelente para entender por qué por lo menos el 98 por ciento de los soldados en el combate cuerpo a cuerpo acabarán convirtiéndose en bajas psiquiátricas.

La entereza y los individuos

George Keenan nos dice que «el heroísmo, como dicen los montañeros del Cáucaso, es resistir un momento más». En las trincheras de la primera guerra mundial, lord Moran aprendió que el valor «no es un regalo accidental de la naturaleza como la aptitud ... se trata de fuerza de voluntad que puede ser consumida y, cuando se agota, los hombres están acabados. El “valor natural” no existe; no se trata sino de verdadera audacia ... frente al valor del control».

En el combate continuado, este proceso de bancarrota emocional se puede ver en el 98 por ciento de los soldados que sobreviven físicamente. Lord Moran presentó el caso del sargento Taylor «que fue herido y regresó sin haber cambiado; parecía la prueba viviente contra los accidentes de la vida y su posición en la compañía era la de una roca; los hombres se veían impulsados hacia él, se arremolinaban durante un breve tiempo y se desvanecían, pero él permanecía». Al final, se salvó por un pelo de recibir un proyectil de artillería. Cuando el sargento Taylor fue al pozo, lo encontró vacío, y esta roca indomable se hizo añicos; por completo y de forma catastrófica.

Entereza y depresión

Holmes ha recogido una lista de síntomas de los hombres que sufren de agotamiento por el combate. A estos individuos las exigencias del combate les han causado una sangría excesiva en sus reservas de entereza, lo que resulta en estados como este:

Una desaceleración general de los procesos mentales y apatía, pues, por lo que a ellos respectaba, la situación era de absoluta desesperanza ... La influencia y las garantías de los oficiales y suboficiales que se

mostraban comprensivos no conseguían que se libaran de su desesperanza ... El soldado se mostraba obtuso ... Los trastornos de la memoria se volvían tan extremos que no se podía contar con él para que transmitiera una orden verbal ... Así que la mejor descripción sería que llevaba una existencia vegetativa ... Permanecía casi constantemente dentro o cerca de su trinchera temblando constantemente y no participaba durante las acciones cruciales.

Esta es una descripción vívida de una depresión severa. Agotamiento, trastornos de la memoria, apatía, desesperanza y todo el resto de síntomas constituyen una descripción precisa que podría salir del DSM . De ahí que la «entereza» y no el «valor» sea la palabra adecuada para describir lo que aquí sucede. No se trata tan solo de una reacción al miedo, sino de una reacción a un conjunto de estresores que chupan la voluntad y la vida de un hombre y lo dejan clínicamente deprimido. El opuesto del valor es la cobardía, pero el opuesto de la entereza es el agotamiento. Cuando se seca el pozo del soldado, se seca su propio espíritu y, en palabras de lord Moran, «había mirado fijamente el rostro de la muerte demasiado tiempo, hasta que el agotamiento lo secó y lo convirtió en tanta yesca que una chispa accidental de miedo podía convertirlo en un fuego».

reza de los pozos de otros hombres y el reabastecimiento mediante la victoria

Un capitán valiente es como una raíz de la cual, al igual que las ramas,
brota el coraje de sus soldados.

Sir Philip Sidney

Una característica clave de un gran líder militar es su habilidad para aprovechar las enormes reservas de entereza almacenadas en su pozo y, al hacerlo, fortificar a sus propios hombres al permitirles hacer lo mismo. Muchos autores han confirmado que este proceso estaba en marcha en las situaciones de combate que observaron. Lord Moran señaló que «unos pocos hombres tenían madera de líder y eran como balsas a las que se aferraba el resto de la humanidad en busca de apoyo y esperanza».

La victoria y el éxito en la batalla también reabastecen los pozos individuales y colectivos. Moran señala que, si un soldado está siempre gastando su capital, también puede añadir de vez en cuando: «Hay ingresos al igual que desembolsos». Da como ejemplo al general Alexander, que tomó el mando de las fuerzas británicas en el norte de África durante la segunda guerra mundial. Cuando Alexander asumió el mando, a menudo los hombres ni siquiera se molestaban en saludar a un oficial. Pero tras la victoria en El Alamein, todo eso se acabó y regresó el amor propio. Moran concluye que «el éxito es un tónico

estupendo para la moral ... Pero, por lo general, el tiempo discurre en contra del soldado».

La entereza y las unidades

El agotamiento del recurso finito de la entereza puede verse en unidades completas al igual que en los individuos. La entereza de una unidad no es más que el sumatorio de la entereza de sus miembros. Y cuando los individuos se drenan hasta convertirse en una cáscara vacía, el todo no es más que una suma de hombres agotados.

En Normandía, durante la segunda guerra mundial, el mariscal de campo Montgomery tenía dos clases de divisiones. Algunos eran veteranos del norte de África, y los otros eran unidades verdes, sin experiencia previa de combate. Al principio Montgomery solía confiar en sus unidades veteranas (en particular, durante la desastrosa Operación Goodwood), pero el rendimiento de estas unidades era pobre, mientras que el rendimiento de las unidades bisoñas era bueno. En este caso, la inhabilidad para entender la influencia del agotamiento emocional y el Pozo de la Entereza tuvo un impacto negativo significativo en el esfuerzo aliado durante la segunda guerra mundial.

Asimismo, todos los aspectos del trauma de combate tienen un profundo impacto en la aportación del individuo en el campo de batalla y en la contribución de ese sumatorio de individuos que llamamos unidades militares. Si comprendemos estos conceptos, comenzaremos a dominar todo el espectro de respuestas de los hombres en combate. Si lo ignoramos, lo haremos en detrimento del individuo y en detrimento del sumatorio de individuos que denominamos nuestra sociedad, nuestra nación, nuestro modo de vida y nuestro mundo. Lord Moran concluye que esta ignorancia sobre el coste último de drenar el Pozo de la Entereza de la juventud británica en la primera guerra mundial hizo que el país «despilfarrara no solo las vidas sino también el patrimonio moral de la juventud de Inglaterra».

Quédate conmigo, Dios. La noche es oscura.
La noche es fría: mi pequeña chispa
de valor muere. La noche es larga;
quédate conmigo, Dios, y hazme fuerte.

Junius, veterano de Vietnam

7 La carga de matar

La resistencia a matar de cerca a alguien de nuestra propia especie es tan grande que a menudo resulta suficiente para imponerse a las influencias acumuladas del instinto de autoprotección, la fuerza coercitiva de la autoridad, las expectativas de los compañeros y la obligación de preservar las vidas de los camaradas.

El soldado en combate se ve atrapado en este trágico callejón sin salida. Si supera su resistencia a matar y mata de cerca a un soldado enemigo en el combate, soportará para siempre la carga de una culpa manchada de sangre. Si elige no matar, entonces la culpa manchada de la sangre de sus camaradas caídos y el oprobio de su profesión, nación y causa recaerán en él. Se trata de un círculo vicioso.

Matar y la culpa que genera

William Manchester, autor y veterano de la segunda guerra mundial del Cuerpo de Marines, sintió el remordimiento y la vergüenza tras matar de cerca a un soldado japonés. «Puedo recordar», escribió, «haber susurrado de forma estúpida “Lo siento” y haberme puesto a vomitar ... Me vomité encima. Era una traición a todo lo que me habían enseñado desde que era un crío». Otros veteranos del combate describen respuestas emocionales asociadas al hecho de matar de cerca que reflejan el horror de Manchester.

La descripción de la violencia en los medios intenta decirnos que los hombres pueden librarse de sus inhibiciones morales de toda una vida con facilidad —y cualquier otro freno instintivo que pueda existir— y matar en combate sin pestañear y sin sentimientos de culpa. Los hombres que han matado, y que están dispuestos a hablar sobre el asunto, cuentan una historia diferente. Algunas de estas citas, que provienen de Keegan y Holmes, aparecen en otras partes de este estudio, pero aquí representan la esencia destilada de la respuesta emocional del soldado al matar:

Matar es la peor cosa que un hombre le puede hacer a otro hombre ... es lo último que debería suceder en cualquier sitio.

Teniente israelí

Me reprocho a mí mismo ser un destructor. Una indescriptible desazón se apoderó de mí. Me sentí casi como un criminal.

Soldado británico de la época napoleónica

Esta fue la primera vez que maté a alguien y, cuando las cosas se calmaron, me acerqué y vi a un alemán al

que sabía que había disparado. Recuerdo que pensé que parecía lo bastante mayor para tener una familia y lo sentí mucho.

Veterano británico de la primera guerra mundial
tras matar por primera vez

No me afectó tanto entonces, pero cuando lo pienso ahora, que hice una carnicería de aquellos hombres, que los asesiné...

Veterano alemán de la segunda guerra mundial

Y me quedé de piedra porque era un chico, diría que entre doce y quince años. Cuando se volvió y me miró, de pronto giró todo su cuerpo y me apuntó con su arma automática. Simplemente, abrí fuego y le disparé las veinte balas y se quedó tendido. Tiré mi arma y lloré.

Oficial de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos
y veterano de Vietnam

Volví a disparar y de alguna forma logré darle en la cabeza. Había tanta sangre ... Estuve vomitando hasta que llegaron el resto de los chicos.

Veterano israelí de la guerra de los Seis Días

Entonces este Peugeot nuevo se dirige hacia nosotros y abrimos fuego. Y había una familia con tres niños. Y lloré, pero no podía haberme arriesgado ... Niños, padre, madre. Toda la familia estaba muerta, pero no podíamos arriesgarnos.

Veterano de la invasión del Líbano

La magnitud del trauma asociado a matar se hizo particularmente evidente para mí en una entrevista con Paul, un veterano que había sido sargento en la 101^a División Aerotransportada en Bastogne durante la segunda guerra mundial. Habló con sinceridad sobre sus experiencias y sobre camaradas a los que mataron, pero cuando le pregunté sobre a los que él había matado afirmó que, por lo general, uno no podía estar seguro sobre quién era el que mataba. Entonces empezaron a brotar las lágrimas en los ojos de Paul y, tras una larga pausa, dijo: «Pero la vez en la que estaba seguro...» y entonces la frase se cortó por un sollozo mientras el dolor atenazaba la cara de aquel viejo caballero. «Tras todos estos años, ¿todavía duele?», pregunté sorprendido. «Sí», respondió, «tras todos estos años». Y ya no volvió a hablar del asunto.

Al día siguiente me dijo: «Mire, respecto a las preguntas que hace, debe tener cuidado de no hacer daño a nadie con esas preguntas. No es mi caso, ¿sabe? Yo puedo aguantarlas, pero algunos de esos jóvenes todavía están muy doloridos y no necesitan que alguien les haga más daño.» Esos recuerdos eran la costra de terribles heridas escondidas en las mentes de aquellos hombres amables y gentiles.

Negarse a matar y la culpa que genera

Salvo pocas excepciones, todos los que se ven asociados con el acto de matar en

combate recogen una cosecha de culpabilidad.

La culpa del soldado...

Numerosos estudios concluyen que, por lo general, los hombres en combate están motivados para luchar no por ideología, odio o miedo, sino por la presión del grupo y procesos como: 1) preocupación por los camaradas, 2) respeto a sus líderes, 3) preocupación por la propia reputación respecto a unos y otros, y 4) la necesidad de contribuir al éxito del grupo.¹

Vemos una y otra vez a veteranos del combate describiendo los poderosos vínculos que los hombres forjan en combate y que son más fuertes que los de marido y mujer. John Early, un veterano de Vietnam y ex mercenario en Rodesia, se lo describió a Dyer de esta forma:

Esto va a sonar realmente raro, pero hay una relación de amor que se nutre del combate porque el hombre que está a tu lado, bien, dependes de él para la cosa más importante que tienes, tu propia vida, y si te falla acabas mutilado o muerto. Si cometes un error, otro tanto le sucede a él, así que el vínculo de confianza tiene que ser extremadamente sólido, y yo diría que este vínculo es más fuerte que cualquier otro con la excepción de los padres con sus criaturas. Es infinitamente más fuerte que el de marido y mujer: tu vida está en sus manos; confías a esa persona la cosa más valiosa que tienes.

Este vínculo es tan intenso que lo que preocupa a la mayoría de los combatientes es el miedo a fallar a los camaradas. Un sinnúmero de estudios sociológicos y psicológicos, los relatos personales de numerosos veteranos y las entrevistas que he realizado, indican claramente la fuerza de la preocupación del soldado por fallar a sus camaradas. La culpabilidad y el trauma asociados a no apoyar por completo a los hombres con los que se tienen vínculos de amistad y camaradería de esta magnitud son profundamente intensos. Y, sin embargo, cada soldado y cada líder sienten esta culpa de una manera u otra. Para aquellos que saben que no dispararon mientras sus amigos morían a su alrededor la culpa puede ser traumática.

... y la culpa del líder

Las responsabilidades de un líder en el combate presentan una sorprendente paradoja. Para ser verdaderamente bueno en lo que hace, tiene que querer a sus hombres y tener poderosos vínculos de responsabilidad mutua y afecto. Y entonces tiene que estar dispuesto a dar órdenes que en definitiva pueden matarles.

En gran medida, la barrera social entre el oficial y el recluta, y entre el sargento y el soldado raso, existe para permitir que el superior envíe a sus hombres hacia

un peligro mortal y para protegerle de la culpabilidad inevitable que se asocia con sus muertes. Incluso los mejores líderes cometen errores que pesarán para siempre sobre sus conciencias. Al igual que un entrenador puede analizar su conducta incluso de un partido ganado y ver que habría podido hacerlo mejor, todo buen líder en el combate piensa, en algún sentido, que, si simplemente hubiera hecho algo diferente, esos hombres —esos hombres a los que quería como hijos y hermanos— no hubieran muerto.

Resulta extraordinariamente difícil que estos líderes evoquen cosas en ese sentido:

Bien, desde un punto de vista táctico hice todo de la manera en que se suponía que tenía que hacerse, pero perdimos a algunos soldados. No había otra forma. No podíamos sortear ese campo; teníamos que cruzarlo. Por tanto, ¿me equivoqué? No lo sé. ¿Lo habría hecho de otra forma [en otro momento]? No lo creo, porque así es como me instruyeron. ¿Perdimos menos soldados porque lo hice de esta manera? Esa es la cuestión que no tiene respuesta.

Mayor Robert Ooley, veterano de Vietnam
Citado en *War* de Gwynne Dyer

Se trata de una línea de pensamiento mortífera para los líderes, y los honores y condecoraciones que tradicionalmente se otorgan a los líderes a todos los niveles son de una importancia vital para su salud mental en los años por venir. Estas condecoraciones, medallas, menciones y otras formas de reconocimiento representan una poderosa afirmación del líder por parte de la sociedad mediante la cual se le dice que lo hizo bien, que hizo lo correcto y que nadie le culpa por las vidas que se perdieron haciendo lo que debía.

Negación y la carga de matar

Equilibrar la obligación de matar con el resultante peaje de culpabilidad conforma una causa significativa de bajas psiquiátricas en el campo de batalla. El filósofo y psicólogo Peter Marin habla de la lección del soldado en la responsabilidad y la culpa. Lo que el soldado sabe como resultado de la guerra es que «los muertos permanecen muertos, los mutilados se quedan mutilados para siempre, y resulta imposible negar la responsabilidad o la culpabilidad propia, pues estos errores están escritos para siempre y como si fueran fuego en la carne de otro».

A la postre, puede que no haya ninguna forma de negar la responsabilidad o la culpabilidad propia por los errores escritos «para siempre y como si fueran fuego en la carne de otro», pero el combate es un gran horno alimentado por las pequeñas llamas crepitantes que provienen de la negación. La carga de matar es

tan grande que la mayoría de los hombres intenta no admitir que ha matado. Se lo niegan a otros, e intentan negárselo a ellos mismos. Dinter cita a un veterano endurecido que, cuando fue preguntado si había matado, afirmó enfáticamente que:

La mayor parte de las muertes que provocas en la guerra moderna son impersonales. Una cosa que pocas personas entienden es que rara vez ves a un alemán. Muy pocos hombres —incluso en la infantería— han vivido realmente la experiencia de apuntar un arma a un alemán y ver que el hombre se desploma.

Incluso el lenguaje de los hombres en guerra está repleto de negación de la enormidad de lo que han hecho. La mayoría de los soldados no «mata», sino que el enemigo es derribado, o está acabado, tumbado, pelado, frito o eliminado. Al enemigo se le rocía, se le mete, se le echa o se le abre fuego. Se niega la humanidad del enemigo, y así se convierte en una extraña bestia llamada kartoffen, gabacho, japo, yanqui, amarillo o moro. Incluso las armas de guerra reciben nombres benignos como el Gordo, el Palillo o la Varita Mágica. Y nuestros enemigos hacen lo mismo.

El soldado muerto se lleva su miseria consigo, pero el hombre que lo mató tiene que vivir y morir con él para siempre. La lección se vuelve cada vez más clara: Matar es de lo que va la guerra, y matar en combate, por su propia naturaleza, causa heridas profundas y culpabilidad. El lenguaje de la guerra nos ayuda a negar lo que realmente es la guerra y, al hacerlo, convierte la guerra en algo más digerible.

¹ . Por ejemplo, Weinberg (1946), Weinstein (1947, 1973), y Spiegel (1973).

Alfred de Vigny llegó al fondo de la experiencia militar cuando observó que un soldado es tanto víctima como verdugo. No solo corre el riesgo de que le maten o hieran, sino que también mata y hiere a otros.

John Keegan y Richard Holmes
Soldiers

8 Los hombres ciegos y el elefante

Al hombre que deambula por la tierra de nadie le persiguen las sombras por ambos lados.^{1 1}

James H. Knight-Adkin

« No Man's Land »

¹ . Se trata de un extracto del poema «No Man's Land» de James H. Knight-Adkin, una obra poderosa que realiza un trabajo soberbio a la hora de comunicar parte del horror del dilema del soldado:

La tierra de nadie presenta una vista espeluznante
al alba en la pálida luz gris
y ningún alma viva camina por ahí
para saborear la frescura del aire matutino;
tan solo unos trozos de arcilla podrida,
que fueron amigos o enemigos ayer
pero la tierra de nadie es un lugar de *goblins*
por donde las patrullas reptan por la noche,
kartofen o británico, belga o francés,
te la juegas con la muerte cuando cruzas la trinchera.
Cuando el arma estalla como luciérnagas en la oscuridad
aleteando contra el parapeto una chispa y luego otra,
y te tiras a cubierto para mantener la cabeza
con la cara contra el pecho del muerto de cuatro meses.
Al hombre que deambula por la tierra de nadie,
le persiguen las sombras por ambos lados
cuando los proyectiles estrellados resplandecen
y explotan por encima de las cabezas,
y asustan a las ratas grises que se alimentan de los muertos,
y la explosión de la bomba y la bayoneta arrancada
pueden ser una respuesta al clic de tu cierre de seguridad,
pues la patrulla solitaria con su vida en su mano,
está buscando sangre en la tierra de nadie.

Muchos observadores y una multitud de respuestas

Al examinar cada uno de los componentes y subcomponentes de la causalidad de la baja psiquiátrica, hemos encontrado de forma consistente a autoridades que afirman que su perspectiva del problema representa la principal o más importante causa del estrés en la batalla. Muchos sostienen que el miedo a la muerte y a las lesiones es la causa primaria de las bajas psiquiátricas. Bartlett opina que «quizás no haya una condición general que sea la que con más probabilidad produzca una gran cosecha de desórdenes nerviosos y mentales salvo un estado de gran fatiga prolongado». El general Fergusson afirma que «la falta de alimento constituye el más grande ataque individual a la moral». Y Murry sostiene que «el frío es el enemigo número uno», mientras que Gabriel

defiende de forma convincente el agotamiento emocional causado por periodos prolongados de lucha o huida autónoma. Holmes, por otra parte, dedica un capítulo de su libro para convencernos del horror de la batalla, y afirma que «ver cómo matan a los amigos o, quizás peor, ser incapaz de ayudarles cuando están heridos, deja cicatrices duraderas». Además de estos factores más obvios del miedo, el agotamiento y el horror, he añadido el factor menos obvio pero vitalmente importante que representa el Viento del Odio y la Carga de Matar.

Al igual que el ciego del proverbio, cada individuo siente una parte del elefante y la enormidad de lo que ha encontrado es lo suficientemente abrumadora para convencer a cada observador que palpa a ciegas de que ha encontrado la esencia de la bestia. Pero la bestia en su totalidad es mucho más enorme y aterradora de lo que la sociedad en su conjunto está dispuesta a creer.

Una combinación de factores conforma a la bestia, y es una combinación de estresores la responsable de las bajas psiquiátricas. Por ejemplo, cuando vemos incidentes de bajas psiquiátricas masivas causadas por el empleo de gas durante la primera guerra mundial, debemos preguntarnos qué es lo que causó el trauma del soldado. ¿Fueron traumatizados por el miedo y el horror al gas y al aspecto desconocido de la muerte y las lesiones que producía? ¿Fueron traumatizados porque se dieron cuenta de que alguien los odiaba lo suficiente para hacerles algo tan horrible? ¿O simplemente eran hombres sanos que inconscientemente elegían la locura para escapar de una situación demencial, hombres sanos que se aprovechaban de una oportunidad socialmente y moralmente aceptable para librarse de la carga de la responsabilidad en combate y así escapar de la agresión mutua del campo de batalla? Obviamente, una respuesta concisa y cabal concluiría que todos estos factores, y otros más, son responsables del dilema del soldado.

Fuerzas que impiden una comprensión de la bestia

Una cultura que creció con Rambo, Indiana Jones, Luke Skywalker, y James Bond quiere creer que el combate y el acto de matar pueden realizarse con impunidad, que podemos declarar que alguien es el enemigo y que, por la causa y por el país, los soldados lo borrarán de la faz de la tierra de forma limpia y sin remordimientos. En muchos sentidos, resulta simplemente demasiado doloroso para una sociedad tener que encarar lo que hace cuando envía a sus jóvenes para que maten a otros jóvenes en tierras remotas.

Y lo que resulta demasiado doloroso de recordar, simplemente elegimos

olvidarlo. Glenn Gray habla desde su experiencia personal en la segunda guerra mundial cuando escribe: «El gran dios Marte intenta cegarnos cuando entramos en este ámbito, y cuando lo abandonamos nos da de beber una generosa copa de las aguas del río Lete».

Incluso el campo de la psicología parece estar mal preparado para encarar la culpa que causa la guerra y las objeciones morales que suscita. Peter Marin condena la deficiencia de nuestra terminología psicológica a la hora de describir la magnitud y la realidad del «dolor de la conciencia humana». Como sociedad, afirma, parecemos incapaces de tratar el dolor moral y la culpa. Lo que ocurre es que se trata como una neurosis o una patología, «algo de lo que escapar en vez de algo de lo que aprender, una enfermedad en vez de una respuesta —que probablemente sea el caso de los veteranos— apropiada, si bien dolorosa, al pasado».

Hacia una mayor comprensión del Corazón de las Tinieblas

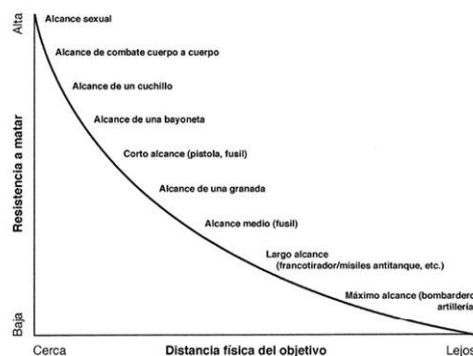
Durante la Guerra de Secesión estadounidense, la primera experiencia en combate del soldado se llamaba «ver al elefante». En la actualidad, la existencia de nuestra especie y de toda la vida en este planeta puede que dependa de que no solo veamos sino de que conozcamos y controlemos a la bestia llamada guerra; y a la bestia en el interior de cada uno de nosotros. No existe un objeto de investigación más importante o vital que este y, sin embargo, existe esa cosa en nuestro interior que desearía rehuirlo repugnada. De ahí que el estudio de la guerra haya quedado mayoritariamente en manos de soldados. Sin embargo, von Clausewitz nos avisó hace dos siglos de que «no sirve a ningún propósito, y es incluso contrario a los mejores intereses de uno mismo, rehuir la consideración del asunto porque el horror de sus elementos suscita repugnancia».

III Matar y la distancia física: A distancia no tienes pinta de ser amistoso

El vínculo entre la distancia y la facilidad de agresión no es un descubrimiento nuevo. Hace tiempo que se sabe que hay una relación directa entre la proximidad rotunda y física de la víctima y la dificultad y el trauma resultante a la hora de matar. Esta idea ha fascinado y preocupado a soldados, poetas, filósofos, antropólogos y fisiólogos, de igual manera.

En el extremo del espectro está el bombardeo y la artillería, que a menudo se emplean para ilustrar la relativa facilidad de matar a larga distancia.

A medida que nos vamos acercando en el espectro, comenzamos a darnos cuenta de que la resistencia a matar se vuelve cada vez más intensa. Este proceso culmina en el extremo más próximo, cuando la resistencia a clavar la bayoneta o a acuchillar se vuelve tremendamente intensa, y matar con las simples manos (mediante las típicas técnicas de artes marciales como destrozarse la garganta con un golpe o reventar el ojo hasta llegar al cerebro) resulta casi impensable. Y, aun así, esto no es el fin, tal y como descubriremos cuando abordemos la región macabra en el extremo de la escala en donde el sexo y matar se entremezclan.



Al igual que la relación de distancia ha sido identificada, numerosos observadores también han identificado el factor de la distancia emocional o empática. Pero nadie ha intentado todavía diseccionar este factor para determinar sus componentes y el papel que desempeñan a la hora de matar.

A menos que uno esté metido en un éxtasis homicida, es más fácil destruir cuando se hace a cierta distancia. A cada metro de distancia le corresponde una disminución de realidad. La imaginación pierde pie cuando

las distancias son demasiado acusadas. De ahí que la crueldad absurda de las guerras recientes haya sido perpetrada por guerreros a distancia, que no podían adivinar el caos que ocasionaban sus poderosas armas.

Glenn Gray
The Warriors

1 Distancia: Una distinción cualitativa en la muerte

El soldado-guerrero podía matar a su enemigo colectivo, que ahora incluía a mujeres y niños, sin verlo jamás. Los que infligían el dolor no oían los gritos de los heridos y moribundos. Un hombre podía matar a cientos y nunca ver su sangre fluir...

Menos de un siglo después de que concluyera la Guerra de Secesión, una sola bomba, arrojada desde kilómetros por encima de su objetivo, segaría las vidas de más de cien mil personas, casi todas civiles. La distancia moral entre este acontecimiento y el guerrero tribal que se enfrentaba a un oponente único es mucho mayor que incluso los miles de años y transformaciones de la cultura que los separan.

Los combatientes de la guerra moderna arrojan bombas desde seis mil metros de altura por la mañana, causando un su-

frimiento indecible a la población civil, y luego comen hamburguesas para cenar a cientos de kilómetros de la zona de lanzamiento. El guerrero prehistórico se encontraba con su enemigo en una contienda directa de nervio, músculo y espíritu. Si se arrancaba la carne o se rompía el hueso sentía cómo cedían bajo su mano. Y si bien la muerte era más rara que común (quizás porque sentía el pulso de la vida y la proximidad de la muerte bajo sus dedos), aun así tenía que vivir el resto de sus días recordando los ojos del hombre cuyo cráneo había destrozado.

Richard Strozzi-Heckler
In Search of the Warrior Spirit

Hamburgo y Babilonia: ejemplos en los extremos opuestos del espectro

Hamburgo

El 28 de julio de 1943, la Real Fuerza Aérea británica lanzó bombas incendiarias sobre Hamburgo. Gwynne Dyer nos dice que emplearon una mezcla estándar de bombas con:

Unas cantidades enormes de bombas incendiarias de cuatro libras para provocar fuegos en los tejados, y de treinta libras para que penetraran en el interior de los edificios, junto con bombas altamente explosivas de cuatro mil libras para que reventaran las puertas y las ventanas en zonas extensas y llenaran las calles de cráteres y escombros que impidieran a los equipos de bomberos hacer su trabajo. Pero, durante una noche calurosa y con la buena visibilidad de un verano seco, la inusual concentración de bombas en un área obrera densamente poblada creó un nuevo fenómeno en la historia: una tormenta de fuego.

Llegó a cubrir un área de más de seis kilómetros cuadrados, con una temperatura del aire en el centro de ochocientos grados centígrados y corrientes de convección que soplaban hacia dentro con una fuerza huracanada. Un superviviente dijo que el sonido del viento era «como si riera el diablo» ... Prácticamente todos los bloques de apartamentos en la zona de la tormenta de fuego disponían de refugios bajo tierra, pero nadie de los que se quedaron ahí sobrevivió; los que no se calcinaron, murieron por envenenamiento de monóxido de carbono. Sin embargo, adentrarse en las calles significaba correr el riesgo de verse barrido por el viento hacia el corazón de la tormenta de fuego.

Setenta mil personas murieron en Hamburgo el día en que el aire prendió fuego.

Se trataba en su mayoría de mujeres, niños y ancianos, pues los que estaban en edad de servir por lo general se encontraban en el frente. Murieron de forma horrible, quemados y asfixiados. Si las tripulaciones de los bombarderos hubieran tenido que emplear un lanzallamas contra cada una de las setenta mil mujeres y niños o, lo que es peor, cortarles a cada uno la garganta, el espanto y el trauma inherentes al acto habrían sido de tal magnitud que simplemente no habría ocurrido. En cambio cuando se hace a miles de kilómetros en el aire, donde no se oyen los gritos y no se ven los cuerpos ardiendo, resulta fácil:

Parecía que todo Hamburgo estaba en llamas de una punta a la otra y una columna de humo ascendía por encima de nosotros ¡y eso que estábamos a más de seis mil metros de altitud! En medio de la oscuridad había una bóveda turbulenta de vivo fuego rojo, encendido como el corazón brillante de un vasto brasero. No vi calles, ni siluetas de edificios, solo fuegos resplandecientes que ardían como antorchas amarillas contra un fondo de brillante ceniza roja. Por encima de la ciudad había una neblina roja. Miraba abajo fascinado pero horrorizado, satisfecho pero espantado.

Miembro de la tripulación de la RAF sobre Hamburgo,
el 28 de julio de 1943.

Citado por Gwynne Dyer en *War*

A más de seis mil metros el que mata puede sentirse fascinado y satisfecho con su trabajo, pero esto es lo que experimentaba la gente sobre el terreno:

Mi madre me envolvió en sábanas mojadas, me besó, y me dijo: «¡Corre!». Vacilé en la puerta. Delante de mí solo podía ver fuego, todo era rojo, como la puerta a un horno. Un calor intenso me golpeó. Una viga ardiendo cayó delante de mis pies. Di un salto atrás, pero entonces, cuando estaba a punto de saltar por encima de la viga, desapareció en un remolino que parecía generar una mano fantasma. Las sábanas a mi alrededor actuaban como velas y tenía la sensación de que la tormenta me estaba llevando. Llegué a la entrada de un edificio de cinco plantas ... que ... había sido bombardeado y quemado durante el ataque anterior y no había mucho ahí que pudiera aprovechar el fuego. Alguien salió, me agarró en sus brazos y me introdujo en el portal.

Traute Koch, quince años de edad en 1943.

Citado por Gwynne Dyer en *War*

Setenta mil personas muertas en Hamburgo. Aproximadamente unas ochenta mil murieron en 1945 durante una tormenta de fuego similar en Dresde. Doscientas veinticinco mil personas murieron en las tormentas de fuego en Tokio como resultado de dos ataques con bombas incendiarias. Cuando se lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima, murieron setenta mil personas. A lo largo de la segunda guerra mundial, los bombarderos de ambos bandos mataron a millones de mujeres, niños y ancianos, que no eran distintos de sus mujeres, niños y padres. Los pilotos, navegadores, bombarderos y artilleros a bordo de estas naves tuvieron los arrestos para matar a estos civiles básicamente mediante la aplicación de la ventaja mental que ofrecía el factor distancia. Intelectualmente, entendían el horror de lo que estaban haciendo. Emocionalmente, la distancia

que mediaba les permitía negarlo. Desde la distancia, puedo negar tu humanidad; y desde la distancia, no puedo oír tus gritos.

Babilonia

En el 689 antes de Cristo, el rey Senaquerib de Asiria destruyó la ciudad de Babilonia:

Nivelé la ciudad y sus casas desde los cimientos hasta lo más alto; los destruí y los consumí con fuego. Tiré abajo y quité las murallas externas e internas, los templos y los zigurats contruidos con bloques, y arrojé las ruinas al canal de Arahtu. Y después de que hube destruido Babilonia, hice añicos sus dioses, y masacré a su población, arranqué su suelo y lo arrojé al Éufrates para que el río lo llevara hasta el mar.

Gwynne Dyer emplea esta cita para señalar que, si bien exigió más trabajo que las bombas nucleares, el efecto físico sobre Babilonia no fue muy distinto del efecto de las bombas nucleares sobre Hiroshima o las bombas incendiarias sobre Dresde. Físicamente, el efecto es el mismo, pero *psicológicamente* la diferencia es enorme.

Ningún relato personal de este horror ha sobrevivido a lo largo de los siglos, pero podemos ver el eco del asesinato a tal escala en los relatos de los supervivientes de las atrocidades nazis. En *This Way for the Gas, Ladies and Gentlemen*, las memorias de Tadeusz Borowski sobre su experiencia en un campo de exterminio nazi, se nos ofrece un breve vistazo al horror puro de estas matanzas masivas:

Subimos al interior [de un vagón]. En las esquinas, entre excrementos humanos y relojes de pulsera abandonados, yacían niños aplastados y pisoteados, pequeños monstruos desnudos con cabezas enormes y barrigas hinchadas. Los sacamos como si fueran pollos, agarrando a varios por la cabeza.

... Veo a cuatro ... hombres arrastrando un cadáver: el cadáver enorme e hinchado de una mujer. Maldiciendo y empapados por el esfuerzo echan a trompicones a unos niños callejeros que habían estado corriendo por toda la rampa mientras aullaban como perros. Los hombres los agarran por el cuello, las cabezas, los brazos y los arrojan dentro de los camiones, encima de la pila. Los cuatro hombres tienen problemas para izar el cuerpo obeso hasta el vehículo. Llamen a otros para que les ayuden y, juntos, elevan la pila de carne. Cuerpos enormes e hinchados son recogidos por toda la rampa; encima de ellos se apilan los inválidos, los asfixiados, los enfermos, los que están inconscientes. La pila bulle, aúlla, gruñe.

En Babilonia alguien tuvo que retener a decenas de miles de hombres, mujeres y niños, mientras alguien más pasaba por el cuchillo a los horrorizados babilonios uno a uno. Los abuelos se resistían y lloraban mientras los nietos, nietas e hijos gritaban y eran violados y masacrados. Madres y padres se retorcían de dolor en una muerte agónica mientras veían cómo sus hijos eran violados y masacrados. De nuevo, Borowski captura un eco lejano e intemporal de este asesinato en masa de los inocentes en un párrafo sucinto donde cuenta el asesinato de una

niña judía perdida, confusa y asustada:

Esta vez una niña pequeña se abalanza hasta medio cuerpo a través del ventanuco [del vagón de ganado] y, perdiendo el equilibrio, cae a la grava. Aturdida, se queda quieta un momento, luego se incorpora y empieza a caminar en círculos cada vez más rápido, agitando sus brazos rígidos en el aire, respirando de forma ruidosa y espasmódica, gimiendo con una voz casi imperceptible. Ha perdido la cabeza ... un hombre de las SS se acerca tranquilamente y su fuerte bota la golpea en la espalda. Ella cae. Sosteniéndola con su pie, desenfunda su revólver, dispara una vez y luego otra. Ella permanece con el rostro hacia abajo, golpeando la grava con sus pies, hasta quedarse rígida.

Cambia el revólver por una espada y luego multiplica la escena por decenas de miles, y ya tienes el horror de lo que fue el saqueo de Babilonia y miles de otras ciudades y naciones olvidadas.

Borowski sabía que, con estas víctimas judías de una Babilonia actual, «unos profesionales avezados indagarán en todos los recovecos de su carne, y sacarán el oro de debajo de la lengua y los diamantes del útero y el colon». La historia nos dice que en Babilonia y en otras situaciones similares las víctimas eran inmovilizadas mientras rajaban sus cuerpos para determinar si habían tragado o escondido objetos valiosos, y luego a menudo se les dejaba morir lentamente mientras se arrastraban con sus intestinos y estómagos destrozados detrás de ellos.

Incluso los nazis solían por lo general segregar por sexo y familias y rara vez pasaban a sus víctimas individualmente por la bayoneta. Preferían las ametralladoras de vez en cuando, y las cámaras de gas para el trabajo realmente grande. El horror de Babilonia supera la imaginación.¹

La diferencia

No podía visualizar las muertes horribles que mis bombas ... habían causado aquí. No tenía ninguna sensación de culpa. No tenía ninguna sensación de éxito.

J. Douglas Harvey, piloto de bombardero durante la segunda guerra mundial,
cuando visitó la ciudad de Berlín reconstruida en la década de 1960.
Citado en *Tiempo de guerra* de Paul Fussell

¿Cuál es la diferencia entre lo que ocurrió en Hamburgo y en Babilonia? No hubo diferencias en los resultados: en ambos casos, la población inocente que se hallaba ahí murió de forma horrible y sus ciudades fueron destruidas. Así que, ¿cuál es la diferencia?

La diferencia es la diferencia entre lo que los ejecutores nazis hicieron a los judíos y lo que los bombarderos aliados le hicieron a Alemania y Japón. La diferencia es la diferencia entre lo que el sargento Calley hizo en una aldea llena de vietnamitas y lo que muchos pilotos y artilleros hicieron a aldeas similares.

La diferencia estriba en que, emocionalmente, cuando abordamos a los carniceros de Babilonia, Auschwitz o My Lai, sentimos una repugnancia ante el estado psicótico y enajenado que permitió a estos individuos llevar a cabo sus actos atroces. No podemos entender cómo alguien perpetraría tales atrocidades inhumanas contra sus congéneres. Lo denominamos asesinato, y perseguimos y llevamos ante la justicia a los criminales responsables, ya sean criminales de guerra nazis o criminales de guerra estadounidenses. Y llevándolos ante la justicia recuperamos la paz mental al habernos afirmado a nosotros mismos que esto es una aberración que las sociedades civilizadas no toleran.

Sin embargo, cuando la mayoría de la gente piensa en aquellos que bombardearon Hamburgo o Hiroshima, no hay un sentimiento de repugnancia ante el acto o, por lo menos, la misma intensidad de la repugnancia que uno siente ante los ejecutores nazis. Cuando empatizamos mentalmente con la tripulación de los bombarderos, cuando nos ponemos en su lugar, la mayoría no puede verse haciendo algo distinto de lo que ellos hicieron. Por tanto, no los juzgamos como criminales. Racionalizamos sus acciones, y la mayoría de nosotros tiene el instinto de que hubiera hecho lo mismo que hizo la tripulación de los bombarderos pero que nunca hubiera podido hacer lo que los ejecutores hicieron.

Resulta increíble, aunque innegable, que exista una distinción cualitativa a los ojos de los que lo sufrieron: los supervivientes de Auschwitz fueron traumatizados personalmente por los criminales y sufrieron un daño psicológico toda su vida por sus experiencias, mientras que los supervivientes de Hamburgo fueron víctimas secundarias de un acto de guerra y pudieron dejarlo atrás.

Glenn Gray, que fue educado como filósofo, sirvió en una unidad de inteligencia en la segunda guerra mundial que era responsable de civiles, desde espías a colaboradores nazis pasando por supervivientes de campos de concentración. Él entendió esta distinción cualitativa en la forma de morir:

No es la frecuencia de la muerte sino la manera de morir lo que establece la diferencia cualitativa. La muerte en la guerra suele ser causada por miembros de mi propia especie que buscan activamente acabar conmigo, a pesar de que quizás no me hayan visto nunca y no tengan ninguna razón personal para la enemistad. Es la muerte que se da por una intención hostil, en vez de por un accidente o por causas naturales, lo que separa la guerra de la paz de forma tan completa.

Incluso nuestro ordenamiento legal se funda en torno a la determinación de la intención. Emocional e intelectualmente podemos entender en seguida la diferencia entre un homicidio premeditado o involuntario. La distinción basada en la intencionalidad representa una institucionalización de nuestras respuestas

emocionales ante estas situaciones.

El asunto del trauma relativo en estas situaciones en las que se mata (tanto para la víctima como para el verdugo) se trató con anterioridad. Basta con decir que aquí que, en algún nivel instintivo y empático, tanto los supervivientes como los observadores de la historia comprenden la distinción cualitativa entre morir en un bombardeo y en un campo de concentración. Los ataques con bombas se ven amortiguados por el sumamente importante factor de la distancia. Representan un acto de guerra impersonal en el que las muertes concretas son no intencionadas y casi accidentales en su naturaleza. («Daños colaterales» es el eufemismo militar para esta muerte de civiles cuando se bombardean objetivos militares.) La ejecución de civiles inocentes, un asunto al que volveremos más adelante en este estudio, es por otra parte un acto sumamente personal de una irracionalidad psicótica que niega abiertamente la humanidad de las víctimas.

Así que, ¿cuál es la diferencia? Al final, la diferencia es la distancia.

1 . Para comprender cómo fue posible que los nazis y los asirios mataran en esta zona terminal tan «extrema» del espectro, véase la sección 5, «Matar y atrocidades»

2 Matar al máximo y a largo alcance: Nunca hay necesidad de arrepentirse o lamentarlo

Máximo alcance: «Pueden hacer ver que no matan a seres humanos»

Nuestro examen del proceso de matar en los diferentes puntos en el espectro de la distancia comienza con el máximo alcance. Para nuestros propósitos, «máximo alcance» se define como aquella distancia en la que el que va a matar no puede percibir a las víctimas individuales sin recurrir a alguna forma de asistencia mecánica: gemelos, radar, periscopio o una cámara remota.

Gray deja muy claro el asunto: «Muchos pilotos o artilleros que han destrozados a un número incalculable de no combatientes aterrorizados nunca sintieron la necesidad arrepentirse o lo lamentaron». Y Dyer se hace eco de lo mismo y respalda a Gray cuando señala que nunca ha habido un problema a la hora de encontrar a artilleros, tripulación de bombarderos o personal naval para matar:

En parte, es la misma presión que mantiene a los servidores de la pieza disparando —están siendo observados por sus compañeros—, pero hay algo todavía más importante: la mediación de la distancia y la maquinaria entre ellos y el enemigo; pueden hacer ver que no están matando a seres humanos.

Con todo, sin embargo, la distancia basta como amortiguador: los artilleros disparan según una malla de referencia que no pueden ver; la tripulación de los submarinos dispara torpedos contra «barcos» (y no, al parecer, contra las personas en los barcos); los pilotos lanzan sus misiles contra sus «objetivos».

Dyer cubre aquí la mayoría de las formas de matar a máximo alcance. Artilleros, tripulaciones de bombarderos, artilleros navales, equipos encargados del lanzamiento de misiles —desde el mar o desde tierra— están todos protegidos por la misma combinación poderosa de exoneración grupal, distancia mecánica y, lo más pertinente a nuestra discusión en curso, la distancia física.

Tras años investigando y leyendo sobre el acto de matar en combate no he encontrado un solo caso de un individuo que se negara a matar al enemigo en estas circunstancias; tampoco he encontrado un solo caso de trauma psiquiátrico asociado con esta forma de matar. Incluso en el caso de los individuos que lanzaron las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, en contra de la leyenda popular, no hay indicación de problemas psicológicos. Los testimonios indican que el piloto del *Enola Gay* tuvo una serie de problemas de disciplina y

penales antes del bombardeo, y fueron sus problemas continuados tras dejar el servicio lo que fundamentó la única base de la leyenda popular sobre suicidios y problemas mentales de la tripulación.

Largo alcance: «No es ojo con ojo con el sudor y la emoción del combate»

«Largo alcance» se define aquí como la distancia en la que un soldado medio puede llegar a ver al enemigo, pero no puede matarle sin algún arma especial: armas de francotirador, misiles contra vehículos blindados o fuego de tanque.

Holmes menciona a un francotirador australiano de la primera guerra mundial que recordaba cómo, tras disparar a un observador alemán, «me asaltó una extraña emoción que era una sensación muy distinta de la que tuve cuando disparé a mi primer canguro cuando era un chaval. Por un momento me sentí enfermo y mareado; pero la sensación pasó rápido».

Aquí empezamos a ver una turbación en el acto de matar, pero los francotiradores operan doctrinalmente como equipos y, al igual que los que matan a máxima distancia, están protegidos por la misma combinación potente de exoneración grupal, distancia mecánica (el rango del fusil) y distancia física. Sus observaciones y relatos de las personas que abatieron están extrañamente despersonalizados y son distintos de los que veremos en alcances más cortos:

A las 21:09 [del 3 de febrero de 1969] cinco soldados del Viet Cong se desplazaron del bosque hasta el borde del arrozal y el primer Viet Cong del grupo sufrió los disparos ... con el resultado de un soldado del Viet Cong muerto. De inmediato, los otros soldados se amontonaron alrededor del soldado caído, porque al parecer no estaban seguros de lo que había ocurrido. El sargento Waldron continuó abatiéndolos uno a uno hasta acabar con los cinco.¹

Incluso asumiendo el amortiguador que supone la tremenda distancia a la que trabajan los francotiradores, algunos de ellos pueden racionalizar sus acciones matando solo a los líderes enemigos. Un francotirador marine le dijo a D. J. Truby: «uno no quiere darle a los de la tropa regular, porque suelen ser reclutas asustados o algo peor ... los tipos a los que hay que disparar es a los peces gordos». Y, al igual que sorprendentemente un pequeño porcentaje de los pilotos de caza de la segunda guerra mundial fueron capaces de conseguir la mayor parte de muertes en el aire, así unos pocos francotiradores cuidadosamente seleccionados y adiestrados realizaron una contribución desproporcionada a los esfuerzos de la guerra matando despiadadamente a un gran número de enemigos.

Del 7 de enero hasta el 24 de julio de 1969, a los francotiradores del ejército de Estados Unidos en Vietnam se les reconocieron 1.245 muertes confirmadas con una media de 1,39 balas gastadas por muerte. (Compárese esto con la media de

cincuenta mil balas requeridas por soldado enemigo muerto en Vietnam.)² En el proceso de cálculo de las muertes por francotirador confirmadas, no se contabilizaba ningún enemigo a menos que un soldado estadounidense realmente «pusiera el pie» encima del cuerpo.

Y a pesar de toda su efectividad, existe una extraña aversión y resistencia hacia esta forma de matar tan personal, uno a uno, de los francotiradores.

En su libro sobre francotiradores, Peter Staff observa que tras cada guerra «los militares estadounidenses se apresuran a distanciarse de los francotiradores. Los mismos hombres llamados a realizar misiones imposibles durante el combate se encuentran que son parias en tiempos de paz. la primera guerra mundial, la segunda guerra mundial, Corea, siempre lo mismo».

Los pilotos de combate de la segunda guerra mundial, disparando su batería de pesadas ametralladoras al enemigo, encajarían probablemente en la categoría de largo alcance, pero han de lidiar con la ausencia de la exoneración de grupo y su poderosa identificación con un enemigo que es extraordinariamente similar a ellos. El coronel Barry Bridger de la Fuerzas Aéreas de Estados Unidos describió a Dyer la diferencia entre el combate aéreo (largo alcance) y la batalla terrestre (alcance medio o cercano):

Establecería una distinción entre ser un aviador de combate y alguien que lucha contra el enemigo cara a cara sobre el terreno. En el entorno aéreo, todo es muy clínico, muy limpio, y no está tan personalizado. Ves una aeronave; ves un objetivo en el terreno: no estás ojo con ojo con el sudor y las emociones del combate, así que no se vuelve tan emocional ni tan personal. En este sentido, creo que es más fácil hacerlo; no te ves tan afectado.

Aun así, incluso con esta ventaja, solo un uno por ciento de los pilotos de combate estadounidenses derribó al cuarenta por ciento de todos los pilotos enemigos en la segunda guerra mundial; al parecer, la mayoría no derribó a nadie o ni siquiera lo intentó.

¹ . Citado de un artículo de R. K. Brown. Se trata de extractos de informes tras la acción que describen las actividades del sargento primero (retirado) Adelbert F. Waldron, a quien, durante su periodo de servicio como francotirador provisto de un instrumento de visión nocturna (*starlight scope*) y un inhibidor de ruido (silenciador) en su fusil M14 match-grade (alta competición), se le reconocieron 113 muertes confirmadas y 10 rastros de sangre durante cinco meses en Vietnam. La fama de Waldron se propagó y recibió el nombre de guerra «Daniel Boone». Al parecer, el Viet Cong también se quedó impresionado con su habilidad y puso un precio de cincuenta mil dólares por su cabeza. Doce horas después de que la inteligencia militar descubriera que Waldron había sido identificado y que había una recompensa por su cabellera, estaba en un avión saliendo de Vietnam.

² . Ya se ha mencionado en otra parte, pero hay que repetir que la distribución universal de armas automáticas en Vietnam es probablemente la responsable de gran parte de este número tan elevado de disparos por muerte. Gran parte de estos disparos fueron fuego de supresión y fuego de reconocimiento. Y en su mayor parte provenía de armas de fuego operadas por servidores de la pieza (por ejemplo, ametralladoras de escuadrón, tiradores de puerta en helicópteros y Miniguns montadas en aeronaves que

disparan miles de balas por minuto) que, tal y como se mencionó, casi siempre disparan. Pero incluso cuando se tienen en consideración estos factores, el hecho de que se disparara tanto y que tantos soldados individuales *quisieran* disparar indica que en Vietnam ocurrió algo distinto e inusual. Este asunto se aborda con más detalle más adelante, en la sección titulada «Matar en Vietnam».

Luchar guardando cierta distancia es instintivo al hombre. Desde el primer día lo ha hecho, y continúa haciéndolo.

Ardant du Picq
Estudios sobre el combate

3 Matar a un alcance medio o de una granada de mano: «Nunca estás seguro de haber sido tú»

Medio alcance: la negación basada en «el indicio más improbable»

Llamaremos medio alcance a esa distancia en la que un soldado puede ver e involucrarse con el enemigo con fuego de fusil mientras sigue siendo incapaz de percibir el alcance de las heridas causadas o los sonidos y expresiones faciales de la víctima cuando recibe el impacto. De hecho, desde esta distancia el soldado aún puede negar que fue él quien mató al enemigo. Cuando le pregunté sobre sus experiencias, un veterano de la segunda guerra mundial me dijo que «había tantos otros disparando que nunca podías estar seguro de haber sido tú. Disparas, ves cómo cae alguien y cualquiera podría haber sido el que le alcanzó».

Esta es una respuesta bastante habitual entre los veteranos cuando se les pregunta por las veces que ellos mismos mataron. Holmes afirma que «la mayoría de los veteranos que entrevisté pertenecía a la infantería y había servido en primera línea, y sin embargo menos de la mitad creía haber matado realmente a un enemigo y, a menudo, esta creencia se basaba en el indicio más improbable».

Cuando los soldados efectivamente matan al enemigo, parece ser que pasan por una serie de etapas emocionales. El momento de matar suele ser descrito como algo reflejo o automático.

Inmediatamente después de matar, el soldado atraviesa un periodo de euforia y alborozo, al que le suele seguir otro de culpa y remordimiento.¹ La intensidad y duración de estas etapas está íntimamente relacionada con la distancia. A medio alcance vemos una duración mayor de la etapa de euforia. El futuro mariscal de campo Slim escribió sobre la experiencia de esta euforia tras disparar a un turco en Mesopotamia en 1917. «Supongo que es algo brutal», escribió Slim «pero tuve el sentimiento de la satisfacción más intensa mientras el pobre turco caía dando tumbos».

Tras esta etapa de euforia, incluso a medio alcance, la etapa de remordimiento puede irrumpir con fuerza. Un soldado británico de la época napoleónica citado por Holmes describe cómo se vio abrumado por el horror cuando disparó por primera vez a un francés. «Me reprocho a mí mismo ser un destructor», escribió.

«Una desazón indescriptible se apoderó de mí. Me sentí casi como un criminal.»

Si un soldado se acerca para mirar a su víctima —una práctica habitual cuando la situación táctica lo permite— el trauma se vuelve peor, pues parte del amortiguador psicológico que crea matar a medio alcance desaparece al ver a la víctima a corto alcance. Holmes habla de un veterano británico de la primera guerra mundial que como soldado raso de diecisiete años vio el resultado de su trabajo: «Me acerqué y vi a un alemán al que sabía que había disparado. Recuerdo que pensé que parecía lo bastante mayor para tener una familia y lo sentí mucho».

Alcance de una granada de mano: «Oímos los alaridos y sentimos náuseas»

El alcance de una granada de mano puede oscilar de unos pocos metros hasta treinta o cuarenta metros. Para el propósito del espectro del alcance físico, cuando empleamos el término «alcance de una granada de mano» nos referimos a una manera de matar específica en la que se usa una granada de mano. Matar con una granada de mano se distingue de matar a corto alcance porque el que mata no tiene que ver a sus víctimas cuando mueren. De hecho, entre el corto y el medio alcance, si un soldado se encuentra en la línea visual directa cuando explota su granada, se convertirá en víctima de su propio instrumento.

Holmes relata cómo en las trincheras de la primera guerra mundial un soldado arrojó una granada contra un grupo de alemanes y a la explosión le siguieron unos gritos terribles. «A pesar de que nos habíamos endurecido mucho», dijo el soldado, «se me heló la sangre». No tener que mirar a la víctima debería hacer de este un método de matar en general exento de trauma, *si* el soldado no tiene que ver el resultado de su trabajo, y *si* no fuera por estos gritos.

Holmes explica con detalle la efectividad particular de estas armas psicológica y físicamente poderosas en las trincheras de la primera guerra mundial:

Ambos bandos solían bombardear [con granadas de mano] las trincheras donde había hombres que, de haber tenido una oportunidad, se hubieran rendido. Un soldado británico, recién capturado en marzo de 1918, le dijo a su captor que había algunos heridos en una de esas trincheras: «Sacó una granada de mango y la tiró en la trinchera. Oímos los alaridos y sentimos náuseas, pero éramos completamente impotentes. Sin embargo, era todo tan confuso que puede que nosotros hubiéramos hecho lo mismo en las mismas circunstancias.

En las batallas cuerpo a cuerpo en las trincheras de la primera guerra mundial, las granadas de mano eran psicológica y físicamente más fáciles de usar, hasta tal punto que Keegan y Holmes nos dicen que «el soldado de infantería había olvidado cómo hacer fuego con precisión con su fusil; la granada de mano se

había convertido en su principal arma». Y podemos empezar a comprender que esto se explica porque el trauma emocional asociado con matar con una granada puede ser menor que el de matar a corto alcance, en particular si el que mata no tiene que ver u oír a sus víctimas cuando mueren.

1 . Se puede encontrar un análisis detallado de estos estadios en la sección titulada «Etapas de la respuesta a matar».

4 Matar a corto alcance: «Sabía que matarle dependía de mí a nivel personal»

El corto alcance entraña cualquier forma de matar con un arma de proyectiles; desde a quemarropa hasta el medio alcance. El factor clave en el corto alcance es la certidumbre innegable de responsabilidad por parte del que mata. En Vietnam, y más tarde en Iraq y Afganistán, el término «matar personalmente» se empleaba para definir el acto de matar a un individuo en concreto con un arma de fuego directo y estando absolutamente seguro de haberlo hecho uno mismo. La inmensa mayoría de casos en los que se mata personalmente con el trauma consiguiente ocurren a este alcance.

Para los propósitos de este análisis, he dividido los ejemplos de encuentros de corto alcance entre aquellos en los que el narrador elige matar y aquellos en los que no mata.

Matar...

A corto alcance, la etapa de euforia, si bien breve y pasajera y a menudo omitida en los relatos, todavía parece ser experimentada de una manera u otra por parte de la mayoría de soldados. Cuando les preguntaba, casi todos los veteranos de combates a los que entrevisté sí admitían haber experimentado una sensación breve de júbilo al haber conseguido matar al enemigo. Por lo general esta etapa de euforia se ve superada de forma inmediata por la etapa de culpa, pues el soldado tiene que hacer frente a la evidencia innegable de lo que ha hecho, y a menudo la etapa de culpa es tan fuerte que provoca repugnancia física y vómitos.

Cuando el soldado mata a corto alcance, se trata por su propia naturaleza de un asunto intensamente vívido y personal. Un oficial de las Fuerzas Especiales de Estados Unidos (Boinas Verdes) describió esta repugnancia al matar personalmente como reacción a una emboscada en Vietnam:

Me llevé a dos hombres y fui alrededor del flanco ... para sorprenderlos y sacarlos de ahí. Bien, llegué a un lado y apunté mi M16 hacia ellos y esta persona se volvió y simplemente me miró fijamente, y me quedé de piedra, porque era un chico, diría que entre doce y quince años. Cuando se volvió y me miró, de pronto giró todo su cuerpo y me apuntó con un arma auto-mática. Simplemente abrí fuego y le disparé las veinte balas, y se quedó tendido. Tiré mi arma y lloré.

John Keegan y Richard Holmes
Soldiers

William Manchester, autor y veterano de la marina en la segunda guerra mundial, describe de forma vívida la misma respuesta psicológica al acto de matar a corto alcance:

Estaba completamente aterrorizado —petrificado—, pero sabía que tenía que haber un francotirador japonés en un cobertizo de pescadores cerca de la orilla. Estaba disparando en otra dirección a unos marines de otro batallón, pero sabía que cuando acabara con ellos —había una ventana que daba a nuestro lado— empezaría con nosotros. No había nadie más que pudiera ir ... así que corrí en dirección al cobertizo,forcé la puerta y me encontré en una habitación vacía.

Había una puerta, lo que significaba que había otra habitación y que el francotirador estaba ahí, y la forcé para entrar. Estaba absolutamente agarrotado por el miedo a que ese hombre me estuviera esperando para dispararme. Pero resultó que llevaba un arnés de francotirador y no pudo volverse lo suficientemente rápido. Como se había enredado en el arnés, le disparé con un calibre 45 y sentí remordimientos y vergüenza. Puedo recordar haber susurrado de forma estúpida «Lo siento» y haberme puesto a vomitar ... Me vomité encima. Era una traición a todo lo que me habían enseñado desde que era un crío.

A esa distancia se pueden oír los gritos y llores de enemigo, lo que agrava el trauma que experimenta la persona que mata. El teniente general Frank Richardson le dijo a Holmes que «es algo conmovedor que a menudo los hombres, cuando mueren en el campo de batalla, llaman a sus madres. Les he oído hacerlo en cinco lenguas».

Frecuentemente, la muerte que se inflige al enemigo cuando se mata a corto alcance no es instantánea, y el que mata se encuentra en la posición de consolar a la víctima en sus últimos momentos. A continuación, vemos a Harry Steward, un ranger y sargento mayor del ejército de Estados Unidos —la personificación del tipo duro y profesional— contando un incidente extraordinario durante la ofensiva Tet en 1968:

De pronto había un tipo disparando una pistola contra nosotros. Parecía tan grande como una 175 [mm Howitzer]. La primera ronda alcanzó al hombre a mi izquierda en el pecho. La segunda me alcanzó en el brazo derecho, aunque no me di cuenta. La tercera alcanzó al que estaba a mi derecha en la barriga. Para entonces había saltado contra una pared hacia la izquierda ... Disparé contra el VC [Viet Cong] con mi M-16. Cayó delante de mí. Todavía estaba vivo, pero pronto moriría. Me acerqué y recogí la pistola de su mano. Todavía puedo ver esos ojos que me miraban con odio ... Más tarde, me acerqué para mirar otra vez al VC al que había disparado. Todavía seguía vivo y seguía mirándome con los mismos ojos. Las moscas empezaban a posarse por todo su cuerpo. Lo cubrí con una manta y froté en sus labios un poco de agua de mi cantimplora. La mirada dura empezó a abandonar sus ojos. Quería hablar, pero ya estaba demasiado ido. Encendí un cigarrillo y, después de dar unas caladas, se lo puse en los labios. Apenas podía fumar. Los dos dimos unas caladas y esa mirada dura había abandonado sus ojos cuando murió.¹

Incluso cuando la persona que mata está totalmente motivada para odiar y despreciar a su víctima y tiene toda la razón para que su víctima a corto alcance abandone rápido el mundo, a menudo se ve abrumado e inmovilizado por la magnitud de lo que ha hecho. El teniente Dieter Dengler —condecorado con la Cruz de la Armada, la segunda máxima condecoración en Estados Unidos

otorgada al valor, y único aviador estadounidense que escapó de un campo de prisioneros del sureste asiático tras ser derribado y capturado— se encontró en una situación parecida. Tras hacerse con un arma y fugarse de la prisión, Dieter se tuvo que enfrentar con uno de los guardias sádicos que le habían atormentado:

A solo un metro de distancia, Moron [el apodo para este guardia que, en inglés, significa «imbécil»] venía hacia mí a todo correr, con el machete levantado por encima de su cabeza. Disparé apresuradamente a quemarropa contra él. La fuerza del impacto lo dejó colgando en el aire, con el machete todavía erguido, y luego lo volteó para atrás contra el suelo. Había sangre que brotaba de un enorme agujero en su espalda. Estaba de pie a su lado con la boca abierta de par en par, sorprendido de que un solo balazo pudiera causar tanto daño y atento nada más que a la horrible apariencia de esa espalda.

En todos los relatos, lo que el autor nos quiere contar es esa reacción emocional. De todas las cosas que ocurrieron durante los meses y años de guerra que experimentaron estos hombres, las muertes de corto alcance citadas aquí, y las muchas otras que aparecen a lo largo del estudio, parecen ser algo que estos veteranos desean quitarse de encima. Una vez, un sargento primero veterano de las Fuerzas Especiales en Vietnam lo explicó de esta manera cuando me estaba describiendo el combate: «Cuando es cercano y personal...», decía arrastrando las palabras con un trozo de tabaco de mascar en un carrillo, «y puedes oírles gritar y verlos morir...», y entonces escupió tabaco para mayor efectismo, «es una mierda».

...Y no matar

A corto alcance la resistencia a matar a un oponente es tremenda. Cuando uno mira al oponente a los ojos, y sabe que es joven o viejo, que está asustado o enfadado, no es posible ignorar que el individuo al que se va a matar es muy semejante a uno mismo. Es aquí donde se dan muchos relatos de situaciones en las que no se mata. Marshall, Keegan, Holmes, Griffith, prácticamente todos los que han estudiado el asunto en profundidad coinciden en que esta no participación es al parecer muy común a medio alcance, pero en situaciones de corto alcance resulta tan llamativa —e innegable— que podemos encontrar numerosos testimonios de primera mano.

Keegan y Holmes narran la historia de unos estadounidenses que saltaron dentro de una zanja cuando estaban bajo fuego de artillería en Sicilia durante la segunda guerra mundial:

Y de la nada había unos cinco alemanes y, quizás, nosotros éramos cuatro o cinco, y nadie pensó en pelearse al principio ... Entonces me di cuenta de que tenían sus fusiles, y nosotros los nuestros, y las bombas seguían cayendo y nosotros nos encogíamos contra un lado de la zanja, y los alemanes hacían lo

mismo. Y, de pronto, hubo una pausa, sacamos unos cigarrillos y los pasamos. Estábamos fumando y fue una sensación que no puedo describir, pero era la sensación de que no era el momento para dispararse ... Eran seres humanos como nosotros, y solo estaban asustados.

Marshall describe una situación similar cuando el capitán Willis, un comandante de compañía estadounidense que conducía a su unidad por el cauce de un río en Vietnam, de pronto se enfrentó con un soldado de Vietnam del Norte:

Willis se puso a su lado apuntándole al pecho con su M-16. Estaban a menos de metro y medio de distancia. La AK-47 del soldado apuntaba a Willis.

El capitán sacudió la cabeza con fuerza.

El soldado norvietnamita sacudió su cabeza con el mismo vigor.

Era una tregua, alto el fuego, un acuerdo de caballeros o un trato ... El soldado desapareció en la oscuridad y Willis continuó avanzando a trompicones.

Cuando los hombres se aproximan tanto, resulta extremadamente difícil negar su humanidad. Cuando se mira a un hombre en la cara, se ven sus ojos y su miedo, no es posible engañarse a uno mismo. A esta distancia la naturaleza interpersonal del acto de matar cambia. En vez de disparar contra un uniforme y matar a un enemigo generalizado, ahora el que mata debe disparar contra una persona y matar a un individuo concreto. La mayoría, simplemente, no puede hacerlo o no va a hacerlo.

1 . Stewart concluye su artículo con esta frase; el objeto de su historia, el clímax. El propósito de este largo artículo parece ser esta frase que expresa la amplitud de su empatía hacia su víctima, lo que le ofrece un poco de paz: «esa mirada dura había abandonado sus ojos cuando murió.» El mensaje que podemos obtener es que le preocupaba enormemente lo que este VC moribundo pensaba de él, y lo que el lector piensa de él. Si lo buscamos, una y otra vez encontramos en estas narrativas sobre el acto de matar el mensaje subyacente de 1) la empatía del autor por la persona que ha matado; y 2) una gran preocupación por lo que el lector piensa del autor. Abordaremos estas necesidades en mayor detalle en la sección titulada «Matar en Vietnam».

Un paracaidista israelí se encontró cara a cara con un jordano enorme durante la toma de la vieja ciudad de Jerusalén en 1967. «Nos miramos durante medio segundo y supe que matarle dependía de mí a nivel personal. No había nadie más ahí. Debió de durar menos de un segundo, pero está impreso en mi mente como una película a cámara lenta. Disparé apresuradamente y todavía puedo ver las balas aplastadas contra el muro a eso de un metro a su izquierda. Moví la Uzi lentamente, o eso me pareció, hasta que le alcancé en el cuerpo. Cayó arrodillado y entonces levantó la cabeza con su horrible cara, retorcida de dolor y odio, sí, tanto odio. Volví a disparar y de alguna forma logré darle en la cabeza. Había tanta sangre ... estuve vomitando hasta que llegaron los demás chicos.

John Keegan y Richard Holmes
Soldiers

5 Matar al alcance del filo de un arma: una «brutalidad íntima»

A una distancia en la que un soldado tiene que usar un arma que no arroja proyectiles, como una bayoneta o una lanza, entran en juego dos importantes corolarios de la relación física.

Primero, debemos reconocer que es psicológicamente más fácil matar con un arma afilada que permita un alcance alejado, y cada vez más difícil cuando el alcance se acorta. Así, resulta considerablemente más fácil empalar a un hombre con una pica de seis metros que apuñalarle con un cuchillo de quince centímetros.

El alcance físico de las lanzas de las falanges griegas y macedonias ofrecía gran parte de la ventaja psicológica que permitió a Alejandro Magno conquistar el mundo conocido.¹ La ventaja psicológica de una maraña de picas era tan poderosa que la falange fue recuperada en la Edad Media y empleada con éxito en la época de los caballeros montados. Al cabo, la falange solo fue sustituida con el advenimiento de la postura superior y de la ventaja psicológica que ofrecían las armas con proyectiles con pólvora.

El segundo corolario de la relación de la distancia consiste en que es mucho más fácil atacar con un golpe que corte o raje que con uno que perfora. Perforar es penetrar, mientras que cortar supone obviar o negar el objetivo de penetrar en la esencia del enemigo.

Para un soldado armado con una bayoneta o espada, su arma se convierte en una extensión natural de su cuerpo, un apéndice. Y la perforación del cuerpo del enemigo con este apéndice es un acto con algunas de las connotaciones sexuales que veremos en el alcance del combate cuerpo a cuerpo. Estirar el brazo y penetrar la carne del enemigo y meter una porción de nosotros mismos en sus órganos vitales es profundamente similar al acto sexual, si bien de naturaleza letal, y por tanto nos resulta enormemente repulsivo.

Al parecer, los romanos tenían un problema serio con el hecho de que sus soldados no querían infligir golpes penetrantes, pues Vegetio, estratega e historiador de la Roma clásica, hace hincapié en ello de manera prolija en un capítulo titulado «No cortar, sino dar estocadas con la espada» en el que señala:

Se les enseñaba, igualmente, a no cortar, sino dar estocadas con sus espadas. Para los romanos, no sólo resultaba motivo de chanza quienes luchaban con el borde de tal arma, sino que constituían una fácil conquista. Un ataque con los filos, aún los hechos con mucha fuerza, raramente mata, pues las partes vitales

del cuerpo están defendidas tanto por los huesos como por la armadura. Por el contrario, una estocada, con que penetre cinco centímetros, es generalmente fatal.²

Alcance de una bayoneta

Bob McKenna, un soldado profesional y columnista, se nutre de más de dieciséis años de servicio militar activo en África, Centroamérica y el Sudeste asiático para comprender lo que él denomina la «brutalidad íntima» de las muertes con bayoneta. «La idea del acero frío deslizándose por tus entrañas», señala McKenna, «es más horrible y real que la idea de una bala que hiciera lo mismo; quizás porque puedes ver cómo llega el acero». Esta poderosa repugnancia a morir por un acero frío también puede observarse en unos soldados indios capturados tras el motín de los cipayos de 1857, quienes «pedían la bala» cuando imploraban ser ejecutados con un disparo de rifle en vez de la bayoneta. Más recientemente, y según un artículo de Associated Press, lo vimos en Ruanda, en donde los hutus obligaban a sus víctimas tutsis a comprar las balas con las que iban a morir para evitar morir a machetazos.

No solo es el que mata el que siente esta profunda repugnancia hacia la brutalidad íntima de la muerte por bayoneta. En su soberbio libro *El rostro de la batalla*, John Keegan realiza un estudio comparativo de la batalla de Azincourt (1415), Waterloo (1815) y la batalla del Somme (1916). En su análisis de estas tres batallas en un periodo de quinientos años, Keegan señala en repetidas ocasiones la ausencia de heridas de bayoneta causadas por los ataques masivos con bayonetas en Waterloo y la batalla del Somme. Keegan afirma que tras Waterloo:

Hubo numerosos casos de heridas de espada y lanza que tuvieron que ser tratados, y algunas heridas de bayoneta; aunque estas habían sido ocasionadas en general después de que el hombre estuviese ya herido (no hay pruebas de que en Waterloo ... los ejércitos hubiesen combatido a la bayoneta).

Con la primera guerra mundial, el combate con armas afiladas casi había desaparecido, y Keegan señala que en la Batalla del Somme «las heridas causadas por armas afiladas fueron una fracción de un uno por ciento de las heridas ocasionadas».

Tres destacados factores psicológicos entran en juego en el combate con bayoneta. Primero, la inmensa mayoría de los soldados que se acercan al alcance de la bayoneta del enemigo emplean la culata de su arma u otra media a su disposición para incapacitar o herir al enemigo en vez de traspasarlo. Segundo, cuando se emplea la bayoneta, el corto alcance en el que se hace el trabajo

resulta en una situación con un potencial enorme para un trauma psicológico. Y, finalmente, a la resistencia a pasar por la bayoneta solo la iguala el horror del enemigo a que lo padezca él. De ahí que en las cargas con bayoneta invariablemente uno u otro bando acabe huyendo antes de que efectivamente se produzca el cruce de bayonetas.

El combate real con bayonetas es muy infrecuente en la historia militar. El general Trochu vio tan solo una lucha con bayoneta en toda una vida de servicio militar en el ejército francés durante el siglo XIX, y eso fue cuando unas unidades francesas colisionaron accidentalmente con un regimiento ruso en la niebla espesa durante la Batalla de Inkerman en 1854 durante la Guerra de Crimea. Y en estas infrecuentes batallas con bayoneta las heridas causadas por esta arma aún lo eran más.

Cuando este infrecuente acontecimiento ocurre, y un hombre armado con una bayoneta se enfrenta cara a cara a otro, lo que suele ocurrir es cualquier cosa menos una estocada con la bayoneta. Al igual que los legionarios romanos tenían que luchar contra la tendencia a cortar con sus espadas en vez de dar estocadas, los soldados modernos tienden a usar sus armas de forma que no necesiten dar una estocada.

Holmes dice que, a pesar de todo el adiestramiento con la bayoneta que reciben los soldados, «en el combate a menudo les dan la vuelta a sus armas y las usan como garrotes ... Los alemanes parecen sentir una gran inclinación a usar la culata en vez de la bayoneta ... En la lucha cuerpo a cuerpo, los alemanes preferían los garrotes, las porras y las palas afiladas». Obsérvese que son todas armas para golpear o cortar.

A continuación, ofrece un excelente ejemplo de la naturaleza sutil e inconsciente de esta resistencia a matar con la bayoneta: «El príncipe Federico Carlos preguntó a un soldado de infantería [de la primera guerra mundial] por qué lo hacía. “No lo sé”, respondió el soldado. “Cuando uno pierde los estribos, la cosa se da la vuelta sola en tu mano”».

Numerosos testimonios de las batallas de la Guerra de Secesión norteamericana apuntan a la misma resistencia al uso de la bayoneta por parte de la inmensa mayoría de soldados de ambos bandos. En las melés, tanto los yanquis como los rebeldes preferían usar la culata de su arma, o agitar sus mosquetes por el cañón como si fueran un garrote, en vez de destripar al enemigo con sus bayonetas. Algunos autores han concluido que alguna característica específica de esta guerra civil de hermano contra hermano debió de ser la causa de la renuencia de los soldados a pasar por la bayoneta al enemigo,

pero las estadísticas de heridas durante casi dos siglos de batallas indican que lo que aquí se revela es una observación básica, profunda y universal sobre la naturaleza humana. Primero, cuanto más se acerque el soldado a su enemigo, más difícil le será matarle, hasta que, al alcance de la bayoneta, puede resultar extremadamente difícil; y, segundo, el ser humano medio siente una fuerte resistencia a perforar el cuerpo de otro semejante con un arma de mano afilada, y prefiere golpear o cortar al enemigo.

Dado que matar con la bayoneta es tan extraordinariamente infrecuente en el campo de batalla, hay que agradecer a Holmes que en su estudio de toda una vida en este campo haya espigado las siguientes narraciones personales de individuos que contribuyeron a esta «fracción de un uno por ciento de las heridas ocasionadas» en la guerra moderna.

En uno de estos relatos, un cabo de la infantería alemana en 1915 describe una muerte por bayoneta:

Recibimos la orden de atacar una posición francesa fuertemente defendida por el enemigo y, en la melé a la que dio lugar el ataque, un cabo primero francés apareció de repente delante de mí, los dos con las bayonetas caladas, él dispuesto a matarme y yo dispuesto a matarlo. Los duelos con sable en Friburgo me habían enseñado que debía ser más rápido que él y, apartando su arma a un lado, lo apuñalé en el pecho. Soltó su fusil y cayó al suelo, y la sangre fluyó a borbotones de su boca. Estuve de pie delante de él unos pocos segundos y luego le asesté el golpe de gracia. Tras tomar la posición enemiga, sentí vértigo, me temblaban las piernas y me sentía enfermo de verdad.

Continúa diciendo que haber pasado por la bayoneta a este francés, al parecer por encima de cualquier otro incidente en combate, le persiguió a partir de entonces en sus sueños durante muchas noches. Sin duda, la brutalidad íntima de pasar por la bayoneta tiene todos los indicios de ser una circunstancia con un tremendo potencial para causar un trauma psicológico.

Un soldado australiano de la primera guerra mundial, en una carta dirigida a su padre, arroja una luz distinta sobre pasar a los alemanes por la bayoneta:

Que me aspen si los cabezas cuadradas no son de la peor calaña. Continúan disparando hasta tenerlos a dos yardas y entonces sueltan sus fusiles y piden clemencia. Saben de sobra dónde le cortan la cabeza al pollo ... Me encargaré de unos pocos más antes de que acabe. Es una cosa divertida, padre, cuando la bayoneta entra por sus ojos y estos revientan como huevos duros.

Si podemos dar crédito a lo que se dice ahí, y si tanto el acto de matar como la ausencia de remordimientos no fueran vanas bravuconadas dirigidas a su padre, entonces este soldado representa uno de esos raros soldados que tienen la predisposición para participar en tamaño acto. Más adelante abordaremos la predisposición como un factor a la hora de matar, con un particular énfasis en el 2 por ciento que siente una inclinación hacia lo que ha sido denominado

tendencias «agresivo-psicopáticas». Y en el capítulo «Matar y atrocidades» consideraremos de forma más detallada el proceso en el que los soldados que luchan a corto alcance e intentan rendirse tienen una gran probabilidad de que les maten en el acto los soldados a los que habían intentado matar hacía muy poco. El propósito aquí es el de aprender sobre la naturaleza del acto de matar con armas afiladas, y sobre la naturaleza de aquellos que son capaces de matar de esta forma. Y, por lo que observamos, tiene que ser un individuo particular aquel que encuentra que esta actividad es «una cosa divertida».

Otro australiano, un veterano de la primera guerra mundial de la primera Batalla de Gaza, quien al parecer no participó en ninguna muerte por bayoneta, describió la lucha con bayoneta como «simplemente una matanza enloquecida ... los gruñidos de la respiración, los dientes apretados y los ojos fijos del turco atacante, el sollozo a gritos cuando la bayoneta encontraba su destino». Aquí tenemos el combate en su forma más personal. Cuando un hombre pasa por la bayoneta a una persona que tiene enfrente, «el sollozo a gritos», la sangre que «fluye a borbotones de su boca», y sus ojos que «revientan como huevos duros» forman parte de los recuerdos que el que mata tendrá llevar consigo para siempre. Esto es matar con armas afiladas, y no resulta sorprendente que sea tan extraordinariamente infrecuente en la guerra moderna.

Podemos entender que el soldado medio sienta esta intensa resistencia a pasar por la bayoneta a su semejante, y que este acto solo sea superado por la resistencia a que le pasen *a uno* por la bayoneta. El horror a que lo pasen a uno por la bayoneta es intenso. Lord Moran dijo que, durante sus largos años de experiencia en las trincheras, la vez que tuvo «una bayoneta a escasos centímetros de su barriga me sentí más asustado que por cualquier proyectil». Y Erich Maria Remarque, en su libro *Sin novedad en el frente*, habla de un soldado alemán al que interceptaron con una bayoneta con el anverso trabajado en forma de sierra y le dieron muerte de una forma brutal y lo dejaron como ejemplo para sus compañeros. Holmes nos dice que los alemanes, en las dos guerras mundiales, a los que se interceptaba con esta clase de armas eran tratados de igual manera por parte de sus captores, pues les horrorizaba esta arma y pensaban que había sido diseñada adrede para causar un sufrimiento mayor.³

Los soldados que arrostrarían con valentía una lluvia de balas, huirían sistemáticamente ante un individuo con un acero frío en sus manos. Du Picq señala que «cada nación europea dice: “Nadie aguanta en su puesto ante una

carga de bayoneta contra nosotros”. Y todos tienen razón». Una oleada humana de acero frío —ya sea picas, lanzas o bayonetas— que avanza hacia la posición de uno sería una causa comprensible de preocupación y, tal y como lo formula Holmes, «normalmente uno u otro bando solicita una reunión urgente en otro lado antes de que se crucen las bayonetas». Muy a menudo uno de los dos bandos elude luchar contra las bayonetas del enemigo, el avance se detiene y comienzan a dispararse unos a otros desde una distancia ridícula. El veterano de la segunda guerra mundial Fred Majdalany escribió que había:

Muchas conversaciones vagas sobre el uso de la bayoneta. Pero un número relativamente escaso de soldados podía afirmar de verdad que había clavado una bayoneta a un alemán. Normalmente, lo que funciona es la amenaza de la bayoneta y la vista de su punta. El hombre suele rendirse casi siempre *antes* de que la punta le penetre.

En la carga de bayoneta moderna, uno u otro de ambos bandos suele por lo general darse por vencido y echar a correr antes del encuentro, y entonces el equilibrio psicológico se inclina hacia un lado de forma significativa. Pero esto no significa que las bayonetas y las cargas con bayoneta no sean efectivas. Como señala Paddy Griffith:

Existe un gran malentendido sobre el hecho de que «una carga con bayoneta» pueda ser enormemente efectiva sin que ni una sola bayoneta toque realmente al soldado enemigo, y mucho menos lo mate. El cien por cien de las bajas puede ser causado por la mosquetería, y sin embargo la bayoneta puede seguir siendo el instrumento de la victoria. Y ello porque su propósito no es matar soldados sino desorganizar regimientos y ganar terreno. Era la aparición de la bayoneta y la determinación en los ojos de su propietario lo que, en algunas ocasiones, producía el pavor.

Las unidades con una historia y tradición de combate a muerte cuerpo a cuerpo inspiran un temor especial en el enemigo, pues aprovechan su aversión natural al «odio» que se manifiesta en esta determinación a participar en una agresión interpersonal a distancias cortas. Históricamente, los batallones de gurras británicos han sido efectivos en ello (como se puede ver en el pavor que les tenían los argentinos durante la guerra de las Malvinas), pero cualquier unidad que tenga un poco de fe en la bayoneta ha entendido hasta cierto punto el temor natural con el que el enemigo responde a la posibilidad de enfrentarse a un oponente que está dispuesto a llegar hasta una «distancia para espetar».

Lo que estas unidades (o, al menos, sus líderes) deben entender es que casi nunca se da el acto real de espetar; pero la poderosa repugnancia humana ante la amenaza de algo de esta naturaleza —cuando un soldado se enfrenta con una postura superior representada por la disposición, o por lo menos una reputación de haber participado en combate a muerte cuerpo a cuerpo— tiene un efecto

devastador en la moral del enemigo.

Apuñalar por la espalda y el instinto de persecución

El combate cuerpo a cuerpo no existe. De cerca se da la carnicería antigua en la que una fuerza golpea a otra por la espalda.

Ardant du Picq
Estudios sobre el combate

Es cuando la carga de la bayoneta fuerza a los soldados de un bando a dar la espalda y huir cuando realmente comienza la matanza y, a un nivel visceral, el soldado entiende intuitivamente esto y se siente muy asustado cuando tiene que dar la espalda al enemigo. Griffith aborda este miedo: «Quizás este miedo a retirarse [cuando se está frente al enemigo] estaba asociado al horror a darle la espalda a la amenaza ... Acaso operaba una especie de síndrome de la avestruz a la inversa, en virtud del cual el peligro solo era soportable mientras los hombres continuaran mirándolo». Y, en su extraordinario estudio de la Guerra de Secesión estadounidense, Griffith también señala muchos casos en los que los disparos y las muertes más efectivas se dieron cuando el enemigo había comenzado a huir del campo de batalla.

Creo que hay dos factores en juego en este incremento de muertes de un enemigo que ha dado la espalda, y el miedo resultante que siente cada uno a dar la espalda al enemigo. El primer factor es el concepto del instinto de persecución. Tras toda una vida trabajando y adiestrando a perros he aprendido que lo peor que uno puede hacer es salir corriendo ante un animal. Nunca me he encontrado con un perro al que no pudiera imponerme o incapacitar con una patada cuando cargaba contra mí; pero siempre he sabido tanto instintivamente como racionalmente que, si me volvía y salía corriendo, me encontraría en una situación de gran peligro. Existe un instinto de persecución en la mayoría de los animales que hace que incluso el perro mejor entrenado y menos agresivo persiga y derribe instintivamente cualquier cosa que corra. Mientras estés dando la espalda, te encuentras en peligro. De la misma forma, parece haber un instinto de persecución en el hombre que le permite matar al enemigo que huye.

El segundo factor que posibilita matar por detrás es un proceso en el que la proximidad se ve negada en el espectro de la distancia física cuando la cara no puede ser vista. La esencia de todo el espectro de la distancia física puede que gire en torno al grado en que el que mata puede ver la cara de su víctima. Parece haber una especie de comprensión intuitiva de este proceso en nuestra imagen

cultural de disparar o apuñalar por la espalda como actos cobardes, y también parece ser que los soldados entienden intuitivamente que, cuando dan la espalda, son más susceptibles de morir a manos del enemigo.

El mismo proceso habilitador explica por qué las ejecuciones de los nazis, de los comunistas y de los pandilleros se llevaban tradicionalmente a cabo con una bala en la nuca, y porqué a los individuos a los que se les va ejecutar ahorcándoles o fusilados por un pelotón se les vendan los ojos o se les cubre la cabeza con una capucha. Y sabemos por la investigación de Miron y Goldstein de 1979 que el riesgo de morir para una persona secuestrada es mayor si tiene la cabeza cubierta con una capucha. En todos estos casos, la presencia de la capucha o la venda asegura que la ejecución se llevará a cabo y sirve para proteger la salud mental de los ejecutores. El hecho de no tener que mirar a la víctima a la cara ofrece una forma de distancia psicológica que habilita al equipo ejecutor y le asiste en su negación posterior, y en la racionalización y aceptación de haber matado a otro ser humano.

Los ojos son las ventanas del alma, y, si uno no tiene que mirar a los ojos cuando mata, resulta más fácil negarle a la víctima su humanidad: no se ven los ojos que revientan como «huevos duros» y la sangre que «fluye a borbotones de la boca». La víctima permanece sin rostro, y uno nunca tiene que reconocer a su víctima como una persona. Y el precio que la mayoría de los que matan tiene que pagar cuando lo hace a distancia corta —el recuerdo en la memoria de la «horrible cara, retorcida de dolor y odio, sí, tanto odio»— nunca se tiene que pagar si simplemente evitamos mirar a nuestra víctima a la cara.

En el combate, puede observarse el impacto de apuñalar por la espalda y el instinto de persecución en la tasa de bajas, pues esta se incrementa significativamente cuando las fuerzas enemigas dan la espalda y comienzan a huir. Tanto Clausewitz como du Picq exponen en detalle el hecho de que, en las batallas históricas, la inmensa mayoría de bajas del bando perdedor se produjo durante la persecución que siguió a la victoria. Ardant du Picq destaca en la misma línea el ejemplo de Alejandro Magno, cuyas fuerzas, durante todos los años de guerras, perdieron menos de setecientos hombres «pasados por la espada».

Alcance de un cuchillo

A medida que llevamos el espectro de la distancia física a su punto extremo, debemos reconocer que matar con un cuchillo es significativamente más difícil

que matar con una bayoneta calada al extremo de un fusil. Muchas muertes con cuchillo parecen ser del tipo comando, en el que alguien se acerca sigiloso a la víctima y la mata por detrás. Esta forma de matar, como todas las formas de matar por detrás, son menos traumáticas que matar por delante, pues no se ve la cara con todos sus mensajes y contorsiones. Pero lo que se siente son las sacudidas y temblores del cuerpo de la víctima y la sangre caliente y pegajosa que mana, y lo que se oye es el último aliento que exhala como un silbido.

El ejército de Estados Unidos, así como los ejércitos de muchas naciones, adiestra a sus rangers y boinas verdes para ejecutar una muerte a cuchillo entrando por la parte inferior de la espalda hasta llegar al riñón. Un ataque así resulta tan doloroso que su efecto es dejar a la víctima completamente paralizada mientras experimenta una muerte rápida; el resultado es una muerte extremadamente silenciosa.

Este golpe al riñón resulta contrario a la inclinación natural de la mayor parte de los soldados, quienes —si es que alguna vez se han parado a pensar en el asunto— preferirían cortar la garganta mientras mantienen una mano sobre la boca de la víctima. Esta opción, si bien es psicológica y culturalmente más deseable (se trata de cortar y no de dar una estocada), tiene menos potencial para el silencio, pues una garganta mal cortada es capaz de hacer un ruido considerable y no siempre es fácil mantener una mano sobre la boca de alguien. La víctima también dispone de la capacidad de morder, y un sargento de artillería de los Marines que sirvió como instructor de combate cuerpo a cuerpo me di-jo que varias personas le contaron cómo acabaron cortándose la mano intentando cortar la garganta del enemigo en la oscuridad. Pero, de nuevo, comprobamos la preferencia natural por el corte en vez de la efectiva estocada o golpe penetrante.

Holmes cuenta que, durante la segunda guerra mundial, los franceses preferían los cuchillos y las dagas para el trabajo cuerpo a cuerpo. Sin embargo, la conclusión de Keegan sobre la llamativa ausencia de este tipo de heridas es que pocos de estos cuchillos fueron efectivamente utilizados. De hecho, los relatos en los que se emplean cuchillos en el combate moderno son extremadamente raros, y las muertes con cuchillo, salvo para silenciar a los centinelas por detrás, son casi inexistentes.

El relato personal de una muerte con cuchillo que sí he podido obtener fruto de mis entrevistas es el de un hombre que sirvió en la infantería en el Pacífico durante la segunda guerra mundial. Estaba dispuesto a hablar de las muchas veces que había matado, pero fue la muerte con cuchillo lo que provocó que

tuviera pesadillas mucho tiempo después de que la guerra hubiera terminado. Una noche, un soldado enemigo se introdujo en su hoyo de protección, y durante el forcejeo consiguió sujetar al soldado japonés que era más menudo y le cortó la garganta. El horror asociado con haber sujetado al hombre, sentir cómo se resistía y verle desangrarse hasta morir es algo que a duras penas puede tolerar a día de hoy.

1 . Pero los griegos se negaban a utilizar armas arrojadas «afeminadas», y la lluvia de jabalinas y pila, con sus excepcionales diseños, que lanzaban los soldados romanos —en combinación con el adiestramiento superior en la estocada con la espada, la maniobrabilidad en el campo de batalla y el empleo de líderes— permitió a las legiones profesionales romanas derrotar a los soldados-ciudadanos de las falanges griegas.

2 . Y, sin embargo, a pesar de su hincapié en las heridas mediante la estocada, parece ser que muchos soldados romanos seguían cortando y rasgando al enemigo, pues leemos constantemente sobre soldados enemigos que sufrieron múltiples heridas por corte a resultas de sus encuentros con las legiones romanas. En sus *Comentarios sobre la guerra de las Galias* , César menciona cómo tras una batalla el enemigo «finalmente, abrumado por las heridas ... comenzó a retirarse».

3 . Cabe señalar que la bayoneta actual del ejército estadounidense es un artilugio con un aspecto muy malvado, con el anverso en forma de sierra.

6 Matar al alcance del cuerpo a cuerpo

El alcance del cuerpo a cuerpo

En el alcance del cuerpo a cuerpo, la resistencia instintiva a matar se muestra con su mayor intensidad. Si bien algunos estudiosos del asunto afirman que el hombre es la única de entre las especies del orden superior que no posee una resistencia instintiva a matar a los de su propia especie, su existencia está reconocida por casi cualquier practicante de karate de alto nivel.

Un método obvio de matar al oponente consiste en un golpe decisivo en la garganta. En las películas bélicas, a menudo vemos a alguien que agarra a otro por la garganta e intenta asfixiarlo. Y los héroes de Hollywood le propinan al enemigo un buen puñetazo en la mandíbula. En ambos casos, un golpe en la garganta (con la mano cerrada de varias maneras prescritas) sería una forma infinitamente superior de inhabilitar o matar al enemigo. Y, sin embargo, no es un acto natural; es un acto repugnante.

La forma más efectiva y mecánicamente fácil de infligir un daño significativo a un ser humano con la propia mano consiste en golpear el ojo con el pulgar y de ahí al cerebro, para luego agitar el dedo intruso dentro del cráneo, moverlo hacia un lado, y sacar con fuerza el ojo y demás materia fuera con el pulgar.

Un instructor de karate adiestraba a sus estudiantes de alto nivel en esta técnica para matar haciéndoles practicar golpeando con sus pulgares contra naranjas que estaban sujetas o pegadas a la altura del ojo del oponente. Tal y como observaremos cuando estudiemos el proceso mediante el cual el ejército de Estados Unidos elevó la tasa de disparos de entre el 15 y el 20 por ciento en la segunda guerra mundial al 95 por ciento en Vietnam, este proceso de ensayar de forma precisa e imitar una acción de matar es una manera excelente de asegurarse de que el individuo es capaz de realizar el acto en combate.

En el caso de la naranja sujeta al ojo de la víctima, el proceso se realiza de forma incluso más realista haciendo que la víctima grite, se retuerza y tenga convulsiones cuando el ejecutor golpea hasta el fondo de la pulpa de la naranja y luego la arranca hacia afuera. Pocas personas pueden salir del primero de estos ensayos sin sentirse muy alterados y perturbados por la acción que acaban de imitar. Resulta obvio el hecho de que han superado alguna especie de resistencia natural.

Tracy Arnold, la actriz de la película calificada para mayores de 18 años (por su violencia) *Henry: retrato de un asesino*, se desmayó dos veces durante el rodaje de la escena en la que su personaje apuñalaba a un hombre en un ojo con un peine de cola. Se trata de una actriz profesional; puede actuar matando, mintiendo o teniendo sexo en la pantalla con una relativa facilidad, pero incluso el fingimiento de apuñalar a alguien en el ojo parece haber tocado una resistencia tan poderosa y profunda que su cuerpo y sus emociones —las herramientas de una actriz profesional— se negaron literalmente a cooperar. De hecho, no he podido encontrar ninguna referencia sobre alguien que, en la historia del combate humano, hubiera utilizado esta técnica tan simple. En realidad, es demasiado dolorosa para incluso pensarla.

El hombre siente una resistencia tremenda a matar con sus propias manos. Cuando el hombre recogió por primera vez un palo o una piedra y mató a un congénere, obtuvo algo más que una energía o ventaja mecánicas. Adquirió también una energía y ventaja psicológicas, tan necesarias como las primeras en el proceso de matar. En alguna parte distante del pasado del hombre, nuestra especie adquirió esta habilidad. Dos obras religiosas sobresalientes, la Biblia y la Torá, hablan de comer del árbol del conocimiento del bien y el mal, y uno de sus primeros usos fue que Caín superara su resistencia instintiva para matar a su hermano Abel. Probablemente no lo hiciera con sus propias manos, sino con la aplicación de esa ventaja mecánica y psicológica que no estaba disponible para ninguna otra criatura sobre la faz de la tierra.¹

¹ . Algunos podrían objetar que escribir sobre estas técnicas para matar tan esotéricas en un foro público es algo inapropiado, pues entonces se vuelven «concebibles». En algunas organizaciones de artes marciales, la divulgación de este tipo de técnicas «secretas» o «de alto nivel» puede comportar acciones disciplinarias y censura. En realidad, cabe señalar que la construcción del cráneo y la cuenca del ojo hace que sea difícil llegar hasta el cerebro, y creo que, teniendo en cuenta el público al que va destinado este libro, el beneficio asociado a emplear este ejemplo en este contexto compensa con creces cualquier daño potencial.

En las batallas modernas, que se libran con los combatientes tan alejados, el hombre ha terminado sintiendo el horror al hombre. Solo termina en la lucha cuerpo a cuerpo para defender su propio cuerpo o cuando es forzado a ello.

Ardant du Picq
Estudios sobre el combate

7 Matar a un alcance sexual: «La agresión primigenia, la emisión y la descarga orgásmica»

Una noche, cuando era un joven teniente durante una estancia de mucho tiempo en el Ártico, estaba sentado en el club de oficiales dando sorbos tranquilos a una cerveza mientras varios sargentos veteranos se emborrachaban de lo lindo. Un antiguo veterano de Vietnam sacó un tema popular durante la discusión y dijo: «Que se joda Jane Fonda».

Otro viejo sargento veterano que estaba sentado a mi lado se vio impelido a responder diciendo: «¿Que se joda Jane Fonda? Que la follen por el cráneo. Le sacas un ojo a Jane Fonda y te la follas por el cráneo a esa perra».

Este concepto tan macabro de combinar sexo y muerte resultaba tan ofensivo que incluso los veteranos más curtidos que estaban alrededor del que había dicho eso se mostraron por un instante alarmados. Y, sin embargo, el acto de procrear y el acto de destruir están interconectados de forma inextricable. Gran parte de la atracción hacia el proceso de matar, así como gran parte de la resistencia a matar de cerca, giran en torno al lado cruel que pervertiría el sexo de tal forma para podernos imaginar cosas de ese estilo.

Desde un nivel superficial, el vínculo entre el sexo y la agresividad resulta obvio y no es tan abiertamente ofensivo. El más poderoso ciervo, semental, carnero, león o gorila gana en el harén; los machos menores o más jóvenes se quedan solo si permanecen en una actitud servil. Se ha hablado mucho de la sexualidad masculina y del poder de las motocicletas (1.200 cc de poder latiendo entre tus piernas) y los automóviles de gran cilindrada. La inveterada popularidad de las revistas en las que las motocicletas y autos se muestran junto con mujeres ligeras de ropa en posiciones provocativas aclara esta relación.

Este tipo de vinculación de sexo y poder también se da en el mundo de las armas. Un vídeo que se anuncia en las revistas de armas, «Chicas sexis y armas sexis», bebe de la misma fuente. «Tiene que ver esta cinta para creerlo», reza el anuncio. «Catorce chicas descaradamente sexis en bikinis diminutos y zapatos de tacón disparan enloquecidas las armas automáticas más sexis jamás fabricadas.»

El estado psicológico que se satisface con «Chicas sexis y armas sexis» no resulta del gusto de la mayoría de los aficionados a las armas y a menudo se mira

con desprecio. Un comentario editorial de una revista que anunciaba estas películas revela una comprensión muy atinada de la naturaleza de esta «basura mezcla de ansia masturbatoria y chicas guapas en el salón de armas de París»:

Quizá hayan visto la erupción de «vídeos de ametralladoras» descerebrados que sirven una baba inmundada de bikinis, tetas y subfusiles que no es ni instructiva ni entretenida, pues, evidentemente, está pensada para explotar un espectro bastante estrecho de psicosis que espera ver dos oscilantes pezones atrapados en un sistema de cierre bloqueado. Si bien estos vídeos de bikinis puede que satisfagan las hostilidades freudianas de unos pocos, existe una necesidad de vídeos de subfusiles que orienten e instruyan de forma legítima a aquellos que consideran acertadamente estas armas como herramientas indispensables de unas profesiones respetables.

D. McLean,
«Firestorm»

Y, sin embargo, nuestro vídeo «Chicas sexis y armas sexis» difiere tan solo un poco del nada subliminal mensaje de virilidad que implica el tópico de una mujer con poca ropa colgada de un James Bond que empuña con frialdad una pistola.¹

Matar es como el sexo...

La conexión entre el sexo y matar se vuelve desagradablemente aparente cuando entramos en el ámbito de la guerra. Muchas sociedades reconocían la existencia de esta región retorcida en la que la batalla, al igual que el sexo, es un hito en la masculinidad adolescente. Y, con todo, los aspectos sexuales de matar discurren más allá de la región en la que ambos son considerados ritos de masculinidad hasta un área donde matar se convierte en algo afín al sexo y el sexo a matar.

Un paracaidista británico que sirvió en la guerra de las Malvinas le dijo a Holmes que un ataque en concreto había sido «la cosa más excitante desde que aprendí a meterla». Un soldado estadounidense comparó la matanza de My Lai a la estrecha vinculación entre la culpabilidad y la satisfacción que acompañan a la masturbación.

El psicólogo militar israelí Ben Shalit incide en esta relación cuando describe algunas de sus observaciones sobre el combate:

A mi derecha, estaba montada una pesada ametralladora. El artillero (normalmente, el cocinero) disparaba con lo que solo puedo describir como una sonrisa beatífica en su rostro. Se sentía eufórico apretando el gatillo, con el tableteo del arma y el vuelo de sus balas trazadoras disparadas hacia la costa oscura. Entonces me di cuenta (y me lo confirmaron él y muchos otros más tarde) de que apretar el gatillo —soltando una lluvia de balas— proporciona un enorme placer y satisfacción. Se trata de los placeres del combate, pero no en términos de planificación intelectual —del juego de ajedrez táctico y estratégico—, sino de la agresividad primigenia, la emisión, y la descarga orgásmica.

Shalit trata este asunto a través del lenguaje simbólico, pero un veterano de Vietnam no fue tan sutil cuando le dijo a Mark Baker que «un arma es poder. Para algunos llevar un arma era como tener una erección permanente. Cada vez que apretabas el gatillo era como un verdadero viaje sexual». Muchos hombres que han llevado y disparado un arma —en particular, un arma completamente automática— deberían confesarse que el poder y el placer de escupir explosivamente un chorro de balas es análogo a las emociones que se sienten cuando se escupe explosivamente un chorro de semen.

Uno de los veteranos a los que entrevisté había servido seis veces en Vietnam. Afirmó que, al final, tenía que «salir de ahí», porque veía que lo que le estaba pasando le consumía. «Matar puede ser como el sexo», me dijo, «y te puede llevar por delante; te puede consumir como el sexo».

...Y el sexo es como matar

Al igual que la experiencia enormemente personal, próxima, de uno a uno, e intensa, de matar puede ser como el sexo, también el sexo puede ser como matar. Glenn Gray habla de esta relación. «Sin duda», afirma:

La pareja sexual no será destruida en el encuentro, tan solo derribada. Y los efectos posteriores del ansia sexual son diferentes de los de la batalla. Sin embargo, estas diferencias no cambian el hecho de que ambas pasiones tienen una fuente común y afectan a sus víctimas de la misma manera mientras estas estén bajo su yugo.

El concepto del sexo como un proceso de dominación y derrota está íntimamente relacionado con el deseo de violar y con el trauma asociado a la víctima violada. Empujar el apéndice sexual (el pene) en lo más profundo del cuerpo de la víctima puede relacionarse de forma perversa con el empuje del apéndice para matar (la bayoneta o el cuchillo) en lo más profundo del cuerpo de la víctima.

Este proceso se ve en las películas pornográficas en las que se pervierte el acto sexual y el varón eyacula —o «dispara su arma»— en la cara de la mujer. La sujeción para disparar de la empuñadura de un arma se parece mucho a la sujeción del pene erecto y sostener el pene de esta manera mientras se eyacula en la cara de la víctima es en cierto sentido un acto de dominación y destrucción. La culminación de esta imbricación entre sexo y muerte se puede ver en las películas snuff, en las que la víctima es violada y luego asesinada mientras la filman.

Las fuerzas de la oscuridad y la destrucción en nuestro interior se ven compensadas por una fuerza de luz y amor a nuestro prójimo. Estas fuerzas

pugnan y se revuelven en el corazón de cada uno de nosotros. Ignorar a una es ignorar a la otra. No podemos conocer la luz si no reconocemos la oscuridad. No podemos conocer la vida si no reconocemos la muerte. La conexión entre el sexo y la guerra y el proceso de negación en ambas esferas están bien representados en la observación de Richard Strozzi-Heckler: «Del matrimonio mitológico de Ares [dios de la guerra] y Afrodita [diosa del sexo] nació Harmonía».

1 . Espero que se me permita matizar todo esto un poco. Freud hizo unas observaciones similares con relación a la homosexualidad latente de los varones que fumaban puros enormes. Sin embargo, y como fumador de puros, Freud también se apresuró a añadir que «a veces un puro es solo un puro». De la misma forma, permítaseme añadir que, como soldado y propietario de armas, a veces un arma es... tan solo un arma.

IV Una anatomía del acto de matar: Consideremos todos los factores

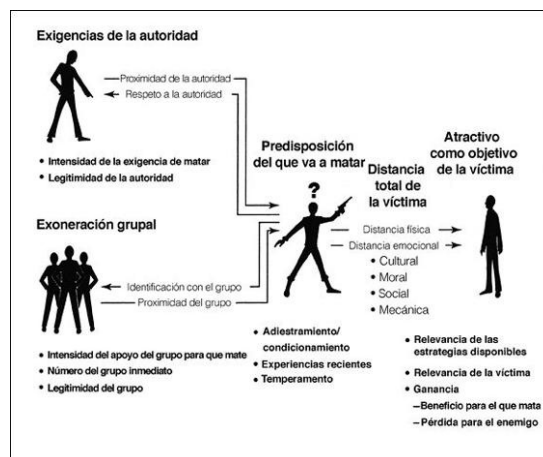
El punto de partida para la comprensión de la guerra es la comprensión de la naturaleza humana.

S. L. A. Marshall
Men Against Fire

1 Las exigencias de la autoridad: Milgram y los militares

Los famosos estudios del doctor Stanley Milgram en la universidad de Yale sobre la obediencia y la agresividad concluyeron que, en un entorno de laboratorio controlado, más del 65 por ciento de los sujetos podía ser fácilmente manipulado para que infligiera una descarga eléctrica (supuestamente) letal a un desconocido. Los sujetos creían sinceramente que estaban causando un gran dolor físico, pero, a pesar de los ruegos de la víctima para que se detuvieran, el 65 por ciento continuaba obedeciendo las órdenes, incrementaba el voltaje e infligía las descargas hasta mucho después de que cesarán los gritos y era casi seguro que la víctima estaba muerta.

Con anterioridad al inicio de sus experimentos, Milgram solicitó a un grupo de psiquiatras y psicólogos un vaticinio sobre cuántos de sus sujetos aplicarían el máximo voltaje a sus víctimas. Estimaron que una fracción de un uno por ciento lo haría. Ellos, al igual que la mayoría de la gente, iban totalmente desencaminados. Milgram tuvo que darnos esta lección sobre nosotros mismos para sacarlos de su error.

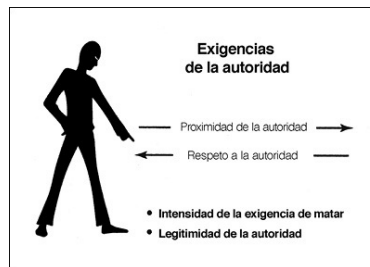


Freud nos avisó de que «nunca debíamos subestimar el poder de la necesidad de obedecer», y esta investigación de Milgram (que, desde entonces, ha sido validada muchas veces en media docena de países) corrobora la comprensión intuitiva de la naturaleza humana por parte de Freud. Incluso cuando los ropajes de la autoridad no son más que una bata blanca de laboratorio y un portapapeles, esta es la respuesta que Milgram consiguió provocar:

Observé a un hombre de negocios maduro y equilibrado entrando en el laboratorio mientras sonreía y se

mostraba seguro. En cuestión de veinte minutos se había visto reducido a una ruina crispada y tartamuda que se acercaba al punto del colapso nervioso ... En un momento dado se golpeó la frente con el puño mientras murmuraba: «Dios, paremos esto». Y, sin embargo, continuó respondiendo a cada palabra del experimento y obedeció hasta el final.

Si se puede obtener esta clase de obediencia con una bata blanca de laboratorio y un portapapeles por parte de una figura de autoridad conocida solo desde hace unos pocos minutos, ¿qué no conseguirían los ropajes de la autoridad militar y los meses de adhesión?



Las exigencias de la autoridad

La masa necesita, y se los damos, líderes que posean la entereza y decisión de comandar provenientes del hábito y una fe completa en su derecho inalienable a comandar según la tradición, la ley y la sociedad.

Ardant du Picq
Estudios sobre el combate

Alguien que no hubiera estudiado el asunto subestimaría la influencia del liderazgo para posibilitar matar en el campo de batalla, pero los que han estado ahí lo saben. Un estudio de 1973 a cargo de Kranss, Kaplan, y Kranss investigó los factores que hacen que un soldado dispare. Descubrieron que aquellos que carecían de experiencia de combate asumían que «el hecho de que les dispararan» sería un factor crítico para que se pusieran a disparar. Los veteranos, sin embargo, señalaban «que me ordenen disparar» como el factor determinante.

Hace más de un siglo, Ardant du Picq descubrió lo mismo en un estudio basado en una encuesta a oficiales militares. Señaló un incidente acaecido durante la guerra de Crimea en el que, durante un fuego intenso, dos destacamentos de soldados se encontraron de repente cara a cara, a «diez pasos». Se «detuvieron estupefactos. Entonces, olvidando sus fusiles, se arrojaron piedras y luego se retiraron». La razón de este comportamiento, según du Picq, es que «ninguno de los dos grupos tenía un líder decidido».

Factores de autoridad

Con todo, el asunto es más complejo que la mera influencia de las órdenes de un líder. Existen muchos factores en la relación entre una persona potencialmente dispuesta a matar y la autoridad que influye en la decisión de matar.

En los experimentos de Milgram, las exigencias de la autoridad estaban representadas por una persona con una bata blanca de laboratorio y un portapapeles. Esta figura de autoridad se encontraba inmediatamente detrás de la persona que infligía las descargas y le exigía que incrementara el voltaje cada vez que la víctima contestaba a una pregunta de forma incorrecta. Cuando la figura de autoridad no se encontraba presente sino que hablaba por teléfono, el número de sujetos dispuestos a infligir el máximo voltaje de descargas caía en picado. Este proceso puede ser generalizado a las circunstancias del combate, y «operacionalizado» en un número de subfactores: proximidad de la figura de autoridad, respeto a la figura de autoridad, intensidad de las exigencias de la figura de autoridad y legitimidad de la figura de autoridad:

- *Proximidad de la figura de autoridad al sujeto* . Marshall destaca muchos casos concretos durante la segunda guerra mundial en los que casi todos los soldados disparaban sus armas mientras su líder observaba y los animaba en una situación de combate. Sin embargo, cuando el líder se iba, la tasa de disparos caía de inmediato a entre el 15 y el 20 por ciento.
- *Respeto subjetivo del que va a matar a la figura de autoridad* . Para ser verdaderamente efectivos, los soldados tienen que adherirse a su líder al igual que tienen que estar adheridos entre ellos. Shalit destaca un estudio israelí de 1973 que muestra que el factor primario que asegura la voluntad de luchar es la identificación con el oficial directamente a cargo. En comparación con un líder consolidado y respetado, un líder desconocido o desacreditado tiene menos posibilidades de ganarse la obediencia de los soldados en combate.
- *Intensidad de las exigencias de la figura de autoridad para que se adopte un comportamiento orientado a matar* . A veces, la mera presencia del líder no es suficiente para garantizar que se mate. El líder también debe comunicar una expectativa clara para que se adopte un comportamiento orientado a matar. Cuando lo hace, la influencia puede ser enorme. Cuando el teniente Calley ordenó por primera vez a sus hombres que mataran a un grupo de mujeres y niños en la aldea de My Lai, les dijo: «Ya sabéis lo que hay que hacer con ellos». Y se fue. Cuando regresó, preguntó: «¿Por qué no los habéis matado?». Y el soldado al que interpeló le dijo: «No pensé que quería que los matáramos». «No», respondió Calley. «Los quiero muertos», y acto seguido

comenzó él mismo a dispararles. Solo entonces consiguió que sus soldados comenzaran a disparar en esta circunstancia extraordinaria en la que la resistencia del soldado a matar era, como cabría esperar, muy elevada.

— *Legitimidad de la autoridad y exigencias de la figura de autoridad* . Los líderes con una autoridad legítima y sancionada socialmente ejercen una mayor influencia en sus soldados; y las exigencias legítimas y legales tienen más probabilidades de ser obedecidas que las exigencias ilegales o imprevistas. Los líderes de pandillas y los jefes mercenarios tienen que resolver estas carencias con sumo cuidado, pero los líderes militares (con sus ropajes de poder y la autoridad legítima de su nación detrás de ellos) tienen un tremendo potencial para conseguir que sus soldados superen sus resistencias individuales y sus reticencias en combate.

El factor del centurión: el papel de la obediencia en la historia militar

El éxito de la máquina de guerra romana puede verse a la luz de su dominio de los procesos de liderazgo. Los romanos fueron pioneros en los conceptos de desarrollo del liderazgo y el cuerpo de suboficiales tal y como los conocemos, y cuando el ejército profesional romano luchaba contra los soldados-ciudadanos griegos, el liderazgo debe ser considerado como un factor clave del éxito de Roma.

Ambos bandos tenían la legitimidad política de sus nación o ciudad-Estado, pero existía una diferencia real en la legitimidad militar que estos líderes probablemente tenían a ojos de sus soldados: el centurión romano era un líder profesional que gozaba del respeto de sus soldados porque había ascendido en el escalafón y había demostrado con anterioridad su habilidad en combate. Este tipo de legitimidad es completamente distinta a la que está asociada al liderazgo en la vida civil, y el líder griego era básicamente un civil cuya legitimidad en tiempos de paz no se trasladaba con facilidad al campo de batalla y, además, se veía manchada por el clientelismo y la política de bajo vuelo asociada a la localidad de la que provenía.

En la falange griega, el líder del pelotón era un miembro de las masas que portaba una lanza. La función básica de estos líderes (tal y como venía definida por su equipo y su ausencia de movilidad) era la de participar en la matanza. La formación romana, por otro lado, tenía una serie de líderes con movilidad, altamente adiestrados y seleccionados con sumo cuidado, cuya misión principal no era matar sino estar detrás de sus hombres y exigirles que mataran.

Muchos factores condujeron a la supremacía militar que permitió a los romanos conquistar el mundo. Por ejemplo, las lluvias de jabalinas ingeniosamente diseñadas proporcionaban una distancia física en el proceso de la matanza, y el adiestramiento permitía al individuo usar la punta y vencer la resistencia natural a la estocada. Con todo, la mayoría de autoridades convienen en que un factor clave era el grado de profesionalización de los líderes de las pequeñas unidades, en combinación con una formación que facilitaba la capacidad de influencia de estos líderes.

La influencia de un líder que exija obediencia también se puede ver en muchas circunstancias de matanzas recogidas en este libro. Fue la orden «Ese tiene que ser un VC, imbécil ... Reviéntale el culo y corre», lo que azuzó a Steve Banko para que matara a un soldado del Viet Cong. Para John Barry Freeman, fue una ametralladora apuntando y la orden «Dispárale» lo que le movió a disparar contra uno de sus camaradas mercenarios que había sido condenado a muerte. Y para Alan Stuart-Smyth, fue necesario que le gritaran la orden «¡Mátalo, joder! ¡Mátalo ya!» para que matara a un hombre que estaba moviendo la boca de su cañón hacia él.

En estas y muchas otras circunstancias en las que se mata, podemos ver que fueron las exigencias de matar por parte de un líder lo que supuso el factor decisivo. Nunca subestimemos el poder de la necesidad de obedecer.

«Nuestra sangre y sus agallas»: el precio que pagan los líderes

En muchas situaciones de combate, el mecanismo definitivo que conduce a la derrota se da cuando el líder de un grupo ya no puede exigir sacrificios a sus hombres. Una de las famosas viñetas de la segunda guerra mundial de Bill Mauldin muestra a los soldados Willie y Joe discutiendo con el general «Sangre y agallas» Patton. «Claro», dice el agotado y desaliñado soldado de combate Joe, «nuestra sangre y sus agallas». Si bien la intención es el sarcasmo, hay una profunda verdad en esta afirmación, pues a menudo es la sangre del soldado y las agallas del líder lo que previene la derrota. Y, cuando flaquean las agallas o la voluntad del líder para sacrificar a sus hombres, entonces la fuerza que dirige se ve derrotada.

Esta ecuación se muestra particularmente clara en las situaciones en las que los soldados se ven aislados de la autoridad superior. En esta clase de situaciones, el líder está atrapado con sus hombres. Ve cómo mueren sus soldados, ve cómo sufren los heridos; ya no existe la defensa de la distancia para posibilitar la

negación ante el resultado de sus acciones. No tiene contacto con la autoridad superior, y sabe que en cualquier momento puede poner fin al horror si se rinde y que la decisión es exclusivamente suya.

A medida que cada uno de sus hombres resulta herido o muere, sus sufrimientos le atormentan, y sabe que es él y solo él el que permite que continúe. Él y su voluntad de aceptar el sufrimiento de sus hombres es todo lo que mantiene viva la batalla. En un momento dado ya no puede soportar la voluntad de luchar, y con una breve frase el horror habrá terminado.

Algunos líderes eligen luchar hasta la muerte, llevando a sus hombres consigo en el camino a la gloria. En muchos aspectos, es más fácil para el líder si puede morir de forma rápida y limpia con sus hombres y no tener nunca la necesidad de vivir con lo que ha hecho. Una de las más llamativas situaciones de esta índole es la del mayor James Devereux, quien comandaba a los marines en la defensa de la isla Wake. El pequeño destacamento de marines en la isla defendió la plaza ante unas fuerzas japonesas numéricamente superiores del 8 al 22 de diciembre de 1941. El último mensaje enviado antes de que Devereux y sus hombres fueran derrotados fue recibido por radiotelegrafía y decía: E...N...V... I...A...D...M...A...S...J...A...P...O...S ...

Sin embargo, el precio a pagar por el líder que ha vivido una situación así es alto. Debe responder ante las viudas y los huérfanos de sus hombres, y debe vivir para siempre con lo que hizo a esos hombres que le confiaron sus vidas. Cuando entrevisto a combatientes, muchos me hablan de los remordimientos y angustia que nunca han contado a nadie. Pero todavía no he conseguido que un líder se enfrente a sus emociones en relación con sus soldados que murieron en combate como resultado de sus órdenes. En las entrevistas, estos hombres van en círculos alrededor de pozos de culpabilidad y negación que parecen ser demasiado profundos para llegar a ellos y, quizás, esto sea lo mejor.

El Batallón Perdido de la primera guerra mundial es un ejemplo famoso de una unidad que se sostuvo merced a la voluntad de su líder. Esta unidad, un batallón de la 77.^a División de Infantería de Estados Unidos, se vio aislada y rodeada por los alemanes durante un ataque. Continuaron luchando durante días. Se quedaron sin alimento, agua y munición. Los supervivientes estaban rodeados por amigos y camaradas que sufrían heridas horribles y no podían recibir atención médica hasta que se rindieran. Los alemanes llevaron lanzallamas e intentaron calcinarlos a todos. Y, sin embargo, su comandante no estaba dispuesto a rendirse.

No eran una unidad de élite o particularmente adiestrada. Se trataba

simplemente de un batallón de infantería variopinto formado por ciudadanos-soldados de la reserva militar, la National Guard Division. Y a pesar de ello realizaron una proeza que brillará para siempre en los anales de la gloria militar.

Todos los supervivientes reconocieron el mérito a la increíble entereza de su comandante de batallón, el mayor C. W. Whittlesey, quien se negó a rendirse y animó constantemente a los supervivientes cada vez más escasos a seguir luchando. Tras cinco días, el batallón fue rescatado. Al mayor Whittlesey se le concedió la medalla de honor del Congreso. Mucha gente conoce esta historia. Lo que no saben es que Whittlesey se suicidó al poco de que acabara la guerra.

Los fusileros no aciertan si las órdenes suenan inseguras;
Solo están seguros los que están seguros...

Kingsley Amis
The Masters

2 La exoneración grupal: «El individuo no ha matado, sino el grupo»

Una ingente cantidad de investigaciones indica que el factor principal que motiva a un soldado para que haga cosas que ningún hombre en sus cabales *querría* hacer en combate (es decir, matar y morir) no es el instinto de supervivencia, sino un poderoso sentido de tener que rendir cuentas antes sus camaradas en el campo de batalla. Richard Gabriel señala que «en los escritos militares sobre la cohesión de la unidad, uno encuentra de forma consistente la afirmación de que los lazos que los soldados de combate tejen entre ellos son más fuertes que los lazos que la mayoría de los hombres tienen con sus mujeres». La derrota de incluso un grupo de élite suele ocurrir cuando se ha infligido un número elevado de bajas (normalmente, en torno al 50 por ciento), de suerte que el grupo cae en una forma de depresión colectiva y apatía. Dinter señala: «La integración del individuo en el grupo es a veces tan fuerte que la destrucción del grupo, por ejemplo, por la fuerza o por el cautiverio, puede conducir a la depresión y posterior suicidio». Entre los japoneses durante la segunda guerra mundial, esto se manifestó en los suicidios en masa. En la mayoría de los grupos históricos, esto resulta en el suicidio colectivo de la rendición.



Entre los hombres que se sienten unidos de forma tan intensa, se da un poderoso proceso de presión del grupo en virtud del cual el individuo se preocupa tanto por sus camaradas y por lo que piensan de él que preferiría morir antes que fallarles. Un veterano del cuerpo de Marines que fue entrevistado por Gwynne Dyer expresó este proceso claramente cuando dijo que «tu primer instinto, a pesar de todo tu adiestramiento, es vivir ... Pero no puedes darte la vuelta y echar a correr en sentido contrario. Es la presión del grupo, ¿sabes?». Dyer lo

denomina «una clase especial de amor que no tiene nada que ver con el sexo o el idealismo», y Ardant du Picq se refería a ello como «vigilancia mutua» y consideraba que era el factor psicológico predominante en el campo de batalla.

Marshall señala que un soldado que se queda atrás de una unidad rota y en retirada será de escaso valor si se le fuerza a servir en otra unidad. Pero si se emplea a un par de soldados o el remanente de un pelotón, por lo general se puede contar con ellos para que luchen. La diferencia entre los dos casos es el grado en el que los soldados han creado lazos o desarrollado el sentido de rendir cuentas al pequeño número de hombres con los que pelearán, algo que difiere claramente de la más generalizada cohesión del ejército en su conjunto. Si el individuo tiene lazos con sus camaradas, y si está con «su» grupo, entonces la probabilidad de que este participará a la hora de matar se incrementa de forma significativa. Pero si no concurren estos factores, la probabilidad de que el individuo participe de forma activa en el combate es muy baja.

Du Picq resume así el asunto: «Cuatro hombres valientes que no se conocen entre sí no se atreverán a atacar a un león. Cuatro hombres menos valientes, pero que se conocen bien entre sí, que están seguros de que pueden confiar el uno del otro y, por tanto, en el socorro mutuo, atacarán con determinación. Ahí está, en esencia, la ciencia de la organización de los ejércitos».

Anonimato y la exoneración grupal

Además de crear un sentido de tener que rendir cuentas, los grupos también posibilitan el acto de matar mediante el desarrollo entre sus miembros de un sentido de anonimato que contribuye a intensificar la violencia. En algunas circunstancias este proceso de anonimato grupal parece facilitar una especie de histeria atávica de matar como puede verse en los horripilantes asesinatos en masa que tuvieron lugar en Ruanda. También puede verse en el reino animal. Las investigaciones de Kruck en 1972 recogen escenas del reino animal que muestran que las matanzas sin sentido y gratuitas también ocurren. En estas se incluyen la matanza de gacelas por parte de hienas en cantidades que sobrepasan con creces sus necesidades o capacidad para comer, o la destrucción de unas gaviotas que no podían volar en una noche tormentosa y así se convirtieron en presa fácil para los zorros, quienes procedieron a matarlas más allá de cualquier posible necesidad de alimento. Shalit señala que «esta violencia sin sentido en el mundo animal —así como la mayor parte de la violencia en el dominio humano — se manifiesta en grupos y no en individuos».

Konrad Lorenz nos dice que «el hombre no mata; lo hace el grupo». Shalit muestra una comprensión profunda de este proceso y lo ha investigado en detalle:

Todas las multitudes tienen un efecto intensificador. Si existe la agresión, esta será mayor a resultas de la multitud; si existe el goce, este se verá intensificado a resultas de la multitud. Algunos estudios muestran ... que un espejo delante de un agresor tiende a incrementar su agresividad, si tenía la disposición a ser agresivo. No obstante, si el individuo carece de esa disposición, el efecto del espejo sería el de incrementar sus tendencias no agresivas. El efecto de la masa parece ser en gran medida como el de un espejo, y refleja el comportamiento de cada individuo en los que le rodean intensificando así el patrón de comportamiento.

Hace tiempo que los psicólogos entendieron que el anonimato que crea la masa puede causar una difusión de la responsabilidad. Se ha demostrado en docenas de estudios que la probabilidad de que los espectadores de un suceso interfieran en él guarda una relación directa con el número de personas que están viendo el suceso. Así, en grandes masas pueden ocurrir crímenes horribles, pero la probabilidad de que interfiera un espectador es muy baja. Sin embargo, si el espectador está solo y se enfrenta a una situación en la que no puede haber difusión de la responsabilidad hacia otro, entonces la probabilidad de que intervenga es muy alta. De la misma manera, los grupos pueden proveer una difusión de la responsabilidad que permita a los individuos integrados en una turba y a los soldados en unidades militares cometer actos que nunca hubieran soñado poder hacer como individuos, actos tales como linchar a alguien por el color de su piel o disparar a alguien por el color de su uniforme.

Muerte en la masa: rendición de cuentas y anonimato en el campo de batalla

La influencia de los grupos a la hora de matar ocurre a través de una extraña y poderosa interacción entre rendición de cuentas y anonimato. Si bien a primera vista la influencia de estos dos factores puede parecer paradójica, en la práctica estos actúan de forma que se magnifican y amplían el uno al otro para posibilitar la violencia.

La policía es consciente de estos procesos de rendición de cuentas y anonimato y está adiestrada para desbaratarlos llamando a los individuos dentro de un grupo por su nombre cuando es posible. Hacer esto causa que las personas interpeladas reduzcan su identificación con el grupo y comiencen a considerarse como individuos con una rendición de cuentas personal. Esto inhibe la violencia limitando el sentido de rendición de cuentas del individuo hacia el grupo y negando su sensación de anonimato.

En grupos en combate, esta rendición de cuentas (hacia los amigos de uno) y anonimato (para reducir el sentimiento de responsabilidad personal por matar) se combinan para desempeñar un papel significativo a la hora de posibilitar la acción de matar. Matar a otro ser humano puede ser una cosa extremadamente difícil. Pero si un soldado tiene la impresión de que está fallando a sus amigos si no mata, y si puede conseguir que otros compartan el proceso de matar (para así conseguir la difusión de su responsabilidad personal al repartirse entre todos una parte de la culpa), entonces el acto de matar se vuelve más fácil. Por lo general, cuantos más miembros tenga el grupo, cuanto más psicológicamente unido se sienta el grupo, y cuanto más estrechos sean sus lazos, tanto más poderosa será la habilitación.

Con todo, la presencia de un grupo en el combate no garantiza la agresividad. (Podría tratarse de un grupo de pacifistas, en cuyo caso lo que el grupo habilita es el pacifismo.) El individuo debe identificarse y adherirse al grupo que tiene una exigencia legítima de matar. Y tiene que estar con o cerca del grupo para que este ejerza influencia en su comportamiento.

Carro, falange, cañón y ametralladora: el papel de los grupos en la historia militar

Encontramos estos procesos a lo largo de la historia militar. Por ejemplo, los historiadores militares a menudo se han preguntado por qué el carro dominó la historia militar durante tanto tiempo. Desde los puntos de vista táctico, económico y mecánico no era un instrumento con una buena relación entre coste y eficacia en el campo de batalla y, sin embargo, durante muchos siglos fue el rey de la guerra. En cambio, si examinamos la ventaja psicológica que ofrecía el carro para habilitar la acción de matar en el campo de batalla, entonces nos damos cuenta de que el carro tuvo tanto éxito porque fue la primera arma de manejo en equipo.

En este caso intervienen varios factores —el arco como un arma de distancia, la distancia social creada por el hecho de que el arquero provenga de la nobleza y la distancia psicológica creada al utilizar el carro en las persecuciones y al disparar a los hombres por la espalda—, pero el factor principal estriba en que en el carro iban tradicionalmente dos hombres: el conductor y el arquero. Y esto es todo lo que se necesitaba para proveer de la misma rendición de cuentas y difusión de la responsabilidad que, en la segunda guerra mundial, permitió que casi el 100 por cien de las armas de manejo colectivo (como, por ejemplo, las

ametralladoras) dispararan mientras solo entre el 15 y el 20 por ciento de fusileros lo hicieran.

El carro fue derrotado por la falange, que consiguió convertir la formación en un arma de manejo colectivo masiva.

Si bien no tenía los líderes designados de las formaciones romanas, cada hombre de la falange estaba bajo un poderoso sistema de vigilancia mutua, y en las cargas hubiera sido difícil no atacar sin que los otros no se dieran cuenta de que uno había levantado o soltado la lanza en el momento crítico. Y, por supuesto, además de este sistema de rendición de cuentas, la sumamente compacta falange ofrecía un alto grado de anonimato a la multitud.

Durante casi medio milenio, el militar profesional romano (con, entre otras cosas, su aplicación superior del liderazgo) eclipsó a la falange en la concepción occidental de la guerra. Sin embargo, la aplicación de procesos grupales por parte de la falange era tan sencilla y tan efectiva que, durante el periodo de más de mil años entre la caída del Imperio romano y la integración completa de la pólvora, la falange y la pica dominaron las tácticas de infantería.

Y cuando se introdujo la pólvora, fue el cañón operado en equipo, más tarde superado por la ametralladora, el que causaba la mayoría de las muertes. Gustavo Adolfo de Suecia revolucionó los conflictos armados con la introducción de un pequeño cañón ultraligero que arrastraba cada pelotón. Esta arma se convirtió así en la primera operada por un pelotón y anunciaba las ametralladoras accionadas por miembros del pelotón. Napoleón, él mismo artillero, reconoció el papel de la artillería (que a menudo disparaba metralla a distancias muy cortas) como la que realmente mataba en el campo de batalla y, a lo largo de los años, se aseguró de que en todo momento sus ejércitos tuvieran un mayor número de artillería que cualquiera de sus oponentes. La ametralladora se introdujo durante la primera guerra mundial y se la denominó «la esencia destilada de la infantería», pero realmente era la continuación del cañón, pues la artillería se convirtió en un arma de fuego indirecto (disparaba por encima de las cabezas de los soldados a una distancia de kilómetros) y la ametralladora sustituyó al cañón en el fuego directo a un alcance medio.

El monumento británico al Regimiento de Ametralladoras de la primera guerra mundial, que se encuentra al lado del monumento a Wellington en Londres, es una estatua de un joven David, con un versículo de la Biblia que ejemplifica el significado de la ametralladora en esa terrible guerra, que chupó tanto tuétano de los huesos de esa gran nación:

Saúl hirió a sus miles,
Y David a sus diez miles.

«Estaban matando a mis amigos»: los grupos en el campo de batalla moderno

La influencia de los grupos se aprecia con claridad cuando examinamos de cerca los análisis de casos descritos a lo largo de este libro. Cabe señalar la ausencia de influencia del grupo en muchas de las situaciones en las que los combatientes eligieron *no matarse*. Por ejemplo, en la sección «Matar y la distancia física», el capitán Willis estaba solo cuando de pronto se enfrentó a un único soldado del Viet Cong. El capitán «sacudió la cabeza con fuerza» e inició «una tregua, alto el fuego, un acuerdo de caballeros o un trato», tras lo cual «el soldado enemigo desapareció en la oscuridad y Willis continuó avanzando a trompicones».

Y, de nuevo, al principio de la sección «Matar y la existencia de la resistencia», Michael Kathman, una rata de túnel que avanzaba a gatas por un túnel del Viet Cong, estaba solo cuando encendió su linterna y se encontró de pronto «a una distancia que no llegaba a los cinco metros ... un [solitario] Viet Cong comiendo un puñado de arroz ... Tras un instante, depósito su cartuchera con arroz en el suelo, me dio la espalda y comenzó a alejarse lentamente gateando». Kathman, por su parte, apagó su linterna y se fue en otra dirección.

Y mientras se leen estos análisis de casos cabe señalar la presencia e influencia de grupos en la mayor parte de situaciones en las que los soldados *eligen* matar. El ejemplo clásico es Audie Murphy, el soldado estadounidense más condecorado de la segunda guerra mundial. Ganó la Medalla de Honor por enfrentarse él solo a una compañía de infantería alemana. Luchó solo, pero cuando le preguntaron qué era lo que le había motivado para actuar así, simplemente contestó: «Estaban matando a mis amigos».

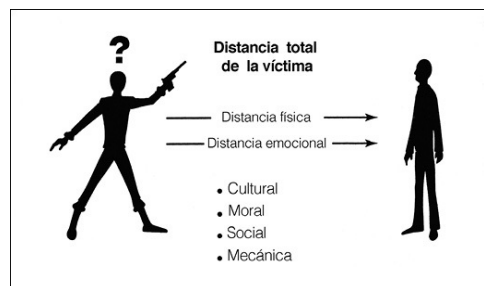
La desintegración de una unidad de combate suele ocurrir cuando se alcanza el 50 por ciento de bajas, y se caracteriza por que hay un número creciente de individuos que se niegan a matar en combate ... La motivación y la voluntad de matar al enemigo se evaporan junto con sus compañeros y camaradas.

Peter Watson
War on the Mind

3 Distancia emocional: «Para mí, eran peores que animales»

Grietas en el velo de la negación

Una noche, tras haber dado una charla sobre «El precio y el proceso de matar» a un grupo de veteranos en Nueva York, me preguntó un veterano de la segunda guerra mundial retirado que había formado parte del público si podía hablar conmigo en privado en el bar. Cuando nos quedamos solos, me dijo que había algo que nunca le había dicho a nadie, algo que, tras oír mi charla, quería compartir conmigo.



«Tenía mi [pistola del calibre] .45 en la mano», me dijo, «y la punta de su bayoneta no estaba más lejos de lo que está usted cuando le disparé. Cuando la cosa se calmó, ayudé a registrar su cuerpo, ya sabe, por motivos de inteligencia, y encontré una fotografía».

Se interrumpió un momento antes de continuar. «Era una fotografía de su mujer y dos hermosos niños. Desde ese día», y entonces empezaron a caerle lágrimas por las mejillas, si bien su voz se mantenía firme, «he vivido atormentado por la idea de que estos dos niños crecieron sin su padre porque yo lo asesiné. Ya no soy joven y pronto tendré que responder ante mi Hacedor por lo que hice.»¹

Un año más tarde, en un pub en Inglaterra, le conté el incidente a un veterano de Vietnam que era coronel en el ejército de Estados Unidos. Cuando le dije lo de la fotografía, respondió: «Oh, no. No me digas. Había una dirección en el reverso de la fotografía».

«No», le contesté. «Al menos él nunca me mencionó que la hubiera».

Más tarde esa misma noche me decidí a preguntarle por qué había pensado que habría una dirección en la fotografía, y me contestó que había tenido una experiencia similar en Vietnam, pero que sus fotografías tenían direcciones

detrás. «Y sabes qué...», dijo mientras su mirada se iba extraviando como si estuviera observando con preocupación algo que estaba a quinientos metros de distancia, una forma de mirar que ya había visto en muchos veteranos cuando sus mentes y emociones regresaban al campo de batalla, «siempre quise devolver esas fotos».

Los dos hombres consiguieron el rango de coronel en el ejército. Ambos representan la quintaesencia de lo que es bueno y noble en sus generaciones. Y ambos han vivido atormentados por unas meras fotografías. Pero lo que representaban esas fotografías era una grieta en el velo de la negación que hace posible la guerra.

Los obstáculos sociales a la distancia emocional

Ya hemos tratado el proceso de distancia física, pero la distancia en la guerra no es meramente física. También se da un proceso de distancia emocional que desempeña un papel vital a la hora de superar la resistencia a matar. Factores como la distancia cultural, la distancia moral, la distancia social y la distancia mecánica son igual de efectivos que la distancia física para permitir al que mata negar que está matando a un ser humano.

Había un eslogan popular y bastante ingenioso en Estados Unidos durante la década de los sesenta que preguntaba: «¿Qué pasaría si hubiera una guerra y nadie fuera?». Se trata de un concepto que no es tan absurdo como podría parecer en un primer momento. Existe el peligro constante en el campo de batalla de que, durante periodos prolongados de combate de corto alcance, los combatientes acaben conociéndose y reconociéndose como individuos y que, en consecuencia, se nieguen a matarse. Este peligro y el proceso que puede desencadenarlo está representado de forma dolorosa en el relato de Henry Metelmann sobre sus experiencias como soldado alemán en el frente ruso durante la segunda guerra mundial.

Hubo un alto en la batalla durante el cual Metelmann vio a dos rusos que salían de su hoyo de protección:

Y caminé hacia ellos ... se presentaron ... [y] me ofrecieron un cigarrillo y yo, que no soy fumador, pensé que, si me ofrecían un cigarrillo, me lo fumaría. Pero era una cosa horrible. Me puse a toser y, más tarde, mis camaradas me dijeron: «Causaste una horrible impresión allí junto a los rusos tosiendo como un pobre diablo». ... Hablé con ellos y les dije que podían acercarse al hoyo de protección porque en su interior había tres soldados rusos muertos que yo, para vergüenza mía, había matado. Querían llevarse las placas de identificación y las cartillas militares ... Les intenté ayudar y estábamos todos agachados y encontramos algunas fotos en una de las cartillas y me las enseñaron: todos nos pusimos en pie y miramos las fotos ... Nos volvimos a estrechar las manos, alguien me dio una palmada en la espalda y se fueron andando.

Metelmann fue llamado para llevar a un semioruga de vuelta al hospital de campaña. Cuando regresó al campo de batalla una hora más tarde, se encontró con que los alemanes habían capturado la posición rusa y, si bien algunos de sus amigos habían muerto, le sorprendió estar más preocupado por la suerte de «esos dos rusos».

—Ah, los mataron.

—¿Cómo ocurrió? —pregunté.

—No querían rendirse. Entonces les gritamos que salieran con las manos en alto y no lo hicieron. Entonces uno de los nuestros pasó por encima con un tanque y acabó con ellos.

Me sentí entristecido. Los había conocido de una forma muy humana. Me llamaron camarada y, en ese momento, por extraño que pueda parecer, me entristeció más que ellos tuvieran que morir en esta confrontación de locos que mis propios compañeros, y todavía lo recuerdo con tristeza.

La identificación con la víctima también se refleja en el síndrome de Estocolmo. La mayoría de la gente conoce el síndrome de Estocolmo como un proceso en el que la víctima de una situación de secuestro termina identificándose con el secuestrador, pero en realidad se trata de algo más complejo que ocurre en tres fases:

- Primero, la víctima experimenta un incremento en la asociación con el secuestrador.
- Luego la víctima suele experimentar un descenso en su identificación con las autoridades que tratan con el secuestrador.
- Finalmente, el secuestrador experimenta un incremento en la identificación y asociación con la víctima.

Uno de los más interesantes de los numerosos casos fue el del secuestro de un tren en Holanda en 1977 por parte de unos exiliados de las Molucas del Sur. En este caso, los terroristas dispararon a un rehén y seleccionaron a otro para ejecutarlo. La víctima designada pidió permiso para escribir una nota final a su familia, algo que le fue concedido. Era periodista, y debía de ser muy bueno porque, tras leerla los terroristas se apiadaron de él... y dispararon a otro.

A veces este proceso se da a una escala más general. Muchas veces durante la primera guerra mundial se daban ceses no oficiales de las hostilidades fruto del proceso de irse conociendo cada vez más. Durante la navidad de 1914, soldados británicos y alemanes de muchos sectores se encontraron pacíficamente, intercambiaron regalos, se hicieron fotografías e incluso jugaron al fútbol. Holmes destaca que «en algunas zonas la tregua duró más allá del fin de año, a pesar de la insistencia del Alto Mando de que tenían que volver a pelear».

Erich Fromm afirma que «hay buenos estudios clínicos que corroboran la

suposición de que la agresión destructiva ocurre, por lo menos en gran medida, en conjunción con un aislamiento emocional crónico o pasajero». Las situaciones descritas con anterioridad representan una ruptura del distanciamiento psicológico que resulta clave para prescindir del sentimiento propio de empatía y conseguir el «aislamiento emocional». De nuevo, algunos de los mecanismos que facilitan este proceso incluyen:

- La distancia cultural, como es el caso de las diferencias raciales o étnicas, que permite al que va a matar deshumanizar a la víctima.
- La distancia moral que toma en consideración la creencia intensa en la superioridad moral y las acciones revanchistas/justicieras asociadas a muchas guerras civiles.
- La distancia social que toma en consideración el impacto de toda una vida pensando que una clase en particular es menos humana en un entorno socialmente estratificado.
- La distancia mecánica, consistente en la irrealidad estéril propia de los videojuegos, que permite matar a través de una pantalla, miras térmicas, miras de francotiradores o cualquier otro mecanismo que actúe como amortiguador y que permita al que mata negar la humanidad de su víctima.

La distancia cultural: «formas inferiores de vida»

Conseguir que los hombres piensen en sus enemigos potenciales con los que se iban a enfrentar como formas inferiores de vida [mediante películas] sesgadas para presentar al enemigo como menos que un ser humano: se ridiculiza la estupidez de las costumbres locales y las personalidades locales son presentadas como maléficos semidioses.

Citado en Peter Watson, *War on the Mind*

La investigación israelí mencionada con anterioridad indica que el riesgo de morir que corre una víctima secuestrada es mucho mayor si está encapuchada. La distancia cultural es una forma de encapuchar emocionalmente que puede funcionar de una manera igual de efectiva. Shalit apunta que «cuanto más próxima o similar es la víctima de una agresión, mayor es nuestra identificación con ella». Y más difícil resulta matarla.

Este proceso también funciona en sentido inverso: es mucho más fácil matar a alguien si parece claramente diferente de ti. Si tu máquina de propaganda puede convencer a tus soldados de que sus oponentes no son realmente humanos sino «formas inferiores de vida», entonces su resistencia natural a matar a los de su propia especie se verá reducida. A menudo se niega la humanidad del enemigo

refiriéndose a él como «amarillo», «kartoffen», «japo» o «moro». En Vietnam, este proceso se veía reforzado por la mentalidad de «contar cuerpos», en virtud de la cual nos referíamos al enemigo como un número y así lo considerábamos. Un veterano de Vietnam me dijo que esto le permitía pensar que matar a los soldados del Viet Cong era como «pisotear hormigas».

El gran maestro en esta materia en tiempos recientes fue Adolf Hitler con su mito de la raza superior aria: los *Übermensch*, cuyo deber era limpiar el mundo de los *Untermensch*.

El soldado adolescente al que se dirige esta propaganda intenta desesperadamente racionalizar aquello que se le fuerza a hacer y, por tanto, está predispuesto a creerse estas pamplinas. Tan pronto como comienza a arrear a la gente como si fuera ganado y luego a sacrificarla como si fuera ganado, comienza también a pensar en la gente como ganado o, por decirlo de otra manera, *Untermensch*.

Según Trevor Dupuy, los alemanes, durante todas las fases de la segunda guerra mundial, infligieron un 50 por ciento más de bajas a los estadounidenses y británicos que las que sufrieron ellos mismos. Y el liderazgo nazi probablemente hubiera sido el primero en reconocer que esta creencia cuidadosamente desarrollada en su superioridad racial y cultural fue la que permitió que los soldados tuvieran tanto éxito. (Si bien, tal y como veremos en «Matar y las atrocidades», esto también contenía una trampa que contribuyó en gran medida a la derrota final del nazismo.)

Pero los nazis no son en ningún caso los únicos que blandían la espada del odio racial y étnico en la guerra. Los imperios europeos derrotaron y dominaron a las «razas oscuras» con la ayuda del factor de la distancia cultural.

No obstante, esto puede ser un arma de doble filo. Una vez que los opresores empiezan a pensar que sus víctimas no son de la misma especie, entonces las víctimas pueden aceptar y utilizar esa distancia cultural para matar y oprimir a sus amos coloniales cuando finalmente se hagan con el control de la situación. Esta arma de doble filo se volvió contra los opresores cuando se levantaron las naciones colonizadas mediante violentas insurrecciones como el motín de los cipayos y la rebelión del Mau Mau. En las batallas finales que derribaron al imperialismo en todo el mundo, la reacción violenta de esta arma de doble filo supuso un factor decisivo para empoderar a las poblaciones locales.

Los Estados Unidos son una nación comparativamente más igualitaria y, en consecuencia, tiene mayores dificultades para conseguir que su población suscriba el odio racial y étnico en tiempos de guerra. Pero en el combate contra

Japón teníamos un enemigo tan distinto y extraño que pudimos aplicar de forma efectiva la distancia cultural (en combinación con una poderosa dosis de distancia moral, dado que nosotros estábamos «vengando» Pearl Harbor). Así, y según las investigaciones de Stouffer, el 44 por ciento de los soldados estadounidenses en la segunda guerra mundial decía que le gustaría de verdad «matar a un soldado japonés», mientras solo un 6 por ciento expresaba ese grado de entusiasmo cuando se trataba de matar a un soldado alemán.

En Vietnam, Afganistán e Iraq, la distancia cultural se hubiera vuelto en nuestra contra porque nuestro enemigo era racial y culturalmente indistinguible de nuestros aliados. De ahí que intentáramos por todos los medios (a nivel de política nacional) no hacer hincapié en cualquier distancia cultural respecto de nuestros enemigos. El factor psicológico primario de distanciamiento empleado en Vietnam, Afganistán e Iraq fue la distancia moral, que derivaba de nuestras «cruzadas» morales contra el comunismo y el terrorismo. Pero por mucho que lo intentáramos, no logramos plenamente mantener cerrada la caja de Pandora del odio racial.

La mayoría de los veteranos de Vietnam a los que he entrevistado desarrollaron un amor profundo por la cultura y el pueblo vietnamitas. Muchos se casaron con mujeres vietnamitas. Esta tendencia igualitaria a mezclarse, aceptar, admirar e incluso querer a otra cultura es un punto fuerte de Estados Unidos. Gracias a ello, Estados Unidos fue capaz de convertir las naciones ocupadas de Alemania y Japón de enemigos derrotados a amigos y aliados. Pero muchos soldados estadounidenses servían un año aislados de los aspectos positivos y amistosos de la cultura y el pueblo vietnamitas. Los únicos vietnamitas que conocían o bien intentaban matarles o bien eran sospechosos de pertenecer o apoyar al Viet Cong. Este entorno propiciaba la sospecha profunda y el odio. Un veterano de Vietnam me dijo que, para él, «eran menos que animales».

Debido a esta habilidad para aceptar otras culturas, los estadounidenses probablemente cometieron menos atrocidades que las que hubiera cometido la mayoría de otras naciones en circunstancias asociadas a la guerra de guerrillas en Vietnam. Sin duda menos de las que cuenta en su haber la mayoría de los poderes coloniales. Y, con todo, tenemos My Lai, y nuestros esfuerzos en esa guerra profundamente, acaso fatalmente, socavados por ese incidente en concreto. Y, en Iraq, el escándalo de la prisión de Abu Ghraib ayudó a enardecer a nuestros enemigos y a socavar nuestra propia determinación.

Puede resultar fácil recurrir al odio racial y étnico para facilitar que se mate en

tiempos de guerra. Pero, en el momento en que destapamos la caja de los truenos de ese odio y la guerra se ha terminado, no resulta tan fácil volver a cerrarla. Un odio así perdura durante décadas, incluso siglos, como podemos ver hoy en día en el Líbano y antaño en Yugoslavia.

Sería sencillo mostrar un engreído sentimiento de superioridad moral y autoconvencernos de que este odio que perdura solo existe en lejanos y aislados países como el Líbano o Yugoslavia. Lo cierto es que en Estados Unidos todavía estamos intentando erradicar el racismo más de cien años después de que se aboliera la esclavitud, y nuestro uso limitado de la distancia cultural en la segunda guerra mundial y en Vietnam todavía contamina nuestros tratos con los oponentes en esos conflictos.

Puede que en un futuro campo de batalla sintamos la tentación de manipular de nuevo el arma de doble filo de la distancia cultural a nuestro favor. Pero, antes de hacerlo, sería mejor que consideráramos detenidamente el coste; el coste tanto durante la guerra como en la paz que esperamos conseguir cuando concluya el conflicto.

La distancia moral: «Su causa es sagrada, ¿cómo pueden cometer un pecado?»

Nosotros que golpeamos al enemigo donde late su corazón hemos sido calumniados cuando nos llamaban «mataniños» y «asesinos de mujeres» ... Lo que hacemos también nos repugna a nosotros mismos, pero es necesario. Muy necesario. Hoy en día no existe ese animal denominado no combatiente; la guerra moderna es la guerra total. Un soldado no puede funcionar en el frente sin el trabajador de la fábrica, el agricultor y todos los demás proveedores que tiene por detrás. Tú y yo, madre, hemos hablado de este asunto, y sé que entiendes lo que digo. Mis hombres son valerosos y honorables. Su causa es sagrada, así que, ¿cómo pueden cometer un pecado cuando cumplen con su deber? Si lo que hacemos es espantoso, entonces ojalá el espanto sea la salvación de Alemania.

Capitán Peter Strasser, jefe de la división aérea alemana en la primera guerra mundial que realizó las primeras misiones de bombardeo,
en una carta citada en *War* de Gwynne Dyer

La distancia moral conlleva legitimarse a uno mismo y la propia causa. Por lo general, esta puede ser dividida en dos componentes. El primer componente suele ser la determinación y condena de la culpabilidad del enemigo quien, por supuesto, debe ser castigado o recibir la venganza. El otro es la afirmación de la legalidad y legitimidad de la causa propia.

La distancia moral establece que la causa del enemigo es claramente falsa, sus líderes son criminales, y sus soldados o bien simplemente han sido engañados o bien comparten la culpabilidad del líder. Pero el enemigo continúa siendo

humano, y matarle es un acto de justicia y no de exterminio como suele ocurrir en las motivaciones impulsadas por la distancia cultural.²

De la misma manera en la que este proceso ha posibilitado tradicionalmente la violencia de las fuerzas policiales, también puede posibilitarla en el campo de batalla. Alfred Vagts lo reconoció como un proceso en el que:

Los enemigos deben ser considerados criminales por adelantado, culpables de haber comenzado la guerra; el asunto de localizar al agresor debe comenzar antes o apenas después de que estalle el conflicto; los métodos [del enemigo] de conducir la guerra deben ser tildados de criminales; y la victoria no ha de ser el triunfo del honor y el coraje por encima del honor y el coraje del enemigo, sino el punto álgido de una caza policial contra unos desalmados sedientos de sangre que han violado la ley, el orden y todo aquello que se estima bueno y sagrado.

Vagts opina que este tipo de propaganda ha ido teniendo una influencia cada vez mayor en la guerra moderna, y puede que esté en lo cierto. Y, de hecho, podría decirse que tiene un lugar legítimo, como en el caso de Estados Unidos y las operaciones de la coalición contra los talibanes y Al Qaeda en Afganistán e Iraq. Pero no es nada nuevo. En Occidente, esto se remonta por lo menos a la época en la que el Papa, por aquel entonces líder moral indiscutible de la civilización occidental, fijó la justificación moral de las trágicas y sangrientas guerras que denominamos Cruzadas.

La justificación del castigo: «Recordad el Álamo/Maine/ Pearl Harbor/ el 11-S»

El establecimiento de la culpabilidad del enemigo y la necesidad de castigarlo o hacerle sufrir la venganza es una justificación fundamental mayoritariamente aceptada para la violencia. La mayoría de las naciones se reservan el derecho de «administrar» la pena capital, y si un Estado ordena a un soldado que mate a un criminal que es culpable de un crimen lo suficientemente atroz, entonces la muerte puede ser fácilmente racionalizada como nada más que la administración de la justicia.

El mecanismo de justificación del castigo resulta tan fundamental que a veces se manipula artificialmente. En la segunda guerra mundial, algunos líderes japoneses cultivaron una justificación artificial del castigo. El coronel Masanobu Tsuji, dice Holmes:

Quien fue el cerebro detrás de la invasión de Malasia, escribió un panfleto diseñado para, entre otras cosas, apretar los tornillos del valor de sus soldados para que lucharan con furia. «Cuando encuentres al enemigo tras el desembarco, piensa como un vengador que por fin se enfrentan cara a cara con el asesino de su padre. Hete aquí el hombre cuya muerte aliviará tu corazón de su carga de siniestra ira.»

Afirmación legal: «Sostenemos como evidentes estas verdades...»

Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario para un pueblo disolver los vínculos políticos que lo han ligado a otro y tomar entre las naciones de la tierra el puesto separado e igual a que las leyes de la naturaleza y el Dios de esa naturaleza le dan derecho, un justo respeto al juicio de la humanidad exige que declare las causas que lo impulsan a la separación. Sostenemos como evidentes estas verdades...

Declaración de Independencia de los Estados Unidos

La afirmación de la legalidad de la causa es el reverso de la motivación punitiva. Este proceso de reivindicación de la legitimidad de la causa es uno de los mecanismos primarios que posibilita la violencia en las guerras civiles, ya que la similitud de los combatientes dificulta imponer una distancia cultural. Sin embargo, la distancia moral también constituye, en distintos grados, un factor que posibilita la violencia en todas las guerras, y no solo en las guerras civiles.

Una de las principales manifestaciones de la distancia moral es lo que podemos denominar la ventaja del terruño. La ventaja moral asociada a defender la guarida, hogar o nación tiene una larga tradición que puede encontrarse también en el reino animal, y no debería ser desdeñada a la hora de valorar el impacto de la distancia moral a la hora de alimentar la violencia de una nación. Winston Churchill dijo que «es el derecho básico de los hombres morir y matar por la tierra en la que viven, y castigar con una severidad excepcional a todos los miembros de su propia raza que se hayan calentado las manos a la lumbre del invasor».

Las guerras estadounidenses se han solido caracterizar por una tendencia hacia la distancia moral más que cultural. La distancia cultural ha resultado más difícil de desarrollar en la cultura estadounidense relativamente igualitaria con su población étnica y racialmente más diversa. Durante la Revolución americana, la masacre de Boston ofreció un cierto grado de justificación para el castigo y la Declaración de Independencia («Sostenemos como evidentes estas verdades...») representó la afirmación legal que fijó el tono de las guerras estadounidenses durante los siguientes dos siglos. La guerra de 1812 fue librada en «autodefensa» con la ventaja del terruño a nuestro favor y la quema de la Casa Blanca y el bombardeo del Fuerte McHenry («Oh dime, ¿puedes ver, con la primera luz de la aurora...?») ³ como puntos de encuentro para la justificación del castigo. La base moral para nuestra afirmación legal de la preocupación de nuestra nación por la opresión de otros puede verse en la Guerra de Secesión y la muy sincera motivación por parte de muchos de los ciudadanos del norte de poner fin a la esclavitud («Mis ojos han visto la gloria de la venida del Señor...»), ⁴ mientras un cierto grado de motivación para el castigo puede verse en el bombardeo del Fuerte Sumter.

En los últimos cien años nos hemos alejado ligeramente de la afirmación moral como justificación para iniciar las guerras y nos hemos centrado más en el aspecto punitivo de la distancia moral. En la guerra hispano-estadounidense o guerra de Cuba, fue el hundimiento del *Maine* lo que ofreció la justificación punitiva de una guerra. Durante la primera guerra mundial, fue el hundimiento del *Lusitania* ; durante la segunda guerra mundial, fue Pearl Harbor; en Corea, fue un ataque no provocado contra tropas estadounidenses; en Vietnam fue el incidente del golfo de Tonkín; en la guerra del Golfo, fue la invasión de Kuwait; y en Afganistán e Iraq, el 11-S y la posibilidad de que hubiera armas de destrucción masiva.⁵

Es interesante notar que, si bien el castigo fue utilizado para justificar que Estados Unidos se involucrara en estas guerras, la afirmación moral apareció más tarde y dotó a algunos de estos conflictos de un sabor muy estadounidense. Una vez que los aliados empezaron a liberar campos de concentración, el general Eisenhower comenzó a ver la segunda guerra mundial como una Cruzada, y la justificación de la Guerra Fría y la guerra global contra el terror tuvieron un sólido respaldo como batallas morales contra el totalitarismo, la opresión y el terrorismo.

Los procesos de distanciamiento moral tienden a proveer una base sobre la cual se pueden construir otros procesos que habilitan el acto de matar. Por lo general, son menos susceptibles de producir atrocidades que los procesos de distanciamiento cultural, y se ajustan más a la clase de «reglas» (prevenir la agresión y defender la dignidad individual humana) que organizaciones como las Naciones Unidas intentan defender. Pero, al igual que en la distancia cultural, hay un riesgo asociado a la distancia moral. Ese peligro estriba, por supuesto, en que cada nación parece creer que Dios está de su lado.

La distancia social: la muerte en el registro porcino

Cuando trabajaba como sargento en la 82ª División Aerotransportada en la década de 1970, una vez visité la oficina de operaciones de otro batallón hermano. La mayoría de estas oficinas tiene un gran listado del personal presente y ausente en la entrada. Por lo general, estos listados contienen una relación de todas las personas en la oficina, organizadas por su rango; pero esta tenía un giro inesperado. Al principio de la lista aparecían los oficiales; a continuación, había un separador denominado «Registro porcino»; y luego figuraba un listado de todo el personal alistado presente en la oficina. Este concepto del «Registro

porcino» era bastante común y, si bien se utilizaba como broma y normalmente de una manera más sutil, mostraba la distancia social entre los oficiales y el personal alistado. He sido soldado raso, sargento y oficial. Tanto mis hijos, como mi mujer, como yo hemos experimentado esta estructura de clase y distancia social que acompaña a la gradación. Oficiales, suboficiales y el personal alistado tienen sus propios clubes en la base militar. Sus mujeres a menudo acuden a funciones sociales separadas. Y sus familias suelen vivir en áreas residenciales separadas.

Para entender el papel del «Registro porcino» en el ámbito militar, debemos entender lo difícil que es ser el que da las órdenes que enviarán a tus amigos a la muerte, y lo fácil que es la alternativa de rendirse con honor y poner término al horror. La esencia de las fuerzas armadas estriba en que, para ser un buen líder, debes querer (de una forma extrañamente objetiva) a tus hombres, y luego tienes que estar dispuesto a que mueran aquellos a los que quieres (o, por lo menos, a dar las órdenes que darán como resultado su muerte). La paradoja de la guerra es que los líderes que están dispuestos a poner en peligro a aquellos a los que quieren son los que tienen más posibilidades de ganar y, en consecuencia, los que tienen más posibilidades de protegerlos. La estructura social de clase que existe en las fuerzas armadas ofrece un mecanismo de negación que hace posible que los líderes ordenen a sus hombres que vayan a la muerte. Pero hace que el liderazgo militar sea un asunto muy solitario.

Esta estructura de clase está aún más acentuada en el ejército británico. Durante mi año en la escuela militar británica, los oficiales militares que eran amigos míos albergaban la profunda creencia en que el sistema de clases británico les hacía mejores oficiales. La influencia de la distancia social debió de muy poderosa en el pasado, cuando todos los oficiales provenían de la nobleza y tenían toda una vida de experiencias blandiendo el poder de la vida y de la muerte.

En casi todas las batallas históricas anteriores a la época napoleónica, el siervo que apuntaba con la lanza o el mosquete a su enemigo veía a otro siervo infeliz muy parecido a él, y podemos entender por qué no tenía una particular inclinación a matar a su imagen reflejada. De ahí que la inmensa mayoría de matanzas en combates cuerpo a cuerpo de la historia antigua no fueran llevadas a cabo por masas de siervos y campesinos que conformaban la gran masa de los combatientes. Era los miembros de la élite, de la nobleza, los verdaderos autores de las muertes en combate, por lo general en la fase de persecución tras la batalla a caballo o en carros, y lo que les habilitaba para hacerlo era la distancia social.

Distancia mecánica: «No veo a gente...»

El desarrollo de nuevos sistemas de armamento posibilita que el soldado, incluso en el campo de batalla, dispare armas más letales con más precisión y de mayor alcance: su enemigo es, cada vez más, una figura anónima rodeada por una mira, brillando en un sensor térmico o recubierta por una armadura de metal.

Acts of War
Richard Holmes

En general, la distancia social va desapareciendo como forma que habilita matar en la guerra occidental. Sin embargo, a medida que desaparece en esta era más igualitaria, está siendo sustituida por una nueva forma de distancia psicológica basada en la tecnología. Durante la guerra del Golfo, se hacía alusión a ello con la expresión «guerra Nintendo» que evolucionó hacia el «combate de videojuego» en Iraq y Afganistán.

La infantería mata al enemigo de cerca, pero en décadas recientes la naturaleza de esta batalla de proximidad ha cambiado significativamente. Hasta la década de 1980, la mira nocturna era una pieza de armamento rara y exótica. Ahora luchamos sobre todo por la noche, y hay cámaras térmicas y de visión nocturna para casi cada soldado de combate. La cámara térmica «ve» el calor que emite un cuerpo como si fuera luz; así que funciona con lluvia, niebla y humo. Permite percibir a través del camuflaje, y posibilita detectar soldados enemigos escondidos en lo profundo del bosque y la vegetación cuando antaño hubieran pasado desapercibidos.

Las cámaras de visión nocturna ofrecen una forma soberbia de distancia psicológica, pues convierten a un objetivo en un borrón verde inhumano.

La integración completa de la tecnología de termografía en el campo de batalla moderno ha extendido a las horas de luz el proceso de distanciamiento mecánico que existe en la actualidad por la noche. Ahora, en muchos casos, el campo de batalla le aparece a cada soldado como le aparecía a Gad, el artillero israelí de un tanque que le dijo a Holmes que «lo ves todo como si ocurriera en una pantalla de televisión ... Se me ocurrió en aquel momento; veo a alguien correr y le disparo, y cae, y todo parece como si fuera algo que pasa en la televisión. No veo a gente, es una de las cosas buenas».

¹ . Ayudar a un veterano en una situación así implica animarle a que comparta su experiencia, que se enfrente a la palabra «asesinato», y hablar de la visión de la Biblia o la Torá sobre el acto de matar.

Animarle a que comparta esta experiencia con su mujer . En este caso, sugerí que lo hiciera pidiéndole que leyera *Goodbye, Darkness* de William Manchester, y que utilizara un incidente sorprendentemente similar que se narra en el libro como punto de arranque para hablar de su experiencia. (La necesidad de que el veterano la compartiera con su mujer y el valor del libro como punto de arranque son temas recurrentes en este tipo de terapia. Varios borradores de este mismo libro han servido para ese propósito en varias ocasiones.)

Animarle a que se enfrente al uso que hace de la palabra «asesinato» . No fue un asesinato sino defensa propia y, si sucediera en la calle mañana, no habría cargos contra él. Su respuesta, como suele ocurrir cuando los veteranos reprimen y nunca mencionan estas situaciones, fue: «Nunca me lo planteé de esa manera». (Se trata de un tema común y recurrente en este tipo de terapia.)

Hablar de la visión de la Biblia o la Torá sobre el acto de matar . Le animé a que estudiará el asunto con más profundidad o a que lo hablara con un clérigo de su fe. Este es otro tema común e importante. Hay una creencia generalizada en Estados Unidos de que no es «bueno» ser un soldado. Gran parte de este sesgo antimilitarista se basa en el mandamiento: «No matarás». Pero en el ámbito del cristianismo existe un gran desacuerdo sobre la materia, ya que no es un asunto tan sencillo. Por el bien de los soldados que recurren a terapia, he descubierto que tiene gran valor presentar el otro lado del debate teológico sobre matar.

En el capítulo 20 del Éxodo encontramos los diez mandamientos. Hace casi cuatrocientos años las versiones traducidas de la Biblia como la Reina-Valera o la inglesa King James tradujeron el sexto mandamiento como: «No matarás». Cuando los traductores lo escribieron, nadie imaginaba que «la palabra de Dios» sería sacada de contexto para interpretar el mandamiento en el sentido de que la pena de muerte o matar en el campo de batalla fueran algo malo. En este siglo, las traducciones modernas tienden a traducir el sexto mandamiento como: «No asesinarás». En el capítulo 21 del mismo libro de la Biblia, se ordena la pena de muerte cuando dice: «Si alguien hiere a otro y le hace morir, también morirá». La palabra hebrea empleada en el texto original del sexto mandamiento se refiere a matar en provecho propio; no tiene nada que ver con matar bajo una autoridad. Y esta no es ni la primera ni la última instancia en la que Dios ordena la pena de muerte. En Génesis 9:6 se dice que, cuando Noé desembarcó del arca, Dios le ordenó: «La sangre del que derrame sangre humana será derramada por otro hombre».

El rey David era «del agrado de Dios» y era también un guerrero.

La Biblia alaba a David por haber matado a Goliat en la batalla, y se le alaba como rey: «Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles».

Matar en la guerra, bajo una autoridad, se presenta como noble y aceptable a lo largo de la Biblia. Solo fue cuando el rey David cometió un asesinato, al matar a Urías, cuando se metió en problemas con el Señor. El Antiguo Testamento está repleto de estos líderes guerreros justos. David, Josué, Gedeón son solo unos pocos de los cientos de soldados mencionados en el Antiguo Testamento que encontraron el favor a los ojos de Dios por sus hazañas en el campo de batalla. En Proverbios 6:17, la Biblia dice que Dios odia «las manos que derraman sangre *inocente* » (la cursiva es mía). Pero en la Biblia solo hay honor para el soldado que mata en un combate justo.

Lo mismo ocurre con el Nuevo Testamento. Cuando el joven rico se acerca a Jesús, se le dice que tiene que abandonar todo lo que tenía para poder seguirle. Pero en Mateo 8:10, cuando el centurión romano acudió a él, Jesús dijo: «De cierto les digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe». Y en Hechos 10, Dios designa al primer cristiano gentil, y este fue Cornelio... *un centurión romano* . Dios envió a Pedro para que lo convirtiera, y al parecer Pedro (y los demás discípulos) se quedaron un poco atónitos de que un gentil pudiera convertirse al cristianismo, pero nunca se puso en cuestión que un *soldado* tuviera el honor de ser el primero. La mayor parte del capítulo 10 de los Hechos de los Apóstoles está dedicado al sermón de Pedro al centurión Cornelio y su enseñanza sobre cómo ser cristiano, pero ni una vez dice Pedro, *o nadie en toda la Biblia* , que sea incompatible ser soldado y cristiano. De hecho, es lo contrario lo que se narra una y otra vez.

En Lucas 22:36, tan solo unos minutos antes de ser arrestado para acabar en la crucifixión, Jesús ordena a sus discípulos que «el que no tenga espada, que venda su capa y se compre una » . Tenían tres espadas entre todos ellos y, cuando los soldados llegaron para arrestar a Jesús, Pedro desenvainó la suya. Pero Jesús le ordenó que la volviera a envainar diciéndole: «Quien esgrime la espada, muere por la espada». Eso significa que, si la espada es tu ley, *deberás* morir por la espada, la espada que blanden los agentes de la autoridad; y en Romanos 13:4, Pedro escribe que la autoridad «no lleva la espada en vano ».

De ahí que exista un fundamento para la tesis de que 1) «No matarás» es una traducción pobre sacada burdamente de contexto, y 2) esto ha sido responsable de causar un gran daño emocional a nuestros

veteranos. La posición apuntada con anterioridad ha sido durante dos mil años y continúa siendo la que es aceptada por gran parte del cristianismo católico y protestante. Esta ha sido la justificación filosófica para el apoyo de la Iglesia a la lucha para liberar a los esclavos durante la guerra de Secesión y para luchar contra Alemania y Japón en la segunda la guerra mundial. Hoy en día muchas Iglesias sostienen que, aquellos que han muerto por nuestra nación, ejemplifican el amor de Jesús y su sacrificio por todos y cada uno de nosotros, pues Jesús dijo: «Nadie tiene mayor amor que éste, que es el poner su vida por sus amigos. »

2 . Una entrevista a un veterano que era un agente de policía jubilado me llevó a darme cuenta de que, para las fuerzas de policía, la distancia moral es el factor dominante que posibilita la violencia y la racionalización de la violencia. Cuando le expliqué el proceso de distanciamiento, señaló que el establecimiento y mantenimiento de lo que yo denominaba distancia moral resultaba esencial para la salud mental de los agentes de policía y que, en una fuerza de policía buena, suponía el proceso de habilitación básico. Si, por otro lado, el odio racial y étnico de la distancia cultural toma el control, entonces aparecen los problemas y una especie de podredumbre moral aqueja el alma de la fuerza de policía.

3 Primer verso del himno nacional de Estados Unidos.

4 Primer verso del *Himno de la Batalla de la República* , canción patriótica de la época de la Guerra de Secesión.

5 . Resulta interesante observar cuántos de estos motivadores del «castigo» eran, en retrospectiva, poco legítimos. Nunca se supo lo que causó el hundimiento del *Maine* , y puede que fuera un accidente. El Lusitania llevaba a bordo municiones de guerra, y los alemanes avisaron de sus intenciones con antelación. Y parece ser que el incidente en el golfo de Tonkín fue fabricado casi por completo por el presidente Johnson. En la mayoría de estos casos, empero, los políticos se vieron movidos a usar estos incidentes como grito de guerra para excitar la imaginación popular a fin de involucrarlos en una guerra que ellos (los políticos) consideraban moralmente legitimada.

El gran estadista británico Benjamín Disraeli señalaba que estas cuestiones «apasionadas» siempre desempeñarían un papel clave en la entrada en guerra de una democracia:

Si estableces una democracia, deberías en el debido momento cosechar los frutos de una democracia ... En el debido momento, y fruto de la pasión y no de la razón, entrarás en guerras; y en el momento adecuado te someterás a la paz ... lo que minará tu autoridad y quizás ponga en peligro tu independencia. Y con una democracia encontrarás, en el debido momento, que tu propiedad es menos valiosa y que tu libertad es menos completa.

Incrementar la distancia entre los [combatientes], ya sea haciendo hincapié en sus diferencias o incrementando la cadena de responsabilidad entre el agresor y la víctima, permite que aumente el grado de agresión.

Ben Shalit
The Psychology of Conflict and Combat

| Matar y la distancia física

4 La naturaleza de la víctima: relevancia y ganancia

Los factores Shalit: medios, motivo y oportunidad

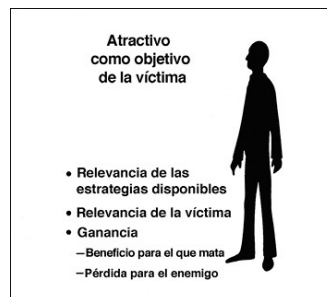
Si se le da una oportunidad para matar y tiempo para pensarlo, un soldado en combate se convierte en gran medida en un asesino de una típica novela de misterio, pues valora sus «medios, motivo, y oportunidad». El psicólogo israelí Ben Shalit ha desarrollado un modelo del atractivo del objetivo que gira en torno a la naturaleza de la víctima, que ha sido ligeramente modificado e incorporado a nuestro modelo general de los factores que posibilitan matar. Shalit toma en consideración:

- La relevancia y efectividad de las estrategias disponibles para matar a la víctima, es decir, los medios y la oportunidad.
- La relevancia de la víctima y la ganancia de matarla desde el punto de vista del beneficio para el que mata y la pérdida para el enemigo, es decir, la motivación.

La relevancia de las estrategias disponibles: medios y oportunidad

El hombre pone a prueba su ingenio para conseguir matar sin correr el riesgo de que lo maten a él.

Ardant du Picq
Estudios sobre el combate



La ventaja táctica y tecnológica aumenta la efectividad de las estrategias de combate disponibles para el soldado. O tal y como dijo un soldado: «Tienes que asegurarte de que no acabas con un tiro en el culo cuando te cargas al enemigo». Esto es lo que siempre se ha conseguido cuando se ganaba una ventaja táctica mediante emboscadas, ataques por el flanco y por la retaguardia. En la guerra

moderna, esto también se consigue disparando con miras nocturnas y cámaras de imagen térmica contra un enemigo tecnológicamente inferior que carece de esta capacidad. Esta clase de ventaja táctica y tecnológica le ofrece al soldado los «medios» y la «oportunidad», con lo que aumenta la probabilidad de que mate al enemigo.

Un ejemplo de la influencia de este proceso se recoge en los informes tras la acción que describen las actividades del sargento primero Waldron en la sección «Matar y la distancia física». El sargento Waldron era un francotirador, y en su caso su capacidad de matar fue posible porque disparaba por la noche, a enormes distancias, con un instrumento de visión nocturna y un silenciador en su fusil. El resultado era una forma de matar increíblemente aséptica en la que el que mataba no corría peligro por sus acciones:

El primer Viet Cong del grupo sufrió los disparos ... con el resultado de un soldado del Viet Cong muerto. De inmediato, los otros soldados se amontonaron alrededor del soldado caído, *porque al parecer no estaban seguros de lo que había ocurrido* [la cursiva es mía]. El sargento Waldron continuó abatiéndolos uno a uno hasta acabar con los cinco.

Ya vimos antes que, cuando el enemigo huye o da la espalda, es más probable que lo maten. Una razón que lo explica es que, al comportarse así, ofrece tanto los medios como la oportunidad para que su oponente lo mate sin exponerse al peligro. Steve Banko consiguió tanto los medios como la oportunidad cuando fue capaz de acercarse sigilosamente y disparar a un soldado del Viet Cong. «No sabían que existía,» dijo Bako, y eso hizo posible que se armara de valor, y entonces «pulsó suavemente el gatillo».

La relevancia de la víctima y la ganancia del que mata: el motivo

Una vez que el soldado está seguro de «poder matar sin correr el riesgo de que lo maten a él», la siguiente pregunta que aparece es: ¿A qué soldado enemigo debería disparar? En el modelo de Shalit, la pregunta puede reformularse así: ¿Matar a este individuo sería relevante para la situación táctica y habrá una ganancia por hacerlo? En nuestra analogía con las novelas de misterio, este es el móvil para matar.

El motivo más obvio para matar en combate son las circunstancias mata-o-te-matarán o la defensa de los propios amigos. Hemos visto este factor muchas veces en los estudios que se han presentado hasta ahora:

venía hacia mí a todo correr, con el machete levantado por encima de su cabeza ... De pronto había un tipo disparando hacia nosotros ... de pronto volvió su cuerpo entero y apuntó su arma automática hacia mí ... sabía ... que nos iría matando uno a uno.

No resulta muy profundo observar que, a la hora de elegir de entre un grupo de objetivos enemigos, es más probable que el soldado mate al que represente la mayor ganancia para él y la mayor pérdida para el enemigo. Pero si ningún soldado en particular entraña una amenaza específica en virtud de sus acciones, entonces el proceso de selección del objetivo más valioso puede adoptar formas más sutiles.

Una tendencia constante es la de optar por disparar a líderes y oficiales. Ya señalamos al francotirador de los marines que le dijo a Truby: «uno no quiere darle a los de la tropa regular, porque suelen ser reclutas asustados o algo peor ... los tipos a los que hay que disparar es a los peces gordos». A lo largo de la historia militar, se seleccionaba a los líderes o a los portadores de la bandera como objetivos, pues estos representaban las ganancias más elevadas en términos de pérdidas para el enemigo. El general James Gavin, comandante de la 82ª División

Aerotransportada durante la segunda guerra mundial, llevaba un fusil M1 Garand, a la sazón el arma estándar de la infantería estadounidense. Y aconsejaba a los oficiales jóvenes de infantería que no llevaran ningún equipo que les hiciera destacar a ojos del enemigo.

Numerosas veces la decisión de a quién hay que matar viene dictada tras dilucidar quién es el que se ocupa del arma más peligrosa. En el caso de Steve Banko, seleccionaba al soldado del Viet Cong que «estaba sentado más cerca de la ametralladora, y por eso moría».

Todo soldado que se rinde sabe instintivamente que la primera cosa que tiene que hacer es soltar su arma, pero si es listo también arrojará su casco. Holmes señala que «durante la segunda guerra mundial, al brigadier Peter Young le pesaba lo mismo disparar contra un alemán con casco que clavar un clavo. Pero, por alguna razón, nunca podía dispararle a un hombre con la cabeza descubierta». A causa de esa reacción a los cascos, las fuerzas de paz de las Naciones Unidas prefieren llevar sus boinas tradicionales en vez de cascos, que podrían detener una bala o salvarles la vida en un fuego de artillería.

Matar sin relevancia ni ganancia

Ser capaz de identificar a tu víctima como combatiente resulta importante para la racionalización de lo que ocurre después de matar. Si un soldado mata a un niño, a una mujer o a alguien que no representa una amenaza potencial, entonces ha entrado en el ámbito del asesinato (frente a una muerte en combate legítima y

autorizada), y el proceso de racionalización se vuelve muy complicado. Incluso si mata en defensa propia, hay una enorme resistencia vinculada a matar a un individuo que normalmente no está asociado a la relevancia y la ganancia.

Bruce, un líder ranger en Vietnam, mató varias veces, pero la vez que no pudo hacerlo, incluso cuando se le ordenó directamente que lo hiciera, fue cuando el objetivo era una mujer soldado del Viet Cong. Muchos otros relatos y libros sobre Vietnam recogen en gran detalle el shock y horror asociado a matar a mujeres soldado del Viet Cong. Y, si bien luchar contra y matar a mujeres en combate es nuevo para los estadounidenses y bastante infrecuente en la historia militar, no carece de precedentes. Durante la expedición francesa al Reino de Dahomey en 1892, los endurecidos legionarios se enfrentaron a un extraño ejército de guerreras, y Holmes observa que muchos de estos duros veteranos «experimentaron durante unos segundos una vacilación sobre si debían disparar o pasar por la bayoneta a estas Amazonas semidesnudas [y] este retraso tuvo consecuencias fatales».

La presencia de mujeres y niños puede inhibir la agresión en combate, pero solo si no se ven amenazados. Si están presentes y se ven amenazados, y si el combatiente acepta la responsabilidad de hacerse cargo de ellos, entonces la psicología de la batalla cambia de un ceremonial de combate entre varones cuidadosamente limitado a la fiera sin límites de un animal que defiende su madriguera.

Así, la presencia de mujeres y niños puede también incrementar la violencia en el campo de batalla. Los israelíes se han negado constantemente a exponer a las mujeres al combate desde su experiencia en 1948. Varios oficiales israelíes me dijeron que esto se debe a que en 1948 sufrieron innumerables incidentes de violencia incontrolada por parte de soldados israelíes que habían visto cómo mataban o herían a mujeres combatientes, y también porque los árabes se mostraban muy reacios a rendirse ante las mujeres.

Holmes comprende muy bien las influencias inhibitorias de las mujeres y los niños en combate cuando observa:

Cuando los macacos desean acercarse a un macho de rango superior, toman prestado un ejemplar joven que llevan consigo para inhibir su agresividad. Algunos soldados hacen lo mismo. Un soldado de infantería británico vio a unos alemanes que salían de un búnker para rendirse durante la segunda guerra mundial: «portaban fotografías de sus familias y ofrecían sus relojes y otros objetos valiosos para intentar que se apiadaran de ellos».

No obstante, en algunas circunstancias incluso esto no es suficiente. En este caso, «cuando los alemanes llegaron a los peldaños, un soldado, que no

pertenecía a nuestro batallón, disparó a cada uno en el estómago con su ametralladora Lewis». Este soldado, que estaba dispuesto a matar a alemanes desvalidos que se estaban rindiendo uno a uno, estaba probablemente influenciado por otro factor que posibilita matar en el campo de batalla. Y ese factor es la predisposición del que va a matar, que pasamos a examinar a continuación.

5 La predisposición agresiva del que mata: vengadores, condicionamiento y el 2 por ciento que lo disfruta

El adiestramiento en la segunda guerra mundial se llevaba a cabo en un campo de tiro con césped (de distancias conocidas), en el que el soldado disparaba contra una diana como objetivo. Tras una serie de disparos se comprobaba el objetivo y entonces se le ofrecía *feedback* sobre sus aciertos. El adiestramiento moderno emplea lo que son básicamente las técnicas de condicionamiento operante de B. F. Skinner para desarrollar un comportamiento en la forma de disparar del soldado.¹ Este adiestramiento busca acercarse lo máximo posible para simular las condiciones reales de combate. El soldado se encuentra en un hoyo de protección con todo su equipo de combate, y los objetivos con formas de hombres aparecen brevemente delante de él. Estos son los estímulos que desencadenan la conducta meta en la forma de disparar. Si se alcanza el objetivo, este cae de inmediato, lo que proporciona un *feedback* inmediato. El refuerzo positivo se da cuando estos aciertos se intercambian por distintivos por la puntería, que suelen ser en la forma de algún privilegio o recompensa asociado (felicitación, reconocimiento, un pase de tres días, etc.).

El adiestramiento de tiro tradicional se ha visto transformado en un simulador de combate. Watson afirma que los soldados que han realizado esta clase de adiestramiento de simulación «a menudo informan, tras encontrarse con una emergencia en la vida real, que llevaron a cabo el simulacro y lo completaron antes de darse cuenta de que no estaban en un simulador». Los veteranos de Vietnam cuentan experiencias similares. Varios estudios independientes indican que este poderoso proceso de condicionamiento ha incrementado de forma espectacular la tasa de disparos de los soldados estadounidenses desde la segunda guerra mundial.

Richard Holmes ha señalado la ineficacia de un ejército adiestrado según los métodos tradicionales de la segunda guerra mundial frente a un ejército cuyos soldados han sido condicionados mediante los métodos modernos de adiestramiento. Holmes entrevistó a soldados británicos que regresaban de la guerra de las Malvinas y les preguntó si habían experimentado algún incidente en el que no se disparara similar a lo que había observado Marshall en la segunda guerra mundial. Los británicos, que habían sido adiestrados según los

métodos modernos, no habían visto nada parecido en sus soldados, pero sin duda lo habían visto en los argentinos, que habían recibido un adiestramiento al estilo de la segunda guerra mundial y cuyo único fuego efectivo provenía de las ametralladoras y francotiradores.²

El valor de estas técnicas de adiestramiento también puede verse en la guerra en Rodesia en la década de 1970. La fuerza de seguridad rodesiana era un ejército moderno altamente adiestrado que luchaba contra una banda de guerrillas mal entrenadas. Mediante técnicas superiores y adiestramiento, la fuerza de seguridad mantuvo una tasa de muertos de en torno a ocho a uno a lo largo del conflicto. De hecho, sus comandos mejoraron la tasa de muertos de treinta y cinco a uno a cincuenta a uno. Los rodesianos lo consiguieron en un entorno en el que carecían de apoyo aéreo o de artillería, y tampoco gozaban de una ventaja significativa en armamento ante unos oponentes armados por la Unión Soviética. La única cosa a su favor era tener un adiestramiento superior, y la ventaja que eso suponía significaba ni más ni menos que una superioridad táctica total.³

La efectividad de las técnicas de condicionamiento modernas que habilitan matar en combate es irrefutable, y su impacto en el campo de batalla moderno ha sido enorme.

Experiencias recientes: «Esto por mi hermano»

Bobo Fowler, el popular y rubio comandante de la compañía F se estaba desangrando hasta la muerte tras ser alcanzado en el bazo. Su ordenanza, que le adoraba, agarró un subfusil y masacró imperdonablemente una línea de soldados japoneses desarmados que acababa de rendirse.

Goodbye, Darkness
William Manchester

La pérdida reciente de amigos y seres queridos en combate también puede posibilitar la violencia en el campo de batalla. La muerte de amigos y camaradas *puede* aturdir, paralizar y derrotar emocionalmente a los soldados. Pero, en muchas circunstancias, los soldados reaccionan con ira (que es uno de los estadios perfectamente conocidos como respuesta a la muerte y al acto de morir), y entonces la pérdida de camaradas posibilita matar.

Abundan los ejemplos, e incluso la ley contempla conceptos como la enajenación transitoria u otras circunstancias atenuantes. Matar por venganza en un ataque de ira ha sido un tema recurrente a lo largo de la historia, y requiere ser considerado en la ecuación general de factores que posibilitan matar en el

campo de batalla.

El soldado en combate es un productor de su entorno, y la violencia puede generar violencia. Este es el lado «adquirido» en el debate sobre lo que es innato o lo que es adquirido en la condición humana, y este es el asunto que abordaremos a continuación en mayor detalle.

El temperamento del «soldado natural»

El «soldado natural» existe: es esa clase que deriva su mayor satisfacción de la compañía de los varones, de la excitación y de conquistar los obstáculos físicos. No quiere matar a la gente en sí, pero no tendrá ninguna objeción si ocurre dentro de un marco moral que le ofrezca una justificación —como la guerra— y si constituye el precio para obtener acceso al tipo de entorno que desea. Si estos hombres nacen o se hacen, lo ignoro, pero la mayoría termina en ejércitos (y muchos más siguen adelante y se convierten en mercenarios, porque la vida en el ejército en tiempos de paz es demasiado rutinaria y aburrida).

Pero los ejércitos no están repletos de esta clase de hombres. Son tan raros que conforman tan solo una parte modesta incluso de los ejércitos profesionales, y se agrupan en las fuerzas especiales de tipo comando. En los grandes ejércitos de reclutas prácticamente desaparecen entre la marea de hombres ordinarios. Y son estos hombres ordinarios, a los que no les gusta el combate en absoluto, a los que los ejércitos tienen que persuadir para que maten. Hasta hace tan solo una generación, los ejércitos ni siquiera se daban cuenta del pésimo trabajo que hacían.

Gwynne Dyer
War

El estudio de la segunda guerra mundial de Swank y Marchand apunta a la existencia de un 2 por ciento de soldados de combate que tiene una predisposición a ser «psicópatas agresivos» y aparentemente no experimenta la resistencia natural a matar y la subsiguiente baja psiquiátrica asociada con periodos continuados de combate. Pero las connotaciones negativas asociadas al término «psicópata», o su equivalente moderno «sociópata», no resultan apropiadas aquí, pues este comportamiento es en general deseable para un soldado en combate.

Sería absolutamente incorrecto concluir que el 2 por ciento de todos los veteranos son asesinos psicópatas. Numerosos estudios indican que los veteranos del combate no sienten una inclinación mayor a la violencia que los no veteranos. Una conclusión más precisa sería afirmar que existe un 2 por ciento de la población masculina que, si se ven empujados o se les da una razón legítima, matarán sin remordimiento alguno. Lo que estos individuos representan —y este es un asunto terrible en el que debo hacer hincapié— es la capacidad para participar en combate con una serenidad que nosotros como sociedad glorificamos y que a Hollywood le gustaría que creyéramos que la poseen todos

los soldados. En el transcurso de mis entrevistas a veteranos como parte de este estudio, me encontré con varios individuos que encajarían en este 2 por ciento y, tras regresar del combate, han demostrado ser, indefectiblemente, contribuyentes por encima de la media a la prosperidad y bienestar de nuestra sociedad.

Para su comprensión, Dyer recurre a su propia experiencia personal como soldado:

Sin duda, la agresividad forma parte de nuestra constitución genética, y así tiene que ser, pero la cuota de agresividad de un ser humano normal no le hará matar a conocidos, por no hablar de librar una guerra contra extraños en un país distinto. Vivimos con millones de personas que han matado a sus semejantes con una eficiencia despiadada —con ametralladoras, lanzallamas, arrojando bombas explosivas desde veinte mil pies de altura— y, sin embargo, no les tememos.

La inmensa mayoría de aquellos que han matado, ahora o en cualquier momento en el pasado, lo hicieron en calidad de soldado en una guerra, y reconocemos que eso no tiene nada que ver en absoluto con el tipo de agresión personal que nos pondría en peligro como conciudadanos.

Las observaciones de Marshall sobre una tasa de disparos durante la segunda guerra mundial de entre el 15 y el 20 por ciento no necesariamente contradice el 2 por ciento de Swank y Marchand, pues muchos de los que dispararon se encontraban en circunstancias extremas de empoderamiento, y probablemente muchos de ellos estaban en un modo de postura y simplemente disparaban a lo loco o por encima de la cabeza del enemigo. Las observaciones sobre la tasa de disparos del 55 por ciento (Corea) y de entre 90 y 95 por ciento (Vietnam) representa las acciones de hombres empoderados por procesos de condicionamiento cada vez más efectivos. Sin embargo, estos números tampoco nos indican cuántos estaban adoptando una postura.

La observación de Dyer de que, durante la segunda guerra mundial, el 1 por ciento de los pilotos de caza del Cuerpo Aéreo del Ejército de Estados Unidos fue responsable del 40 por ciento de todas las bajas concuerda en general con los hallazgos de Swank y Marchand. Erich Hartmann, el as alemán de la segunda guerra mundial —sin duda alguna el mejor piloto de caza de todos los tiempos con 351 victorias confirmadas—, afirmaba que el 80 por ciento de sus víctimas nunca supieron que estaba en el mismo cielo que ellos. Esta afirmación, de ser cierta, nos ofrece una pista extraordinaria sobre la naturaleza del que mata. Al igual que los aciertos de los francotiradores y pilotos de caza con más éxito, la inmensa mayoría de las muertes que realizan estos hombres eran lo que algunos denominarían simples emboscadas y disparos por la espalda. Ni la provocación, ni la ira, ni la emoción empoderaban estas muertes.

Varios oficiales de rango superior de Fuerza Aérea de Estados Unidos me contaron que, cuando la Fuerza Aérea intentó preseleccionar pilotos de caza tras

la segunda guerra mundial, el único denominador común que pudieron encontrar entre los ases de la segunda guerra mundial fue que de niños habían estado involucrados en muchas peleas. No eran abusones —porque los verdaderos abusones evitan las peleas con alguien que sea razonablemente capaz de luchar contra ellos—, sino luchadores. Si puedes recuperar o imaginar el enfado y la indignidad que siente un niño en una pelea en el patio del colegio y magnificarlo como un estilo de vida, entonces podrás comenzar a comprender a estos individuos y su capacidad de violencia.

El *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (DSM por sus siglas en inglés), de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría (APA por sus siglas en inglés), indica que la incidencia del «trastorno antisocial de la personalidad» (es decir, la sociopatía) entre la población general de varones estadounidenses es del 3 por ciento. Los ejércitos prefieren no contar con ellos, pues, por su propia naturaleza, se rebelan contra la autoridad, pero a lo largo de los siglos los ejércitos han tenido un considerable éxito doblegando a estos individuos altamente agresivos a su voluntad durante los tiempos de guerra. Así que, si dos de cada tres individuos de ese 3 por ciento consiguieron aceptar la disciplina militar, un hipotético 2 por ciento de soldados no tendría, según la definición de la APA, «ningún remordimiento sobre los efectos de su comportamiento en otros». ⁴

Hay una sólida evidencia de que existe una predisposición genética a la agresividad. En todas las especies, el mejor cazador, el mejor luchador, el macho más agresivo, sobrevive para pasar sus predisposiciones biológicas a sus descendientes. Existen también procesos ambientales que desarrollan por completo esta predisposición a la agresividad; cuando combinamos esta predisposición genética con un desarrollo ambiental obtenemos a una persona capaz de matar. Pero hay otro factor: la presencia o ausencia de empatía con los otros. Puede que, de nuevo, haya causas biológicas y ambientales para este proceso de empatía, pero, con independencia de su origen, sin ninguna duda existe una división en la humanidad entre aquellos que pueden sentir y comprender el dolor y el sufrimiento de otros, y aquellos que no pueden. La presencia de la agresividad, en combinación con la ausencia de empatía, resulta en la sociopatía. La presencia de la agresividad, en combinación con la presencia de empatía, resulta en una clase de individuo completamente diferente del sociópata.

Un veterano al que entrevisté me dijo que pensaba en la mayor parte del mundo como ovejas: criaturas amables, decentes y bondadosas, básicamente

incapaces de hacer daño. Para este veterano hay otra clase de subespecie humana (a la que él pertenece) que se conforma de una especie de perros: criaturas leales y vigilantes que son muy capaces de agredir cuando las circunstancias lo requieren. Pero, según este modelo, hay lobos (sociópatas) y manadas de lobos (pandillas y ejércitos agresivos) por todos lados, y los perros pastores (los soldados y los policías del mundo) están ambiental y biológicamente preparados para ser los que se enfrenten a estos depredadores. Algunos expertos en los ámbitos psicológico y psiquiátrico piensan que estos hombres son, sencillamente, sociópatas y que la opinión expresada más arriba sobre los que matan es una versión romántica. Pero yo creo que hay otra categoría de hombres ahí fuera. Conocemos a los sociópatas porque su condición es, por definición, una patología o un trastorno psicológico. Pero en el ámbito psicológico no se reconoce a esta otra categoría de seres humanos, estos perros pastores metafóricos, porque su tipo de personalidad no presenta ninguna patología o trastorno. De hecho, se trata de miembros valiosos que contribuyen a nuestra sociedad, y es solo en tiempos de guerra, o en las fuerzas de policía, cuando se observan estas características.

He conocido a estos hombres, estos «perros pastores», innumerables veces cuando entrevistaba a veteranos. Son hombres como un teniente coronel estadounidense, veterano de Vietnam, que me dijo: «Aprendí muy pronto en la vida que hay gente en el mundo que te hará daño si le das la oportunidad, y he dedicado mi vida a estar preparado para enfrentarme a ellos». Estos hombres están a menudo armados y siempre se mantienen vigilantes. No harían un mal uso de su agresividad, al igual que en un perro pastor no atacaría a su rebaño, pero, en sus corazones, muchos de ellos anhelan una batalla justa, un lobo al que pudieran aplicar sus habilidades de forma legítima y según la ley.

Richard Strozzi-Heckler habla de este anhelo en su libro *In Search of the Warrior Spirit* :

Esta llamada urgente de la naturaleza anhela que la pongan a prueba, quiere que la reten más allá de sí misma. El guerrero en nuestro interior suplica a Marte, el dios de la guerra, que nos entregue a ese campo de batalla crucial que nos redimirá en la aterradora inmediatez del momento. Queremos enfrentarnos a nuestro Goliath para acordarnos de que el guerrero David está vivo en nuestro interior. Rezamos a los dioses de la guerra para que nos guíen a las murallas de Jericó para que podamos desafiar la resolución y fuerza de la llamada de la trompeta. Aspiramos a ser derrotados en batallas mucho más grandes que nosotros, para que la propia derrota nos haya hecho más grandes que cuando llegamos. Anhelamos el encuentro que, a la postre, nos empoderará con dignidad y honor ... No te equivoques: el anhelo está ahí y es amoroso y terrible, hermoso y trágico.

Quizás exista otra analogía. Según Carl Jung, hay modelos de comportamiento

profundamente arraigados, a los que llamó arquetipos, que existen en el inconsciente colectivo de cada ser humano; un depósito inconsciente y heredado de imágenes que provienen de las experiencias universales de nuestros ancestros y que comparte toda la raza humana. Estos poderosos arquetipos pueden motivarnos canalizando nuestra energía libidinal. Estos incluyen conceptos jungianos como la madre, el anciano sabio, el héroe y el guerrero. Creo que Jung podría referirse a estos individuos no como «perros pastores» sino como «guerreros» y «héroes». ⁵

Tal y como señalé, el 1 por ciento de los pilotos de caza durante la segunda guerra mundial fue responsable del 40 por ciento de las muertes en el aire. Este 1 por ciento de los pilotos de caza durante la segunda guerra mundial, el 2 por ciento de Swank y Marchand, las bajas tasas de muertos en las guerras napoleónicas y la Guerra de Sucesión tal y como apunta Griffith, y la baja tasa de disparos durante la segunda guerra mundial que señala Marshall, todo ello puede explicarse por lo menos parcialmente si tan solo un pequeño porcentaje de estos combatientes estaba activamente dispuesto a matar al enemigo en estas situaciones de combate. Los llamemos sociópatas, perros pastores, guerreros o héroes, están ahí, son una minoría aparte y en los momentos de peligro la nación los necesita desesperadamente.

1 . La teoría del condicionamiento operante de B. F. Skinner y sus aplicaciones para matar serán analizadas con más detalle más adelante. Básicamente, su teoría consiste en ese aspecto de la psicología que la mayoría de la gente asocia con la rata de laboratorio condicionada para apretar una barra con el objeto de conseguir comida. A partir de las investigaciones de Skinner ha surgido un corpus de conocimiento psicológico que, salvo en el caso de Freud, no tiene parangón en su influencia.

2 . Los procesos en grupo habilitan a los francotiradores modernos, pues casi siempre van emparejados con un observador con lo que existe una rendición de cuentas mutua y los convierte en un arma de manejo en equipo. Además, los francotiradores se ven habilitados por 1) la distancia física desde donde disparan; 2) la distancia mecánica que se crea al mirar al enemigo a través de una mira telescópica; y 3) un temperamento con predisposición a hacer el trabajo, fruto de una cuidadosa selección por parte del mando, y de una autoselección que se manifiesta presentándose voluntariamente.

3 . Claro está que los rodesianos ganaron todas las batallas y perdieron la guerra, al igual que las fuerzas estadounidenses en Vietnam. Me aventuro a decir que en ambos casos el «enemigo» estaba dispuesto a absorber unas pérdidas horripilantes, mientras que los estadounidenses y los rodesianos no tenían esa disposición. Esto supone en parte un reflejo del impacto de la distancia moral, pero entraña también voluntad política y la efectividad de las democracias frente a las formas de gobierno totalitarias en tiempos de guerra. Pero este es un factor que queda por lo general fuera del ámbito de consideración de este estudio.

4 . Al igual que la mayoría de los trastornos de la personalidad, este es un continuo que contiene a muchos individuos que, si bien no cumplirían por completo con los criterios de un diagnóstico completo, se encuentran en el límite de un trastorno antisocial de la personalidad. El DSM señala que algunos individuos «que poseen algunos elementos del trastorno [pero no los suficientes para ser diagnosticados como pacientes del mismo] consiguen éxito político y económico», y algunos combatientes exitosos también encajan en esta categoría.

5 . Terry Pratchett, en su libro *Brujas de viaje* , captura (de una forma metafórica que le hubiera

encantado a Jung) la esencia del poder de los roles arquetípicos para atrapar y moldear la vida:

Los cuentos existen con independencia de los que participan en ellos. Si uno sabe eso, el conocimiento es poder.

Los cuentos, grandes jirones aleteantes de espacio-tiempo, llevan revoloteando y desenrollándose por el universo desde el principio de los tiempos. Y además, han evolucionado. Los más débiles han muerto, y los más fuertes han sobrevivido, crecido y engordado de tanto contarlos una y otra vez... Los cuentos se retuercen, reptan por la oscuridad.

El hecho mismo de su existencia supone una pauta sutil, pero insistente, al caos que es la historia. Las estrías de los cuentos están grabadas con tanta profundidad que la gente las sigue de la misma manera que el agua sigue determinados senderos montaña abajo. Y cada vez que un actor nuevo se cruza en el camino del cuento, la estría se profundiza aún más.

Pratchett denomina a esto «la teoría de la causalidad narrativa», y está absolutamente en lo cierto cuando apunta que en su forma extrema el arquetipo, o la «historia», puede tener una influencia disfuncional en las vidas. «A las historias no les importa quién participa en ellas», dice Pratchett, «lo que importa es que la historia sea contada, que la historia repita. O, si prefieres verlo así, las historias son formas de vida parasitarias que moldean las vidas solo en provecho de la propia historia.»

Esto es particularmente cierto si 1) la sociedad inviste y atrapa a un individuo en un papel, por ejemplo, el papel de héroe que se baña en la sangre derramada mientras mata al dragón; y entonces 2) la sociedad corta la historia abruptamente y se niega a continuar interpretando su parte en el drama/historia inmemorial del guerrero que regresa. Esto es exactamente lo que Estados Unidos hizo a sus veteranos de Vietnam cuando regresaron. Pero esta es una historia para un capítulo posterior.

6 Teniendo en cuenta todos los factores: las matemáticas de la muerte

Todos los procesos para matar que se examinan en este capítulo tienen el mismo problema básico. Mediante la manipulación de variables, los ejércitos modernos dirigen el flujo de la violencia, abriendo y cerrando el acto de matar como si de un grifo se tratara. Pero es este un proceso delicado y peligroso. Demasiado y acabas en My Lai, lo que puede socavar tus esfuerzos. Demasiado poco y tus soldados serán derrotados y muertos por alguien que tiene una disposición más agresiva que tú.

La comprensión del factor de la distancia, que se abordó en el capítulo «Matar y la distancia física», combinada con un estudio de todos los demás factores que posibilitan matar personalmente que hemos identificado hasta aquí, nos permite desarrollar una «ecuación» que puede representar la resistencia total que interviene en la circunstancia específica de matar.

Para recapitular, las variables representadas en nuestra ecuación incluyen los factores Milgram, los factores Shalit y la predisposición del que va a matar.

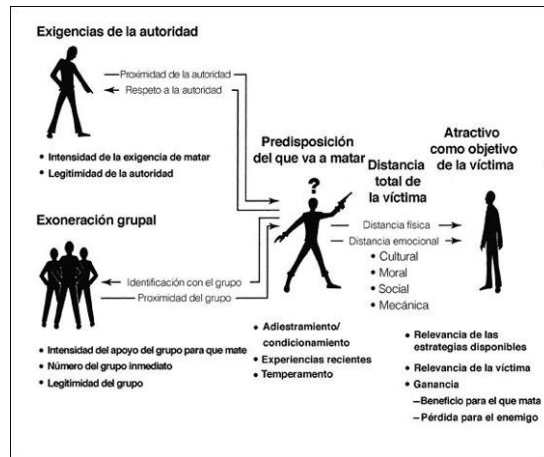
Los factores Milgram

Los conocidos estudios de Milgram sobre el comportamiento a la hora de matar en condiciones de laboratorio (la disposición de los sujetos a adoptar un comportamiento que ellos creían que mataría a un congénere) identificaban tres variables situacionales primarias que influyen o habilitan el comportamiento a la hora de matar. En este modelo, las denomino: 1) las exigencias de la autoridad; 2) exoneración grupal (de una similitud extraordinaria con el concepto de difusión de la responsabilidad); y 3) la distancia respecto a la víctima. Cada una de estas variables puede ser «operacionalizada» de la siguiente forma:

Exigencias de la autoridad

- Proximidad de la figura de autoridad que exige obediencia al sujeto
- El respeto subjetivo del sujeto a la figura de autoridad que exige obediencia
- Intensidad de las exigencias de la figura de autoridad que exige obediencia de adoptar un comportamiento de matar

- Legitimidad de la figura de autoridad que exige obediencia



Exoneración grupal

- Identificación del sujeto con el grupo
- Proximidad del grupo al sujeto
- Intensidad del apoyo del grupo para que mate
- Número del grupo inmediato
- Legitimidad del grupo

Distancia total de la víctima

- Distancia física entre el que mata y la víctima
- Distancia emocional entre el que mata y la víctima, incluyendo:
 - Distancia social, que tiene en cuenta el impacto de considerar durante toda una vida a una clase en particular como menos que humana en un entorno socialmente estratificado.
 - Distancia cultural, que incluye diferencias raciales y étnicas que permiten al que va a matar a «deshumanizar» a la víctima.
 - Distancia moral, que tiene en consideración la creencia intensa en la superioridad moral y las acciones «vengativas».
 - Distancia mecánica, que incluye la irrealidad de matar a través de una pantalla de «videojuego» estéril, la mira térmica, la mira de francotirador u otra clase de distanciamiento mecánico.

Los factores Shalit

La psicología militar israelí ha desarrollado un modelo que gira en torno a la

naturaleza de la víctima, que yo he incorporado en este modelo. Este modelo tiene en consideración las circunstancias tácticas asociadas con:

- La relevancia y efectividad de las estrategias disponibles para matar a la víctima
- Relevancia de la víctima como amenaza para el que la va a matar y su situación táctica
- Ganancia de la acción del que mata en términos de
 - Beneficio para el que mata
 - Pérdida para el enemigo

La predisposición del que va a matar

Esta área considera factores tales como:

- Adiestramiento y condicionamiento del soldado. La contribución de Marshall al programa de adiestramiento estadounidense incrementó la tasa de disparos del soldado medio de infantería de entre el 15 y el 20 por ciento en la segunda guerra mundial al 55 por ciento en Corea, y casi entre el 90 y 95 por ciento en Vietnam.
- Experiencias recientes del soldado. Por ejemplo, haber tenido a un amigo o familiar muerto por el enemigo ha estado fuertemente vinculado con el comportamiento a la hora de matar en el campo de batalla.

El temperamento que predispone a un soldado al comportamiento de matar es una de las áreas más difíciles de investigar. No obstante, Swank y Marchand sí que han propuesto la existencia de un 2 por ciento de soldados de combate con una predisposición a ser «psicópatas agresivos» y que, aparentemente, no experimentan el trauma comúnmente asociado al comportamiento de matar. Estos hallazgos han sido parcialmente corroborados por otros observadores y por las estadísticas de la Fuerza Aérea de Estados Unidos relativas al comportamiento agresivo de matar entre los pilotos de caza.¹

Una aplicación: el camino a My Lai

Podemos ver algunos de estos factores en acción en la participación del teniente Calley y su pelotón en la infame matanza de My Lai. Tim O'Brien escribe que «para entender lo que les ocurre a los soldados en los campos de minas de My Lai tienes que saber algo sobre lo que ocurre en Estados Unidos. Tienes que

entender Fort Lewis, en Washington. Tienes que entender una cosa llamada adiestramiento básico». O'Brien percibe tanto la distancia cultural como el adiestramiento/condicionamiento (si bien no emplea estos términos) en la práctica con la bayoneta que recibió, cuando el sargento instructor rugió en su oreja: «Los amarillos son mierdecillas. Si quieres sus entrañas, tienes que bajar más. Agáchate y hurga». De la misma forma, Holmes concluye que «el camino a My Lai estaba abonado, ante todo, con la deshumanización de los vietnamitas y la regla “solo es un amarillo”, que establecía que matar a un civil vietnamita no contaba».

El pelotón del teniente Calley había sufrido bajas a manos de un enemigo que rara vez se dejaba ver y siempre parecía fundirse con la población civil. El día antes de la masacre, el popular sargento Cox murió a causa de una bomba trampa. (Esto incrementó la «relevancia» de sus víctimas civiles, por la experiencia reciente de perder amigos a manos del enemigo, así como la intensidad del apoyo del grupo para matar.) Según un testigo, el comandante de la compañía de Calley, el capitán Medina, dijo cuando estaba dando las instrucciones a sus hombres:

—Nuestro trabajo consiste en entrar rápido y neutralizarlo todo. Matarlo todo.

—Capitán Medina, ¿quiere decir también a las mujeres y niños?

—Quiero decir todo.

[Exigencias moderadamente intensas de una figura de autoridad legítima y respetada.]

Cuando vemos las fotografías de las pilas de mujeres y niños muertos en My Lai, parece imposible entender cómo un estadounidense pudo participar en tamaña atrocidad, pero también parece imposible creer que el 65 por ciento de los voluntarios de Milgram dieran electroshocks a una persona hasta la muerte en un experimento de laboratorio, a pesar de los gritos y súplicas de la «víctima», simplemente porque una autoridad desconocida que exigía obediencia les había dicho que lo hicieran. Si bien esto *no excusa* tal comportamiento, por lo menos podremos entender cómo pudo darse lo ocurrido en My Lai (y posiblemente prevenir que vuelva a ocurrir en el futuro) si comprendemos el poder de la acumulación de factores asociados a un soldado al que le ha sido ordenado matar por parte de una autoridad legítima, respetada y próxima, en medio de un grupo próximo, respetado, legítimo y que consiente, predispuesto mediante la insensibilización y el condicionamiento a lo largo del adiestramiento y, a causa de la pérdida de amigos, distanciado de sus víctimas por una fosa cultural y moral generalmente aceptada, y enfrentándose a un acto que sería una pérdida relevante para un enemigo que ha negado y frustrado otras

estrategias disponibles.

Un veterano que cita Dyer muestra una profunda comprensión sobre la tremenda presión que muchos de estos factores ejercen sobre el soldado estadounidense «ordinario, básicamente decente»:

Pones a esos mismos niños en la jungla una temporada, los asustas de verdad, les privas de dormir y haces que unos pocos incidentes cambien sus miedos en odio. Dales un sargento que ha visto a demasiados de sus hombres morir por culpa de las bombas trampa y por la falta de desconfianza, y que cree que los vietnamitas son tontos, sucios y débiles, porque no son como él. Añade un poco de presión de grupo, y esos chicos tan buenos que nos acompañan violarían como campeones. Matar, violar y robar se convierte en el objetivo del juego.²

Una aplicación: terrorista suicida

Nuestra comprensión de los factores que posibilitan matar puede permitirnos obtener un entendimiento del terrorista suicida. (Cabe señalar que muchos expertos no están de acuerdo con el término «terrorista suicida», pues esta gente que mata no es suicida: son homicidas dispuestos a morir para matar.) Este comportamiento suicida-homicida se puede ver en los pilotos kamikazes japoneses durante la segunda guerra mundial y en los asesinos juveniles en nuestras escuelas hoy en día. Sin embargo, para el propósito de nuestro ensayo, nos centraremos en los terroristas suicidas que provienen del mundo islámico, que incluyen a los secuestradores del 11-S y a los que atacan en Iraq, Afganistán y por todo el mundo.

En este caso, y para un fanático islamista, la autoridad que exige obediencia se encarna en un líder religioso —o líderes— que representa una de las autoridades más poderosas en la vida del que va a matar. De hecho, el líder religioso que exige obediencia puede que represente la única forma de autoridad (fuera de la familia) que haya existido en la vida del que va a matar. Puede que este líder religioso no esté inmediatamente próximo cuando se produzca el acto de matar, pero en el reino espiritual que el que va a matar cree que le aguarda tras el crimen, el aspecto religioso resulta capital.

La exoneración grupal está representada aquí por los camaradas, y muy a menudo por los miembros de la familia del que va a matar, que avalan y apoyan su acción. En realidad, puede que el que va a matar esté solo cuando perpetre su acto, pero, si no consigue matar, entonces el grupo lo sabrá sin duda y habrá una poderosa e inmediata rendición de cuentas grupal. (Y esto sin tener en cuenta la práctica muy real y común de secuestrar a la familia del terrorista, hacer que un tercero active la bomba y otras formas poderosas de coerción.)

En gran parte, la predisposición del que va matar puede ser uno de los factores más poderosos que influye al terrorista suicida. De entre los centenares de millones de individuos de esta cultura, tan solo un porcentaje ínfimo se ofrecerá voluntario. Esto establece un poderoso proceso de autoselección para encontrar a los que están dispuestos a matar de esta forma.

La distancia de la víctima resulta excepcional en este caso. El que mata llega a estar a una distancia «cercana y personal» respecto a sus víctimas, pero no necesita ver los efectos de su acción. Esto puede crear un poderoso mecanismo de habilitación similar al de los pilotos de bombarderos que lanzan sus bombas a diez mil pies de altura o de la artillería que dispara a tres kilómetros de distancia.

El último ingrediente es la naturaleza de la víctima. Resulta importante resaltar que los terroristas suicidas son una táctica a emplear contra objetivos «duros». En Israel, donde hay seguridad armada por doquier, o contra las tropas estadounidenses o de la coalición en Iraq y Afganistán, que están armadas, un «tirador activo» tradicional con intención de matar no tendría ni una oportunidad de cosechar un recuento de cadáveres antes de que lo fulminaran a tiros. En estas situaciones tácticas, el terrorista suicida es una de las pocas opciones que puede conseguir el gran número de cadáveres deseado.



Cada hombre es un pelotón de fusilamiento

En resumen, la mayoría de los factores que posibilitan matar en el campo de batalla puede verse en la difusión de la responsabilidad que existe en la ejecución de un pelotón de fusilamiento. Y ello porque, en combate, cada hombre forma parte *realmente* de un enorme pelotón de fusilamiento. El líder da la orden y ofrece las exigencias de la autoridad, pero realmente no tiene que matar. El pelotón de fusilamiento ofrece los procesos de conformidad y exoneración. Vendar los ojos de la víctima ofrece distancia psicológica. Y el

conocimiento de la culpa de la víctima ofrece relevancia y racionalización.

Los factores que posibilitan matar ofrecen un poderoso conjunto de herramientas para esquivar o vencer la resistencia del soldado a matar. Pero, tal y como veremos en el capítulo «Matar en Vietnam», cuanto más alta es la resistencia que se esquiva, más alto es el trauma que se tiene que superar en el posterior proceso de racionalización. Matar tiene un precio, y las sociedades deben aprender que sus soldados tendrán que vivir el resto de sus días con lo que hayan hecho. Las investigaciones detalladas en este libro nos han permitido entender que, si bien el mecanismo del pelotón de fusilamiento asegura matar, el precio psicológico para los miembros del pelotón puede ser tremendo. De la misma forma, la sociedad debe comenzar a entender la enormidad del precio y el proceso de matar en combate. Cuando lo haga, quizás matar no vuelva a ser lo mismo.

1 . Sintetizar varios modelos y variables en un paradigma único puede ayudar a ofrecernos una comprensión más detallada de la respuesta del soldado a las circunstancias del acto de matar en el campo de batalla. Puede que incluso sea posible desarrollar una ecuación que represente la resistencia total que participa en una circunstancia específica cuando se mata.

Las variables representadas en nuestra ecuación incluyen:

- Probabilidad de matar personalmente = probabilidad total de ejecutar una muerte personalmente (esto es una estimación de la ventaja psicológica total disponible para posibilitar la ejecución de una muerte personalmente en una circunstancia específica).
- Exigencias de la autoridad = (intensidad de la exigencia de matar) x (legitimidad de la autoridad que exige obediencia) x (proximidad de la autoridad que exige obediencia) x (respeto a la autoridad que exige obediencia).
- Exoneración grupal = (intensidad del apoyo a matar) x (número de grupo inmediato que va a matar) x (identificación con el grupo que va a matar) x (proximidad del grupo que va a matar).
- Distancia total respecto a la víctima = (distancia física de la víctima) x (distancia cultural de la víctima) x (distancia social de la víctima) x (distancia moral de la víctima) x (distancia mecánica de la víctima).
- Atractivo como objetivo de la víctima = (relevancia de la víctima) x (relevancia de las estrategias disponibles) x (beneficio del que mata + pérdida para la víctima).
- Predisposición agresiva del que mata = (adiestramiento/condicionamiento del que mata) x (experiencias pasadas del que mata) x (temperamento individual del que mata)

Una ecuación que nos permitiría juntar todos estos factores y determinar la resistencia a realizar una muerte personal concreta tendría este aspecto:

<p>Probabilidad de matar personalmente = (exigencias de la autoridad) x (exoneración grupal) x (distancia total de la víctima) x (atractivo como objetivo de la víctima) x (predisposición agresiva del que mata)</p>
--

Asumamos que el punto de referencia para todos estos factores es 1. Un punto de referencia de 1 funciona bien, dado que en nuestra ecuación multiplicativa este número sería neutral; cualquier factor por debajo

de 1 influenciaría a la baja a todos los demás factores, y cualquier factor por encima de 1 influenciaría al alza a todos los demás factores. Dado que estos procesos son multiplicativos, un factor extraordinariamente bajo en un área (como un 0,1 en la predisposición agresiva) tendría que estar contrarrestado mediante valores muy altos en los demás factores. Por otra parte, *ceteris paribus*, una valoración extremadamente alta en las exigencias de la autoridad (como vemos en los experimentos de Milgram) o una predisposición agresiva alta (lo que sería probable si, al que mata el enemigo, este le mató recientemente a un camarada o un familiar) resultaría en una alta probabilidad de muerte personal o incluso una matanza desbocada que desembocaría en crímenes de guerra y otras atrocidades.

Al igual que otros análisis de factores, probablemente este no ha identificado todos los factores que influenciarían en esta situación, pero sin duda este modelo es inmensamente más efectivo que cualquier cosa que tuviéramos antes, ya que, por lo que yo sé, con anterioridad no existía ninguno. Se requiere mucho trabajo adicional para cuantificar de verdad estos factores, pero avanzaría la hipótesis de que el umbral para matar personalmente en una guerra sería menor que en tiempos de paz. Para matar en tiempos de paz (un asesinato) el umbral sería significativamente más alto, pero los factores básicos, quizás y por lo general, seguirían siendo aplicables. Sin duda este modelo sería aplicable a las muertes realizadas por pandilleros y la mayoría de la violencia callejera aleatoria, pero la forma más común de homicidio es la que comete un conocido o familiar a otro. Y creo que la mecánica psicológica de esta forma de matar es muy diferente de lo que estamos estudiando aquí.

2. Como resultado de My Lai, el ejército de Estados Unidos instituyó un programa anual obligatorio de estudio de la Convención de Ginebra y las leyes de la guerra terrestre que continúa en vigor. A lo largo de este curso, a los soldados se les enseña qué órdenes son ilegales y cómo desobedecer órdenes ilegales. Puede que sea la primera vez en la historia que se les enseña a los soldados a desobedecer órdenes.

Un soldado que reflexionara constantemente sobre las características rompecrismas y creviudas de su arma, o que siempre pensara en su enemigo como un hombre exactamente como él, ocupado en las mismas tareas y sujeto a exactamente el mismo estrés y presiones, encontraría difícil operar con efectividad en la batalla ... Sin la creación de imágenes abstractas del enemigo, y sin la despersonalización del enemigo en el adiestramiento, sería imposible librar la batalla. Pero si se exagera la imagen abstracta o se lleva hasta el odio la despersonalización, los frenos en el comportamiento humano en la guerra se sueltan con facilidad. Si, por otra parte, los hombres reflexionan demasiado en profundidad en la humanidad en común del enemigo, entonces corren el peligro de no poder proceder con su tarea, cuyas metas pueden ser eminentemente justas y legítimas. Esta paradoja subyace, como un nudo gordiano que conecta los diferentes lazos de hostilidad y afecto, al núcleo de la relación del soldado con el enemigo.

Richard Holmes
Acts of War

V Matar y las atrocidades «Aquí no hay honor ni virtud»

La «atrocidad» puede ser definida como matar a un no combatiente —bien uno que fue combatiente pero ya no combate o se ha rendido— o un civil. Pero la guerra moderna y, en particular, la guerra de guerrillas, hace que estas distinciones se vuelvan algo difusas.

La atrocidad siempre ha formado parte de la guerra y, para entender la guerra, hay que entender la atrocidad. Comencemos pues a entenderla considerando el espectro completo de la atrocidad.

El objetivo básico de una nación en guerra es fijar una imagen del enemigo a fin de distinguir de la manera más nítida el acto de matar del acto de asesinar.

Glenn Gray
The Warriors

1 El espectro completo de la atrocidad

A menudo pensamos en las atrocidades nazis durante la segunda guerra mundial como si todas hubieran sido cometidas por psicópatas o sádicos asesinos, pero, afortunadamente, en la sociedad no abunda este tipo de individuos. En realidad, el problema a la hora de distinguir asesinar y matar en combate es extremadamente complejo. Si examinamos la atrocidad como un espectro de casos en vez de un tipo de caso definido de forma precisa, entonces quizás podamos entender mejor la naturaleza de este fenómeno.

Este espectro tiene como objetivo tratar solo las muertes individuales personales, y dejará fuera las muertes indiscriminadas de civiles causadas por bombas y artillería.

Matar al noble enemigo

Anclando un extremo del espectro de la atrocidad está el acto de matar a un enemigo armado que intenta matarte a ti. Este extremo del espectro no es una atrocidad en absoluto, pero sirve como estándar contra el que medir otras clases de muertes.

El enemigo que lucha hasta una muerte «noble» valida y afirma la creencia del que mata en su *propia* nobleza y en la gloria de su causa. Así, un oficial británico de la primera guerra mundial podía hablar a Holmes con admiración de los servidores alemanes de una ametralladora que permanecieron fieles hasta la muerte: «Personajes extraordinarios. Lucharon hasta morir. Nos lo hicieron pasar muy mal». Asimismo, T. E. Lawrence (Lawrence de Arabia) inmortalizó en prosa a las unidades alemanas que se mantuvieron firmes frente a sus fuerzas árabes durante la derrota del ejército turco en la primera guerra mundial:

Me enorgullecí del enemigo que había matado a mis hermanos. Estaban a dos mil millas de su hogar, sin esperanza ni guías, en condiciones lo suficientemente malas para quebrar los nervios más valerosos. Y, sin embargo, sus secciones, divergiendo del desastre del naufragio de los turcos y los árabes, se mantenían juntas, en perfecto orden, como buques blindados, altivos y en silencio. Ante cada ataque nuestro, ellos se detenían, tomaban posición, disparaban en orden. Sin apuros, sin lamentaciones, sin titubeos. Eran gloriosos.

Estas son «muertes nobles», que suponen la mínima carga posible sobre la conciencia del que mata. Y así el soldado consigue racionalizar mejor el haber dado muerte, pues honra a sus enemigos caídos, de suerte que adquiere estatura

y paz en virtud de la nobleza de aquellos a los que mató.

Áreas grises: emboscadas y guerra de guerrillas

Muchas muertes en el combate moderno son fruto de emboscadas y ataques sorpresa en los que el enemigo no representa una amenaza inmediata para el que mata, pero muere de todas formas, sin oportunidad alguna de rendirse. Steve Banko ofrece un ejemplo excelente de esta clase de muerte: «No sabían que existía ... pero yo los veía como veré el infierno ... Es una jodida manera de morir, pensé mientras pulsaba suavemente el gatillo».

Matar así no se considera una atrocidad, pero es claramente distinto de una muerte noble, y potencialmente más difícil de racionalizar y gestionar por parte del que mata. Hasta el siglo xx , este tipo de muertes por emboscada eran extremadamente raras en combate, y muchas civilizaciones se protegían parcialmente a sí mismas y a sus conciencias y salud mental declarando tales formas de guerrear como deshonrosas.

Una de las cosas que pudo hacer particularmente traumático el combate en Vietnam —y, una generación más tarde, en Afganistán e Iraq— fue que, debido a la guerra de guerrillas, los soldados se encontraban en situaciones en las que la línea divisoria entre combatientes y no combatientes se difuminaba:

Para los soldados tensos y preparados para la batalla a los que se les ordenaba sellar el poblado, los matices e indicaciones a menudo sutiles empleados por los interrogadores para identificar a los del Viet Cong de los civiles, los combatientes de los no combatientes, eran un lujo que no se podían permitir. La decisión vc o no vc , a menudo tenía que producirse en una décima de segundo y encima se veía dificultada por la barrera de la lengua. A veces, las consecuencias de cualquier ambigüedad resultaban fatales para los aldeanos vietnamitas. En Ben Suc, una unidad de soldados estadounidenses, agazapados cerca de un camino que salía de la aldea, estaban a la búsqueda de vc. Un hombre vietnamita se acercó a su posición en una bicicleta. Llevaba un pijama negro, la indumentaria rural que adoptaba el Viet Cong. Cuando se había alejado veinte metros desde el primer momento en que se hizo visible, se oyó el tableteo de una ametralladora a unos treinta metros por delante. El hombre cayó muerto en una zanja empantanada.

Un soldado comentó sombríamente: «Ahí tienes a tu vc . Seguro que es un vc . Es lo que llevan. Se iba del pueblo. Debía de tener algún motivo».

El mayor Charles Maloy añadió: «¿Y qué vas a hacer cuando veas a un tipo con un pijama negro? ¿Esperar a que saque su arma automática y empiece a disparar? Te aseguro que yo no».

Los soldados nunca averiguaron si el vietnamita era vc o no. Y así era la perplejidad de una guerra en la que el enemigo no era una fuerza extraña, sino que vivía y luchaba con la gente.

Edward Doyle
«Three Battles»

Cuando leemos las palabras de estos hombres, podemos ponernos en su lugar y entender lo que dicen. Eran hombres adiestrados para matar en situaciones

tensas; no tenían una verdadera necesidad de justificar sus acciones. Entonces, ¿por qué tanto empeño en hacerlo? «Ahí tienes a tu vc . Seguro que es un vc . Es lo que llevan. Se iba del pueblo. Debía de tener algún motivo.» Acaso lo que oímos aquí sea a alguien intentando desesperadamente justificarse a sí mismo sus acciones. Ha sido puesto en una situación en la que se ha visto forzado a efectuar este tipo de acciones, incluso a cometer esta clase de errores, y *necesita* desesperadamente que alguien le diga que lo que hizo fue correcto y necesario.

Algunas veces las cosas eran incluso más difíciles. Por ejemplo, consideremos la situación en la que se vio involucrado este piloto de helicóptero del ejército de los Estados Unidos:

A lo lejos, a nuestra izquierda, podíamos ver un par de Hueys [helicópteros] derribados dentro de un arrozal. Lo extraño fue que cuando alcancé el centro distinguí a una mujer mayor, de pie casi justo en el medio, plantando arroz con toda naturalidad. Mientras seguía haciendo zigzag, volví la cabeza para intentar averiguar qué estaba haciendo ahí: ¿estaba loca o simplemente empeñada en que la guerra no interfiriera en sus tareas cotidianas? Tras echar un vistazo otra vez a los Hueys incendiados, entendí lo que estaba haciendo ahí y di la vuelta.

«Dispara a esa mujer, Hall», grité, pero Hall [el artillero a bordo], que había estado ocupado en el helicóptero y no la había visto, me miró como si me hubiera vuelto loco, así que pasamos por encima de ella sin disparar y yo zigzagué alrededor de los arrozales intentando evitar el fuego enemigo mientras le explicaba todo a Hall.

«Esa mujer tiene una visión de 360 grados por encima de los árboles que rodean las aldeas, Hall», le grité. «Los ametralladores están pendientes de ella y, cuando ella ve que se acercan Hueys, los mira de cara, y ellos concentran los disparos en ese punto. Por eso hay tantos helicópteros derribados por aquí. Es una maldita veleta para ellos. ¡Dispárale!»

Hall levantó el pulgar y yo viré para hacer otro pase, pero Jerry y Paul [que iban en otro helicóptero] también la habían localizado y ya la habían abatido. Por alguna razón, mientras pasaba de nuevo por encima de los Hueys ardiendo, no sentía sino alivio por la muerte de aquella mujer mayor.

D. Bray

«Prowling for POW s»

¿Obligaban a la mujer a hacer lo que hacía? ¿Era realmente una simpatizante del Viet Cong o una víctima? ¿La estaba amenazando el Viet Cong a ella o a su familia?

¿Y alguien hubiera hecho las cosas de manera diferente a estos pilotos en las mismas circunstancias? Posiblemente. Pero posiblemente no hubiera vivido para contarlo, de haber hecho las cosas de manera diferente. Sin duda, nadie nunca llevará a estos hombres ante la justicia, y aún está más claro que tendrán que vivir con este tipo de dudas el resto de sus vidas.

A veces el trauma asociado a estas muertes en el área gris del combate moderno puede ser tremendo:

Mira, no me gusta matar a gente, pero he matado a árabes [nótese la deshumanización inconsciente del

enemigo]. Quizás te cuente una historia. Un vehículo avanzaba hacia nosotros en medio de la guerra [del Líbano] sin una bandera blanca. Cinco minutos antes otro vehículo había pasado con cuatro palestinos con RPG s [granadas propulsadas por cohete]. Mataron a tres de mis amigos. Así que cuando este Peugeot nuevo avanza hacia nosotros, comenzamos a disparar. Y había una familia dentro, pero no podíamos arriesgarnos.

Gaby Bashan, reservista israelí en el Líbano, 1982

Citado en *War* de Gwynne Dyer

De nuevo, vemos cómo matar en los conflictos armados modernos, en una época de guerrillas y terroristas, abandona cada vez más los extremos del blanco y negro para ingresar en los matices en gris. Y mientras continuamos recorriendo el espectro de la atrocidad, veremos un ininterrumpido fundido al negro.

Áreas oscuras: matar al enemigo innoble

Se puede demostrar que el asesinato de prisioneros y civiles a corto alcance durante una guerra es una acción contraproducente. Ejecutar a prisioneros enemigos endurece la voluntad del enemigo y lo vuelve menos dispuesto a rendirse. Y sin embargo, en el fragor de la batalla, ocurre muy a menudo.

Varios veteranos de Vietnam a los que entrevisté me dijeron, sin ofrecer una explicación detallada, que ellos «nunca hacían prisioneros». A menudo, en la academia y en situaciones de adiestramiento, cuando no es práctico hacer prisioneros durante operaciones tras las líneas enemigas, existe un acuerdo tácito de que hay que «ocuparse» de los prisioneros.

Pero en el fragor de la batalla no es tan sencillo. Para poder luchar a corto alcance, uno tiene que negar la humanidad de su enemigo. La rendición entraña lo contrario: que uno reconozca y se apiade de la humanidad del enemigo. Una rendición en el fragor de la batalla requiere un vuelco emocional completo y muy difícil por parte de ambos bandos. El enemigo que opta por adoptar una postura o luchar, y luego muere en la batalla se convierte en un enemigo noble. Pero si en el último momento se intenta rendir, corre un gran riesgo de que lo maten de inmediato.

Holmes escribe profusamente sobre este proceso:

Rendirse durante la batalla es difícil. Charles Carrington sugirió que «ningún soldado podía exigir el derecho a que le dieran “cuartel” si luchaba hasta una situación extrema». T. P. Marks vio cómo disparaban a siete ametralladores alemanes: «Estaban indefensos, pero ellos mismos escogieron estar así. No les pedimos que abandonaran sus armas. Solo lo hicieron cuando vieron que a los que no acribillaron se acercaban a ellos y que las tornas habían cambiado».

Ernst Junger estaba de acuerdo en que el defensor no tenía un derecho moral a rendirse en esas circunstancias: «La fuerza que defiende, tras disparar sus balas contra la que ataca a cinco pasos de distancia, debe asumir las consecuencias. Un hombre no puede cambiar sus sentimientos de nuevo durante el último empuje con un velo de sangre delante de sus ojos. No quiere hacer prisioneros sino matar».

Durante la acción de la caballería en Moncel en 1914, el sargento James Taylor del Regimiento nº 9 de Dragones comprobó lo difícil que era refrenar a los hombres enardecidos: «Entonces se produjo un poco de melé, con los caballos relinchando y muchas voces y griterío ... Recuerdo haber visto al cabo Bolte atravesar con su lanza a un alemán descabalgado con las manos en alto, y haber pensado que no era una buena acción».

Harold Dearden, un oficial médico en el frente occidental, leyó una carta escrita por un joven soldado a su madre: «Cuando saltamos a su trinchera, madre, todos levantaron las manos mientras gritaban “Camerad, Camerad”, lo que significa “Me rindo” en su idioma. Pero se lo merecían, madre. Creo que es todo de tu querido Albert».

... Ningún soldado que lucha hasta que su enemigo se encuentra a un alcance de un arma corta, en ninguna guerra, tiene más que quizás un cincuenta por ciento de posibilidades de que se le conceda cuartel. Si acepta someterse a una rendición, corre el riesgo de que le disparen con el venerable comentario: «Demasiado tarde, amigo». Si se queda quieto en el suelo, acabará siendo víctima de las granadas del equipo de limpieza, que nunca está de humor para asumir riesgos.

No obstante, Holmes concluye que lo que resulta sistemáticamente sorprendente en estas circunstancias no es cuántos soldados mueren cuando intentan rendirse, sino los pocos que son. Incluso bajo esta clase de provocación, la resistencia general a matar continúa vigente.

La ejecuciones tras una rendición son claramente erróneas y contraproducentes para una fuerza que se ha dedicado a luchar de una forma que la nación y los soldados puedan asumir tras la batalla. Sin embargo, se llevan a cabo en el fragor de la batalla y rara vez terminan en los juzgados. En la mayoría de los casos, es el soldado individual el que tiene que rendir cuentas ante sí mismo por sus acciones.

Las ejecuciones a sangre fría son otra cosa completamente distinta.

Áreas negras: ejecuciones

Una «ejecución» se entiende aquí como una muerte a corto alcance de un no combatiente (civil o prisionero de guerra) que no representa una amenaza militar o personal significativa o inmediata para el que la lleva a cabo. El efecto de estas muertes en el autor de las mismas es intensamente traumático, pues el que mata posee una limitada motivación interna para matar a la víctima y mata casi por completo debido a motivaciones externas. La muerte a corto alcance impide enormemente el intento del que mata de negar la humanidad a su víctima e impide enormemente la negación de la responsabilidad personal del acto.

Jim Morris es un ex boina verde y veterano de Vietnam que se convirtió en escritor. En el texto que sigue, entrevista a un veterano australiano de la contrainsurgencia malasia que intenta vivir con el recuerdo de una ejecución. Su historia se titula «Asesinos jubilados: “Ni héroes ni villanos; tan solo

compañeros”»:

Esta vez nos apoyamos contra una pared en el lado opuesto de la habitación. Él se inclinó hacia delante mientras hablaba bajo y muy seriamente. Era un hombre que estaba desnudando su alma.

«Atacamos un campo terrorista de prisioneros e hicimos prisionera a una mujer. Debía de estar en lo alto del partido. Llevaba insignias de comisaria. Ya les había dicho a mis hombres que no hacíamos prisioneros, pero nunca había matado a una mujer. “Tiene que morir rápido. ¡Nos tenemos que ir!”, dijo mi sargento.»

«Dios, yo estaba sudando», continuó Harry. «Era magnífica. “¿Qué pasa, mister Ballentine?”, preguntó ella. “Está sudando”.»

«“No es por ti”, dije. “Es a causa de la malaria.” Le di mi pistola a mi sargento pero sacudió la cabeza ... Ninguno de ellos iba a hacerlo, y si yo no lo hacía, perdería el control de la unidad para siempre.»

«“Está sudando, mister Ballentine”, volvió a decir.»

«“No es por ti”, dije.»

«¿La mataste?»

«Mierda, le volé la jodida cabeza», replicó...

«Todo mi pelotón se juntó a mi alrededor sonriente. “Usted es nuestro *tuan* [en malayo «señor» o «líder»],” dijo mi sargento. “Es nuestro *tuan* .”»

No soy un cura. Ni siquiera soy ya un oficial ... Espero que mi apariencia le transmitiera a Harry que me caía bien, que me parecía bien si se perdonaba a sí mismo. Pero es difícil de hacer.

Este es el espectro de la atrocidad; es cómo ocurre la atrocidad, pero no por qué. Examinemos a continuación el porqué de la atrocidad, las razones de la atrocidad y el poder oscuro que concede la atrocidad a aquellos que la perpetran.

2 El poder oscuro de la atrocidad

El problema: «¿Acaso proviene la rectitud del cañón de una pistola?»

Un día frío y lluvioso de adiestramiento en Fort Lewis, en Washington, escuché hablar a unos soldados que acababan de finalizar un ejercicio de prisioneros de guerra. Uno sostenía que a las tropas enemigas había que hacerlas marchar por un área saturada de un gas nervioso persistente. Otro afirmó que la mina antipersonal Claymore era el método más eficaz en función de los costos y energéticamente eficiente para desembarazarse de los prisioneros de guerra. Su camarada afirmaba que ambos eran unos derrochadores y que a los prisioneros de guerra se les podía dar mejor uso en la limpieza de los campos minados y para labores de reconocimiento en áreas contaminadas por desechos nucleares o químicos. El capellán del batallón, que estaba cerca de ellos, intervino para abordar la obvia cuestión moral.

El capellán citó los convenios de Ginebra y habló de nuestra nación como fuerza de rectitud moral y del apoyo de Dios a nuestra causa. Como eran unos soldados pragmáticos, este enfoque moral no les convenció en absoluto. La Convención de Ginebra fue descartada, y nuestro observador de artillería dijo que en la academia le habían enseñado que «la Convención de Ginebra dice que no puedes disparar fósforo blanco contra las tropas; así que dices que iba contra su equipamiento». La lógica del joven artillero era: «Si vamos a encontrar maneras de obviar la Convención de Ginebra, ¿qué crees que hará el enemigo?». Otro dijo: «Si nos capturan los rusos, ya podemos irnos despidiendo. Así que, ¿por qué no darles una cucharada de su propia medicina?». Y a los comentarios del capellán sobre la rectitud moral y el apoyo de Dios, las respuestas de los soldados pasados por agua eran algo parecido a «la rectitud proviene del cañón de una pistola» y «los vencedores escriben la historia».

En Fort Benning, yo también había oído lo de «la Convención de Ginebra y el fósforo blanco contra el equipamiento» en un discurso de presentación del curso de artilleros en la Academia de oficiales, ¹ el Curso básico para oficial de infantería, la Ranger School y el Curso para oficiales de pelotón de mortero.

En la Ranger School, un instructor abordó el trato a los prisioneros de guerra, y este transmitió claramente su creencia personal en el sentido de que, durante una incursión o una emboscada, no se podía esperar que una patrulla llevara consigo prisioneros de guerra. También me había dado cuenta de que la mayoría de los

soberbios jóvenes soldados que nos llegaban del batallón ranger compartía esta creencia propia de la Ranger School

Una solución: «Yo mismo te dispararé»

Para refutar esta creencia, dije en esencia:

Si el enemigo descubre tan solo una masacre, como les ocurrió a nuestros soldados en Malmedy en la batalla de las Ardenas, entonces miles de soldados enemigos jurarán que nunca se rendirán, y será duro pelear contra ellos. Exactamente igual a lo que pasó con nuestras tropas en la batalla de las Ardenas cuando corrió la voz de que los alemanes estaban disparando a los prisioneros de guerra. Además, esta es la única excusa que necesita el enemigo para matar a nuestros soldados cautivos. Así que, matando a unos pocos soldados pobres y cansados como ustedes, sólo consiguen que la fuerza enemiga se vuelva mucho más dura, y provocan la muerte —el asesinato— de un puñado de nuestros chicos.

Si, por otra parte, desarman, atan y abandonan a un prisionero de guerra en un claro cualquiera porque no pueden llevarlo con ustedes, entonces correrá la voz de que, a la hora de la verdad, los estadounidenses tratan a los prisioneros de guerra con honor, y un buen puñado de soldados asustados y cansados decidirá rendirse en vez de morir. Durante la segunda guerra mundial, un cuerpo de ejército soviético entero desertó y se pasó a los alemanes. Los alemanes estaban tratando a los prisioneros de guerra soviéticos como a perros y, sin embargo, un cuerpo de ejército entero se pasó a su bando. ¿Cómo se hubiera comportado el ejército soviético de haberse enfrentado a un enemigo más humano?

La última cosa que deberían saber es que, si un día veo a un héroe de entre ustedes matando a un prisionero de guerra, le dispararé sin vacilar. Porque es ilegal, porque está mal, porque es *estúpido* y es una de las peores cosas que pueden hacer para ayudarnos a ganar una guerra.

No me molesté en incluir la posibilidad de organizar a los prisioneros de guerra soviéticos y a los desertores en unidades de combate y la importancia enormemente real de capturar a prisioneros de guerra para propósitos de inteligencia.

La lección y el mayor problema

El asunto más importante es que nadie me ha señalado nunca las repercusiones potenciales de tratar a los prisioneros de guerra de forma indebida. Ningún líder de los que tuve se plantó, me explicó esta posición y la defendió. De hecho, lo que ocurrió fue lo contrario. Como soldado raso y como sargento, tuve a superiores que defendían con vehemencia la ejecución de los prisioneros de guerra siempre que resultara inconveniente llevarlos vivos y, por aquel entonces, yo lo aceptaba como una posición razonable. Pero nunca me ayudaron a comprender la importancia vital y las ramificaciones mortíferas del trato (o maltrato) a los prisioneros de guerra en el campo de batalla, porque creo que ellos mismos no lo entendían.

En el próximo campo de batalla puede que nuestros soldados cometan

crímenes de guerra y, en consecuencia, nos fuercen a perder uno de los multiplicadores básicos del combate que tenemos a nuestra disposición: la tendencia de un pueblo oprimido a volverse desleal a su país.

Un entrevistador de prisioneros de guerra de la segunda guerra mundial me dijo que los soldados alemanes le decían una y otra vez que los familiares con experiencia en combate durante la primera guerra mundial les habían aconsejado: «Sé valiente, alístate en la infantería y ríndete al primer estadounidense que veas». La reputación de los estadounidenses por su juego limpio y respeto a la vida humana había sobrevivido durante generaciones y las acciones decentes de los soldados estadounidenses en la primera guerra mundial salvaron las vidas de muchos soldados durante la segunda guerra mundial.

Esta es la posición estadounidense sobre el papel de la atrocidad en combate, y esta es la lógica que la respalda. Pero hay otra posición que muchas naciones han adoptado sobre el empleo de la atrocidad en las contiendas, y existe otra lógica a tener en consideración. Esta otra lógica es la lógica retorcida de la atrocidad, que debemos comprender si pretendemos entender cabalmente el acto de matar.

El empoderamiento

La guerra ... carece de poder transformador; tan solo exagera el bien y el mal que llevamos dentro.

Lord Moran
Anatomy of Courage

Empoderamiento mediante la muerte

La primera vez que vi a un soldado caer en picado hacia la muerte al saltar en paracaídas me llevó años poner en orden mis emociones. Una parte de mí estaba horrorizada por la muerte del soldado, pero, mientras le veía debatirse con su paracaídas de reserva enmarañado hasta el final, otra parte se sentía llena de orgullo. Su muerte validó y afirmó todo lo que creo de los paracaidistas, los que miran a la muerte a la cara a diario. Ese valiente y condenado soldado se convirtió en un sacrificio viviente al espíritu de las fuerzas aerotransportadas.

Después de hablar con mis compañeros paracaidistas y brindar por la memoria de nuestro camarada, comencé a entender que su muerte había magnificado nuestra propia creencia en el peligro, la nobleza y la superioridad inherente a nuestra unidad de élite. En vez de vernos disminuidos por su pérdida, nos vimos extrañamente magnificados y empoderados.² Este fenómeno no se circunscribe a los grupos de lucha de élite, si bien siempre está presente en ellos. Las naciones

celebran sus batallas más costosas, incluso las que perdieron —ejemplos serían El Álamo, la carga de Pickett, Dunkerque, Wake Island y Leningrado— en razón del valor y la nobleza de los sacrificios.

Empoderamiento mediante la atrocidad

Aunque pueda resultar grosero comparar el sacrificio de los judíos en la segunda guerra mundial con la muerte de un paracaidista en una acción de las fuerzas aerotransportadas, creo que el mismo proceso que se dio en mí cuando vi a un soldado morir existe de una forma enormemente magnificada entre aquellos que cometen atrocidades.

A veces se malinterpreta el Holocausto como una matanza de judíos y personas inocentes sin sentido. Estas muertes no carecían de sentido; fueron viles y malvadas, pero no sin sentido. Estos asesinatos poseen una lógica propia muy poderosa, si bien retorcida. Una lógica que debemos entender para afrontarla.

Existen muchos beneficios que cosechar para aquellos que se aprovechan del poder oscuro de la atrocidad. Normalmente, los que se embarcan en una política de atrocidades cierran un trato por el que intercambian su futuro a cambio de una breve ganancia en el presente. No obstante, si bien la ganancia es breve, no deja de ser real y poderosa. Para poder entender el atractivo de la atrocidad, debemos entender esos beneficios que hacen que los individuos, grupos y naciones los persigan.

Terrorismo

Uno de los beneficios más obvios de la atrocidad estriba en que, simplemente, pone los pelos de punta a la gente. El horror y el salvajismo más descarnados por parte de aquellos que asesinan provocan que la gente huya, se esconda y se defienda con tibieza, y que a menudo sus víctimas respondan con una pasividad silenciosa. Lo vemos a diario en los periódicos cuando leemos sobre víctimas que se enfrentan a asesinos en masa y simplemente no hacen nada para protegerse a sí mismos y a otros. Hannah Arendt resaltó esta incapacidad para resistirse en su estudio *La banalidad del mal*.

Jeff Cooper comenta sobre esta tendencia en la vida civil desde su punto de vista de criminólogo:

Cualquier estudio de la lista de atrocidades de los años recientes ... muestra de inmediato que las víctimas, a causa de su desastrosa ineptitud y timidez, prácticamente ayudaron a sus propios asesinos.

Un hombre que se precie puede que, por obligación moral, no se someta a las amenazas de la violencia. Pero muchos hombres que no son cobardes simplemente no están preparados para el hecho del salvajismo

humano. No han pensado en ello, por increíble que le parezca a alguien que lee los periódicos o escucha las noticias, y, simplemente, no saben qué hacer. Cuando miran a la cara a la depravación o a la violencia se quedan estupefactos y confundidos.

Este proceso que empodera a los criminales y a los marginados de la sociedad puede funcionar mejor cuando se institucionaliza como política de una organización revolucionaria, ejército o gobierno. Vietnam del Norte y sus agentes del Viet Cong representan una fuerza que empleó de forma descarada la política de la atrocidad y triunfó a resultas de ello. En 1959, 250 oficiales de Vietnam del Sur fueron asesinados por el Viet Cong. El Viet Cong descubrió que el asesinato era fácil, barato y que funcionaba. Un año más tarde el total de asesinatos y horror se elevó a 1.400, y continuó durante doce años más.

A lo largo de estos años, los defensores de la guerra de atrición en Estados Unidos continuaron con sus bombardeos impotentes y fútiles contra el Norte. La metodología y objetivos de estos bombardeos los convertían en ineficientes en comparación con los bombardeos estratégicos que se realizaron durante la segunda guerra mundial, si bien nuestros propios estudios posteriores a la segunda guerra mundial mostraron que poco se consiguió con estos bombardeos en Inglaterra y Alemania, salvo acerar la determinación del enemigo.

Pero, mientras los Estados Unidos bombardeaban en vano el Norte, el Norte asesinaba con eficiencia a la infraestructura del Sur, uno a uno en sus lechos y hogares. Tal y como vimos, la muerte a seis mil metros de altura resulta extrañamente impersonal y psicológicamente impotente. Pero la muerte cercana y personal, que deja caer sobre sus víctimas la intensidad manifiesta del Viento del Odio del enemigo, esta clase de muerte puede ser horriblemente efectiva a la hora de minar la voluntad de las víctimas y conseguir a la postre la victoria:

Un pelotón con una orden de ejecución entró en el domicilio de un destacado líder de la comunidad y le disparó a él, a su mujer, a su hijo casado, a su nuera, a dos sirvientes varón y mujer, y a su bebé. Estrangularon al gato de la familia, mataron a palos al perro y sacaron a la carpa dorada de su pecera y la arrojaron al suelo. Cuando se fueron los comunistas, no quedaba vida en la casa: una «unidad doméstica» había sido eliminada.

Jim Graves
«The Tangled Web»

Resulta llamativo que los talibanes y las fuerzas de Al Qaeda en Afganistán e Iraq también emplearan la atrocidad, si bien, en cierto sentido, ellos fueron considerablemente más torpes y contraproducentes a la hora de usarla. Un antiguo comandante de alto nivel de Vietnam del Norte fue preguntado por su valoración de las tácticas empleadas por las fuerzas contra las que se enfrentaban Estados Unidos en Afganistán e Iraq. Señaló que nuestros oponentes se

equivocaban enormemente cuando recurrían a las matanzas indiscriminadas (principalmente mediante atacantes suicidas y coches bomba) y mediante el ataque contra el territorio de Estados Unidos; se trataba de dos errores que Vietnam del Norte siempre intentó evitar.

La atrocidad puede ser una herramienta poderosa. Pero también constituye una sirvienta malvada y odiosa que debe ser llevada con una correa corta, por miedo a que se vuelva contra sus supuestos amos y les niegue incluso los beneficios a corto plazo.

Y, con todo, resulta innegable que hay un valor sencillo, horripilante y obvio que reside en la atrocidad. Los mongoles consiguieron que naciones enteras se sometieran sin pelear simplemente por su reputación de exterminadores de ciudades y naciones enteras que se les habían resistido en el pasado. El término «terrorista» significa simplemente «alguien que emplea el terror», y no tenemos que mirar muy lejos —por el mundo o atrás en la historia— para encontrar ocasiones en las que individuos o naciones han triunfado a la hora de hacerse con el poder mediante un uso despiadado y efectivo del terror.

El empoderamiento de matar

Los asesinatos en masa y las ejecuciones pueden ser fuentes de empoderamiento masivo. Es como si se hubiera firmado un pacto con Satán, y una cohorte de demonios hubiera vivido y prosperado a costa de las víctimas de las ss nazis (por elegir un ejemplo), empoderando a su nación con una fuerza maligna como recompensa por sus sacrificios sangrientos. Cada muerte afirmaba y validaba en sangre el demonio de la superioridad racial nazi, estableciendo así un poderoso pseudoespecismo (al categorizar a una víctima como especie inferior) basado en la distancia moral, social y cultural.

En el libro de Dyer, *War*, hay una sorprendente imagen de unos soldados japoneses pasando por la bayoneta a prisioneros chinos. Los prisioneros en una cola sin fin se encuentran arrodillados en una zanja profunda con las manos atadas a la espalda. A lo largo de la zanja se yergue otra cola interminable de soldados japoneses con las bayonetas caladas en sus fusiles. Uno a uno estos soldados descienden a la zanja para infligir la «brutalidad íntima» de calar la bayoneta en su víctima. Las cabezas de los prisioneros cuelgan en una aceptación vaga y un horror quedo. Los que están siendo pasados por la bayoneta muestran un rostro convulso que agoniza. Resulta sorprendente que los que están matando muestren un rostro convulso similar al de sus víctimas.

En estas situaciones de ejecución, las potentes fuerzas de la distancia moral, social y cultural, la exoneración grupal, y la autoridad que exige obediencia se combinan para impeler al soldado a ejecutar, superando las fuerzas olvidadas de su decencia natural y aprendida y su resistencia a matar.

Cada soldado que participa activa o pasivamente en estas ejecuciones masivas se enfrenta a una elección descarnada. Por un lado, el soldado puede resistirse al poderoso despliegue de fuerzas que le emplazan a matar, y será expulsado *ipso facto* por su nación, sus líderes y sus amigos, y es probable que termine ejecutado junto con el resto de las víctimas de este horror. Por otro lado, el soldado puede plegarse ante las fuerzas sociales y psicológicas que le exigen que mate y, al hacerlo, se sentirá extrañamente empoderado.

El soldado que efectivamente mata debe vencer a esa parte de sí mismo que le dice que es un asesino de mujeres y niños, una bestia infame que ha hecho algo imperdonable. Tiene que negar la culpa interior y asegurarse de que el mundo no está loco, que sus víctimas no son ni siquiera animales, que son gusanos malignos, y que lo que su nación y sus líderes le han dicho que hiciera está bien.

Tiene que creer que no sólo esta atrocidad es correcta, sino que prueba que es moral, social y culturalmente superior respecto a aquellos que ha matado. Se trata del acto por antonomasia de la afirmación de su superioridad. Y el que mata debe reprimir con vehemencia cualquier pensamiento disonante en el sentido de que ha hecho algo malo. Además, tiene que atacar con vehemencia a cualquiera o cualquier cosa que ponga en peligro su creencia. Su salud mental depende por completo de su creencia en que ha hecho lo que era justo y debido.

Es la sangre de sus víctimas lo que le impulsa y empodera hacia nuevas cotas de muerte y matanzas. Y, cuando nos damos cuenta de que este mismo proceso básico de empoderamiento es lo que motiva los asesinatos satánicos y otros asesinatos de sectas, la analogía del pacto con el diablo no resulta tan extraña como parece. Esta es la fuerza, el poder y la atracción que ha residido en los sacrificios humanos durante milenios.

La vinculación con los líderes y compañeros

Los que ordenan atrocidades se encuentran poderosamente vinculados por la sangre y la culpa a los que las cometen, y a su causa, pues tan solo el éxito de su causa puede garantizar que no tendrán que rendir cuentas de sus acciones. Para los dictadores totalitarios, son su policía secreta y otras unidades del tipo de guardias pretorianas con las que pueden contar para que luchen por su líder hasta

el amargo final. La policía política de Nicolae Ceaușescu en Rumanía y las unidades de las SS de Hitler son dos ejemplos de formaciones vinculadas a sus líderes por las atrocidades.

Al asegurarse de que sus hombres participan en atrocidades, los líderes totalitarios también se aseguran de que para estos esbirros no existe la posibilidad de una reconciliación con el enemigo. Se encuentran inextricablemente vinculados al destino de su líder. Atrapados en su lógica y su culpa, los que cometen atrocidades no disciernen otra alternativa que la victoria total o la derrota total en un gran *Götterdämmerung*.

En ausencia de una amenaza legítima, los líderes (ya sean nacionales o cabezas de pandillas) pueden designar a un chivo expiatorio cuya violación y sangre inocente empodera a los que matan y los vincula a sus líderes. Tradicionalmente, los grupos débiles con una gran visibilidad y las minorías —como los judíos o los negros— han desempeñado este papel.

Las mujeres también han sido violadas, degradadas y deshumanizadas para la exaltación de otros. A lo largo de la historia, probablemente las mujeres hayan sido el mayor grupo de víctimas de este proceso de empoderamiento. La violación constituye una parte muy importante del proceso de dominación y deshumanización del enemigo; y este proceso de empoderamiento mutuo y vinculación a expensas de otros es justamente lo que ocurre en las violaciones en grupo. En la guerra, el empoderamiento y la vinculación mediante estas violaciones en grupo a menudo ocurre a nivel nacional.

El conflicto germano-ruso durante la segunda guerra mundial es un ejemplo excelente de un círculo vicioso en el que ambos lados se vieron involucrados en atrocidades y violaciones. Esto alcanzó un grado en el que, según Albert Seaton, a los soldados soviéticos que atacaban Alemania se les decía que estarían exentos de los crímenes cometidos contra civiles y que las propiedades de las personas y las mujeres alemanas eran suyas por derecho propio.

La incidencia de las violaciones como resultado de estas arengas parece ser que fue de millones. En *La última batalla*, Cornelius Ryan estimó que hubo cien mil nacimientos como resultado de las violaciones tan solo en Berlín tras la segunda guerra mundial. Recientemente hemos visto el uso de la violación como herramienta política por parte de todos los bandos en la antigua Yugoslavia. Y algunos fundamentalistas islámicos emplean la violación en grupo sistemáticamente para castigar a las mujeres que quebrantan la sharia. Lo que hay que entender es que las violaciones en grupo y las matanzas de pandillas o sectas en tiempos de paz o de guerra no constituyen una «violencia sin sentido».

Son, por el contrario, poderosos actos de vinculación del grupo y habilitación del comportamiento criminal que, a menudo, poseen el propósito oculto de promover la riqueza, poder o vanidad de un líder en concreto o de una causa... a expensas de los inocentes.

Atrocity and negation

El mero horror de la atrocidad sirve no solo para aterrorizar a los que tienen que afrontarla, sino que también genera incredulidad en los observadores distantes. Ya sea una matanza ritual de una secta en nuestra sociedad o los asesinatos en masa a cargo de gobiernos en el mundo en general, la respuesta común suele ser la de una incredulidad total. Y cuanto más próximo sea, tanto más nos mostraremos incrédulos.

La mayoría de los estadounidenses ha sido capaz de aceptar los millones de asesinatos cometidos por la Alemania nazi porque nuestros soldados estuvieron ahí y estuvieron expuestos personalmente a los campos de exterminio nazis. Los testimonios presenciales, las filmaciones, una comunidad judía activa y poderosa, y las tumbas en los campos de la muerte como Dachau y Auschwitz, todo se junta para hacer casi imposible negar el horror. Y, sin embargo, ante todas estas evidencias existe una extraña minoría en nuestro país —y por todo el mundo— que realmente cree que nunca ocurrió.

El mero horror de la atrocidad hace que queramos que desaparezca y, cuando nos enfrentamos a acontecimientos como el genocidio en Camboya, preferiríamos mirar hacia otra parte. David Horowitz, un radical de los años sesenta, escribió sobre cómo este proceso de negación les ocurrió a él y a sus amigos:

Yo y mis antiguos camaradas en la izquierda desechábamos las «mentiras» antisoviéticas sobre la represión estalinista. En la sociedad que ensalzábamos como el nuevo amanecer de la humanidad, cien millones de personas fueron enviadas a campos de trabajos forzados en condiciones que rivalizaban con Auschwitz y Buchenwald. Entre treinta y cuarenta millones de personas fueron asesinadas en tiempos de paz durante la rutina cotidiana del régimen socialista. Mientras las personas de izquierda aplaudían sus políticas progresistas y guardaban sus fronteras, los marxistas soviéticos mataban más campesinos, más trabajadores e incluso más comunistas que todos los gobiernos capitalistas en su conjunto desde el comienzo de los tiempos.

Y durante todo el periodo de esta pesadilla, los William Buckley y Ronald Reagan y otros anticomunistas le iban diciendo al mundo precisamente lo que estaba ocurriendo. Y todo este tiempo la izquierda pro-soviética continuaba denunciándolos como reaccionarios y mentirosos, empleando los mismos términos despectivos ... La izquierda habría seguido negando las atrocidades soviéticas de no ser que los responsables no hubieran reconocido finalmente sus crímenes.

Si bien este es un reconocimiento enormemente llamativo de ingenuidad, una

significativa y activa minoría en Estados Unidos estuvo atrapada en este programa de autoengaño. Los que fueron engañados son mayoritariamente hombres y mujeres buenos, decentes y con una gran educación. Es precisamente su bondad y decencia lo que provocó que fueran tan absolutamente incapaces de creer que alguien o algo que aprobaban pudiera ser tan completamente maligno. Quizás la negación de las atrocidades en masa esté vinculada a nuestra resistencia innata a matar. Al igual que uno vacila a la hora de matar cuando se enfrenta a una presión extrema y a pesar de la amenaza de la violencia, uno tiene dificultades imaginando —y creyendo— la existencia de la atrocidad a pesar de los hechos.

Pero no debemos negarla. Si miramos por el mundo con detenimiento, encontraremos a alguien que blande el poder oscuro de la atrocidad para apoyar una causa en la que *nosotros* creemos. Constituye un principio básico de la naturaleza humana que nos resulte difícil creer y aceptar que alguien que *nos* gusta y con quien *nos* identificamos sea capaz de estos actos contra nuestros congéneres. Y esta tendencia tan sencilla e ingenua tendente a no creer u obviar es, posiblemente más que cualquier otro, el factor responsable de la perpetuación de la atrocidad y el horror en nuestro mundo hoy en día.

¹ Officer Candidate School.

² . La única otra vez en la que oí hablar sobre este proceso fue a un comandante de ala británico en la guerra del Golfo particularmente astuto e inusualmente introspectivo. Este señaló que los equipos en tierra de la RAF que apoyaban a su escuadrón se sentían como «impostores» porque habían vivido en un hotel, no se habían aproximado personalmente al enemigo, y aún no habían tenido que soportar un ataque iraquí de misiles Scud. Sin embargo, se encontraban a tan sólo unos cientos de metros de una unidad de la Guardia Nacional de Estados Unidos que a la postre fue alcanzada por un ataque de misiles Scud que resultó en una pérdida de vidas considerable. «Espero», dijo, «que no me malinterprete si le digo que mis equipos en tierra se sintieron un poco mejor cuando alcanzaron a los estadounidenses».

3 La trampa de la atrocidad

A pesar de sus beneficios a corto plazo, la atrocidad como política suele ser —si bien no siempre— autodestructiva. Desafortunadamente, esta autodestrucción no suele darse a tiempo para salvar a sus víctimas inmediatas.

El proceso de vincular a los hombres forzándoles a cometer una atrocidad requiere un fundamento de legitimidad para que continúe durante un periodo de tiempo. La autoridad del Estado (como en el caso de la Rusia estalinista, la Alemania nazi o el Iraq baazista), una religión de Estado (como en el caso del culto al emperador en Japón o el fundamentalismo islámico de los talibanes en Afganistán), una herencia de barbarie y crueldad que devalúa la vida humana individual (como en el caso de las hordas mongolas, en la China imperial y en muchas otras civilizaciones antiguas), y las presiones económicas en combinación con años previos de experiencia y vinculación de grupo (como en el caso del Ku Klux Klan y las pandillas urbanas) son todos ejemplos de distintas formas de los factores «legitimadores» que, por separado o de forma conjunta, pueden asegurar que se cometan atrocidades de forma continuada. Sin embargo, también contienen la semilla de su propia destrucción.

Una vez que un grupo experimenta el proceso de vinculación y empoderamiento mediante la atrocidad, sus miembros estarán atrapados, pues cualquier otra fuerza que conozca su naturaleza se volverá contra ellos. Por supuesto que aquellos que cometen atrocidades entienden que lo que hacen será considerado criminal por el resto del mundo, y de ahí que, cuando ello ocurre en los Estados nacionales, se intente controlar a la población y a la prensa.

Con todo, controlar a la gente y el conocimiento no deja de ser una medida temporal, en particular desde que la ubicua comunicación digital se va poniendo al alcance de todo el mundo. La existencia del Holocausto nazi y el Gulag soviético fue tratada en los medios, y las retransmisiones instantáneas de la masacre en la plaza de Tiananmén privó a los comunistas chinos de la posibilidad de negarla.

Quemar puentes y calles de un solo sentido

Forzar a los hombres a que cometan atrocidades es más sencillo que conseguir que estos acepten la atrocidad como un proceso de vinculación y empoderamiento. Pero, una vez que han aceptado el proceso de empoderamiento y creen firmemente que su enemigo es menos que humano y que merecía lo que

le ha sucedido, entonces caen en una profunda trampa psicológica.

Muchos estudiosos del comportamiento alemán durante la segunda guerra mundial se muestran desconcertados por la paradoja del planteamiento de los nazis en la guerra contra Rusia. Por un lado, los nazis tenían una organización bélica enormemente competente, mientras que, por otro lado, fracasaron a la hora de sacar partido de las oportunidades para «liberar» Ucrania y convertir a las unidades soviéticas desertoras a su causa. El problema estriba en que los nazis estaban atrapados por la misma cosa que los habilitaba. Su negación racista y basada en la atrocidad de la humanidad de sus enemigos hacía que sus fuerzas fueran poderosas en la batalla, mientras que de forma simultánea les impedía tratar a cualquiera que no fuera «ario» como un ser humano. Inicialmente, el pueblo ucraniano acogió a los nazis como libertadores y las fuerzas soviéticas se rindieron en masa, pero pronto comenzaron a darse cuenta de que había algo que era incluso peor que la Rusia estalinista.

De momento, parecería que la atrocidad ha triunfado como política en China. En Vietnam, el Norte ganó empleando la atrocidad y continúa en el poder, por lo menos hasta ahora. Y durante décadas los soviéticos estuvieron en el poder en Rusia

y Europa oriental ejerciendo el poder oscuro de la atrocidad. Pero a la postre llegó la hora de la verdad para los soviéticos. En la mayoría de los casos, aquellos que intentan emplear la atrocidad como política nacional sistemática terminan siendo golpeados por esta espada de doble filo. Los que eligen el camino de la atrocidad, queman los puentes tras de sí. Y no hay vuelta atrás.

Habilitar al enemigo

Durante la batalla de las Ardenas, una unidad de las ss masacró a un grupo de prisioneros de guerra en Malmedy. Lo sucedido se propagó como el fuego entre las fuerzas estadounidenses, y miles de soldados decidieron que nunca se rendirían a los alemanes. Por el contrario, y como ya se mencionó, muchos alemanes que lucharían contra los rusos hasta el último aliento tenían claro que debían rendirse a los estadounidenses a la mínima ocasión.

En sus esfuerzos contra los rebeldes chechenos, el ejército ruso empleó cintas de vídeo en las que se veía a los rebeldes decapitando a soldados rusos para convencer a las tropas de que nunca debían rendirse.

Así que hemos visto unas pocas de las limitaciones de la atrocidad. Pero realmente todos estos aspectos negativos no abordan la manifestación más

importante y difícil de cometer actos atroces. La peor parte estriba en que, cuando instituyes y ejecutas una política de atrocidad, tú y tu sociedad tendréis que vivir con lo que habéis hecho. Pero antes de acabar esta parte en la que se examina el coste psicológico que genera la atrocidad, examinemos primero y brevemente un caso concreto.

¡El horror! ¡El horror!

Joseph Conrad

*El corazón de las tinieblas*¹

¹

. Este es el único lugar en todo el libro en el que he empleado una cita de un libro de ficción. Lo hago en este caso porque el Kurtz de Conrad es una representación sin parangón de un hombre embrujado por el poder de la atrocidad. Esto se vio soberbiamente embellecido y recreado en la interpretación de Kurtz a cargo de Marlon Brando en *Apocalypse Now*. En esa película, la representación de cómo se vio Kurtz atrapado por el poder del uso que hacía el Viet Cong de la atrocidad supone una intuición particularmente penetrante sobre el oscuro atractivo de la atrocidad.

4 Un estudio de caso sobre la atrocidad

Este es un relato en primera persona sobre la respuesta psicológica de un soldado canadiense que tuvo que enfrentarse al aspecto más vil posible de la atrocidad mientras servía en las fuerzas de paz de las Naciones Unidas enviadas al Congo en 1963. No es agradable. Fue escrito bajo el pseudónimo Alan Stuart-Smyth. El coronel Stuart-Smyth sirvió veintitrés años en las fuerzas de paz de las Naciones Unidas, ascendiendo en rango de soldado raso a coronel a todos los efectos. Herido dos veces, se le concedió la medalla de las Naciones Unidas, una mención a los despachos, la Condecoración de Canadá y la Orden del Servicio Distinguido. Tras retirarse en 1986, se le ofreció y aceptó una cátedra en una de las principales universidades de Estados Unidos, y estuvo enseñando criminología durante dos años.

Cabe destacar la espada de doble filo de la atrocidad en el texto: la manera en la que esta tanto empodera como atrapa a los que matan en este caso concreto. Y también cabe señalar la manera en la que la atrocidad habilita al soldado que debe matar a alguien descubierto cometiendo una atrocidad:

A medida que me acercaba al edificio, se oía con mucha claridad el sonido de un gemido puntuado por risas profundas. La parte trasera de la iglesia tenía dos sucios ventanucos al nivel de la vista a través de los que me puse a mirar. Aunque el interior de la iglesia estaba a oscuras en comparación con la deslumbrante luz del exterior, podía distinguir las formas de dos hombres negros desnudos que estaban torturando a una joven mujer blanca que supuse que era una monja o una maestra. Había sido desnudada y estaba tendida en un pasillo lateral, con uno de los rebeldes estirando sus brazos con fuerza por encima de la cabeza, mientras el otro estaba arrodillado sobre su barriga y le tocaba una y otra vez los pezones con un cigarrillo ardiendo. También tenía marcas de quemaduras en la cara y en el cuello. Unos uniformes de la gendarmería de Katanga estaban amontonados sobre el respaldo de un banco, y había atuendos femeninos esparcidos cerca de la puerta. Una carabina yacía junto a la mujer. También había otro fusil apoyado contra la pared cerca de los uniformes. Parecía que no había nadie más presente en la iglesia ...

A mi señal irrumpimos en la iglesia con las armas en automático.

«Quietos», grité. «Tropas de las Naciones Unidas; están detenidos.» No quería hacerlo así pero, maldita sea, todavía seguía siendo un soldado, y estaba sujeto a la Regulación y Órdenes de la Reina.

Los rebeldes se pusieron en pie y nos encararon, mirándonos con unos ojos frenéticos. Yo llevaba una Sterling de calibre 9 mm [subfusil] ... que apunté hacia los dos hombres desnudos. No estábamos a más de cinco metros de distancia.

El que había estado sujetando los brazos de la monja temblaba visiblemente a causa del miedo, y sus ojos miraban incontrolados a toda la habitación. En un segundo se posaron en el fusil que yacía en el pasillo. La monja había rodado hasta ponerse sobre su estómago, y se agarraba los pechos y se balanceaba de un lado a otro mientras gemía de dolor.

«No seas idiota», le avisé. Pero lo hizo de todas formas.

En un ataque de pánico, emitió un lamento fuerte y desgarrado y se abalanzó a por el fusil. Cayó sobre

sus rodillas y agarró el arma, y volvió su rostro aterrorizado hacia mí en un intento de emplearla. Mi primera ráfaga le dio en la cara; la segunda en todo el pecho. Estaba muerto antes de caerse, con su cuerpo casi descabezado.

El segundo terrorista comenzó a mover los brazos frenéticamente arriba y abajo, como un mirlo desplumado que intentara echar a volar. Sus ojos revoloteaban de un lado al otro de la boca del cañón de la Sterling a su arma, que estaba apoyada contra la pared a al menos tres metros de distancia ...

«No lo hagas, no lo hagas», le ordené. Pero profirió un ruidoso «Yaaa...» y se abalanzó en busca de su fusil. Le volví a avisar, pero agarró el arma, consiguió cargar una bala y comenzó a virar el cañón hacia mí.

«¡Mátalo, maldita sea!», gritó el cabo Edgerton, que había entrado en la iglesia detrás de nosotros. «¡Mátalo ya!»

El terrorista rebelde estaba ahora encarándome mientras intentaba desesperadamente mover el largo cañón de su fusil de cerrojo para alinearlo con mi pecho. Sus ojos se trabaron con los míos: ojos desorbitados y frenéticos rodeados de una superficie blanca. Nunca se soltaron de los míos, incluso cuando las poderosas balas SMG penetraron en su estómago, ascendieron por su pecho y seccionaron la arteria carótida en el lado izquierdo de su cuello. Su cuerpo golpeó el suelo con un ruido hueco, destrozado por la potencia del Sterling, y aun así sus ojos seguían clavados en los míos. Entonces su cuerpo se relajó y sus ojos se dilataron, ciegos en la muerte ...

Antes de Okonda, nunca había matado a un ser humano. Quiero decir que no tenía la certeza de haber matado. Cuando uno dispara a sombras en movimiento en la confusión de la batalla, uno no puede estar seguro del resultado. En el puente 19 maté a muchos hombres cuando hice explotar las cargas y la detonación envió al otro mundo a un convoy enemigo, pero de alguna manera el incidente no fue psicológicamente cercano. Estaban muy alejados, y la cobertura de la noche velaba sus formas y movimientos, su humanidad misma. Pero aquí, en Okonda, la cosa era diferente. Los dos hombres que había matado estaban prácticamente al alcance de la mano. Podía ver claramente sus expresiones faciales, incluso oír su respiración, ver su miedo y percibir su olor corporal. Y lo curioso es que *no sentí nada en absoluto* ... [énfasis de Stuart-Smyth]

Había dos monjas en Okonda: la joven es la que salvamos, y a la mayor no. Cuando entré en la iglesia, me situé ligeramente detrás del altar hacia la izquierda. Desde esa posición no podía ver el altar de frente, un mueble bastante grande de madera sin pulir con una cruz por encima. Quizás fuera algo bueno que no pudiera verlo, pues los rebeldes habían utilizado el altar para hacer una carnicería con la vieja monja.

La habían desnudado, pero no la habían violado, quizás porque era vieja y obesa. En vez de eso, la sentaron recta con la espalda contra el altar y le clavaron las manos en un aparente simulacro de la crucifixión. Entonces le cortaron los pechos con una bayoneta y, en un último acto de salvajismo, atravesaron la bayoneta en su boca hasta el altar, empalándola en una posición vertical. Las muestras de lucha mostraban que no había muerto al instante de la herida de la bayoneta, sino que probablemente había sucumbido por la pérdida de sangre de las heridas en el pecho. Tenía el pene y los testículos de un hombre blanco introducidos parcialmente en la vagina. Los pechos seccionados no estaban por ninguna parte.

Encontramos al propietario de los atributos masculinos atado con los brazos y piernas en cruz en medio del poblado, con los pechos de la monja clavados en su pecho con palos afilados ...

Antes de dejar Okonda, la joven monja pidió conocer al soldado que le había salvado la vida. Ahora estaba vestida y se había aseado un poco con la ayuda de nuestro médico de combate. Me sorprendió lo joven que era: veintipico o incluso más joven ... necesitó unas cuantas suturas en la vagina, y también tendría que ser tratada por las quemaduras. No admiraba su decisión de permanecer en territorio enemigo cuando se le había ofrecido con creces la posibilidad de marcharse, pero sí que admiraba su arrojo. Cuando nos conocimos me miró a los ojos y dijo: «Gracias a Dios que vino». Había sido golpeada de mala manera, pero no estaba derrotada.

En cuanto a mí, había cumplido los diecinueve solo dos días antes, y todavía sufría de una educación que me había brindado una buena familia cristiana. Perdí gran parte de esa educación en Okonda. No había honor aquí, ni tampoco virtud. Los estándares de comportamiento que se enseñaban en los hogares, iglesias y escuelas de Estados Unidos no tenían lugar en la batalla. Eran conceptos míticos que solo servían para

criar a los niños, pero después habría que desecharlos para siempre. No, no me sentía culpable ni avergonzado por haber matado a un hombre igual que yo. ¡Me sentía orgulloso!

Alan Stuart-Smyth
«Congo Horror»

Hay numerosos ejemplos de la atrocidad cometida por todos los grupos nacionales, raciales y étnicos, pero este ejemplo ofrece una de las mejores, más claras e instruidas representaciones de la atrocidad desde el punto de vista de la «ciencia de matar».

Muchos de los factores y procesos que hemos tratado —o trataremos en breve— pueden observarse claramente en este estudio de caso. Vemos en los violadores el instinto de atacar y mancillar todo aquello que tienen por valioso aquellos que ellos consideran que son sus opresores. Vemos cómo la atrocidad de los violadores enfurece y empodera a su oponente. Vemos a los violadores atrapados por la atrocidad: descubiertos in fraganti y conscientes de que, si se rinden, serán ejecutados; no tienen otra opción que intentar luchar. Vemos la reticencia de Stuart-Smyth a matar a estos hombres incluso enfrentado a sus atrocidades. Vemos el bajo atractivo como objetivo asociado a la vista de un hombre desnudo lascivo e inofensivo moviendo «los brazos frenéticamente arriba y abajo, como un mirlo desplumado que intentara echar a volar». Vemos el papel de la autoridad que exige obediencia en el hecho de que, incluso ante esta provocación, a Stuart-Smyth se le tiene que ordenar que mate. Vemos una difusión de la responsabilidad porque la persona que da la orden de matar no dispara su propia arma. Podemos ver el desarrollo de la racionalización y aceptación de Stuart-Smyth cuando primero dice «no sentí nada en absoluto», y luego se contradice afirmando: «No me sentía culpable ni avergonzado por haber matado a un hombre igual que yo. ¡Me sentía orgulloso!». Y podemos ver que la racionalización y aceptación de Stuart-Smyth se ve enormemente respaldada por el hecho de que los hombres que mató estaban cometiendo atrocidades.

Vemos todas estas cosas. Pero por encima de todo, al verlas observamos el poderoso proceso de la atrocidad en funcionamiento en las vidas de los individuos que desempeñan sus papeles en este diminuto microcosmos de la guerra.

5 La mayor trampa de todas: vivir con lo que se ha hecho

El precio y proceso de la atrocidad

El trauma psicológico de vivir con lo que se ha hecho a uno de tus semejantes puede que represente el precio más significativo que se cobra la atrocidad. Los que cometen atrocidades firman un pacto con el diablo. Han vendido su conciencia, su futuro, su paz de espíritu por una ventaja breve, pasajera y autodestructiva.

Parte de este estudio se dedica a examinar el sorprendente poder de la resistencia del hombre a matar, la ventaja psicológica y la manipulación que se requieren para conseguir que los hombres maten, y el trauma que resulta de ello. Una vez que hayamos tomado en consideración todas estas cosas, entonces podremos ver que la carga psicológica de cometer atrocidades debe ser tremenda.

Con todo, debo dejar meridianamente claro que este examen del trauma asociado a matar de ninguna manera entraña denigrar o minusvalorar el horror y el trauma de aquellos que han sufrido atrocidades. La idea estriba aquí en conseguir una *comprensión* de los procesos asociados a la atrocidad, una comprensión que en ningún caso pretende despreciar el dolor y sufrimiento de las víctimas de las atrocidades.

El coste de cumplir...

El que mata puede verse empoderado cuando mata, pero, a la postre, a menudo años más tarde, puede que tenga que cargar con el lastre emocional de la culpa que ha enterrado con sus actos. Esta culpa se vuelve prácticamente inevitable cuando el bando del que mata pierde y tiene que responder por sus acciones, algo que, como ya hemos visto, constituye una de las razones por las que forzar a la participación en una atrocidad es una manera extrañamente efectiva para motivar a los hombres en combate.

Aquí vemos a un soldado alemán que, años después, tiene que enfrentarse a la enormidad de sus actos:

[El soldado] conserva una dura imagen de unas cabañas de labriegos ardiendo en Rusia, con sus moradores todavía dentro. «Vimos a los niños y las mujeres con sus bebés y luego oí un *puuuf* : la llama había

atravesado el tejado de paja y había una columna de un marrón amarillento ascendiendo por el aire. No me impresionó mucho entonces, pero cuando lo pienso hoy en día... maté a esa gente. Los masacré.

John Keegan y Richard Holmes
Soldiers

La culpa y el trauma de un ser humano medio al que se le fuerza a asesinar a civiles inocentes no necesariamente tiene que aguardar años antes de que aflore como repugnancia y rebelión. A veces, el que ejecuta no puede resistir las fuerzas que le mueven a matar, pero la pequeña voz que queda de la humanidad y la culpa gana la partida poco tiempo después. Y si el soldado reconoce verdaderamente la magnitud de su crimen, entonces debe rebelarse violentamente. En su calidad de oficial de inteligencia durante la segunda guerra mundial, Glenn Gray entrevistó a un desertor alemán que había despertado moralmente tras participar en una ejecución:

Siempre recordaré el rostro de un soldado alemán cuando describió este despertar drástico ... Cuando lo elegimos para investigarlo ... en 1944, estaba luchando con el maquis francés contra su propia gente. A mí pregunta sobre los motivos de que hubiera desertado a la resistencia francesa, respondió describiendo su participación en operaciones de represalia contra los franceses. En una de esas operaciones, se le ordenó a su unidad que prendiera fuego a un pueblo y que no dejaran que ninguno de los aldeanos escapara ... Mientras contaba cómo disparaban a las mujeres y niños mientras huían gritando de las llamas de las casas ardiendo, la cara del soldado se contraía de una forma dolorosa y casi no podía respirar. Era patente que esta experiencia extrema le había causado un shock que le había hecho tomar conciencia de su propia culpa, una culpa que temía que nunca podría expiar. En el momento de ese despertar no tuvo ni el valor ni la resolución de impedir la masacre, pero su desertión a la resistencia francesa poco después fue prueba de un nuevo curso de su vida radical.

En algunas raras ocasiones, a los que se les ordena ejecutar a seres humanos poseen la extraordinaria fibra moral que se necesita para mirar directamente a la cara la autoridad que exige obediencia y negarse a matar. Estas situaciones representan tal grado de valentía moral que a veces se convierten en legendarias. Los relatos concretos de las muertes personales de un soldado son normalmente difíciles de conseguir en una entrevista, pero, en los casos de individuos que se negaron a participar en acciones que consideraban injustas, los soldados se suelen mostrar extremadamente orgullosos de sus actos y les causa placer contar la historia.

Con anterioridad en este estudio, vimos al veterano de la primera guerra mundial que se sentía tremendamente orgulloso de haber sido más listo que el ejército al haber fallado intencionadamente cuando formaba parte de un pelotón de ejecución, y vimos a un mercenario de la Contra que estaba encantado porque él y sus camaradas habían fallado a propósito al disparar contra un barco repleto de civiles. Un veterano de la milicia cristiana en el Líbano tenía varias muertes

personales de las que estaba muy dispuesto a hablarme, pero también tenía una situación en la que se le ordenó disparar contra un vehículo y se negó. No estaba seguro de quién estaba en el vehículo, y se enorgullecía contando que prefirió ser represaliado que matar en esa situación.

A todos nosotros nos gustaría creer que no participaríamos en atrocidades. Que nos enfrentaríamos a nuestros amigos y líderes, y que incluso dirigiríamos nuestras armas contra ellos en caso de necesidad. Sin embargo, existen procesos profundos en juego que impiden el enfrentamiento entre compañeros y líderes en una circunstancia de atrocidad. El primero tiene que ver con la exoneración grupal y la presión del grupo.

En cierto sentido, la autoridad que exige obediencia, el que va a matar y sus compañeros, producen en su conjunto una difusión de la responsabilidad entre ellos. La autoridad se ve protegida del trauma y la responsabilidad por la muerte porque otros realizan el trabajo sucio. El que mata puede racionalizar que la responsabilidad realmente atañe a la autoridad y que su culpa se difumina entre cada uno de los que se encuentran con él y aprieta el gatillo. Esta difusión de la responsabilidad y exoneración grupal de la culpa es la ventaja psicológica básica que hace que funcionen los pelotones de ejecución y las situaciones de atrocidad.

La exoneración grupal puede funcionar en un grupo de extraños (como en el caso de un pelotón de ejecución), pero, si un individuo está vinculado al grupo, entonces la presión de grupo interactúa con la exoneración grupal de tal manera que casi fuerza la participación en una atrocidad. Así que resulta extraordinariamente difícil que un hombre que está vinculado por el afecto mutuo y la interdependencia rompa y rechace abiertamente participar en lo que hace el grupo, incluso si se trata de matar a mujeres y niños inocentes.

Otro proceso poderoso que garantiza cumplir en una situación de atrocidad es el impacto del terrorismo y el instinto de supervivencia. El shock y el horror de ver cómo se inflige una muerte violenta sin provocación crea un profundo miedo atávico en los seres humanos. Mediante la atrocidad, la población oprimida puede ser anestesiada en un estado de desvalimiento adquirido que comporta sumisión y obediencia. El efecto en los soldados que cometen atrocidades parece ser muy similar. La vida humana se devalúa por completo con estos actos y el soldado se da cuenta de que una de las vidas que ha sido devaluada es la suya propia.

En cierto momento, el soldado dice «aunque no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo», y se da cuenta con una empatía a nivel profundo de que las entrañas que uno de esos cuerpos humanos que gritan, se retuercen, sangran y

están atravesados por el horror podrían fácilmente ser las suyas.

...y el coste de no cumplir

Glenn Gray recoge el que puede ser el rechazo más llamativo a participar en una atrocidad del que se tiene constancia:

En los Países Bajos, los holandeses hablan de un soldado alemán que era miembro de un pelotón de ejecución al que se le había ordenado disparar contra unos rehenes inocentes. De pronto, se salió de la fila y se negó a participar en la ejecución. Ahí mismo fue acusado de traición por el oficial a cargo; se le colocó con los rehenes y fue ejecutado de forma sumaria por sus camaradas. En un acto, el soldado ha abandonado para siempre la seguridad del grupo y ha quedado expuesto a las exigencias más extremas de la libertad. Respondió en el momento crucial a la voz de su conciencia y ya no se veía empujado por las exigencias externas ... Tan solo podemos imaginar la influencia que debió de tener en los que mataban y en los que morían. En cualquier caso, no debió de ser menor, y los que oyen este episodio no dejan de sentirse inspirados.

Aquí, en su forma más espléndida, vemos el potencial de la bondad que existe en todos los seres humanos. Al superar la presión del grupo, la autoridad que exige obediencia y el instinto de supervivencia, este soldado alemán ofrece esperanza a la humanidad y nos vuelve un poco orgullosos de ser de la misma especie. Este, en última instancia, puede que sea el precio de desobedecer que tienen que pagar esos hombres atrapados en un grupo o nación que está atrapado en el horror sin salida del ciclo de la atrocidad.

El desafío supremo: pagar el precio de la libertad

Marquémonos un estándar tan alto que sea glorioso cumplirlo, y entonces cumplámoslo y añadamos un nuevo laurel para la corona de los Estados Unidos.

Woodrow Wilson

De igual manera, cada soldado que se niega a matar en combate, de manera secreta o abierta, representa el potencial latente de la nobleza en la humanidad. Y, sin embargo, se trata de un potencial paradójicamente peligroso si las fuerzas de la libertad y la humanidad deben enfrentarse a aquellos cuyas matanzas sin límite se alimentan de las atrocidades.

Puede que el «bueno» que no está dispuesto a superar su resistencia a matar cuando se enfrenta a un innegable «malo» esté destinado a la postre a la destrucción. Aquellos que aprecian la libertad, la justicia y la verdad deben reconocer que existe otra fuerza independiente en este mundo. Existe una lógica distorsionada y un poder que residen en las fuerzas de la opresión, la injusticia y

el engaño, pero esos que se arrojan ese poder se encuentran atrapados en una espiral de destrucción y negación que a la larga les destruirá a ellos y a cualquier víctima que puedan conseguir que les acompañe hasta el abismo.

Aquellos que valoran la vida humana individual y la dignidad deben reconocer de dónde sacan su fuerza y, si se les fuerza a hacer la guerra, deben hacerla con tanta preocupación por las vidas inocentes como sea humanamente posible. No deben caer en la tentación o verse enemistados hasta verse transitando el camino traicionero y contraproducente de las atrocidades. Ya que, como señala Gray, «su brutalidad hizo que luchar contra los alemanes fuera más fácil; mientras que la nuestra debilitó la voluntad y confundió el intelecto». A menos que un grupo esté preparado para dedicarse totalmente a la lógica distorsionada de la atrocidad, ni siquiera conseguirá las ventajas miopes de esa lógica, sino que se verá inmediatamente debilitado y confundido por su propia inconsistencia e hipocresía. Cuando uno vende su alma, no hay medias tintas.

La atrocidad —ese asesinato a corto alcance de los inocentes y los indefensos— constituye el aspecto más repugnante de la guerra, y aquello que reside en el hombre y le permite llevar a cabo estos actos es el aspecto más repugnante de la humanidad. No debemos permitir sentirnos atraídos por ello. Ni tampoco debemos, en nuestra repugnancia, ignorarlo. A la postre, el propósito último de esta parte, y de este estudio, ha sido tratar este, el más feo aspecto de la guerra, para que lo conozcamos, lo nombremos y lo afrontemos.

Recemos por esto, por esto imploremos,
que todos los sueños innobles expulsemos,
y objetivos más elevados consigamos,
y, como hombres que de un hechizo despertamos,
crezcamos mas fuertes, más nobles, que antaño,
cuando haya paz.

Austin Dobson, veterano de la primera guerra mundial
«When There Is Peace»

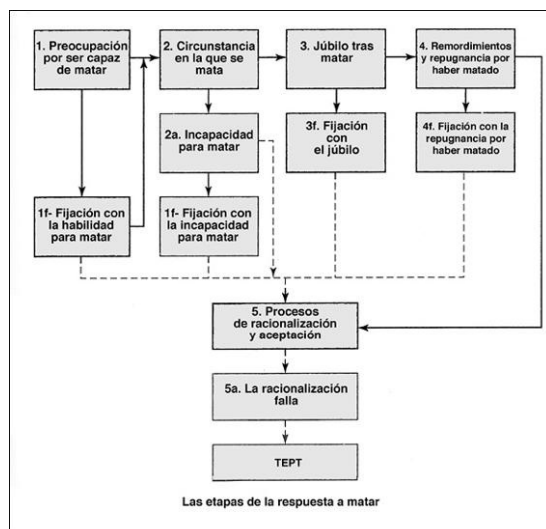
VI Las etapas de la respuesta a matar

1 ¿Qué se siente matando?

En la década de 1970, Elisabeth Kübler-Ross publicó su famosa investigación sobre la muerte que revelaba que, cuando las personas se morían, a menudo pasaban por una serie de etapas emocionales, que incluían la negación, la ira, la negociación, la depresión y la aceptación. En los relatos históricos que he leído, y en mis entrevistas a veteranos durante las dos últimas décadas, me he encontrado con una serie similar de etapas de respuesta emocional a matar en combate.

Las etapas básicas de respuesta a matar en combate son: preocupación por matar, el momento en que efectivamente se mata, júbilo, remordimiento y racionalización y aceptación. Al igual que las famosas etapas de Elisabeth Kübler-Ross como respuesta a la muerte y al hecho de morir, estas etapas son generalmente secuenciales, pero no necesariamente universales. Por tanto, puede que algunas personas se salten algunas etapas, o las mezclen, o pasen por ellas de forma tan fugaz que ni siquiera reconozcan su presencia.

Muchos veteranos me han dicho que este proceso es similar —si bien mucho más poderoso— al que experimentan los cazadores nobeles de ciervos: preocupación por la posibilidad de sufrir el pánico del primerizo (es decir, la incapacidad de disparar cuando surge una oportunidad); el momento en el que efectivamente se mata, que ocurre casi sin pensar; el júbilo y el autoelogio tras matar; breves remordimientos y repugnancia (muchos cazadores veteranos todavía se ponen enfermos cuando tienen que eviscerar y limpiar al venado). Y, finalmente, la aceptación y el proceso de racionalización, que en este caso se completa consumiendo el ciervo y honrándolo como trofeo.



Puede que los procesos sean similares, pero el impacto emocional de estas etapas y la magnitud e intensidad de la culpa que conlleva matar a seres humanos son significativamente distintos.¹

La etapa de la preocupación: ¿Cómo me comportaré?

El sargento de los Marines William Rogel resumió la mezcla de emociones. «Un hombre nuevo ... tiene dos grandes miedos. Uno es —y es probablemente un miedo predominante— ¿cómo me comportaré? ¿Voy a mostrar la bandera blanca? ¿Seré un cobarde o seré capaz de hacer mi trabajo? Y, por supuesto, el otro es el miedo común: ¿Voy a sobrevivir o acabaré muerto o herido?

Richard Holmes
Acts of War

Las investigaciones de Holmes indican que una de las primeras respuestas emocionales de un soldado al hecho de matar es la preocupación por si, a la hora de la verdad, será capaz de matar al enemigo o si se quedará «congelado» y decepcionará a sus camaradas. Todas mis entrevistas e investigaciones corroboran que se trata de una profunda y sincera preocupación que afecta a la mayoría de los soldados, y cabe recordar que tan solo entre el 15 y el 20 por ciento de los fusileros estadounidenses durante la segunda guerra mundial pasaron de esta primera etapa.

Un exceso de preocupación y miedo puede desembocar en una fijación, que crea una obsesión con matar por parte del soldado.² Esto también se puede ver en las psicopatologías en tiempos de paz, cuando los individuos acaban con una fijación u obsesión con matar. En los soldados —y en los individuos con una fijación con matar en tiempos de paz— a menudo esta fijación concluye con el segundo paso del proceso: matar. Si nunca se da una circunstancia para matar, puede que los individuos continúen alimentando su fijación viviendo en un mundo de fantasía con muertes al estilo de Hollywood, o puede que resuelvan su fijación mediante la etapa final: racionalización y aceptación.

La etapa de matar: «Sin ni siquiera pensarlo»

Dos disparos. Pam-pam. Justo como nos habían adiestrado en «matar rápido». Cuando mataba, lo hacía así. Como me habían adiestrado. Sin ni siquiera pensarlo.

Bob, veterano de Vietnam

Normalmente, matar en combate termina en el calor del momento, y para el soldado moderno y acondicionado adecuadamente, matar en esa circunstancia se

realiza a menudo de forma refleja, sin ser consciente de ello. Es como si un ser humano fuera un arma. Amartillar y quitar el cierre de seguridad del arma es un proceso complejo, pero, una vez que se logra, pulsar el gatillo resulta rápido y sencillo.

Ser incapaz de matar es una experiencia muy común. Si el soldado se encuentra con que es incapaz de matar en el campo de batalla, puede o bien comenzar a racionalizar lo que ha ocurrido o bien acabar con una fijación y un trauma por su incapacidad de matar.

La etapa de júbilo: «Sentía la más intensa satisfacción»

La adicción al combate ... se da cuando, durante un tiroteo, el cuerpo segrega una gran cantidad de adrenalina a tu sistema y experimentas lo que se denomina un «subidón de combate». Este subidón de combate es como si te dieran una inyección de morfina: flotas en el aire riendo, bromeando, pasándolo en grande, totalmente ajeno a los peligros que te rodean. La experiencia es muy intensa si sobrevives para contarla.

Los problemas surgen cuando empiezas a querer otro subidón de combate, y otro más, y otro, y, antes de que te des cuenta, estás enganchado. Al igual que una adicción a la heroína o la cocaína, la adicción al combate hará que te maten. Y, al igual que cualquier adicto, te desesperas y harás lo que sea por conseguir tu dosis.

Jack Thompson
«Hidden Enemies»

Jack Thompson, un veterano en el combate cuerpo a cuerpo en varias guerras, avisó de los peligros de la adicción al combate. La adrenalina del combate puede verse potenciada por otro subidón: el subidón de matar. ¿Qué cazador o tirador no ha sentido la excitación placentera y la satisfacción de alcanzar el objetivo? En el combate, esta excitación se puede ver enormemente magnificada y puede ser particularmente predominante cuando se da muerte de un alcance medio a largo alcance. Los pilotos de caza, por su propia naturaleza, y debido al largo alcance, parecen ser particularmente susceptibles a esta adicción a matar. ¿O acaso se explica porque resulta más aceptable socialmente que los pilotos hablen del asunto? Sea como fuere, muchos hablan de haber experimentado este tipo de emociones. Un piloto de caza le dijo a lord Moran:

Una vez que has derribado a dos o tres [aeroplanos] el efecto resulta increíble y continuarás haciéndolo hasta que te maten. Es pasión por el deporte, y no un sentido del deber, lo que te impulsa.

Y J. A. Kent escribe sobre «la voz sobreexcitada en la radio de un piloto de caza de la segunda guerra mundial [mientras completaba una muerte en un combate aéreo]: “¡Dios! ¡Se está desintegrando en trocitos! ¡Hay trozos por todas partes!

¡Madre mía! ¡Qué espectáculo!”».

Con anterioridad, ya mencionamos la respuesta clásica del mariscal de campo Slim ante una muerte personal: «Supongo que es algo brutal», escribió, «pero tuve el sentimiento de la satisfacción más intensa mientras el pobre turco caía dando tumbos». Opté por designarlo como etapa de júbilo porque en su forma más intensa o extrema parece manifestarse como júbilo, si bien muchos veteranos se hacen eco de Slim y simplemente lo denominan «satisfacción».

El júbilo que se siente en esta etapa puede verse en el relato de un comandante de tanque estadounidense cuando le describe a Holmes su intenso júbilo cuando acribilló por primera vez a soldados alemanes: «La emoción era increíble ... el júbilo, tras todos esos años de adiestramiento, la tremenda sensación de levitar, de excitación, de júbilo, es como la primera vez que vas a cazar ciervos».

Para algunos combatientes, la atracción del júbilo puede convertirse en algo más que un suceso pasajero. Unos pocos pueden desarrollar una fijación en esta etapa y nunca sentir de verdad remordimientos. En los pilotos y francotiradores, que se ven ayudados por la distancia física, parece ser que esta fijación es relativamente común. La imagen del piloto agresivo al que le encanta lo que hace (matar) forma parte del legado del siglo xx . Pero los que matan a corto alcance sin remordimiento alguno puede que estén en una situación completamente diferente.³

Aquellos que tienen una verdadera fijación con el júbilo de matar, o bien son extremadamente escasos o bien es que simplemente no suelen hablar del asunto. Una combinación de ambos factores explica la ausencia de individuos (más allá de los pilotos de caza) a los que les guste escribir o abundar en la satisfacción que derivan de matar. Existe un fuerte estigma social contra los que dicen que disfrutaron matando en combate. De ahí que resulte extraordinario encontrar a un individuo que exprese emociones tales como las que comunica R. B. Anderson en «Parting Shot: Vietnam Was Fun (?)»:⁴

Con veinte años de retraso, Estados Unidos ha descubierto a sus veteranos ... Espíritus bien intencionados me ofrecen ahora su simpatía y me dicen lo horrible que debió de ser todo aquello.

El hecho es que fue divertido. Es cierto que tuve la suerte de regresar de una pieza. Y es cierto que era joven, tonto y salvaje ... Y es cierto que puede que mire atrás a través de un filtro de color de rosa. *Pero fue muy divertido* [la cursiva es de Anderson]. Estaba tan bien que incluso regresé una segunda vez para echar una mano. Piénsalo.

¿En qué otro sitio podría uno haber dividido su tiempo entre la caza mayor definitiva y las fiestas? ¿En qué otro sitio podría uno sentarse en la ladera de una colina para contemplar cómo un ataque aéreo destruí el campamento base de un regimiento?

Claro que hubo momentos duros y momentos tristes. Pero Vietnam es el referente de todas mis experiencias. El resto de mi vida ha consistido en pasar el tiempo en el ámbito militar intentando recuperar algo de esa vieja sensación. En el combate era un hombre respetado entre mis hombres. Vivía al filo de la

vida y hacía la cosa más viril del mundo: era un guerrero en guerra.

La única persona con la que puedes hablar de estas cosas es con otro veterano. Tan solo alguien que ha participado en combate puede entender la fraternidad profunda de la hermandad de la guerra. Tan solo un veterano puede conocer la excitación de matar y la terrible amargura de perder a un amigo que era más cercano a ti que tu propia familia.

Este relato ofrece una extraordinaria visión sobre lo que tiene el combate para convertirse en adictivo para algunos. Puede que muchos veteranos estén en claro desacuerdo con esta representación de la guerra, y puede que otros estén tácitamente de acuerdo, pero pocos tendrían la valerosa franqueza de este autor.⁵

La etapa de los remordimientos: un collage de dolor y horror

Ya señalamos los tremendos e intensos remordimientos y repugnancia que acompañan a una muerte a corto alcance:

... mi experiencia fue de asco ... tiré mi arma y lloré ... Había tanta sangre ... vomité ... Y lloré ... sentía remordimientos y vergüenza. Recuerdo susurrar de forma idiota «Lo siento» y que luego vomité.

Ya hemos visto estas citas con anterioridad, y este collage de dolor y horror habla por sí mismo. Algunos veteranos sienten que hunde sus raíces en un sentido de identificación y empatía con la humanidad de sus víctimas. Algunos se ven psicológicamente sobrepasados por estas emociones, y a menudo deciden no volver a matar nunca más y, por tanto, se vuelven incapaces de afrontar otra vez el combate. Pero, si bien la mayoría de los veteranos modernos han experimentado intensas emociones en esta etapa, tienden a negar sus emociones de forma que matar de nuevo se vuelve más fácil.

Con independencia de que el que mata niegue sus remordimientos, los afronte o se vea sobrepasado, a pesar de todo estos se encuentran a menudo ahí. Los remordimientos del que mata son reales, son comunes (en particular, entre los jóvenes guerreros o aquellos que no se han preparado emocional y mentalmente para el acto de matar), son intensos, y son algo con lo que tiene enfrentarse el resto de su vida.

La etapa de la racionalización y aceptación: «Me llevó toda la racionalización que pude reunir»

La siguiente etapa de respuesta a una muerte personal es un proceso que dura toda la vida en virtud del cual el que mata intenta racionalizar y aceptar lo que ha hecho. En algunos casos, este proceso nunca se completa de verdad. El que ha matado nunca abandona del todo los remordimientos y la culpa, pero puede

llegar a aceptar que lo que hizo fue necesario y correcto.

Este relato de John Foster revela parte de la racionalización que puede tener lugar inmediatamente después de matar:

Era como un partido de voleibol: él disparaba, yo disparaba, él disparaba, yo disparaba. Mi servicio, y vació todo mi cargador contra él. El fusil se escurrió de sus manos y simplemente cayó ...

Desde luego no era como cuando jugábamos a los soldados de niño. Solía disparar durante horas. Siempre había muchos gritos. Cuando te disparaban, era obligatorio revolvete en el suelo.

... Volteé el cuerpo. Cuando el cuerpo se quedó quieto, mis ojos se clavaron en su rostro. Parte de una mejilla había desaparecido, junto con su nariz y su ojo derecho. El resto de la cara era una mezcla de suciedad y sangre. Sus labios estaban abiertos y sus dientes cerrados. Justo cuando me sentía mal por él, el marine me enseñó la carabina M1 del gobierno de los Estados Unidos que el oriental había empleado contra nosotros. Llevaba un reloj Timex y un par de flamantes zapatillas de tenis estadounidenses. Y ahí se acabó sentirme mal por él.

Este relato ofrece una extraordinaria —y casi seguro no intencionada— visión de los primeros momentos de la racionalización de una muerte personal. Hay que señalar el reconocimiento por parte del autor de la humanidad del enemigo que viene asociada al empleo de «él». Pero entonces se señala el arma del enemigo, y el proceso de racionalización arranca, y el «él» se convierte en el «cuerpo», y a la postre en el «oriental». En el momento en el que arranca el proceso, se recoge cualquier indicio irracional e irrelevante que pueda sostenerlo, y el hecho de estar en posesión de calzado hecho en Estados Unidos y un reloj se convierte en causa para despersonalizar al caído en vez de identificarse con él.

Para el lector esto resulta completamente innecesario; para el que lo escribe esta racionalización y aceptación del hecho de haber matado resultan absolutamente esenciales para su salud emocional y mental, y su progresión se revela inconscientemente en el relato.

A veces el que ha matado es muy consciente de su necesidad de racionalizar y de cómo actúa esta en él. Cabe señalar, en este sentido, la racionalización y justificación de D. Bray, un piloto de un helicóptero de reconocimiento:

Comenzamos a ser unos ejecutores muy eficientes, un papel del que no nos enorgullecíamos.

Tenía sentimientos encontrados al respecto, pero, por mucho que fuera desagradable, era mejor que dejar al ejército de Vietnam del Norte vivo para que pudiera atacar a las tropas estadounidenses en otro lado. A menudo las órdenes del día eran: localizar al ejército de Vietnam del Norte en esta o aquella zona ... recoger para interrogar.

Sobrevolábamos las laderas, siguiendo los rastros y mirando, sin exagerar, bajo enormes piedras hasta que encontrábamos a varios soldados del ejército de Vietnam del Norte apiñados en el suelo intentando esconderse. Entonces nos comunicábamos por radio con el cuartel general mientras nos alejábamos lo suficiente para armar nuestros cohetes. Las órdenes eran: «Esperen mientras lo comprobamos». Entonces llegaban las malas noticias: «Zona equivocada. ¿Muestran algún gesto de rendición?».

Respondíamos «Negativo», y entonces nos decían:

—Mátenlos si pueden.

—Por el amor de Dios, ¿no pueden enviar a alguien para que los haga prisioneros?

—No hay nadie disponible. ¡Dispáren!

—Recibido —contestábamos, y entonces cortábamos.

A veces lo entendían y echaban a correr para ponerse a cubierto. Pero normalmente se agazapaban en sus agujeros hasta que les impactaban los cohetes. El sentido común me decía que los oficiales al mando tenían razón; hubiera sido una locura enviar a un pelotón contra cada pequeña banda de tres o cuatro hombres armados, pero me llevó toda la racionalización que pude reunir el aceptar lo que estaba haciendo.

... Por muy desagradable que fuera, cuando echo la vista atrás puedo ver que lo que hicimos era la única manera efectiva de contrarrestar la táctica del ejército de Vietnam del Norte de disgregarse en unidades tan pequeñas que no había ninguna manera de ir a por ellas.

Todo esto sirve de introducción a un artículo de Bray en una revista en el que habla de una vez en la que no solicitó órdenes. En vez de eso, posó su pequeño helicóptero biplaza y, corriendo un gran peligro para él mismo y su copiloto, capturó a un solitario soldado del ejército de Vietnam del Norte en vez de ejecutarlo, y llevó al prisionero de regreso a la base sentado en la falda de su copiloto.

De nuevo, vemos un artículo que parece representar una profunda solicitud de comprensión por parte del lector. Probablemente, el lector medio no vea la necesidad de justificar estas muertes, pero el que ha matado sí la ve. El meollo aquí es que se trata de un incidente del que Bray —y creo que con razón— se siente orgulloso. Y es este el incidente que Bray quería contar en un foro nacional. Podemos ver su mensaje una y otra vez en los relatos personales sobre Vietnam: «Escuchad, hicimos nuestro trabajo y lo hicimos bien, y había que hacerlo aunque no nos gustara; pero a veces tuvimos que ir por encima y más allá de lo que se esperaba de nosotros para evitar muertes». Y quizás escribiendo y publicando este artículo nos está diciendo: «Este momento, el momento en el que no tuve que matar a nadie, este es el momento del que quiero hablarte. Este es el momento por el que quiero que se me recuerde».

A veces, la racionalización puede manifestarse en sueños. Ray, un veterano del combate cuerpo a cuerpo en la invasión estadounidense de Panamá en 1989, me contó un sueño recurrente en el que hablaba con el joven soldado panameño que había matado en un combate cuerpo a cuerpo: «¿Por qué me mataste?», preguntaba el soldado cada vez. Y en su sueño Ray intentaba explicarse a su víctima, pero, en realidad, estaba explicando y racionalizando el acto de matar para sí mismo: «Bueno, si hubieras estado en mi lugar, ¿no hubieras hecho lo mismo? ... Eras tú o nosotros». Y con el paso de los años, a medida que Ray trabajaba en el proceso de racionalización en sus sueños, el soldado y sus preguntas fueron desapareciendo.

Hemos visto algunos aspectos sobre cómo funciona la racionalización y la aceptación, pero debemos recordar que se trata tan solo de algunos aspectos de un proceso que dura toda la vida. Si el proceso falla, puede desembocar en un trastorno de estrés postraumático. El fracaso del proceso de racionalización y aceptación en Vietnam, y su impacto ulterior en nuestra nación, será abordado en «Matar en Vietnam», la siguiente sección de este libro.

1 . Los conflictos de «obediencia contra afinidad» y «norma cultural contra biológica», que pueden estar en la raíz de este trauma por matar, han sido explorados por Eibl-Eibesfeldt. Este indaga con profundidad en esta área y relata cómo los soldados en los pelotones de ejecución eran tradicionalmente drogados con alcohol y se les proporcionaba una salva aleatoria para permitirles una forma de negación. A pesar de ello, a menudo acababan necesitando terapia psicológica. Eibl-Eibesfeldt también se refiere a los rituales de expiación que empleaban tradicionalmente las tribus primitivas tras matar al enemigo.

Sin embargo, Eibl-Eibesfeldt no examina la necesidad y la calidad de los rituales de expiación para hacer frente al trauma de una muerte personal en la guerra moderna. Estos procesos modernos de expiación, y cómo fallaron en Vietnam, son una parte importante de lo que debemos intentar examinar y entender. Pero primero debemos completar nuestra disección de las etapas de una muerte personal.

2 . A veces se define una fijación como un exceso de dolor o placer asociado con un estímulo en concreto. Ejemplos clásicos de las fijaciones freudianas incluyen a individuos que tienen una fijación con el placer de ser amamantado y el trauma del destete (fijación oral) o individuos con una fijación debida a un aprendizaje traumático de ir al baño (fijación anal).

3 . Muchos veteranos se aíslan por completo de sus emociones en el momento de matar. Me cuentan (creo que con total sinceridad) que ahora no sienten y que entonces no sentían absolutamente nada.

4 Literalmente: « El último disparo: Vietnam fue divertido (?)» .

5 . Pero todos defenderían su derecho a reflexionar abiertamente sobre la guerra tal y como la vio, en un foro conformado por sus iguales. Hay que reconocer el mérito de *Soldier of Fortune* , la revista en la que se publicó este artículo, por ser durante veinte años básicamente el único foro nacional en el que los veteranos de Vietnam podían escribir sobre tales recuerdos de la guerra, tan profundamente emocionales, abiertos y a menudo impopulares. Los editores añadieron el (?) al título del artículo como una manera sutil de distanciarse de las afirmaciones del autor, y así poder publicarlo tal y como estaba. La ruta para recuperarse de todos los traumas de combate pasa por la racionalización y la aceptación, y esta autoexploración que dura toda la vida y a la que denomino «la racionalización y la aceptación» es exactamente lo que ocurre cuando los veteranos escriben y leen estos relatos en primera persona. Creo que escribir y leer estos relatos ofrece una manera extremadamente eficaz de terapia para estos hombres. Y debo respetar profundamente el valor y la fortaleza que supuso tanto leer como publicar estos relatos durante los últimos veinte años.

Cabe señalar que aquí «la excitación de matar» viene antes de «la terrible amargura de perder a un amigo», pues lo último constituye un trauma que se minusvalora intencionalmente con respecto al placer que el autor encontraba en el combate. Hay que hacer hincapié en que esta fijación no convierte a un individuo en una «mala» persona. Al revés, fueron hombres como este, con su sed de aventuras y su adicción a las emociones, los que lideraron a nuestra nación, y son hombres como este de los que nuestro país depende como el fundamento de nuestra fuerza militar en tiempos de guerra. Y, de nuevo, hay numerosos estudios sólidos que demuestran que los veteranos que regresan no suponen una mayor amenaza a la sociedad que la que ya existe en su seno. Como siempre, el objetivo no debe ser juzgar, sino simplemente entender.

2 Aplicaciones del modelo: asesinatos-suicidios, elecciones perdidas y pensamientos enloquecidos

Una aplicación: asesinatos-suicidios y respuestas a la agresión

Una comprensión de las etapas de la respuesta a matar permite abordar las respuestas individuales a la violencia fuera del combate. Por ejemplo, puede que ahora podamos reconocer parte de la psicología detrás de los asesinatos-suicidios. Un asesino, en particular un individuo que mata a varias víctimas en un arrebatado de pasión violenta, puede que tenga una fijación con el júbilo de matar. Pero en el momento en que haya una pausa, y el asesino tenga la posibilidad de reflexionar sobre lo que ha hecho, entonces experimenta la etapa de repugnancia con tal intensidad que el suicidio es una respuesta común.

Estas respuestas pueden incluso ocurrir cuando la agresión se cuele en nuestras pacíficas vidas cotidianas. Son más intensas cuando uno mata en un combate cuerpo a cuerpo, pero incluso una pelea a puñetazos puede desencadenarlas. Richard Strozzi-Heckler, un psicólogo y maestro de alto nivel del arte marcial del aikido, experimentó todo el rango de las etapas de respuesta en una pelea con un grupo de adolescentes que le atacaron en el acceso a su garaje:

Cuando me di la vuelta, alguien salió disparado del asiento trasero, me agarró por el brazo y me volteó. Un trueno de adrenalina recorrió mi cuerpo y sin ninguna vacilación le crucé la cara.

De pronto estaba liberado de cualquier atadura. Me habían atacado físicamente y ahora tenía derecho a dar rienda libre a la furia que había sentido desde el principio. Cuando el conductor se acercó a mí, desvié su golpe y lo sujeté contra el auto por la garganta ... El chico al que había golpeado iba dando trompicones mientras se sujetaba la cara. En ese momento me encontraba en el esplendor de mi justificada indignación. Tras haberme concedido a mí mismo el permiso absoluto para poner las cosas en orden, decidí ajustar cuentas con el chico que tenía agarrado.

Lo que vi hizo que me detuviera horrorizado. Me estaba mirando con un miedo total y absoluto. Sus ojos estaban vidriosos de terror; su cuerpo temblaba violentamente. Un dolor agudo se propagó por mi pecho y mi corazón. De pronto ya no tenía estómago para vengarme ... ver el terror de aquel chico mientras lo sostenía por la garganta hizo que entendiera lo que Nietzsche quería decir cuando escribió ... «Mejor perecer que odiar y temer, y mejor perecer dos veces que ser odiado y temido.»

Primero vemos que el golpe inicial se da de forma refleja, sin pensarlo: «Sin ninguna vacilación le crucé la cara». Entonces llega la etapa de júbilo y euforia:

«De pronto estaba liberado de cualquier atadura ... y ahora tenía derecho a dar rienda libre a la furia que había sentido desde el principio». Y de repente llega la etapa de la repugnancia: «Lo que vi hizo que me detuviera horrorizado ... Un dolor agudo se propagó por mi pecho y mi corazón».

Este proceso puede que incluso explique las respuestas de los países a matar en la guerra. Tras la guerra del Golfo, el presidente Bush era el presidente más popular en la historia reciente de los Estados Unidos. El país estaba en una etapa de júbilo mientras organizaba desfiles y se felicitaba por su comportamiento. Entonces llegó una suerte de resaca moral muy parecida a la etapa de la repugnancia, justo a tiempo para que el presidente Bush perdiera las elecciones. ¿Puede ser que estemos forzando demasiado el modelo? Quizás, pero lo mismo le pasó a Churchill tras la segunda guerra mundial, y casi le pasó a Truman en 1948. Truman tuvo la suerte de que las elecciones se celebraran tres años después del fin de la guerra, lo que pudo ser tiempo suficiente para que la nación entrara en la etapa de racionalización y aceptación. Sin duda alguna, puede que esto sea forzar demasiado el modelo, pero quizás sea un motivo para que los políticos del futuro se lo piensen dos veces antes de ir a la guerra.

«Pensé que estaba loco de remate»: Interacción entre el júbilo y los remordimientos

Cuando les hablo a los grupos de veteranos sobre las etapas de la respuesta a matar sus reacciones son siempre llamativas. Cualquier buen orador o profesor reconoce cuándo ha tocado una fibra sensible en su público, pero la reacción de los veteranos a las etapas de la respuesta a matar —en particular, la interacción entre las etapas de júbilo y remordimientos— es la más potente que he experimentado.

Una de las cosas que al parecer les sucede a los hombres en combate es que sienten el subidón de la etapa de júbilo y, acto seguido, cuando se activa la etapa de los remordimientos, creen que debe haber algo «malo» o «enfermo» en sus cabezas por haberlo disfrutado de forma tan intensa. La respuesta común es algo así como: «Dios mío, acabo de matar a un hombre y lo he disfrutado. ¿Qué es lo que me pasa?». ¡Se sienten mal por no sentirse mal! Pero no hay nada raro en ellos. De hecho, entre los guerreros maduros, entre los individuos que se han preparado mental y emocionalmente para el combate, esta es una de las reacciones más frecuentes.

Si las exigencias de la autoridad y la amenaza del enemigo son lo

suficientemente intensas para vencer la resistencia del soldado, parece razonable que este experimente una sensación de satisfacción. Ha dado en la diana, ha salvado a sus amigos y ha salvado su propia vida. Ha resuelto el conflicto con éxito. Ha ganado. ¡Está vivo! Una buena parte de los subsiguientes remordimientos y culpabilidad parecen ser una respuesta horrorizada a este sentimiento de júbilo perfectamente natural y común. *Resulta vital que los soldados del futuro entiendan que se trata de una respuesta normal y muy común ante las circunstancias anormales del combate, y tienen que entender que sus sentimientos de satisfacción tras matar son un aspecto natural y bastante común del mismo* . Creo que esta es la lección más importante que puede extraerse de una comprensión de las etapas de la respuesta a matar.

De nuevo, debo hacer hincapié en que no todos los combatientes experimentan todas las etapas. Eric, un veterano del cuerpo de los Marines, describió cómo discurrieron estas etapas en sus experiencias de combate. Al primero que mató en Vietnam fue a un soldado enemigo que acababa de ver orinando en un sendero. Cuando más tarde este soldado se aproximó, Eric le disparó. «No me sentí bien», dijo. «No me sentí bien para nada.» No había ningún júbilo discernible, ni siquiera un sentimiento de satisfacción. Pero más tarde, cuando mató a soldados enemigos que estaban a punto de hacerle lo mismo a él durante un tiroteo, sintió lo que denominó «satisfacción, una satisfacción de ira».

El caso de Eric suscita dos temas. El primero es que, cuando tienes causa para identificarte con tu víctima, es decir, lo ves realizando algún acto que hace hincapié en su humanidad, como es el caso de orinar, comer o fumar, es mucho más difícil matarle, y hay mucha menos satisfacción asociada a ello, incluso si la víctima representa una amenaza directa contra ti y tus camaradas en el momento en que lo matas. El segundo es que las siguientes muertes son siempre más fáciles, y hay una mayor tendencia a sentir satisfacción o júbilo tras la segunda experiencia de matar, y una tendencia menor a sentir remordimientos.

Ni siquiera tienes que matar personalmente para experimentar estas etapas de respuesta o la interacción entre las etapas de júbilo y remordimientos. Sol, un veterano del combate naval durante la segunda guerra mundial, habló de su júbilo cuando vio cómo su barco bombardeaba una isla en manos de los japoneses. Más tarde, cuando vio los cuerpos calcinados y mutilados de los japoneses, sintió remordimientos y culpabilidad, y durante el resto de su vida ha estado intentando racionalizar y aceptar el placer que sintió. Sol, al igual que otros miles con los que he hablado, se sintió profundamente aliviado al darse cuenta de que sus secretos más recónditos y oscuros no eran muy distintos a los

de otros soldados con experiencias similares.

La carta al editor de un veterano en respuesta al artículo de Jack Thompson sobre la adicción al combate revela la necesidad desesperada de comprender estos procesos:

La forma de percibir las cosas de [Jack Thompson] siempre me sorprende, pero este escrito es algo fuera de lo común ... En lo que da plenamente en el clavo es en la parte sobre la adicción al combate. Durante largo tiempo pensé que estaba loco de remate.

Una simple comprensión de la universalidad de estas emociones ayudó a un hombre a darse cuenta de que realmente no estaba loco, y que simplemente estaba experimentando una reacción humana común ante una situación poco común. Y, de nuevo, este es el objetivo de este estudio: nada de juzgar, nada de condenar; simplemente el poder extraordinario de comprender.

VII Matar en Vietnam: ¿Qué les hicimos a nuestros soldados?

¿Qué ocurrió en Vietnam? ¿Por qué entre 800.000 y 1,0 millones de veteranos de Vietnam sufren TEPT como resultado de esa trágica guerra? Exactamente, ¿qué lo que les hicimos a nuestros soldados?¹

¹ . En 1978, la comisión presidencial sobre salud mental informaba de que aproximadamente 2,8 millones de estadounidenses habían servido en el sureste asiático. Si damos por buenos los números conservadores de la Administración para los Veteranos según la cual hubo un 15 por ciento de incidencias de TEPT entre los veteranos de Vietnam, entonces más de 400.000 individuos en Estados Unidos sufren TEPT. Valoraciones independientes sobre el número de veteranos de Vietnam aquejados de TEPT varían entre los 500.000 que estima la Disabled American Veterans a la estimación de Harris and Associates de 1980 que los cifra en 1,5 millones. Estas estimaciones significarían que entre el 18 y el 54 por ciento de los 2,8 millones del personal militar que sirvió en Vietnam padece el TEPT .

Con el vaho de su aliento envolviendo su rostro, el nuevo presidente [John F. Kennedy] proclamó: «Ahora nos conmina la trompeta ... a llevar la carga de un largo conflicto crepuscular ... contra los enemigos comunes del hombre: la tiranía, la pobreza, la enfermedad y la guerra en sí.»

Exactamente doce años después, en enero de 1973, un acuerdo firmado en París pondría fin a los esfuerzos militares de Estados Unidos en Vietnam. La trompeta estaría en silencio; el ánimo depresivo. Los luchadores estadounidenses regresarían con una guerra sin ganar. Los Estados Unidos de América ya nunca más estarían dispuestos a pagar cualquier precio.

Dave Palmer
Summons of the Trumpet

1 Desensibilización y condicionamiento en Vietnam: superar la resistencia a matar

«Nadie lo entendía»: un incidente en una reunión de los VFW

Mientras llevaba a cabo entrevistas para este estudio en un local de los Veterans of Foreign Wars en la Florida en el verano de 1989, un veterano de Vietnam llamado Roger empezó a hablar de su experiencia frente a una cerveza. Aún era pronto por la tarde, pero en otro lado del bar una mujer mayor comenzó a atacarle: «No tienes derecho a lloriquear por tu mierdecita de guerra. La segunda guerra mundial fue una guerra de verdad. ¿Acaso estabas vivo entonces? ¿Eh? Yo perdí a un hermano en la segunda guerra mundial».

Intentamos ignorarla; tan solo era una figura local. Pero al final Roger se hartó. La miró con calma, fríamente, y le espetó:

—¿Alguna vez has tenido que matar a alguien?

—¡Claro que no! —replicó desafiante.

—Entonces, ¿con qué derecho me hablas?

Hubo un largo y doloroso silencio en todo el local, como si un invitado hubiera presenciado una vergonzante discusión familiar.

Entonces le pregunté tranquilamente:

—Roger, ahora mismo, cuando te sentiste provocado, replicaste con el hecho de que tuviste que matar en Vietnam. ¿Eso fue lo peor para ti?

—Sí —contestó—, en parte.

Esperé un largo trecho, pero no continuaba. Tan solo contemplaba su cerveza. Al final, tuve que preguntarle:

—¿Qué fue la otra parte?

—La otra parte fue que, cuando regresamos, nadie lo entendía.

Lo que ocurrió ahí y lo que ocurrió aquí

Tal y como se señaló con anterioridad, existe una profunda resistencia a matar a un semejante. En la segunda guerra mundial, entre el 80 y 85 por ciento de los artilleros no dispararon sus armas contra un enemigo expuesto, incluso para salvar sus propias vidas y las de sus amigos. En guerras anteriores, la tasa de los

que no dispararon fue similar.

En Vietnam, la tasa de los que no dispararon fue del 5 por ciento.

La capacidad de incrementar la tasa de disparos conlleva, sin embargo, un coste oculto. Un severo trauma psicológico se convierte en una clara posibilidad cuando se hace caso omiso de unas salvaguardas psicológicas de enorme magnitud. El condicionamiento psicológico fue aplicado en masa a un cuerpo de soldados que, en las guerras previas, había demostrado ser reacio o incapaz de participar en actividades que implicaran matar. Cuando estos soldados, que ya estaban convulsos interiormente por sus experiencias interiores a la hora de matar, regresaron para verse condenados y atacados por su propio país, el resultado fue a menudo el trauma psicológico y el daño psíquico a largo plazo.

Superar la resistencia a matar: el problema

A excepción de la infantería, el problema de persuadir a los soldados para que maten es ahora capital ... Que una compañía de infantería en la segunda guerra mundial pudiera causar tales estragos con tan solo una séptima parte de los soldados dispuestos a utilizar sus armas es un testimonio de los efectos letales de la potencia de fuego moderna, pero, en el momento en que los ejércitos se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo, decidieron de inmediato incrementar la media.

A los soldados se les tuvo que enseñar de forma específica a matar. «Nos mostramos reticentes a admitir que, en esencia, la guerra es un asunto que tiene que ver con matar», escribió Marshall en 1947. Pero es algo claramente admitido hoy en día.

Gwynne Dyer
War

Al final de la segunda guerra mundial, el problema se volvió obvio: el soldado medio no podía matar.

Una tasa de tiro de entre el 15 y el 20 por ciento entre los soldados es como tener una tasa de alfabetización de entre el 15 y el 20 por ciento de los que corrigen los manuscritos. Cuando los que ostentaban la autoridad se dieron cuenta de la existencia y de la magnitud del problema, solo fue cuestión de tiempo antes de que lo resolvieran.

La respuesta

Y así, desde la segunda guerra mundial, nos encontramos en una nueva era de la guerra moderna: una era de guerra psicológica, una guerra psicológica que se libra no contra el enemigo sino contra nuestras propias tropas. La propaganda y otras formas rudimentarias de habilitación psicológica siempre han estado presentes en la guerra, pero en la segunda mitad del siglo xx la psicología

comenzó a tener un impacto tan grande como el de la tecnología en el campo de batalla moderno.

Cuando S. L. A. Marshall fue enviado a la guerra de Corea para realizar la misma investigación que había llevado a cabo durante la segunda guerra mundial, se encontró con que (como resultado de las nuevas técnicas de adiestramiento iniciadas como respuesta a sus primeros hallazgos) el 55 por ciento de los soldados de infantería disparaban sus armas, e incluso en algunas crisis en las que había que defender el perímetro casi todo el mundo lo hacía. Estas técnicas de adiestramiento fueron perfeccionadas un poco más, y parece ser que en Vietnam la tasa de disparos oscilaba entre el 90 y el 95 por ciento.¹ La tríada metodológica empleada para conseguir este sorprendente incremento a la hora de matar se compone de: desensibilización, condicionamiento y negación como mecanismo defensa.

Desensibilización: pensar lo impensable

La era de Vietnam estaba en su apogeo, ya sabes, esa historia de matar. Hacías el entrenamiento físico por la mañana y cada vez que tu pie izquierdo golpeaba el suelo tenías que cantar: «Matar, matar, matar, matar». Te lo taladraban tanto en la mente que parecía que, cuando realmente iba a ocurrir, ya no te molestaba, ¿sabes lo que digo? Por supuesto que la primera sí que molesta, pero parece que se va volviendo fácil. No quiero decir fácil porque sigue molestándote cada vez que, ya sabes, realmente matas a alguien y sabes que lo has hecho.

Gwynne Dyer
War

Esta entrevista, que proviene del libro de Dyer, ofrece una visión de ese aspecto de nuestros programas de adiestramiento moderno que es claramente distinto de los programas del pasado. Los hombres siempre han empleado una variedad de mecanismos para convencerse de que el enemigo era diferente, que no tenía una familia o incluso que ni siquiera era humano. La mayoría de las tribus primitivas adoptaba nombres que se traducen como «hombre» o «ser humano», lo que en consecuencia definía a los que estaban fuera de la tribu como simplemente otra raza de animales que había que cazar y matar. Nosotros hacemos algo similar cuando llamamos al enemigo kartoffen, gabacho, japo, yanqui, amarillo, rojo o moro.

Autores como Dyer y Holmes han delineado el desarrollo de esta deificación del acto de matar en el campo de adiestramiento, y señalan que en la primera guerra mundial era algo inaudito, algo infrecuente en la segunda guerra mundial, cada vez más presente en Corea, y totalmente institucionalizado en Vietnam. Aquí Dyer explica exactamente cómo difiere la institucionalización de la

ideación violenta en Vietnam de las experiencias de las generaciones anteriores:

La mayor parte del lenguaje que se emplea en Parris Island para describir el placer de matar a gente es una hipérbole sanguinaria aunque carente de sentido, y los reclutas se dan cuenta de ello a pesar de disfrutarlo. No obstante, lo cierto es que ayuda a *desensibilizarlos* ante el sufrimiento de un «enemigo» y, al mismo tiempo, les adoctrina de la forma más explícita (algo que no ocurrió con las generaciones anteriores) en la noción de que su propósito no es solo mostrar valor o luchar bien, sino matar a gente.

Condicionamiento: hacer lo impensable

No obstante, probablemente la desensibilización en sí no sea suficiente para superar la profunda resistencia a matar del individuo medio. De hecho, este proceso de desensibilización es casi una cortina de humo de lo que yo creo que es el aspecto más importante del adiestramiento moderno. Lo que Dyer y muchos otros observadores no ven es el papel de 1) el condicionamiento clásico de Pavlov y 2) el condicionamiento operante de Skinner en el adiestramiento moderno.

En 1904, I. P. Pavlov recibió el premio Nobel por su desarrollo de los conceptos de condicionamiento y asociación en los perros. En su manera más simple, lo que hizo Pavlov fue hacer sonar una campana justo antes de alimentar a un perro. Con el tiempo, el perro aprendió a asociar el sonido de la campana con el acto de comer, y comenzaba a salivar cuando oía la campana, incluso si no había comida presente. El estímulo condicionante era la campana; la respuesta condicionada era la salivación: el perro había sido condicionado para salivar cuando oía sonar la campana. Este proceso basado en asociar la recompensa con una clase en concreto de comportamiento es la base del adiestramiento más efectivo de animales. Durante mediados del siglo xx, B. F. Skinner perfeccionó este proceso mediante lo que él denominó ingeniería conductual. Skinner y la escuela conductual representan una de las áreas más científicas y potencialmente poderosas en el campo de la psicología.

Los métodos que se emplean para adiestrar a los soldados actuales —y de la época de Vietnam— del ejército de Estados Unidos y del cuerpo de Marines no son otra cosa que una aplicación de las técnicas de condicionamiento a fin de desarrollar una habilidad refleja de «disparo rápido». Es completamente plausible que nadie decidiera intencionalmente usar el condicionamiento operante o las técnicas de modificación del comportamiento para adiestrar a los soldados en esta área. Durante mis décadas en el servicio militar, ni un solo soldado, sargento u oficial, ni tampoco en referencias oficiales o extraoficiales, ha dado a entender una comprensión de que se estaba dando un

condicionamiento durante el adiestramiento de tiro. Pero desde el punto de vista de un psicólogo que también es historiador y soldado de carrera, se me fue volviendo cada vez más obvio que eso era exactamente lo que se había conseguido.

En vez de estar echado boca abajo en un campo verde disparando tranquilamente a una diana, el soldado moderno pasa muchas horas de pie en un hoyo de protección o en cuclillas a cubierto, con el equipo completo de combate, oteando un área escasamente arbolada de terreno ondulado. A intervalos periódicos aparecen delante de él uno o dos objetivos vestidos de color verde oliva y con forma humana a diferentes distancias y durante un breve momento, y el soldado debe apuntar al instante y disparar al objetivo u objetivos. Cuando alcanza el objetivo, obtiene un *feedback* inmediato porque este cae para atrás de forma instantánea y satisfactoria, al igual que haría un objetivo humano. A los soldados se les premia generosamente y se les reconoce por su éxito en esta habilidad, y sufren un leve castigo (mediante el readiestramiento, la presión de grupo o no graduarse en el campo de adiestramiento) si no son capaces de «comprometer» de manera rápida y con precisión a los objetivos, un eufemismo estándar para referirse a «matar».

Además del tiro tradicional, lo que se enseña en este entorno es la habilidad para disparar de forma refleja e instantánea, además de la imitación precisa del acto de matar en el campo de batalla moderno. En términos conductuales, el objetivo con forma humana que aparece en el campo de tiro del soldado es el «estímulo condicionante», el compromiso inmediato del objetivo es la «conducta meta». El «reforzamiento positivo» se da en la forma de *feedback* inmediato cuando el objetivo cae si es alcanzado. En la forma de una «economía de fichas», estos aciertos se intercambian entonces por distintivos de tiro que suelen ir acompañados de alguna forma de privilegio o recompensa (alabanza, reconocimiento público, pases de tres días, y demás).

Todos y cada uno de los aspectos de matar en el campo de batalla se ensayan, visualizan y condicionan. En ocasiones especiales incluso se usan objetivos más realistas y complejos: uniformes hinchados por un globo que se mueven a lo largo de la zona de tiro (cuando estalla el globo, el objetivo cae al suelo), contenedores de leche con el interior tintado de rojo y muchos otros artilugios. Esto convierte el adiestramiento en algo más interesante, los estímulos condicionantes en más realistas, y la respuesta condicionada más segura en una variedad de circunstancias dispares.

Los francotiradores emplean estas técnicas a menudo. En Vietnam, se

requerían 50.000 balas para matar a un soldado enemigo. Sin embargo, los francotiradores del ejército y de los Marines gastaban tan solo 1,39 balas por cada muerte. Carlos Hathcock, con noventa y tres muertes confirmadas como francotirador en Vietnam, se dedicó a adiestrar a francotiradores de la policía y del ejército tras la guerra. Creía firmemente que los francotiradores debían entrenar con objetivos que se parecieran a las personas y no dianas. Una orden típica que daba a uno de sus estudiantes (que disparaban desde cien metros de distancia contra una fotografía de tamaño real de un hombre sosteniendo una pistola contra la cabeza de una mujer) era: «Métele al malo tres balas por la esquina del ojo derecho».

De la misma manera, Chuck Cramer, el instructor de curso de francotiradores de una fuerza antiterrorista israelí, intentó diseñar su curso de tal manera que la práctica de matar fuera lo más realista posible. «Hice que los objetivos parecieran lo más humanos posibles», dice Kramer:

Cambié las dianas estándar de tiro por figuras de tamaño real con la anatomía correcta, porque ningún sirio va por ahí con un enorme cuadrado blanco en su pecho con un número en su interior. Les puse ropa a estos objetivos y cabezas de poliuretano. Vacíé una calabaza y la llené de ketchup y la volví a juntar. Y les dije: «Cuando miréis a través de la mira, quiero que veáis una cabeza explotando».

Dale Dye

«Chuck Cramer: IDF's Master Sniper»

Se trata de una práctica común en la mayoría de los mejores ejércitos del mundo. La mayoría de los líderes de infantería modernos entiende que una instrucción realista con *feedback* inmediato al soldado funciona, y sabe que esto resulta esencial para el éxito y la supervivencia en el campo de batalla moderno. Sin embargo, y como regla general, el ejército no es una organización introspectiva, y mi experiencia ha sido que los que dan ordenes, conducen y participan en este adiestramiento no entienden o ni siquiera llegan a preguntarse 1) qué es lo que hace que funcione; y 2) cuáles pueden ser sus efectos secundarios psicológicos y sociológicos. Funciona, y para ellos con eso basta.

Lo que hace que este proceso de adiestramiento funcione es lo mismo que hacía que los perros de Pavlov salivasen y las ratas de B. F. Skinner apretaran sus palancas. Lo que hace que funcione es el proceso de modificación conductual más poderoso y fiable que se ha descubierto hasta la fecha en el campo de la psicología, y que ahora se aplica al campo de la guerra: el condicionamiento operante.

Negación como mecanismo de defensa: negar lo impensable

Un aspecto adicional de este proceso que merece consideración es el desarrollo de una negación como mecanismo defensa. Los mecanismos de negación y defensa son métodos inconscientes para gestionar las experiencias traumáticas. La negación como mecanismo defensa prefabricada constituye una destacada contribución proveniente del adiestramiento del ejército de los Estados Unidos.

Básicamente, el soldado ha ensayado el proceso tantas veces que, cuando efectivamente mata en combate, es capaz, a cierto nivel, de negarse a sí mismo haber matado realmente a otro ser humano. Este cuidadoso ensayo e imitación realista del acto de matar permite al soldado convencerse de que tan solo ha «comprometido» a un objetivo. Un veterano británico de la guerra de las Malvinas, adiestrado con el método moderno, le dijo a Holmes que «pensaba en el enemigo como nada más y nada menos que los objetivos [con forma humana] Figura II». De la misma manera, un soldado estadounidense puede convencerse a sí mismo de que está disparando contra siluetas del tipo E (un objetivo verde oliva con forma humana), y no a un ser humano.

Bill Jordan, un experto en asuntos policiales, agente de la patrulla de fronteras y veterano de innumerables tiroteos, combina este proceso de negación con la desensibilización en sus consejos a los jóvenes agentes de policía:

Hay una aversión natural a pulsar el gatillo ... cuando tu arma apunta a un humano. A pesar de que sus propias vidas corrían peligro, la mayoría de los agentes decía haber tenido este problema en su primer enfrentamiento. Para ayudar a superar esta resistencia resulta útil ser capaz de pensar en tu oponente como un mero objetivo y no como un ser humano. En conexión con esto, deberías ir más allá y elegir un punto del objetivo. Esto permite una mejor concentración y extrae un poco más el elemento humano de tu cabeza. Si esto te funciona, intenta continuar con esta idea negándote cualquier remordimiento. Un hombre que se resiste a un agente con un arma no tiene ningún respeto por las normas con las que se gobierna a las personas decentes. Es un fuera de la ley que no tiene cabida en la sociedad. Su retirada está completamente justificada, y debería llevarse a cabo de manera desapasionada y sin lamentaciones.

Jordan denomina a este proceso «desprecio fabricado», y la combinación de la negación y el desprecio por el papel de la víctima en la sociedad (insensibilización), junto con la negación psicológica y el desprecio por la humanidad de la víctima (desarrollando una negación como mecanismo defensa), supone un proceso mental que se vincula y refuerza cada vez que el agente dispara contra el objetivo. Y, por supuesto, la policía, al igual que los militares, ya no dispara contra dianas; practica contra siluetas con forma humana.

El éxito de este condicionamiento e insensibilización resulta obvio y contundente. Puede verse y reconocerse tanto en el rendimiento de los individuos como en el de las naciones y ejércitos.

La efectividad del condicionamiento

Bob, un coronel del ejército de Estados Unidos, conocía el estudio de Marshall y aceptaba que la tasa de disparos durante la segunda guerra mundial apuntada por Marshall era correcta. No estaba seguro sobre qué mecanismo era responsable de que la tasa de disparos se hubiera incrementado en Vietnam, pero era consciente de que, por alguna razón, así había ocurrido. Cuando le sugerí los efectos condicionantes del adiestramiento moderno, en seguida reconoció ese proceso en sí mismo. Se le iluminó la cara, se le abrieron los ojos como platos y dijo: «Dos disparos. Pam-pam. Justo como nos habían adiestrado en “matar rápido”. Cuando mataba, lo hacía así. Como me habían adiestrado. Sin ni siquiera pensarlo».

Jerry, otro veterano que sobrevivió a seis servicios de seis meses en Camboya como oficial en las fuerzas especiales (Boinas Verdes), cuando se le preguntaba cómo fue capaz de hacer las cosas que hizo, simplemente reconocía que había sido «programado» para matar y que lo aceptaba como algo necesario para su supervivencia y éxito.

Un entrevistado, un ex agente de la CIA llamado Duane, que entonces trabajaba como ejecutivo de seguridad de alto nivel en una importante corporación aeroespacial, había llevado a cabo a lo largo de su vida un número extraordinario de interrogatorios con éxito y se consideraba un experto en el proceso conocido popularmente como lavado de cerebro. Tenía la sensación de que la CIA «hasta cierto punto le había lavado el cerebro» y de que, a los soldados que recibían el adiestramiento moderno, también se les lavaba el cerebro. Al igual que cualquier otro veterano con el que hablé del asunto, no tenía ninguna objeción, pues entendía que el condicionamiento psicológico era esencial para su supervivencia y un método efectivo para realizar las misiones con éxito. Creía que un proceso similar e igualmente poderoso tenía lugar en el programa «disparar-no disparar», que llevan a cabo las agencias de policía a nivel federal y local en todo el país. En este programa, el agente dispara salvas contra una pantalla de cine en la que aparecen varias situaciones tácticas, y así imita y ensaya el proceso de decidir cuándo disparar y cuándo no.

La increíble efectividad de las técnicas modernas de adiestramiento puede verse en la disparidad en la proporción de muertes en combate cuerpo a cuerpo entre las fuerzas británicas y argentinas durante la guerra de las Malvinas, las fuerzas de Estados Unidos y las panameñas en la invasión de Panamá en 1989,² o las fuerzas de Estados Unidos y las iraquíes durante la invasión de Iraq.

Durante sus entrevistas a veteranos británicos de la guerra de las Malvinas, Holmes describía las observaciones de Marshall en la segunda guerra mundial y preguntaba si habían visto una incidencia similar de personas que no dispararan en sus propias filas. La respuesta era que no habían visto nada parecido respecto a sus soldados, si bien había «un reconocimiento inmediato de que sí se dio con los argentinos, cuyos francotiradores y ametralladores habían sido muy efectivos, mientras que ese no fue el caso de los fusileros individuales». Aquí vemos una excelente comparación entre los enormemente efectivos y competentes fusileros británicos, adiestrados con los métodos más modernos, y los llamativamente ineficaces fusileros argentinos, a los que se les dio un adiestramiento rancio proveniente de la segunda guerra mundial.

De la misma forma, durante la década de 1970 el ejército de Rodesia fue uno de los mejores adiestrados del mundo, y se enfrentó a una fuerza insurgente mal adiestrada pero bien equipada. En general, las fuerzas de seguridad de Rodesia mantuvieron una proporción de muertes de ocho a uno a su favor a lo largo de la guerra de guerrillas. Y la enormemente preparada infantería ligera de Rodesia consiguió una proporción de muertes de entre treinta y cinco a uno y cincuenta a uno.

Uno de los mejores ejemplos en la historia reciente de Estados Unidos tiene que ver con la compañía de Rangers (en el infame incidente del «Black Hawk derribado») cuyos miembros fueron emboscados y capturados cuando intentaban secuestrar a Mohamed Aidid, un señor de la guerra buscado por las Naciones Unidas. En estas circunstancias no se empleó ni la artillería ni los bombardeos aéreos, ni tampoco había disponibilidad de tanques, vehículos armados u otras armas pesadas, lo que lo convierte en una valoración excelente sobre la relativa efectividad de las técnicas modernas de adiestramiento con armas cortas. ¿El marcador? Dieciocho soldados estadounidenses muertos contra una estimación de 364 somalíes que murieron esa noche.

Y podemos recordar que las fuerzas estadounidenses nunca fueron derrotadas en ningún enfrentamiento importante en Vietnam (o en Iraq o Afganistán). Harry Summers señala que, cuando se le dijo esto a un soldado vietnamita de alto rango tras la guerra, su respuesta fue: «Puede que sea cierto, pero no deja de ser irrelevante». Puede que así sea, pero no deja de reflejar la superioridad estadounidense en el cuerpo a cuerpo individual en Vietnam.

Incluso teniendo en cuenta el error accidental y la exageración deliberada, este adiestramiento superior y capacidad para matar en Vietnam, Panamá, Argentina y Rodesia supone nada menos que una revolución tecnológica en el campo de

batalla, una revolución que entraña una superioridad total en el combate cuerpo a cuerpo.

El efecto secundario del condicionamiento

Duane, el veterano de la CIA , relataba un incidente que nos da una visión sobre un efecto secundario de este condicionamiento o lavado de cerebro. Estaba custodiando a un desertor comunista en un lugar seguro en Alemania occidental en la década de 1950. El desertor era un enorme, corpulento y asesino sanguinario miembro del régimen estalinista que ocupaba entonces el poder. Puede decirse que, en todos los sentidos, estaba loco. Tras haber desertado porque había caído en desgracia ante sus amos soviéticos, estaba empezando a dudar sobre sus nuevos amos e intentaba escapar.

Solo durante días en esta casa cerrada y con rejas con este hombre, el joven agente de la CIA encargado de vigilarle se veía sometido a una serie de ataques. El desertor cargaba contra él con un palo o algún mueble, y cada vez detenía el ataque en el último momento cuando Duane le apuntaba con su arma. El agente llamó a sus superiores por teléfono y estos le ordenaron que trazara una línea imaginaria en el suelo y que disparara a este hombre desarmado (si bien muy hostil y peligroso) si la cruzaba. Duane estaba seguro de que el otro cruzaría la línea e hizo acopio de todo su condicionamiento: «Era hombre muerto. Sabía que lo mataría. Mentalmente, lo había matado, y la parte física sería fácil». Sin embargo, el desertor (al parecer, no tan loco o desesperado como parecía estar) nunca cruzó la línea.

Con todo, algún aspecto del trauma de matarlo estaba ahí. «En mi mente», me dijo Duane, «siempre he sentido que había matado a ese hombre.» La mayoría de los veteranos de Vietnam no necesariamente efectuaron una muerte personal en Viet-

nam. Pero en la instrucción participaron en la deshumanización del enemigo, y la inmensa mayoría apretó el gatillo, o sabía en su corazón que estaba preparado para disparar, y el mismo hecho de estar preparado y ser capaz de disparar («Mentalmente, lo había matado») les negaba una vía importante para escapar de la carga de responsabilidad que trajeron de vuelta de esa guerra. Si bien no habían matado, se les había enseñado a pensar lo impensable y habían accedido así a una parte de ellos mismos que, bajo circunstancias ordinarias, tan solo conoce el que mata. Lo importante aquí es que *este programa de desensibilización, condicionamiento y negación como mecanismo defensa, junto*

con la ulterior participación en una guerra, pueden hacer posible que se participe de la culpa de matar sin haber matado nunca.

Una salvaguarda en el condicionamiento

Resulta esencial entender que uno de los aspectos más importantes de este proceso estriba en que el soldado *siempre* está bajo la autoridad en el combate. Ningún ejército puede tolerar el fuego indisciplinado o indiscriminado, y una faceta vital —y fácilmente pasada por alto— del condicionamiento del soldado consiste en que dispare solo cuando y donde se le diga. El soldado solo dispara cuando se lo ordena una autoridad superior, y solo en el lugar para disparar que se le ha asignado. Disparar un arma en el momento inadecuado o en la dirección equivocada es una infracción tan monstruosa que resulta impensable para el soldado medio.

A los soldados se les condiciona a lo largo de su instrucción y durante todo el tiempo que esta requiera para que solo disparen *bajo la autoridad*. Un disparo no puede ser fácilmente ocultado, y en los campos de tiro o durante el adiestramiento cualquier disparo en momentos inapropiados (incluso si se trata de salvas) debe estar justificado, y si no está justificado será castigado de inmediato con firmeza.

De la misma manera, a los agentes de policía se les presenta durante el adiestramiento una variedad de objetivos que representan transeúntes inocentes y criminales armados. Y son sancionados con severidad si comprometen al objetivo equivocado. En el programa del FBI «disparar-no disparar», la incapacidad para demostrar una habilidad satisfactoria para distinguir cuando un agente puede o no puede disparar puede resultar en que al agente se le revoque el derecho a llevar un arma.

Numerosos estudios han demostrado que no hay ninguna amenaza discernible para la sociedad por el regreso de los veteranos a los Estados Unidos provenientes de alguna de las guerras del siglo xx, y esto sigue siendo cierto en el siglo xxi. Hay veteranos que cometen crímenes violentos, pero estadísticamente es menos probable que el veterano que regresa cometa un crimen violento que un no veterano de la misma edad y sexo.³ Lo que supone una amenaza para la sociedad es la desensibilización, el condicionamiento y la negación como mecanismo de defensa sin control alguno que ofrecen los videojuegos interactivos modernos y la violencia en la televisión y en las películas.

1. Esta mejora es tan sorprendente que pocos observadores modernos han cuestionado públicamente los

hallazgos de Marshall en la segunda la guerra mundial. Pero hacerlo significa que tienes que seguir y cuestionar sus hallazgos sobre Corea y Vietnam, que fueron independientemente verificados por R. W. Glenn. Hacerlo también refuta las conclusiones de todos los autores que han estudiado este asunto en profundidad, incluidos Holmes, Dyer, Keegan, y Griffith. Es posible que estos escritores modernos estén parcialmente motivados por la dificultad de creer que ellos y «sus» soldados existen para hacer algo que es tan ofensivo y horrible que necesitan ser condicionados para hacerlo. Para una discusión más detallada sobre este asunto, véase la sección anterior «Matar y la existencia de la resistencia».

2 . Hubo demasiado poco combate cuerpo a cuerpo en la guerra del Golfo para poder extraer cualquier conclusión de esta naturaleza.

3 . Stouffer, en «The American Soldier Combat and Its Aftermath» (incluido en *Studies in Social Psychology in World War II*, vol. 2), dice que: «en este estudio aparecen problemas de reajuste personal de diferente grado que revelaron los veteranos [de la segunda la guerra mundial]. Pero el típico veterano descrito en algunos lugares como un individuo amargado y endurecido no emerge de estas páginas». Charles C. Moskos Jr., en *The American Enlisted Man*, estudió al veterano de Vietnam y concluyó que, en comparación con el momento en que entraron en el ejército, estos hombres regresaron a la vida civil más maduros y más capacitados para contribuir a la sociedad.

La situación, sin embargo, no es tan sencilla. Desde los estudios de Stouffer y Moskos, nos hemos concienciado sobre el impacto del TEPT en los veteranos de Vietnam. Al parecer, no hay indicios de que, en comparación con individuos no veteranos de la misma edad, el veterano medio de Vietnam ostente un mayor potencial para cometer asesinatos, agresiones o robos. Lo que la epidemia del TEPT en los veteranos sí ha causado es un incremento en los suicidios, consumo de drogas, alcoholismo y divorcios.

2 ¿Qué les hicimos a nuestros soldados? La racionalización del acto de matar y cómo falló en Vietnam

La racionalización y aceptación del acto de matar

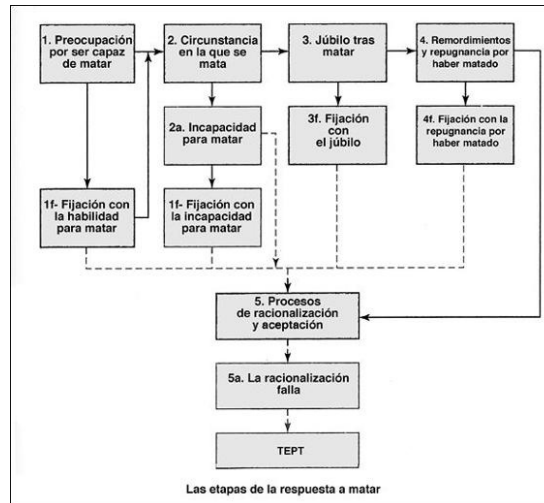
Mas tras los fuegos y la ira,
tras la búsqueda y el dolor
su misericordia nos abre un camino
para vivir con nosotros mismos. Otra vez.

Rudyard Kipling
«La elección»

Con anterioridad, examinamos las etapas de la respuesta a matar: preocupación, el momento en que efectivamente se mata, júbilo, remordimiento, y racionalización y aceptación. Apliquemos ahora este modelo al veterano de Vietnam para entender cómo el proceso de racionalización y aceptación del acto de matar falló allí.

El proceso de racionalización

Algo singular parece haber ocurrido en el proceso de racionalización disponible para el veterano de Vietnam. En comparación con las guerras estadounidenses anteriores, parece ser que el conflicto de Vietnam revirtió la mayoría de los procesos que se empleaban tradicionalmente para facilitar la racionalización y aceptación de las experiencias de matar. Estos procesos tradicionales entrañaban:



- Reconocimiento y respaldo constantes al soldado por parte de sus compañeros y superiores en el sentido de que «hizo lo correcto» (una de las manifestaciones físicas más importantes de esta afirmación es la concesión de medallas y condecoraciones).
- La presencia constante de camaradas maduros y mayores (es decir, en la veintena o treintena) para que sirvan de modelos y como estabilizadores de los factores de la personalidad en un entorno de combate.
- Un exquisito respeto a los códigos y convenciones de la guerra por parte de ambos bandos (como, por ejemplo, las Convenciones de Ginebra firmadas por primera vez en 1864) mediante los cuales se limitan las bajas de civiles y las atrocidades.
- Retaguardia o zonas seguras claramente definidas adonde puede acudir el soldado para relajarse y despresurizarse durante un servicio en combate.
- La presencia de amigos íntimos en los que se pueda confiar y confidentes que estuvieron presentes durante la instrucción y están presentes a lo largo de la experiencia en combate.
- Un periodo de refresco cuando el soldado y sus camaradas zarpan o marchan de vuelta a la guerra.
- Conocimiento de que su bando prevalecerá y de los beneficios y logros que serán posibles gracias a sus sacrificios.
- Desfiles y monumentos.
- Reuniones y comunicación continua (mediante visitas, correo, etc.) con los individuos con los que el soldado estableció lazos en combate.
- Una bienvenida incondicionalmente cariñosa y admiradora por parte de los amigos, familia, las comunidades y la sociedad en su conjunto, y un respaldo constante al soldado en el sentido de que la guerra y sus actos personales

estuvieron motivados por una causa necesaria, justa y legítima.
— La muestra orgullosa de medallas.

Lo que hizo que Vietnam fuera diferente

En el caso del veterano de Vietnam, todos salvo el primero de estos procesos de racionalización no solo estuvieron por lo general ausentes, sino que muchos de estos fueron invertidos y se convirtieron en fuentes de un gran dolor y trauma.

La guerra de los adolescentes

Es más fácil si los capturas jóvenes. Puedes adiestrar a hombres mayores para hacerlos soldados; se ha hecho en todas las guerras importantes. Pero nunca consigues que se crean que les gusta, lo que supone la razón principal por la que los ejércitos intentan que sus reclutas tengan menos de veinte años. Existen, por supuesto, otras razones, como el rendimiento físico, la ausencia de personas dependientes y que son económicamente prescindibles. Eso hace que los ejércitos los prefieran, pero las cualidades más importantes que los adolescentes aportan a la instrucción básica son el entusiasmo y la ingenuidad ...

Las fuerzas armadas de cualquier país pueden tomar a cualquier joven varón civil y convertirlo en un soldado con todos los reflejos y actitudes correctos en tan solo unas pocas semanas. Los reclutas no suelen tener más de veinte años de experiencia del mundo, la mayor parte son como niños, mientras que los ejércitos han dispuesto de toda la historia para practicar y perfeccionar sus técnicas.

Gwynne Dyer
War

Los combatientes de todas las guerras son tremendamente jóvenes, pero los combatientes estadounidenses en Vietnam fueron significativamente más jóvenes que en cualquier otra guerra de Estados Unidos. La mayoría fueron reclutados con dieciocho años y experimentaron el combate durante la etapa más maleable y vulnerable de sus vidas. Esta fue la primera «guerra de los adolescentes» de Estados Unidos en la que el combatiente medio no había alcanzado los veinte años, y sin la influencia de soldados mayores y maduros que siempre habían estado presentes en las guerras pasadas.

La psicología del desarrollo identifica esta etapa en el desarrollo psicológico y social de un adolescente como un periodo crucial en el que el individuo establece una estructura de la personalidad y un sentido de identidad estable y duradero.

En las guerras previas, el impacto del combate en los adolescentes se veía amortiguado por la presencia de veteranos mayores que podían servir como modelos a seguir y mentores a lo largo del proceso. Pero en Vietnam había muy pocos de estos. Al finalizar la guerra, muchos sargentos eran suboficiales con unos pocos meses más de instrucción y madurez que sus camaradas. Incluso

muchos oficiales carecían de una educación universitaria, y estos también tenían poco más que unos meses más de instrucción y madurez que sus soldados.

Eran adolescentes liderando a adolescentes en una guerra de operaciones interminables de pequeñas unidades, atrapados en una recreación en el mundo real de *El señor de las moscas* con armas, y destinados a interiorizar los horrores del combate durante una de las etapas vitales más vulnerables.

La guerra «sucía»

Cada uno apuntó simultáneamente su arma contra él y disparó. «¡Oh Dios!», dijo alguien detrás de mí con la voz entrecortada mientras veíamos cómo su cuerpo iba marcha atrás hacia los árboles; trozos de carne y hueso volaban por el aire y acababan pegados a las enormes rocas. Uno de nuestros disparos hizo detonar una granada que llevaba el soldado, y su cuerpo golpeó el suelo bajo una ducha de sangre ...

El joven Viet Cong era un buen soldado, incluso si era comunista. Murió por lo que creía. No era un pistolero de Hanoi, era un VC. Su país no era Vietnam del Norte; era un vietnamita del sur. Sus creencias políticas no coincidían con las del gobierno de Saigón, y por eso se le etiquetó como enemigo del pueblo ...

Una niña vietnamita apareció de la nada y se sentó junto a uno de los VC muertos. Estaba sentada ahí mirando fijamente la pila de armas, y balanceándose lentamente de atrás a delante. No podía ver si estaba llorando, porque no nos miró ni una vez. Simplemente, permanecía sentada. Una mosca trepaba por su mejilla, pero no le prestaba atención.

Simplemente, permanecía sentada.

Era la hija de siete años de un soldado del Viet Cong, y me preguntaba si había sido condicionada para aceptar la muerte, la guerra y la pena. Ahora era una huérfana, y me preguntaba si habría confusión en su mente, o tristeza, o simplemente un vacío que nadie podría entender.

Hubiera querido ir y reconfortarla, pero me vi a mí mismo caminando colina abajo con los demás. Nunca me volví.

Nick Uhernik
«Battle of Blood»

En una reunión de la coalición de veteranos de Vietnam que tuvo lugar en la Florida, un veterano me habló de su primo, que también era veterano, y que solo decía: «Me adiestraron para matar. Me enviaron a Vietnam. Pero no me dijeron que pelearía contra mocosos». Para muchos, esta es la quintaesencia del horror de lo que sucedió en Vietnam.

El acto de matar siempre es traumático. Pero cuando tienes que matar a mujeres y niños, o tienes que matar a los hombres en sus hogares delante de sus mujeres y niños, y cuando tienes que hacerlo no desde una altura de seis mil metros sino tan cerca que puedes ver cómo mueren, entonces el horror parece trascender la descripción o la comprensión.

Gran parte de la guerra en Vietnam se libró contra una fuerza insurgente. Contra hombres, mujeres y niños que a menudo estaban defendiendo sus propios hogares y que vestían con ropa de civil. El resultado era el deterioro de las

convenciones tradicionales y un incremento de las bajas civiles, atrocidades y el consiguiente trauma. Ni las razones ideológicas para la guerra, ni la población objetivo eran las mismas que las que se asocian con guerras anteriores.

Los métodos estándar para racionalizar sobre el terreno fallan cuando el hijo del enemigo sale para llorar la muerte del padre o cuando el enemigo es un niño que arroja una granada de mano. Y los norvietnamitas y el Viet Cong lo entendían. De entre los excelentes relatos que obtuvo mediante entrevistas y que Al Santoli recoge en su libro *To Bear Any Burden*,¹ se encuentra la historia de Troung «Mealy», un antiguo agente del Viet Cong en el delta del Mekong. «Se adiestraba a niños», dice Mealy, «para que arrojaran granadas, no solo por el factor del terror, sino también porque el gobierno o los soldados estadounidenses tendría que dispararles. Entonces los estadounidenses se sienten avergonzados. Y se culpan a ellos mismos y llaman a sus soldados criminales de guerra.»

Y funcionó.

Cuando un soldado dispara a un niño que arroja una granada de mano, el arma del niño explota y solo queda un cuerpo mutilado que hay que racionalizar. No hay un arma conveniente que convenza al mundo sin ningún género de duda de la letalidad de la víctima y la inocencia del que mata; solo hay un niño muerto, que habla en silencio del horror y de la inocencia perdida. La inocencia de la niñez, de los soldados y las naciones, toda ella perdida en un solo acto que se recrea innumerables veces durante diez interminables años hasta que un país abatido se retira horrorizado y conmocionado de su larga pesadilla.

La guerra inescapable

No había unas líneas reales de demarcación, así que cualquier área estaba sujeta a los ataques ... Era una guerra sin fin contra enemigos invisibles y sin terreno que se pudiera ganar, tan solo un flujo constante de tropas que entraban y salían del país. El único resultado palpable era una producción interminable de cuerpos mutilados y lisiados, y de incontables cadáveres.

Jim Goodwin
Post-Traumatic Stress Disorders

En *El rostro de la batalla*, John Keegan indaga en los conflictos a lo largo de los siglos y observa que la duración de las batallas y la profundidad del campo de batalla se han incrementado con el paso de los años. Desde una duración de unas pocas horas y una profundidad de unos pocos cientos de metros en la Edad Media, la batalla creció hasta el punto en el que, en siglo xx, la profundidad de la zona de peligro se extendía a kilómetros en las zonas traseras, y las batallas podían durar meses, incluso mezclándose entre ellas para crear un conflicto sin

fin que duraba años.

En la primera y segunda guerra mundial descubrimos que esta batalla sin fin se cobraba un horrendo precio psicológico en el combatiente, y pudimos gestionar este conflicto sin fin mediante la rotación de los soldados en la retaguardia. En Vietnam, la zona de peligro creció exponencialmente, y durante diez años luchamos en una guerra que no se parecía a nada de lo que habíamos experimentado con anterioridad. En Vietnam no había una retaguardia a la que poder escapar, no había escape del estrés del combate, y el estrés psicológico de vivir continuamente en «el frente» se cobró un enorme precio, si bien fue en diferido.

La guerra solitaria

Con anterioridad a Vietnam la primera experiencia del soldado estadounidense con el campo de batalla solía ser como miembro de una unidad que, previamente, había sido instruida junta y había desarrollado lazos. El soldado en estas guerras solía saber que estaba ahí a lo que durara o hasta que hubiera establecido suficientes puntos en algún tipo de escala que llevara la cuenta de su exposición al combate; en cualquier de los dos casos, el final del combate se le presentaba en un momento vago en un futuro incierto.

Vietnam fue claramente distinto de cualquier guerra en la que luchamos antes o desde entonces en el sentido de que fue una guerra de individuos. Con muy pocas excepciones, cada combatiente llegaba a Vietnam como sustituto individual en un periodo de servicio de doce meses (trece para los marines).

El soldado medio solo tenía que sobrevivir su año en el infierno y así, por primera vez, disponía de una manera clara de salir del combate que no fuera como baja física o psicológica. En este ambiente era mucho más posible, o incluso natural, que muchos soldados se mostraran distantes, y que no se tejieran los vínculos de forma plena, madura y duradera para toda la vida tal y como había ocurrido en guerras anteriores. Esta política (en combinación con el uso de estupefacientes, el mantenimiento de la proximidad a la zona de combate y el establecimiento de una expectativa de regresar al combate) tuvo como resultado un mínimo histórico en el número de bajas psiquiátricas.

Los psiquiatras militares y los líderes creyeron que habían encontrado una solución al sempiterno problema de las bajas psiquiátricas en el campo de batalla, un problema que, en un momento dado de la segunda guerra mundial, creaba bajas más rápido que la capacidad de la que disponíamos para

remplazarlas. Si se hubiera dado una guerra menos traumática y un recibimiento incondicionalmente positivo al veterano al estilo de la segunda guerra mundial, este podría haber sido un sistema aceptable, pero lo que parece ser que ocurrió en Vietnam es que muchos combatientes simplemente soportaron experiencias traumáticas (experiencias que de otra forma hubieran sido insoportables) mediante el recurso de negarse a admitir su aflicción y culpabilidad. En vez de eso, recurrieron a una terapia escapista basada en el «calendario del que está de paso» y la promesa de «tan solo cuarenta y cinco días y luego se acabó».

Esta política de rotación (en combinación con el uso de drogas psiquiátricas y de automedicación) creó un entorno en el que la incidencia de bajas psiquiátricas en el campo de batalla era mucho más baja que en las guerras pasadas del siglo xx . Pero un precio trágico y a largo plazo, un precio que era demasiado alto, es el que se tuvo que pagar por las ganancias a corto plazo de esta política.

Los soldados de la segunda guerra mundial estaban ahí para lo que durara. Puede que un soldado entrara en combate como un sustituto individual, pero sabía que se quedaría con su unidad para el resto de la guerra. Tenía un gran interés en establecerse con su unidad, y los que ya estaban en la unidad tenían un interés similar en establecer vínculos con este individuo, pues sabían que sería su camarada hasta que terminara la guerra. Estos individuos desarrollaron relaciones maduras y plenas que para la mayoría de ellos duraron a lo largo de sus vidas.

En Vietnam, la mayoría de los soldados llegaban al campo de batalla solos, asustados y sin amigos. El soldado se unía a una unidad en la que era un JCN , un «j-----do chico nuevo», cuya inexperiencia e incompetencia representaban una amenaza para la supervivencia de los que conformaban la unidad. En unos pocos meses, por un breve periodo, se convertía en un perro viejo con lazos con unos pocos amigos y capaz de funcionar bien en combate. Pero entonces, y demasiado pronto, sus amigos le abandonaban por muerte, heridas o el final de su servicio, y entonces él también se convertía en «uno que está de paso», cuya única preocupación consistía en sobrevivir hasta que terminara su periodo de servicio. La moral de la unidad, su cohesión y los vínculos se veían en gran medida afectados. Todas salvo las mejores unidades se convirtieron en una mera colección de hombres que experimentaba un interminable flujo de llegadas y salidas, y ese proceso sagrado de tejer vínculos, que es el que posibilita que los hombres hagan lo que tienen que hacer en combate, se convirtió en un retal raído y rasgado de la estructura de apoyo que habían vivido los veteranos de anteriores guerras estadounidenses.

Esto no significa que no se tejieran lazos, porque los hombres siempre los tejen cuando se enfrentan a la muerte, pero eran pocos, demasiado pasajeros y abocados a no durar más de un año y, a menudo, mucho menos que eso.

La primera guerra farmacológica

Uno de los factores principales que se combinó con la política de rotación para suprimir o posponer tener que tratar el trauma psicológico fue el empleo de una poderosa nueva familia de fármacos. Los soldados en guerras anteriores a menudo bebían hasta quedar entumecidos, y Vietnam no fue una excepción. Pero Vietnam fue también la primera guerra en la que las fuerzas de la farmacología moderna fueron empleadas para empoderar al soldado en el campo de batalla.

La administración de tranquilizantes y de fenotizinas en el frente ocurrió por primera vez en Vietnam. A los soldados que se convertían en bajas psiquiátricas los alejaban en instalaciones próximas a la zona de combate, en donde los médicos y psiquiatras les recetaban estas drogas. Los soldados bajo su cuidado tomaban sin reparos su «medicina», y este programa era publicitado como un factor principal para reducir la incidencia de evacuaciones por baja psiquiátrica.

De igual forma, muchos soldados se «autorrecetaban» marihuana y, en menor medida, opio y heroína para que les ayudara a gestionar el estrés al que se enfrentaban. Al principio, parecía que el uso extendido de estas sustancias ilegales no tenía un resultado psiquiátrico negativo, pero pronto nos dimos cuenta de que el efecto de estas drogas era muy parecido al efecto de los tranquilizantes que se recetaban legalmente.

Básicamente, ya fuera que se emplearan legal o ilegalmente, estas drogas, en combinación con el periodo de servicio de un año (con el conocimiento de que todo lo que uno tenía que hacer era hacer de tripas corazón doce meses para salvar el pellejo), reprimían o retrasaban las reacciones al estrés de combate. Los tranquilizantes no afectan a los estresores psicológicos; hacen simplemente lo que la insulina hace por los diabéticos: tratan los síntomas, pero la enfermedad permanece.

Las drogas pueden ayudar a que una persona sea más susceptible a la terapia, si la terapia está disponible. Pero si se administran mientras se sigue experimentando el estresor, entonces detienen o sustituyen el desarrollo de los mecanismos efectivos para enfrentarse a este, y el resultado es un incremento en el trauma a largo plazo como resultado del estrés. Lo que ocurrió en Vietnam es

el equivalente moral de suministrar a un soldado un anestésico local para una herida causada por un disparo y luego volverlo a enviar de vuelta al combate.

En el mejor de los casos, estos fármacos solo sirven para retrasar el enfrentamiento inevitable con el dolor, sufrimiento, pena y culpabilidad que los veteranos de Vietnam reprimieron y enterraron en el fondo de su ser. En el peor de los casos, en realidad incrementan el impacto del trauma que ha sufrido el soldado.

El veterano impuro

El periodo tradicional de enfriamiento cuando se marcha o zarpa de vuelta a casa con la unidad intacta supone una suerte de terapia de grupo que no estuvo disponible para el veterano de Vietnam. Esto también resulta esencial para la salud mental del veterano que regresa, y esto también se le negó al veterano estadounidense de Vietnam.

Arthur Hadley fue un experto en operaciones psicológicas militares (*psyops*), autor de excelente libro *Straw Giant*, y uno de los grandes intelectuales militares del siglo xx.² Tras su periodo de servicio como comandante de *psyops* en la segunda guerra mundial (por el que se le concedieron dos Estrellas de Plata), Hadley realizó un amplio estudio de las principales sociedades guerreras de todo el mundo. En su estudio, concluye que todas las sociedades, tribus y naciones guerreras incorporan alguna especie de ritual de purificación para los soldados que regresan, y este ritual parece ser esencial para la salud tanto del guerrero que regresa como para la sociedad en su conjunto.

Richard Gabriel entiende y aclara de forma iluminadora el papel de este ritual de purificación, y el precio a pagar por su ausencia:

Las sociedades siempre han reconocido que la guerra cambia a los hombres, pues ya no son los mismos cuando regresan. De ahí que a menudo las sociedades primitivas requirieran que los soldados realizaran ritos de purificación antes de que se les permitiera reincorporarse a sus comunidades. Estos ritos a menudo incluían la ablución u otras formas de purificación ceremonial. Psicológicamente, estos rituales ofrecían a los soldados una manera de liberarse del estrés y la terrible culpa que siempre acompaña a los hombres sanos tras la guerra. También era una forma de tratar la culpa al proporcionar un mecanismo mediante el cual los hombres que habían peleado podían realizar una descompresión y revivir sus terrores sin sentirse débiles o vulnerables. Finalmente, se trataba de una manera de decirle al soldado que lo que había hecho era lo correcto y que la comunidad por la que había luchado se lo agradecía y, por encima de todo, que su comunidad de hombres normales y sanos le daba la bienvenida a casa.

Los ejércitos modernos disponen de mecanismos similares de purificación. En la segunda guerra mundial, los soldados en ruta de vuelta a casa a menudo pasaban días juntos en el buque de transporte de tropas. Entre ellos, los guerreros revivían sus sentimientos, expresaban su pesar por los camaradas muertos, se contaban sus miedos y, por encima de todo, recibían el apoyo de sus iguales. Esto les ofrecía una manera de recobrar la cordura. Al llegar a casa, a menudo se rendía homenaje a los soldados con desfiles u otros actos

cívicos. Recibían el respeto de sus comunidades cuando los padres y esposas narraban las historias de sus experiencias a niños y familiares. Todo esto cumplía el mismo propósito de purificación que los rituales de antaño.

Cuando se les niega los soldados estos rituales, estos a menudo tienden a volverse emocionalmente trastornados. Incapaces de purgar su culpa o de que se les reafirme en que hicieron lo correcto, empujan sus emociones hacia dentro. Los soldados que regresaron de la guerra de Vietnam fueron víctimas de esta clase de desatención. Ya no había viajes en buques de transporte de tropas en los que se pudieran compartir confidencias con los camaradas. En vez de eso, los soldados que habían finalizado su periodo de servicio volaban a casa para llegar «de vuelta al mundo» a menudo en cuestión de días, y a veces horas, desde su último combate contra el enemigo. No había camaradas que los recibieran y que pudieran apoyarles respecto a sus experiencias; nadie a quien poder convencer de su propia cordura.

Desde Vietnam, varios ejércitos han aplicado esta lección vital a los soldados de regreso. Las tropas británicas que volvieron de las Malvinas podían haber volado a casa, pero, en vez de eso, se embarcaron con su Armada y cruzaron el Atlántico sur en un largo, monótono y terapéutico viaje.

De la misma manera, Israel decidió afrontar la necesidad de que los soldados que regresaban de la extremadamente impopular invasión del Líbano en 1982 tuvieran un periodo de enfriamiento. Sabían que en Estados Unidos se había dado lo que algunos denominaron «conspiración del silencio» a la hora de hablar de la guerra de Vietnam y los temas morales en juego tras su conclusión. Tras reconocer este problema y la necesidad de una descompresión psicológica, los israelíes hicieron lo que probablemente hubiera sido lo más saludable para la salud mental de aquellos que participaron en Vietnam. Según Shalit, los soldados israelíes que se retiraban fueron juntados por unidades en encuentros en los que podían relajarse por primera vez tras muchos meses. Experimentaron un largo procesos de «airear sus sentimientos, preguntas, dudas y críticas sobre todos los temas: desde el fracaso de la planificación y acción militar hasta el sacrificio innecesario de vidas, pasando por el sentimiento de que todo había sido en vano».

Y las tropas estadounidenses desplegadas en Granada, Panamá, Afganistán e Iraq, abandonaron estos conflictos en unidades intactas. La estabilidad continuada de estas unidades tras haber abandonado la zona de combate aseguró que los pormenorizados (y psicológicamente esenciales) *debriefings* y evaluaciones pudieran realizarse en sus bases.

El veterano derrotado

La creencia del veterano de Vietnam en la justicia de su causa y la necesidad de sus actos estaba constantemente en duda y terminó a la postre por los suelos cuando Vietnam del Sur fue invadido por el Norte en 1975. Un tenue presagio de

esta forma de trauma puede verse en la primera guerra mundial, cuando la guerra terminó sin la rendición incondicional del enemigo, y muchos veteranos entendieron con amargura que la cosa no había acabado.

Con el colapso de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, se puede argüir legítimamente que no perdimos en Vietnam de la misma manera que no perdimos en la batalla de las Ardenas: nos hicieron retroceder durante un tiempo, pero a la postre ganamos la guerra. Pero hoy en día esta perspectiva supone un flaco consuelo para el veterano de Vietnam. Al veterano de Vietnam no le es posible caminar por los campos de Flandes, ni recrear el día D, ni conmemorar Incheon, ni tampoco ninguna otra celebración por parte de las naciones agradecidas cuya paz y prosperidad fue salvaguardada mediante la sangre, el sudor y las lágrimas de los estadounidenses. Durante demasiados años, los veteranos de Vietnam solo sabían de la derrota de una nación por la que habían luchado y sufrido, y la victoria de un régimen que muchos de ellos consideraban lo suficientemente maligno para correr el riesgo de morir luchando contra él.

A la postre, su labor ha sido justificada. La política de contención de la cual fueron un instrumento ha sido un éxito. Hoy en día hasta los propios rusos reconocen los males del comunismo. Cientos de miles de refugiados —los conocidos como «boat people»— atestiguan la naturaleza desastrosa del régimen de Vietnam del Norte. Y la Guerra Fría terminó en victoria. Y desde una cierta perspectiva no fuimos más derrotados que en las Filipinas o en la batalla de las Ardenas: perdieron la batalla, pero ganaron la guerra. Y valió la pena luchar en esa guerra. Quizás hoy en día podamos ver Vietnam desde esa perspectiva, y creo que hay verdad y sanación en ella. Pero para la mayoría de los veteranos de Vietnam esta «victoria» llega más de dos décadas demasiado tarde.

Veteranos no deseados y muertos sin duelo

Dos fuentes de reconocimiento público y afirmación que son vitales para el soldado son los desfiles que tradicionalmente los reciben cuando regresan y los memoriales y monumentos que han conmemorado y señalan la pérdida de sus camaradas muertos. Los desfiles suponen un rito de paso esencial para el veterano que regresa de la misma forma que los bar mitzvás, las confirmaciones, graduaciones, bodas y otras ceremonias públicas lo son para otras personas en momentos clave de sus vidas. Los memoriales y monumentos significan para el veterano afligido lo que los funerales y las tumbas para cualquiera que haya perdido a un ser querido. Pero en vez de desfiles y memoriales, el veterano de

Vietnam, que tan solo había hecho lo que la sociedad le había enseñado y ordenado, fue recibido con un ambiente hostil en el que se le reprochaba incluso mostrarse con el uniforme y las condecoraciones que se habían convertido en una parte vital de la persona que era.

Incluso el Memorial a los Veteranos de Vietnam, que tardó veinte años en ser construido, se tuvo que levantar ante la misma indignidad e incompreensión que había sufrido el veterano de Vietnam durante tanto tiempo. Inicialmente, el memorial no iba a tener la bandera y la estatua que se asocian tradicionalmente a este tipo de construcciones. En vez de eso, el monumento a la guerra más larga de nuestra nación iba a ser simplemente un «tajo de piedra negra de la vergüenza» con los nombres de los caídos grabados en ella. Fue solo tras una larga y amarga batalla que los grupos de veteranos consiguieron una estatua y un mástil en el que ondeara la bandera estadounidense en su memorial.

En su propio monumento, los veteranos tuvieron que luchar para conseguir que ondeara la bandera que significaba tanto para ellos.

Los miles de veteranos que lloraron en «el muro» y desfilaron con caras llorosas en los desfiles de bienvenida que se les dieron dos décadas más tarde tras los hechos representan una aflicción sincera y un dolor que la mayoría de los estadounidenses no sabía que existía. Pero por encima de todo representan una reconciliación y una sanación.

Los veteranos que desdeñaron esta reconciliación y «consiguen todo lo que necesitan en la Legión Estadounidense»³ puede que simplemente sean esos que se han retirado a lo más profundo de sus conchas y, tal y como veremos cuando tratemos el TEPT, el coste de esa concha es significativo. Pero acaso tengan un derecho a permanecer en sus conchas, y puede que la sociedad que los empujó ahí dentro no tenga derecho a esperar una reconciliación o perdón por su parte.

El veterano solitario

La experiencia del veterano de Vietnam fue claramente distinta de la de los veteranos de anteriores guerras estadounidenses. Una vez que había completado su periodo de servicio, normalmente cortaba todos sus vínculos con su unidad y sus camaradas. Era extremadamente raro que un veterano escribiera a sus compañeros que todavía estaban en combate, y (en un fuerte contraste con las interminables reuniones de los veteranos de la segunda guerra mundial) durante más de una década fue todavía más raro que dos o tres de ellos se juntaran tras la guerra. En el libro *PTSD: A Handbook for Clinicians*, el veterano de Vietnam

Jim Goodwin formula la hipótesis (creo que correcta) de que «la culpabilidad de abandonar a tu compañero a una suerte incierta en Vietnam se mostró aparentemente con tanta fuerza que a menudo muchos veteranos tenían miedo de averiguar que les había ocurrido a los que se quedaron atrás». Dos décadas más tarde, los veteranos de Vietnam pudieron empezar a liberarse de la culpa del superviviente y a formar asociaciones y coaliciones de veteranos.

Para el veterano de Vietnam, los años de la posguerra fueron largos y solitarios. Sin embargo, el Monumento a los Veteranos de Vietnam y los desfiles en su honor el Día de los Caídos en Guerra (Memorial Day) los han fortalecido y purificado, y ahora por fin empiezan a encontrar la fuerza y el valor reunirse con sus hermanos perdidos y a darse la bienvenida los unos a los otros.

El veterano condenado

Al regresar de Vietnam con la excepción de mi brazo derecho, me vi abordado dos veces ... por individuos que me preguntaban: «¿Dónde perdió el brazo? ¿En Vietnam?». Yo contestaba que sí y la respuesta era: «Bien. Lo tenía merecido.»

James W. Wagenbach
Citado en *Homecoming* de Bob Greene

Las actitudes básicas y cotidianas hacia los veteranos que regresan son incluso más importantes que los desfiles y los monumentos. Lord Moran pensaba que el apoyo público era un factor clave para la salud psicológica del veterano de vuelta. Y creía que el hecho de que Inglaterra no hubiera brindado a sus soldados de la primera y segunda guerra mundial el apoyo que necesitaban resultó en muchos problemas psicológicos.

Si lord Moran pudo detectar que la falta de aceptación tuvo un impacto significativo en el bienestar psicológico de los veteranos ingleses de la primera y segunda guerra mundial, ¿cómo no sería sino mucho más grande el impacto en los veteranos de Vietnam con un recibimiento mucho más hostil?

Richard Gabriel describe la experiencia:

La presencia de un veterano de Vietnam en uniforme en su ciudad natal solía ser la ocasión para las miradas y los improperios. No se le decía que había peleado bien; tampoco se le tranquilizaba diciéndole que había hecho tan solo lo que su país y sus conciudadanos le habían pedido que hiciera. En vez de palabras de apoyo solía haber condenas —matabebés, asesino— hasta que él mismo empezaba a cuestionarse lo que había hecho y, al final, su propia cordura. El resultado fue que al menos medio millón —quizás incluso hasta un millón y medio— de veteranos de Vietnam sufrieron algún grado del debilitamiento psiquiátrico denominado trastorno de estrés postraumático, una enfermedad que ha quedado asociada en la mente de la gente con toda una generación de soldados que fueron enviados a la guerra en Vietnam.

A resultas de esto, Gabriel concluye que Vietnam causó más bajas psiquiátricas

que cualquier otra guerra en la historia de Estados Unidos.

Numerosos estudios psicológicos concluyen que el sistema de apoyo social — o la ausencia del mismo— tras el regreso del combate es un factor crucial en la salud psicológica del veterano. De hecho, un gran corpus de investigaciones (de psiquiatras, psicólogos militares, profesionales de la salud mental que trabajan con veteranos, y sociólogos) demuestra que el apoyo social tras la guerra resulta más crucial incluso que la intensidad de la experiencia de combate.⁴ Cuando la guerra de Vietnam empezó a volverse impopular, los soldados que luchaban en esa guerra comenzaron a pagar el precio psicológico como consecuencia de ello, incluso antes de regresar a casa.

Las bajas psiquiátricas experimentan un gran incremento cuando los soldados se sienten aislados, y el aislamiento psicológico y social por parte del país y la sociedad fue uno de los resultados del creciente sentimiento antibelicista en Estados Unidos. Una manifestación de este aislamiento, señalado por numerosos autores como, por ejemplo, Gabriel, fue el incremento en las cartas de ruptura sentimental que recibían los soldados en Vietnam. A medida que la guerra se tornaba cada vez más impopular en el país, se hizo cada vez más común que las novias, prometidas e incluso esposas se desembarazaran de los soldados que dependían de ellas. Las cartas eran el cordón umbilical con la cordura y la decencia por las que creían que luchaban. Un incremento significativo en este tipo de cartas junto con otras formas de aislamiento psicológico y social probablemente explica gran parte del incremento tremendo en las bajas psiquiátricas que hubo al final de esa guerra. Según Gabriel, al principio de la guerra las evacuaciones debido a problemas psiquiátricos supusieron solo el 6 por ciento del total de evacuaciones médicas, pero para 1971 el porcentaje representado por las bajas psiquiátricas había crecido hasta el 50 por ciento. Estas tasas de bajas psiquiátricas eran similares a las tasas de aprobación de la guerra en el país. De ahí que se pueda argüir que las bajas psiquiátricas se vieron multiplicadas por la desaprobación pública.

La mayor indignidad que puede sufrir un soldado le aguardaba al volver a casa. A menudo, a los veteranos se les maltrataba verbalmente, se les atacaba físicamente o incluso se les escupía. El fenómeno de escupir a los soldados que regresaban merece una especial atención aquí. Muchos estadounidenses no se creen (o no quieren creer) que estos acontecimientos ocurrieran alguna vez. Bob Greene, un columnista de periódicos, era uno de esos que creían que estos relatos eran probablemente un mito. Green publicó una solicitud en su columna para que cualquiera que hubiera experimentado realmente este suceso le

escribiera para contárselo. Recibió más de mil cartas que recogió en su libro *Homecoming* .

Un relato típico es el de Douglas Detmer:

Me escupieron en el aeropuerto de San Francisco ... El hombre que me escupió se me acercó por la parte izquierda, desde atrás, escupió y se me encaró. El escupitajo me alcanzó en la parte izquierda de la espalda y en mis escasas condecoraciones encima del bolsillo de mi pecho izquierdo. Después me gritó que yo era un «jodido asesino». Me quedé observándole en estado de shock.

Que veteranos del combate que regresaban tras meses de guerra aceptaran estos actos sin violencia es un índice de su estado emocional. Estaban eufóricos por haber podido por fin regresar a casa vivos; muchos estaban agotados tras días de viaje, conmocionados, confusos, deshidratados y demacrados tras meses en la jungla, en un estado de shock cultural tras pasar meses en una tierra extraña, bajo órdenes de no hacer nada que pudiera «degradar el uniforme», y muy preocupados por no perder sus vuelos. Aislados y solos, los veteranos que regresaban en estas condiciones eran localizados y humillados por parte de manifestantes contra la guerra que habían descubierto por experiencia la vulnerabilidad de estos hombres.

Las acusaciones de estos verdugos siempre giraban en torno al acto de matar. Cuando a aquellos que habían participado en las actividades de matar les llamaban matabebés y asesinos, el resultado era a menudo una traumatización profunda que dejaba cicatrices como resultado del «recibimiento» hostil y acusatorio por parte de un país por el que habían sufrido y se habían sacrificado. Y este era el único recibimiento que iban a recibir. En el peor de los casos: hostilidad abierta y babas. O, en el mejor de los casos, tal y como se recoge en una carta enviada a Greene, un «desinterés rayano en la indiferencia».

En cierto sentido, todo ser humano psicológicamente sano que ha participado o apoyado actividades que entrañan matar cree que su actuación fue «equivocada» y «mala», y debe pasar años racionalizándolas y aceptándolas. Muchos de los veteranos que escribieron a Greene afirmaban que su carta suponía la primera vez en la que hablaban del incidente con alguien. Estos veteranos de vuelta habían aceptado de forma vergonzosa y en silencio las acusaciones de sus compatriotas. Habían quebrantado el máximo tabú, pues habían matado, y en cierto sentido pensaban que merecían ser escupidos y castigados. Cuando eran insultados y humillados en público, el trauma se magnificaba y reforzaba en virtud de la propia aceptación impotente de estos acontecimientos por parte del soldado. Y estos actos, combinados con su aceptación, se convirtieron en la confirmación de sus más profundos miedos y culpabilidad.

En los veteranos de Vietnam que manifestaban un TEPT (y probablemente en muchos que no mostraban síntomas del TEPT) parece ser que el proceso de racionalización y aceptación había fallado y había sido reemplazado por la negación. El típico veterano de guerra pasadas, cuando se le preguntaba «¿Te molestaba?», contestaba tal y como hizo un veterano a Havighurst tras la segunda guerra mundial: «Joder, claro que sí... No puedes experimentarlo sin que te marque». La respuesta a la defensiva del veterano de Vietnam a un país que le acusaba de ser un matabebés y un asesino era invariablemente, tal y como lo fue a Mantell y lo ha sido tantas veces a mí: «No, no me molestaba...Uno se acostumbra». Esta represión defensiva y negación de las emociones parece haber sido una de las principales causas del trastorno de estrés postraumático.

Una agonía de tantos golpes

Los veteranos estadounidenses de guerras pasadas se han encontrado con todos estos factores en algún momento u otro, pero nunca en la historia de Estados Unidos ha sido la combinación de golpes psicológicos contra un grupo de guerreros que regresaba tan intensa. Los soldados de la Confederación perdieron su guerra, pero tras su regreso fueron en general recibidos y apoyados con cariño por parte de aquellos por los que habían luchado. Los veteranos de la guerra de Corea no tuvieron memoriales y tan solo unos pocos desfiles, pero lucharon contra un ejército invasor, y no una insurgencia, y dejaron atrás como legado a una nación de Corea del Sur libre, sana y próspera. Cuando regresaron, nadie les escupió o les llamó asesinos o matabebés. Solo los veteranos de Vietnam han tenido que soportar un ataque psicológico concertado por parte de su propia gente. Douglas Detmer muestra una extraordinaria comprensión sobre la organización y alcance de este ataque:

Los que se oponían a la guerra emplearon todos los medios de los que disponían para que el esfuerzo de guerra fuera infructuoso. Esto se consiguió en parte usurpando muchos de los símbolos tradicionales de la guerra para reclamarlos como propios. Entre ellos estaban los dos dedos que forman el signo de la v de victoria, que fue reivindicado como símbolo de paz; las luces de los automóviles el Día de los Caídos en Guerra usadas como llamada a poner fin a la guerra, en vez de conmemorar a los seres queridos; el uso de viejos uniformes como atuendo antibelicista, en vez de ser símbolos orgullosos de un servicio previo; actos legítimos de coraje denunciados como asesinatos de matones; y la sustitución de los desfiles de bienvenida por lo que yo tuve que pasar.

Jamás en la historia de Estados Unidos, acaso nunca en toda la historia de la civilización occidental, ha tenido un ejército que sufrir la agonía de tantos golpes por parte de su propio pueblo.

Dejo que el lector juzgue y aplique estas amargas lecciones a las guerras presentes y futuras. Pero espero que ninguna persona razonable niegue la necesidad urgente de aplicar constantemente las lecciones de esa guerra trágica en las décadas y siglos por venir.

1 Soportar cualquier carga.

2 . No, el término no es necesariamente un oxímoron.

3 El autor se refiere a la organización que se ocupa del cuidado de veteranos incapacitados y enfermos.

4 . Fry y Stockton (1982), Keane y Fairbank (1983), Strech (1985), Lifton (1974), Brown (1984), Egendorf *et al.* (1981), y Levetman (1978), son solo unos pocos psiquiatras, psicólogos militares, profesionales de la salud mental que tratan a veteranos, y sociólogos que han identificado la ausencia de apoyo social tras el regreso del combate como un factor crítico en el desarrollo del TEPT .

3 El trastorno de estrés postraumático y el coste de matar en Vietnam

El TEPT : el legado de Vietnam

Con anterioridad a una presentación a los veteranos de guerra judíos de Nueva York, en un venerable hotel en las montañas de Catskill y ante un cuenco de sopa de borsch, conocí a Claire, una mujer que conocía el significado del TEPT . Había sido enfermera en Birmania durante la segunda guerra mundial y había visto más sufrimiento del que una persona debería. Nunca le había molestado, pero, cuando comenzó la guerra del Golfo, empezó a tener pesadillas, pesadillas sobre una corriente interminable de cuerpos desgarrados y mutilados. Padecía el TEPT. Era un caso leve, pero no dejaba de ser el TEPT .

Tras otra presentación en Nueva York, la mujer de un veterano me pidió que hablara con ella y su marido. En Anzio, el marido había ganado la Cruz por Servicio Distinguido, la segunda máxima condecoración de nuestra nación, y continuó luchando durante toda la segunda guerra mundial. Se había retirado hacía cinco años. Ahora todo lo que hacía era estar en su casa y ver cine bélico, y vivía obsesionado con la idea de que era un cobarde. Sufría el TEPT .

El trastorno de estrés postraumático siempre ha existido, pero el largo retardo en manifestarse y la naturaleza errática de aparición hacía que nos comportáramos como los celtas que no entendían la relación entre el sexo y el embarazo.

¿Qué es el TEPT ?

Vietnam fue una pesadilla estadounidense que todavía no ha terminado para los veteranos de esa guerra. En el apresuramiento para olvidar el desastre en el que se convirtió nuestra guerra más larga, Estados Unidos decidió que era necesario conjurar un chivo expiatorio y cargó todo el peso de la culpa sobre las espaldas del veterano de Vietnam. Y ha sido toda una carga la que han tenido que soportar. Rechazados por el país que les envió a la guerra, los veteranos han padecido una culpa y resentimiento que ha creado una crisis de identidad desconocida para los veteranos de guerras anteriores.

D. Andrade

El *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* describe el trastorno de estrés postraumático como «una reacción a un acontecimiento

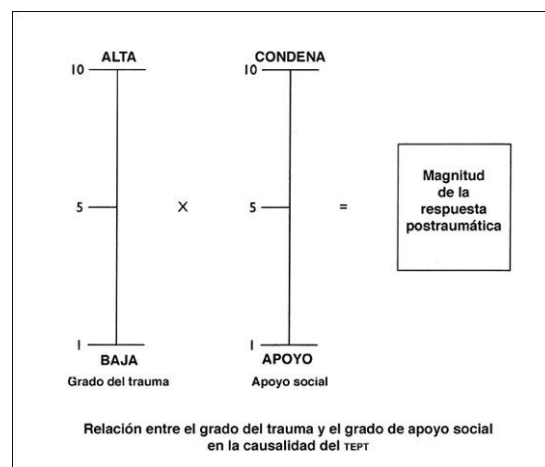
psicológicamente traumático fuera del rango de la experiencia normal». Las manifestaciones del TEPT incluyen sueños y recuerdos de la experiencia que son recurrentes e intrusivos, inhibición emocional, aislamiento social, una dificultad excepcional o reticencia a iniciar o mantener relaciones íntimas y trastornos del sueño. Estos síntomas pueden, a su vez, crear grandes dificultades para reintegrarse a la vida civil y desembocar en el alcoholismo, el divorcio o el desempleo. Los síntomas persisten durante meses o años tras el trauma, y a menudo afloran tras un largo período de latencia.

Las estimaciones sobre el número de veteranos de Vietnam que sufren el TEPT oscilan entre el medio millón de Disabled American Veterans al millón y medio calculado por Harris and Associates en 1980, es decir, entre el 18 y el 54 por ciento de los 2,8 millones de personal militar que sirvió en Vietnam.

¿Qué relación tiene el TEPT con matar?

Las sociedades que piden a los hombres que luchen por ellas deberían ser conscientes de lo que tan fácilmente pueden ser las consecuencias de sus acciones.

Richard Holmes
Acts of War



En 1988, un exhaustivo estudio de Jeanne y Steven Stellman de la Universidad de Columbia examinó la relación entre las manifestaciones del TEPT y la implicación del soldado en el proceso de matar. Este estudio de 6.810 veteranos seleccionados de forma aleatoria es el primero en el que se cuantificaron los niveles de combate. Jeanne y Steven Stellman concluyeron que las víctimas del TEPT son casi exclusivamente veteranos que participaron en situaciones de combate de alta intensidad. Estos veteranos sufren una incidencia mucho más

alta de divorcios, problemas conyugales, uso de tranquilizantes, alcoholismo, desempleo, cardiopatías, hipertensión y úlceras. Desde el punto de vista de los síntomas del TEPT, los soldados que estaban en situaciones de no combate en Vietnam resultan estadísticamente indistinguibles de los que pasaron todo su periodo de servicio en Estados Unidos.

Durante la época de Vietnam, millones de adolescentes estadounidenses fueron condicionados para participar en un acto contra el cual tenían una poderosa resistencia. Este condicionamiento es una parte necesaria para permitir que el soldado prevalezca y sobreviva en el entorno en el que le ha puesto la sociedad. El triunfo en la guerra y la supervivencia nacional pueden necesitar que se mate a soldados enemigos en la batalla. Si aceptamos que necesitamos un ejército, entonces debemos aceptar que este debe ser todo lo capaz de sobrevivir como sea posible. Pero si una sociedad prepara a un soldado para que supere su resistencia a matar y lo sitúa en un entorno en el que matará, entonces esa sociedad tiene la obligación de tratar de forma franca, inteligente y moral el resultado y sus repercusiones en el soldado y la propia sociedad. En gran parte debido a la ignorancia sobre los procesos e implicaciones en juego, esto no ocurrió con el veterano de Vietnam.

El TEPT y los que no matan: ¿Cómplices de un asesinato?

Tras presentar la esencia de las hipótesis de este libro a una Coalición de Veteranos de Vietnam de un estado, uno de ellos me dijo: «Su premisa [el trauma de matar, posibilitado por el condicionamiento, y amplificado por el “recibimiento” de la sociedad] es válido no solo para los que matan, sino también para los que los apoyan».

Se trataba del veterano del año del estado, un abogado llamado Dave, que era un líder elocuente y dinámico dentro de la organización. «El conductor del camión que llevaba la munición», explicó, «también conducía los cadáveres de vuelta. No hay una diferenciación clara entre el tipo que aprieta el gatillo, y el que le apoyaba en Vietnam.»

«Además», dijo otro veterano casi susurrando, «la sociedad no hizo distinciones a la hora de escupir.»

«Es como si», continuó Dave, «entrara en esta habitación y atacara a uno de nosotros. Nos estaría atacando a todos ... La sociedad, esta nación, nos atacó a todos nosotros.»

Su opinión resulta válida. Todos en esa habitación entendimos que no hablaba

de los veteranos de situaciones de no combate en Vietnam que, según Jeanne y Steven Stellman, resultan estadísticamente indistinguibles de los que pasaron todo su periodo de servicio en Estados Unidos.

Dave se refería a los veteranos que participaron en situaciones de combate de alta intensidad. Puede que no mataran, pero estaban ahí en medio de la matanza, y tenían que enfrentarse a diario con los resultados de su contribución a la guerra.

En un estudio tras otro aparecen una y otra vez dos factores como críticos para la magnitud de la respuesta postraumática. El primero y más obvio es la intensidad del trauma inicial. El segundo y menos evidente pero absolutamente vital es la naturaleza de la estructura de apoyo social disponible para la persona traumatizada. En el caso de las violaciones, hemos conseguido entender la magnitud del trauma que se causa a la víctima mediante la táctica de la defensa de acusarla durante el juicio, y hemos tomado las medidas legales para prevenir y limitar estos ataques contra la víctima por parte de los abogados del acusado. En el combate, la relación entre la naturaleza del trauma y la naturaleza de la estructura de apoyo social es la misma.

El TEPT en el veterano de la segunda guerra mundial

El grado del trauma y el grado de apoyo social van de la mano y se amplifican el uno al otro en una especie de relación multiplicadora. Por ejemplo, tomemos dos hipotéticos veteranos de la segunda guerra mundial. Uno de ellos era un soldado de infantería de veintitrés años de edad que participó en gran medida en el combate, mató a soldados enemigos a corto alcance y sostuvo a su compañero en sus brazos mientras moría debido al fuego de arma corta del enemigo. Probablemente, el trauma que sufrió se encontraría arriba de todo en la escala de gradación.

Nuestro otro veterano de la segunda guerra mundial era un conductor de camiones de veinticinco años (también podría haber sido un artillero, un mecánico de aviones o un contramaestre en un barco de suministros de la Armada) que sirvió con honor, pero nunca estuvo en el frente. Si bien se encontraba en una zona que recibió artillería entrante (o bombardeos o torpedos) en unas pocas ocasiones, nunca estuvo en una situación en la que se esperara que disparara a alguien, y nadie nunca le disparó. Pero sí que conoció a alguien que murió por fuego de artillería (o bombas o torpedos), y sí que vio los restos de la muerte y la carnicería a medida que se movía en la retaguardia de la línea aliada

que avanzaba. Se le situaría muy abajo en la escala de gradación del trauma.

Cuando nuestros hipotéticos veteranos de la segunda guerra mundial regresaron a casa tras la guerra, volvieron como una unidad a bordo de un barco con los mismos tipos con los que habían pasado toda la guerra, pasando semanas gastando bromas, riendo, apostando y contando cuentos chinos mientras se relajaban y despresurizaban en su largo viaje de regreso en lo que los psicólogos denominan un entorno de terapia de grupo con mucho apoyo. Y si tenían dudas sobre lo que habían hecho, o miedos sobre el futuro, tenían un grupo empático con quien hablar. Jim Goodwin señala en su libro que se reservaron complejos turísticos y fueron destinados como bases de redistribución y que estos veteranos llevaron ahí a sus mujeres para pasar dos semanas para conocerse de nuevo con sus familias en los mejores términos, en un entorno en el que seguían rodeados por la compañía de sus camaradas veteranos. Goodwin también destaca que la población civil a la que regresaban había sido preparada para ayudar y comprender al veterano que regresaba mediante películas como *El hombre del traje gris*, *Los mejores años de nuestra vida* y *Orgullo de los marines*. Eran victoriosos, estaban justificadamente orgullosos de sí mismos, y su nación estaba orgullosa de ellos y se lo hizo saber.

Nuestro soldado de infantería fue uno de los pocos veteranos de la segunda guerra mundial que participaron en el desfile en honor a los soldados en Nueva York. Todo el mundo refunfuñaba que lo que realmente querían era dejar toda esa «mierda del ejército atrás», pero él admitía en privado que marchar delante de esas decenas de miles de civiles entusiasmados fue uno de los momentos álgidos de su vida y, hoy en día, tan solo su recuerdo hace que su pecho se hinche con un poco de orgullo.

Nuestro conductor de camiones, como la mayoría de los veteranos que regresaron, no participó en un desfile en honor a los soldados, pero probablemente diría que le hizo sentirse bien saber que se honraba a los veteranos. Y en el siguiente Día de los Caídos en Guerra desfiló en el desfile de su ciudad durante las ceremonias de conmemoración de la Legión Americana. Nadie se lo impuso, pero lo hizo de todos modos porque, qué demonios, le apetecía, y lo iba a seguir haciendo cada año al igual que los veteranos de la primera guerra mundial de su ciudad lo hicieron cuando era niño.

Los dos veteranos se mantuvieron en contacto con sus compañeros de la guerra, y se juntaban con sus viejos camaradas en reuniones y encuentros informales. Y eso estaba bien, pero lo mejor de ser un veterano era poder mantener la cabeza alta y saber del respeto y el orgullo que les profesaban su

familia, amigos, la comunidad y el país entero.

En nuestra escala, el apoyo social que se les brindó a estos dos veteranos puede ser valorado como alto. No todos los veteranos de la segunda guerra mundial que regresaron consiguieron esta clase de apoyo, y no fue un camino de rosas regresar del combate bajo las mejores condiciones pero, en general, el país hizo lo mejor que pudo por ellos.

Cabe recordar que la relación entre la escala del grado del trauma y del grado de apoyo social es multiplicadora. Los dos factores se amplifican el uno al otro. En el caso de nuestro soldado de infantería, esto significa que su experiencia enormemente traumática se vio en gran parte (aunque quizás no del todo) compensada por la propia estructura social de apoyo a la que regresó. Nuestro conductor de camiones, que sufría un leve trauma y que había recibido un enorme apoyo, probablemente pueda gestionar sus experiencias de combate. Puede que nuestro soldado de infantería tienda a automedicarse con cierta regularidad en el bar de la Legión Estadounidense, pero, al igual que la mayoría de los veteranos, probablemente continuará funcionando y llevará una vida perfectamente sana.

El TEPT en el veterano de Vietnam

Consideremos ahora a dos hipotéticos veteranos de Vietnam: un soldado de infantería de dieciocho años y un conductor de camiones de diecinueve. El soldado de infantería llegó a la zona de combate, como la mayoría de soldados en Vietnam, como un reemplazo individual que no conocía a nadie en su unidad. Al cabo, participó numerosas veces en el combate cuerpo a cuerpo. Mató a varios soldados enemigos, pero la parte más difícil fue que llevaban indumentaria civil, y uno de ellos, maldita sea, tan solo era un crío que no debía de tener más de doce años. Y vio a su mejor compañero morir en sus brazos durante un tiroteo. El trauma que soportó se situaría en lo más alto de la escala. Quizás luchar contra críos vestidos como civiles, sin retaguardia ni posibilidad real de descansar en algún momento y salir de la batalla, quizás todo eso hizo que el trauma que soportó fuera mayor que el de un veterano de la segunda guerra mundial. Pero en lo más alto de la escala del trauma quizás no tenga mucho sentido entrar en matices.

El conductor de camiones también llegó solo y, si bien su trabajo era el mismo que el de un conductor de la segunda guerra mundial, el entorno en el que tenía que hacerlo había cambiado. Tampoco tenía una retaguardia y siempre tenía que

estar vigilante, incluso cuando estaba fuera de servicio, y los convoyes eran una pesadilla entre emboscadas y minas. Era como vivir en la batalla de las Ardenas todo el tiempo. Los convoyes que entraban en las bases recordaban al «asedio de Bastoña», y su camión estaba siempre blindado y pertrechado con sacos terreros de una manera en la que un conductor de la segunda guerra mundial nunca se le hubiera ocurrido. Afortunadamente, nunca tuvo que disparar a nadie, pero siempre era una posibilidad, y por eso mantenía su arma disponible y cargada en todo momento, y mucha gente disparó en su dirección en varias ocasiones. Puede que nuestro conductor de camiones de Vietnam puntuara bajo en la escala del trauma, ligeramente por encima de su homólogo en la segunda guerra mundial, pero no con mucha diferencia.

Nuestros dos veteranos de Vietnam abandonaron la guerra como habían llegado: solos. Se fueron con una mezcla de alegría por haber sobrevivido y vergüenza por haber dejado a sus compañeros atrás. En vez de regresar a desfiles de recibimiento, se encontraron con manifestaciones contra la guerra. En vez de hoteles de lujo, los enviaron a bases militares cerradas y vigiladas en las que se les habilitaba para la vida civil en cuestión de días. En vez de películas sobre el veterano, sus luchas y su vulnerable estado emocional al reincorporarse a la vida civil, los medios prepararon al pueblo americano tildando a los veteranos que regresaban de «demonios depravados», «asesinos psicópatas», y las hermosas y jóvenes estrellas del celuloide lideraban los cánticos de acusación de una nación que reverberaban en el alma del veterano: «Matabebés... asesinos... carniceros...».

Sus novias les rechazaron, se les escupió, los extraños les acusaban y, finalmente, ni siquiera se atrevían a admitir a sus amigos más cercanos que eran veteranos. Ya no acudían a los desfiles del Día de los Caídos en Guerra (que ya habían pasado de moda), no se afiliaron a la asociación de veteranos ni a la Legión Estadounidense, y no participaban en ninguna cita o reunión con viejos camaradas. Negaban sus experiencias y enterraban su dolor bajo una concha.

Algunos veteranos de Vietnam tenían familias y comunidades que podían aislarlos de todo esto, pero la inmensa mayoría solo tenía que encender la televisión para ver cómo los atacaban. Incluso el veterano de Vietnam medio sufrió un grado sin precedentes de condena social. En nuestra escala de apoyo social, nuestros dos veteranos de Vietnam puntúan en el extremo «condena».

Cabe recordar la relación multiplicadora y amplificadora entre el trauma y el apoyo social. Para nuestro conductor de camiones, la interacción entre su trauma de combate limitado en Vietnam y la condena social que padeció más tarde

resultó en una experiencia total que bien podría haber conducido más a un estrés postraumático que en el caso de un veterano de la lucha cuerpo a cuerpo en la segunda guerra mundial. Para nuestro veterano de la infantería, la magnitud del trauma total que experimentó supera cualquier descripción.

La difusión de la responsabilidad que ocurre en el combate es un arma de doble filo. Absuelve al que mata de parte de su culpa, repartiéndola con los líderes que dieron la orden, y el conductor de camiones que llevó la munición y se llevó los cuerpos, pero lo hace dando una porción de la culpa del que mata a otros, y esos otros deben entonces gestionarla de la misma manera en la que sin duda lo hará el que mata. Si estos «cómplices» de matar en combate son acusados y condenados, entonces su porción del trauma, culpa y responsabilidad, se amplifica y reverberará en sus almas como shock y terror.

El veterano de Vietnam, el veterano medio que no mató a nadie, sufre una agonía de culpabilidad y tormento creada por la condena de la sociedad. Durante e inmediatamente después de Vietnam, nuestra sociedad juzgó y condenó a millones de veteranos que regresaban como cómplices de asesinato. En cierto sentido, muchos, incluso la mayoría, de estos veteranos horrorizados y confusos aceptaron el veredicto de pacotilla impulsado por los medios como justicia y se encerraron en las peores prisiones: las prisiones de sus mentes. Una prisión llamada TEPT .

He conocido a estos hombres, tanto a los dos «hipotéticos» veteranos de la segunda guerra mundial como a los veteranos de Vietnam. Y no son hipotéticos en absoluto; son reales y su dolor es real. «Las sociedades que piden a los hombres que luchen por ellas deberían ser conscientes de lo que tan fácilmente pueden ser las consecuencias de sus acciones.»

4 Los límites de la resistencia humana y las lecciones de Vietnam

El TEPT y Vietnam: un nexo de impacto en la sociedad

Para el soldado de infantería en Vietnam del ejemplo del anterior capítulo, la condena tras su regreso amplificó el trauma de sus experiencias en combate con el resultado de un asombroso grado de horror. Dada la propia naturaleza de su singular causalidad histórica, la existencia de un número considerable de individuos con esta condición carece de precedentes en la historia de la civilización occidental.

Si bien este modelo tan solo refleja de forma cruda lo ocurrido, con todo empieza a representar las fuerzas relevantes.¹ Algo ocurrió durante —o después de— Vietnam que fue significativamente diferente de la segunda guerra mundial o de cualquier otra guerra a la que se enfrentó nuestra nación.² Muchos veteranos de Vietnam sufrieron un verdadero daño a resultas de este proceso, con toda probabilidad mayor que con anterioridad o después de esta guerra. (Y, sin embargo, esto debe mantenerse en perspectiva. El libro de B. G. Burkett, *Stolen Valor*, representa una fuente extremadamente valiosa para ayudarnos a entender que, *a pesar de* lo que les hicimos, los veteranos de Vietnam han conseguido salir adelante con un sorprendente éxito.)

Hay un nexo de acontecimientos y causalidad que vincula la muerte de soldados enemigos y las babas de los manifestantes contra la guerra con un patrón de dolor y TEPT que reverberará en los Estados Unidos durante las generaciones venideras.

En 1978, la comisión presidencial sobre la salud mental informaba de que aproximadamente 2,8 millones de estadounidenses sirvieron en el Sudeste asiático y que casi un millón entró en combate o se vio expuesto a situaciones hostiles que pusieron en riesgo su vida. Si aceptamos la estimación conservadora de la Administración para los Veteranos de una incidencia del 15 por ciento del TEPT entre los veteranos de Vietnam, entonces más de 400.000 individuos en Estados Unidos sufren el TEPT. Otras estimaciones sitúan la cifra tan alto como 1,5 millones.

No cabe duda de que entrar en guerra puede ser necesario, pero debemos empezar a comprender el precio potencial a largo plazo de esta empresa.

El legado y la lección

El hombre no tejió la telaraña de la vida: tan solo es un hilo. Todo lo que hace a la telaraña, se lo hace a sí mismo.

Ted Perry, «Jefe Seattle»

Puede que hayamos mejorado la habilidad para matar del soldado medio mediante el adiestramiento (es decir, el condicionamiento), pero ¿a qué precio? El coste último del recuento de cadáveres en Vietnam ha sido, y continúa siendo, mucho más que dólares y vidas. Podemos, y lo hemos hecho, condicionar a los soldados para que maten; están ansiosos y dispuestos y confían en sus mandos. Pero al hacerlo no les hemos hecho capaces de gestionar la carga moral y social de estos actos, y tenemos la responsabilidad moral de tener en consideración los efectos a largo plazo de nuestras órdenes. El adiestramiento y despliegue de nuestros soldados debe ir acompañado de un sentido moral y de una guía filosófica basados en una comprensión sólida de los procesos en juego. (Este es un asunto importante en el que se abunda en mi libro *Sobre el combate*.)

A nivel de estrategia nacional, el reconocimiento del coste social potencial de la guerra moderna ha sido alcanzado a un precio terrible, y se puede obtener una suerte de guía extraída de esta experiencia en la doctrina Weinberger, que lleva el nombre del secretario de Defensa de Ronald Reagan, Caspar Weinberger. Esta doctrina representa un intento inicial para conformar la clase de guía que puede elaborarse a partir de las lecciones de Vietnam. La doctrina Weinberger establece que:

- Estados Unidos no debería comprometer sus tropas en combate a menos que estén en juego nuestros intereses vitales.
- Debemos comprometerlas con un número y apoyo suficientes para ganar.
- Debemos tener unos objetivos políticos y militares definidos.
- Nunca más debemos comprometer nuestras fuerzas en una guerra que no tenemos intención de ganar.
- Antes de que Estados Unidos comprometa sus fuerzas en el extranjero, el gobierno de Estados Unidos debería disponer de una garantía razonable de que gozarán del apoyo del pueblo y de los representantes electos del Congreso ... No se puede pedir a las tropas estadounidenses que luchen en una batalla contra el Congreso mientras intentan ganar una guerra en el extranjero. Y el pueblo estadounidense no puede cruzarse de brazos y mirar a las tropas comprometidas como si fueran peones de usar y tirar en un gran tablero de ajedrez diplomático.

- Finalmente, el despliegue de fuerzas estadounidenses debería ser el último recurso.

La búsqueda de mayor comprensión

La doctrina Weinberger representa en parte el reconocimiento de que la nación que envía hombres a matar debe entender el precio que quizás tenga que pagar a la postre por estas acciones aparentemente aisladas en tierras lejanas. Si esta doctrina y el espíritu de su intencionalidad prevalecen, puede que se prevenga una nueva experiencia como Vietnam. Pero se trata tan solo de un comienzo que debería sentar las bases para comprender el coste social devastador de la guerra moderna a todos los niveles.

Comandantes, familias y la propia sociedad deben entender la desesperada necesidad de reconocimiento y aceptación que tiene el soldado, su vulnerabilidad y la desesperada necesidad de que se le reafirme constantemente en el sentido de que lo que hizo fue lo correcto y necesario. También deben entender los terribles costes sociales que entraña no ser capaz de atender estas necesidades mediante los actos tradicionales de afirmación y aceptación. Es una vergüenza nacional que necesitáramos casi veinte años para reconocer y atender estas necesidades con el Memorial a los Veteranos de Vietnam y los desfiles de veteranos que han permitido a nuestros soldados «limpiarse un poco el escupitajo de sus corazones».

Las fuerzas armadas también deben entender la necesidad de la integridad de la unidad durante y tras el combate. Estamos empezando a hacerlo con el nuevo sistema de personal del ejército (que designa y reemplaza unidades enteras en vez de individuos en combate), y debemos continuar haciéndolo; y, al igual que los británicos que trajeron a casa a sus soldados de las Malvinas en un largo y lento viaje marítimo, debemos entender la necesidad de los periodos de enfriamiento, los desfiles y la integridad de la unidad durante el periodo vulnerable del regreso de la guerra. Durante la guerra del Golfo de 1991, parece ser que en general hicimos las cosas bien, y hemos continuado haciéndolo razonablemente bien en las largas guerras de Afganistán e Iraq, pero tenemos que asegurarnos de que seguimos haciéndolo en el futuro.

Los colectivos psiquiátrico, médico, psicológico y de atención social deben comprender el impacto de las muertes en combate para el soldado y deben comprender mejor y reforzar los procesos de racionalización y aceptación que se han descrito en este libro. En su investigación de 1988 sobre el TEPT, Jeanne y

Steven Stellman, ambos químicos de formación, fueron los primeros en realizar una investigación correlacional a gran escala sobre la relación entre la experiencia de combate y el TEPT. Concluyeron que a la «gran mayoría» de veteranos que acudían a los servicios de psicoterapia no se les preguntaba sobre su experiencia en combate, y mucho menos sobre las personas a las que habían matado.

Por último, debemos intentar comprender el arte básico de matar, no solo en la guerra, sino en la sociedad en su conjunto.

Una nota personal

—¿Quién cojones son esos dos tipos ahí arriba con la ametralladora? —pregunté, mientras me escabullía por encima de la colina.

—Tienen que ser del Viet Cong, imbécil... Reviéntales el culo y a correr.

No sabían que existía. La maleza ocultaba el borde de la colina de su vista, pero, demonios, yo los veía bien. Mi cuerpo empezó a temblar y a sufrir espasmos cuando apoyé mi codo sobre la dura laterita. Alineé el cañón y centré la mirilla en el pecho de uno de los tipos. Era el que estaba sentado más cerca de la ametralladora, e iba a morir a causa de ello.

Menudo jodida forma de morir, pensé mientras pulsaba suavemente el gatillo.

La explosión del disparo resonó como un cañón en mi oreja. Mi objetivo se arrugó, y durante un instante no supe si se había agachado o le había dado. Las dudas se desvanecieron cuando vi su pie tembloroso y su cuerpo estremeciéndose antes de morir.

Me quedé tan transfigurado por sus últimos estertores que no llegué a disparar al otro tipo, que se escapó por una zona de vegetación hacia el sur. Salté por encima de la colina y corrí hacia el moribundo sin saber si quería ayudarlo o rematarlo. Algo me impulsaba a verlo, qué pinta tenía, cómo estaba muriendo.

Me arrodillé delante de él mientras su vida goteaba en la tierra oscura. Mi único disparo le había alcanzado en el pecho izquierdo y le había travesado hasta la espalda. El resto de la patrulla se apresuraba colina arriba y gritaba, pero el único sonido que oía era el burbujeo de la sangre del muerto empapando el polvo. Sus ojos estaban abiertos, y su rostro aún era joven. Parecía terriblemente en paz. Su guerra había acabado y la mía acababa de comenzar,

La corriente constante de sangre de su herida formaba un círculo que se iba ensanchando debajo de él, y yo sentí que mi inocencia me abandonaba a medida que la vida lo abandonaba a él. Por fin había llegado a Vietnam. Pero no sabía si algún día saldría de ahí. Todavía no lo sé.

Cuando el resto del pelotón llegó a la meseta, encontré una zona de arbustos al lado del fuego del campamento e intenté vomitar entre sacudidas.

Steve Banko
«Green Grunt Finds Innocence Lost»

Contemplando este relato desde la perspectiva de este libro encuentro que hay varios factores a tener en consideración. Nuestra reciente «ciencia de matar» nos permite identificar procesos clave como la necesidad de que se ordene matar (exigencia de la autoridad y difusión de la responsabilidad), la elección del enemigo más cercano a la ametralladora (atractivo del objetivo y ayuda en el

proceso de racionalización por haber seleccionado a la amenaza con un potencial mayor entre dos individuos que no representaban una amenaza), y la respuesta emocional de violenta repugnancia ante el hecho de matar.

Sin embargo, lo que se me ha quedado en la cabeza son las palabras: «Pero no sabía si algún día saldría de ahí. Todavía no lo sé».

No se trata de una actitud de macho a lo Rambo; esta es una respuesta emocional real de un joven soldado estadounidense ante uno de los más espantosos acontecimientos de su vida. Cuando escribe esto en un foro nacional de veteranos de Vietnam comprensivos y empáticos, él y muchos como él gozan de la libertad de decir que se sintieron enfermos cuando mataron, y sus escritos y el hecho de que se publiquen pueden convertirse en una catarsis vital. Creo que, cuando los veteranos escriben estos relatos, no tienen la intención de decir que la guerra fue errónea o que se arrepienten de lo que hicieron, sino simplemente que quieren que se les entienda.

Que se les entienda no como asesinos descerebrados, ni tampoco como lloricas, sino como hombres. Hombres que fueron a hacer el incomprensiblemente duro trabajo que su nación les había encomendado y lo hicieron con orgullo, lo hicieron bien, y demasiado a menudo lo hicieron sin que nadie les diera las gracias.

Cuando entrevisté a veteranos a lo largo de este estudio, el soldado, el psicólogo y el ser humano en mí siempre se sintieron afectados por esta necesidad no dicha de comprensión y afirmación. Comprender que no hicieron nada más ni nada menos que lo que les pidió su nación y su sociedad; nada más ni nada menos que lo que los veteranos estadounidenses habían hecho a lo largo de más de dos siglos. Y la simple afirmación de que son seres humanos buenos.

Una y otra vez he dicho, y quiero decirlo de nuevo a todos los veteranos que me confiaron sus experiencias: me siento honrado por que lo compartieran conmigo. Hicieron todo lo que se le podía pedir a alguien que hiciera, y me siento realmente orgulloso de haberles conocido. Y espero que pueda usar sus palabras para ayudar a la gente a que pueda comprender.

1 . Se está avanzando en la investigación en esta área, y quizás algún día podamos calibrar estos números. En 1992, doce cadetes de la academia militar de West Point pasaron el verano en el VA Medical Center en Boston. Participaban en un programa de desarrollo académico individual bajo mi supervisión, y su misión era entrevistar a veteranos sobre sus experiencias en combate para crear una base de datos de información y entrevistas relativa en concreto a los procesos de matar. Los cadetes participantes evaluaban y valoraban más tarde los datos recopilados a lo largo del verano en estas entrevistas en el marco de los cursos de estudios individuales subsiguientes bajo mi supervisión.

Esta base de datos continúa creciendo y espero que se expanda más mediante los *inputs* de los veteranos como consecuencia de este libro. El objetivo a largo plazo estriba en iniciar un análisis detallado de los

procesos asociados con el acto de matar, que incluya el grado de importancia e influencia que representan varios factores en el modelo de habilitación para matar; la validez de las etapas de la respuesta a matar; y la interacción entre el trauma del combate (en concreto la experiencia de matar) y el apoyo social y su relación con la magnitud de la resultante respuesta de estrés postraumático.

2 . Tal y como se mostró con anterioridad, los estudios de Stouffer y Moskos indican que los veteranos que regresan son por lo general mejores miembros de la sociedad. También hay indicios que indican que un veterano de Vietnam no tiene más probabilidades de cometer crímenes violentos que un civil. Lo que la epidemia del TEPT entre los veteranos de Vietnam ha causado es un incremento en los suicidios, consumo de drogas, alcoholismo y divorcios.

Debo señalar que la mayoría de los veteranos de Vietnam han salido adelante sin problemas. Sin embargo, existe un movimiento de reacción de algunos veteranos de Vietnam que están cansados de la etiqueta actual, pues no tienen ninguna dificultad (quizás debido a la represión y la negación, o a una inusitada estructura de apoyo cuando regresaron en combinación con su propia fuerza personal psíquica a la hora de enfrentar el estrés que soportaron), y a veces estos individuos no tienen paciencia con los veteranos que tienen problemas.

Ante este conflicto actual entre veteranos, yo contribuiría con la observación de que el mundo es lo suficientemente grande, y que la gente es lo suficientemente compleja, para que ambos lados tengan razón.

Bibliografía

OBRAS DESTACADAS

- APPEL , J. W., y G. W. Beebe. Ag. 18, 1946. «Preventive psychiatry: an epidemiological approach». *Journal of the American Medical Association* 131, 1469-75.
- ARDANT DU PICQ , C. 1946. *Battle studies* . Harrisburg, Pa.: Telegraph Press. [Existe edición en español: Ardant du Picq, C. *Estudios sobre el combate* . Madrid: sgt, Ministerio de Defensa, 1988.]
- AURELIO , M. 1983. *Meditaciones* . Barcelona: Gredos.
- BARTLETT , F. C. 1937. *Psychology and the soldier* . Cambridge: Cambridge University Press.
- BERKUN , M. 1958. « Inferred correlation between combat performance and some field laboratory stresses » . Research Memo (Fighter II). Arlington, Va.: Human Resources Research Office.
- BETTLEHEIM , B. 1960. *The informed heart* . Nueva York: Free Press.
- BLACKBURN , A. B. *et al* . 1984. «Post-traumatic stress disorder, the Vietnam veteran, and Adlerian natural high therapy». *Individual Psychology: Journal of Adlerian Theory, Research & Practice* 40 (3), 317-32.
- BOLTE , C. G. 1945. *The new veteran* . Nueva York: Reynal and Hitchcock.
- BOROWSKI , T. 1962. *This way for the gas, ladies and gentlemen* . Nueva York: Viking/Penguin.
- BRENNAN , M. 1985. *Brennan's war* . Nueva York: Pocket Books.
- BROADFOOT , B. 1974. *Six war years 1939-1945* . Nueva York: Doubleday.
- BROOKS , J. S., y T. Scarano, 1985. «Transcendental meditation in the treatment of post-Vietnam adjustments». *Journal of Counselling and Development* 64 (3), 212-15.
- CLAUSEWITZ , C. M. von. 1976. *On war* . Princeton, NJ : Princeton University Press, 1976. [Existe edición en español: *De la guerra* . Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.]
- COOPER , J. 1985. *Principles of personal defense* . Boulder, Colo.: Paladin Press.
- CRUMP , L. D. 1984. «Gestalt therapy in the treatment of Vietnam veterans experiencing PTSD symptomatology ». *Journal of Contemporary Psychotherapy* 14 (1), 90-98.
- DAVIDSON , S. 1967. «A clinical classification of psychiatric disturbances of Holocaust survivors and their treatment». *The Israel Annals of Psychiatry and Related Disciplines* 5, 96-98.

- DINTER , E. 1985. *Hero or coward: pressures facing the soldier in battle* . Londres: Frank Cass and Company.
- DYER , G. 1985. *War* . Londres: Guild Publishing. [Existe edición en español: *Guerra* . Barcelona: Belacqua, 2007.]
- EIBL - EIBESFELDT , I. 1975. *The biology of peace and war: men, animals, and aggression* . Nueva York: Viking Press.
- FROMM , E. 1973. *The anatomy of human destructiveness* . Nueva York: Holt, Rinehart and Winston. [Existe edición en español: *Anatomía de la destructividad humana* . Madrid: Siglo XXI , 1975.]
- FUSSELL , P. 1989. *Wartime* . Nueva York: Oxford University Press. [Existe edición en español: *Tiempo de guerra* . Madrid: Turner, 2003.]
- GABRIEL , R. A. 1986. *Military psychiatry: a comparative perspective* . Nueva York: Greenport Press.
- . 1987. *No more heroes: madness and psychiatry in war* . Nueva York: Hill and Wang.
- GEER , F. C. 1983. «Marine-machine to poet of the rocks: poetry therapy as a bridge to inner reality: some exploratory observations ». *Arts in Psychotherapy* 10 (1), 9-14.
- GLASS , A. J. 1957. «Observations on the epidemiology of mental illness in troops during warfare». *Symposium on Prevention and Social Psychiatry* . Washington, D.C.: Walter Reed Army Institute of Research.
- . 1953. «Psychiatry in the Korean campaign. A historical review». *U.S. Armed Forces Medical Journal* 4 (11), 1.563-83.
- GLENN , R. W. Abr. 1989. «Men and fire in Vietnam». *Journal of the Association of the United States Army* , 18-27.
- GOODWIN , Jim. 1988. *Post-traumatic stress disorders: a handbook for clinicians* . Disabled American Veterans.
- GORDON , T. 1977. *Enola Gay* . Nueva York: Simon and Schuster.
- GRAY , J. G. 1970. *The Warriors: Reflections on Men in Battle* . Londres.
- GREENE , B. 1989. *Homecoming: when the soldiers returned from Vietnam* . New York: G. P. Putnam's Sons.
- GRIFFITH , P. 1989. *Battle tactics of the civil war* . New Haven, Conn.: Yale University Press.
- GROSSMAN , D. A. Mayo 1984. «Moral approach only the start: the bottom line in P.O.W. treatment». *Journal of the Association of the United States Army* , 15-16.
- HARRIS , F. G. 1956. «Experiences in the study of combat in the Korean theater» .

- Vol 2. *Comments on a concept of psychiatry for a combat zone* . WRAIR Research Report 165-66. Washington, D.C.: Walter Reed Army Institute of Research.
- HAVIGHURST , R. J. *et al* . 1951. *The American veteran back home* . Nueva York: Longmans, Green and Co.
- HENDIN , H. 1983. «Psychotherapy for Vietnam veterans with posttraumatic stress disorders». *American Journal of Psychotherapy* 37 (1), 86-99.
- HOLMES , R. 1985. *Acts of war: the behavior of men in battle* . Nueva York: Free Press.
- HOOKE , R. D. 1993. *Maneuver warfare: an anthology* . Novato, Ca. : Presidio Press.
- INGRAHAM , L., y F. Manning. Ag. 1980. «Psychiatric battle casualties: the missing column in the war without replacements». *Military Review* 21.
- JUNGER , E. 1929. *The storm of steel* . Londres: Chatto & Windus. [Existe edición en español: *Tempestades de acero* . Barcelona: Tusquets, 2005.]
- KEEGAN , J. 1976. *The face of battle* . Suffolk, Inglaterra: Chaucer Press. [Existe edición en español: *El rostro de la batalla* . Madrid: Turner, 2013.]
- KEEGAN , J., and R. Holmes. 1985. *Soldiers* . Londres: Guild Publishing.
- KEILLOR , G. 1994. «Hog Slaughter». *A Prairie Home Companion* . Prod. Minnesota Public Radio.
- KUPPER , H. I. 1945. *Back to life* . Nueva York: American Book-Stratford Press.
- LAWRENCE , T. E. 1926. *Seven pillars of wisdom* . Nueva York: Doubleday. [Existe edición en español: *Los siete pilares de la sabiduría* . Barcelona: Ediciones B, 2017.]
- LEONHARD , R. 1991. *The art of maneuver: maneuver-warfare theory and air land battle* . Novato, Calif.: Presidio Press.
- LIND , W. S. 1985. *Maneuver warfare handbook* . Boulder, Colo.: Westview Press.
- . *Retro-culture* . [Inédito].
- LORD , F. A. 1976. *Civil war collector's encyclopedia* . Harrisburg, PA : The Stackpole Co.
- LORENZ , K. 1963. *On aggression* . Nueva York: Bantam Books. [Existe edición en español: *Sobre la agresión* . Madrid: Siglo XXI, 2016.]
- MCCORMACK , N. A. 1985. «Cognitive therapy of posttraumatic stress disorder: a case report» . *American Mental Health Counselors Association Journal* 7 (4), 151-55.
- MANCHESTER , W. 1981. *Goodbye, darkness* . Londres: Penguin Books.

- MANTELL , D. M. 1974. *True Americanism: green berets and war resisters; a study of commitment* . Nueva York: Teachers College Press.
- MARIN , P. Nov. 1981. «Living in moral pain». *Psychology Today* , 68-80.
- MARSHALL , J. D. 1994. *Reconciliation Road* . Nueva York: Syracuse University Press.
- MARSHALL , S. L. A. 1978. *Men Against fire* . Gloucester, Mass.: Peter Smith.
- MASTERS , J. 1956. *Road past Mandalay* . Nueva York: Viking Press.
- MAULDIN , B. 1945. *Up front* . Nueva York: H. Wolff.
- MCINTYRE , B. F. 1963. *Federals on the Frontier* . (Tilky, N.M. ed.) Austin, Tex.: University of Texas Press.
- METELMANN , H. 1964. *Through hell for Hitler: a dramatic first hand account of fighting for the Wehrmacht* . Londres: Harper Collins.
- MILGRAM , S. 1963. «Behavioral study of obedience». *Journal of Abnormal and Social Psychology* 67, 371-78.
- MILLER , M. J. 1983. *Empathy and the Vietnam veteran: touching the forgotten warrior* . Personnel & Guidance Journal 62 (3), 149-54.
- MONTAGU , A. 1976. *The nature of human aggression* . Nueva York: Oxford University Press.
- MORAN , L. 1945. *Anatomy of courage* . Londres: Constable and Company.
- MOSKOS , Charles C., Jr. 1970. *The American Enlisted Man* . Nueva York: Russell Sage Foundation.
- MURRY , Simon. 1978. *My five years in the French Foreign Legion* . Nueva York: Times Books.
- RYAN , C. 1966. *The last battle* . Nueva York: Popular Library.
- SAGER , G. 1968. *The forgotten soldier* . Nueva York: Harper and Row.
- SANTOLI , A. 1985. *To bear any burden* . Nueva York: E. P. Dutton.
- SHALIT , B. 1988. *The psychology of conflict and combat* . Nueva York Praeger Publishers.
- SPIEGEL , H. X. 1973. «Psychiatry with an infantry battalion in North Africa». En *Neuropsychiatry in World War II* , ed. W. S. Mullens and A. J. Glass. vol. 2, Overseas theaters. Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 111-26.
- STELLMAN , J. M. y S. Stellman. 1988. «Post traumatic stress disorders among American Legionnaires in relation to combat experience: associated and contributing factors». *Environmental Research* 47 (2), 175-210.
- STOUFFER , S. A. et al . 1949. *The American Soldier* . Princeton, N.J: Princeton University Press.

- STROZZI - HECKLER , R. S. 1989. *In search of the warrior spirit* . Berkeley, CA : North Atlantic Books.
- SWANK , R. L. y W. E. Marchand. 1946. «Combat neuroses: development of combat exhaustion». *Archives of Neurology and Psychology* 55, 236-47.
- WALLER , W. 1944. *The veteran comes back* . Nueva York: Dryden Press.
- WATSON , P. 1978. *War on the mind the military: uses and abuses of psychology* . Nueva York: Basic Books.
- WECTER , D. 1944. *When Johnny comes marching home* . Cambridge, Mass.: Riverside Press.
- WEINBERG , S. K. 1946. « The combat neuroses». *American Journal of Sociology* 51, 465-78.
- WEINSTEIN , E. A. 1973. «The fifth U. S. Army Neuropsychiatric Center — “601 st.”». En *Neuropsychiatry in World War II* , (ed. W. S. Mullens y A. J. Glass.) vol. 2, *Overseas theaters* . Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 127-42.
- . 1947. «The function of interpersonal relations in the neurosis of combat». *Psychiatry* 10, 307-14.

RELATOS PERSONALES EXTRAÍDOS DE LA REVISTA
SOLDIER OF FORTUNE

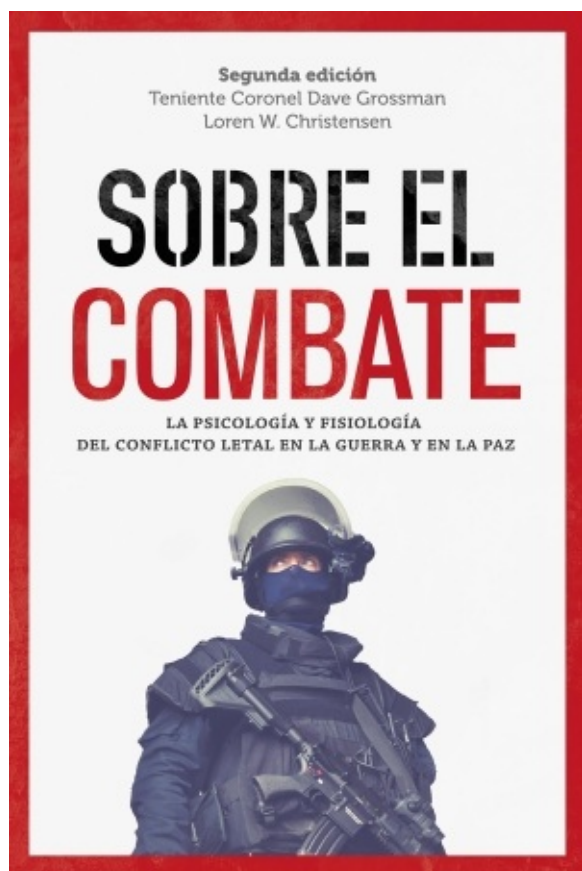
- ANDERSON , R. B. Nov. 1988. «Parting shot: Vietnam was fun (?)», 96.
- BANKO , S. Oct. 1988. «Sayonara Chery-San», 26.
- BARCLAY , G. Abril 1984. «Rhodesia's hand-picked professionals», 30.
- BRAY , D. Ag. 1989. «Prowling for POWs», 35, 75.
- DOYLE , E. Ag. 1983. «Three battles, part 2: the war down South» , 39.
- DYE , D. A. Sept. 1985. «Chuck Cramer: IDF's master sniper», 60.
- FREEMAN , J. Verano 1976. «Angola fiasco», 38.
- HOROWITZ , D. En. 1987. «From Left to Right», 103.
- HOWARD , J. Jun. 1979. «SOF interviews Chris Dempster», 64.
- JOHN , Dr. Nov. 1984. «American in ARDE » , 70.
- KATHMAN , M. Ag. 1983. «Triangle tunnel rat», 44.
- MCKENNA , B. Oct. 1986. «Combat weaponcraft», 16.
- MCLEAN , D. Abr. 1988. «Firestorm», 68.
- MORRIS , J. Mayo 1982. «Killers in retirement», 29.
- . Dic. 1984. «Make Pidgin Talk» , 44.
- NORRIS , W. Nov. 1987. «Rhodesia's fireforce commandos», 64.
- ROBERTS , C. Mayo 1989. «Master sniper's one shot saves», 26.

STEWART , H. Mar. 1978. «Tet 68: rangers in action — Saigon», 24.
STUART - SMYTH A., Mayo 1989. «Congo horror: peacekeeper's journey into the heart of darkness», 66.
THOMPSON , J. Oct. 1985. «Combat weaponcraft» , 22.
—. Jun. 1988. «Hidden enemies», 21.
TUCKER , D. En. 1978. «High risk/low pay: freelancing in Cambodia», 34.
UHERNIK , N. Oct. 1979. «Battle of blood: near the end in Saigon», 38.

Muchas de las citas de este libro provienen de las entrevistas personales realizadas por el autor. Tal y como se menciona en los agradecimientos, otra fuente principal para este libro ha sido la revista *Soldier of Fortune* . En un entorno de condena y acusaciones que es el que existió inmediatamente después a la guerra de Vietnam, *Soldier of Fortune* era el único foro nacional en el que los veteranos de Vietnam podían hasta cierto grado pasar página escribiendo sobre sus experiencias en un medio empático en el que no se entraba a juzgar a nadie.

Me gustaría pedirles a esos que prejuzgan este material tildándolo de «machismo descerebrado» que se centren en la verdadera naturaleza de estos relatos. Muchos de estos veteranos hablan de casos en las que no mataron al enemigo incluso cuando tenían toda la razón y la justificación para hacerlo; y muchos hablan del shock y el trauma asociados con el hecho de haber matado, y la culpabilidad y angustia que siguió a sus experiencias

Me gustaría dar las gracias al coronel (retirado) Alex McColl, de *Soldier of Fortune* , por su apoyo y asistencia a la hora de emplear estas citas (cuyo listado detallado se encuentra en la bibliografía), y me gustaría dar las gracias a los autores de estas y cualquier otra obra citada en este libro, y a todos aquellos a los que tuve el privilegio de entrevistar como parte de este estudio. Este libro —y, de hecho, todo este nuevo campo de estudio que denomino «killology»— no hubiera sido posible de no ser por aquellos que pasaron antes que nosotros, los veteranos y autores sobre cuyas espaldas se sostiene este estudio.



Sobre el combate

Grossman, Dave

9788415373858

564 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una exhaustiva investigación sobre lo que le ocurre al cuerpo humano bajo el estrés de un combate letal: cómo afecta al sistema nervioso, al corazón, a la respiración, y las distorsiones perceptuales y la pérdida de memoria que se pueden producir.

[Cómpralo y empieza a leer](#)